
LMR
Dean-Weston

Dean-Weston



OBJ

1

© Laura Moreno Romero 2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.


Legado
Daughbeth

Playlist · Dallas&Meg

If I Could Write - Sam Philips (2:17)

DIVA - Beyoncé (3:19)

*How Will I Know - **Whitney Houston** (4:29)*

Golden - Kpop Demon Hunters (3:14)

You'll Be In My Heart - Phil Collins (4:18)

*I Have Nothing - **Whitney Houston** (4:49)*

Somewhere Only We Know - Keane (3:57)

Criminal - Britney Spears (3:45)

*I Will Always Love You - **Whitney Houston***

(4:31)


Dallas
& Meg

SINOPSIS

Jamás cedo ante las amenazas de nadie, pero la familia es mi puta debilidad y Leia Diago lo sabe. Esa condenada bruja a la que aprecio demasiado piensa obligarme a… estar codo con codo con una mujer a la que nunca he visto. Peor que eso: a confiárselo todo.

Dean-Weston anteriormente conocido como **Dallas**: el ángel caído con las alas impregnadas de sangre, el que vive entre las sombras, el herido, el solitario, el temido por todos.
Lugar de origen: Nueva York.
Destino: el infierno, supongo.

Lo que a mí me gustaría saber es… ¿Cómo sacas de quicio a alguien desquiciante?

Impedimento nº1 para que Dallas consiga dedicar todo su tiempo al imperio Dean-Weston (DW) su empresa, la que lo ha hecho

multimillonario: una sexy e inteligentísima química forense especializada en venenos, con un coeficiente intelectual más alto que sus taconazos.

Megara Galanis: mejor amiga de Leia Diago, con más demonios de los que le caben en su bolso de Prada, es una mujer que no conoce la palabra rendición. Puede que parezca que te está mirando por encima del hombro, pero esta princesa solo está procurando que no se le caigan los libros que lleva sobre la cabeza.

Carbón: el pequeño gato negro que merodea el despacho del jefe y que humaniza un pelín a alguien a quien todos temen.

En especial...

Para las que luchan pese al miedo.

Para todas las que cargan con cicatrices invisibles y aun así, sonríen.

Para todas aquellas que no tiran la toalla aunque estén al límite de sus fuerzas, aunque nadie las aplauda, aunque se sientan solas.

Para las que creen que no pueden más y sin embargo, no frenan sus pasos.

Para las que se reconstruyen cada mañana con trocitos de valor.

Y para las que no se rinden por muy difíciles que se pongan las cosas.

Espero que tu Dallas Brodly te encuentre y ponga tu mundo patas arriba…

en el mejor de los sentidos.

Que esta historia sirva para recordarte que el amor de verdad, el que no huye, no teme y llega para quedarse… es solo para valientes.

Con cariño



OBJ

ÁRBOL GENEALÓGICO

en relación a nuestros protagonistas



5

<u>Liam Brodly (mejor amigo de Jay-Duncan)</u>
(2 hijos)

Dallas Brodly (37 años)
Erik Brodly (37 años)

<u>Levi-Ryan Diago + Lexi Diago</u>
(2 hijos)

Blake-Hunter Diago (28 años)

Leia Diago (24 años)

C R O N O S

Esta novela empieza…

Pocos días después de la boda de Zane-Ryder y Ayris Vojak.

«Para que esto salga bien, necesitaré un milagro» —Dean-Weston.



1

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Las ventanas panorámicas de mi despacho muestran la ciudad de Nueva York en su máximo esplendor, la misma que se convirtió en mi tablero de ajedrez hace ya muchos años.

—Por favor, no me hagas esto —dice una voz masculina a través del teléfono.

—La política no es lugar para un hombre con tantos secretos como tú, Malachi. Aunque, si me preguntas a mí, lo más sangrante es que seas un machista de mierda liderando un partido feminista.

—¡Acabo de salir reelegido! ¡No puedo irme ahora!

La bola de pelo negra de cuatro semanas que me ha regalado mi hermano en contra de mi voluntad —la que se empeña en maullar a pesar de que *no* es un gato— se sube a mi mesa trepando por los cajones uno a uno.

—Puedes quedarte con el cargo, si tanto lo quieres.

—Gracias, ¡gracias, yo…!

—Al menos hasta las… —miro el carísimo reloj de mi muñeca— cinco de la tarde. Claro está que, para entonces, el escándalo de la red de prostitución ya habrá salido a la luz, tu hija dejará de hablarte y tu mujer se quedará con tu pasta con todas las de la ley. —Mientras él llora y se disculpa por ser un pedazo de mierda humana, yo le recuerdo—: O puedes cederle todo el control al único de tu partido al que le importa lo más mínimo la igualdad de derechos y dimitir antes de que te hunda la vida.

Me da lo que quiero. Pues claro que sí.

—¿Te sientes mejor contigo mismo después de hacer llorar a un vejestorio salido? No contestes, sé que sí. —El polaco más inteligente del estado de Nueva York (bueno, igual eso es decir mucho) entra en mi despacho sin invitación justo cuando cuelgo el teléfono.

—Llegas trece minutos tarde, Stanisław. Deberían despedirte.

—Beneficios de tener al CEO en el bolsillo. ¿Por qué tienes un gato subido al hombro? ¿Es una nueva moda para darle todavía más miedo a toda esta oficina?

—Carbón *no* es un gato.

—¿Por qué insistes en que *no* es un gato?

—¿Porque me cabe en la mano y ni siquiera tiene dientes?

—Le están saliendo, dale tiempo. ¿Has pensado en cambiarle el nombre?

—Carbón le va que ni pintado: nadie lo quería y me ha tocado cargar con el muerto. Si no aprende a usar el arenero, lo tiraré por la ventana.

—No va en serio —le dice Stanisław.

Me giro hacia Carbón.

—Voy totalmente en serio.

Él decide interpretar mi mirada asesina como una invitación a que me chupe la nariz. Es evidente que lo nuestro no va a funcionar.

—He hablado con Scott esta mañana —continúa—. Tu generoso donativo a la protectora de pingüinos ya ha sido enviado.

—Shhhh.

—Cierto, cierto, nadie puede saber que tienes corazón.

—¿Por qué Scott se dedica a compartir mis asuntos privados con cualquiera?

—Porque está al tanto de este *bromance*. Me… me voy a ir antes de que me mates.

«—¿Sabes? Cuando hace mucho frío, se reúnen en grandes grupos llamados huddles. Se acurrucan unos con otros y se turnan para estar en el centro, donde hay más calorcito.

Esta niña tendría que estar ya en la cama, pero en cuanto me ha oído llegar ha bajado corriendo las escaleras y no sé tú, pero yo de aquí no me muevo.

—¿Dónde has aprendido eso, Lily?

—En clase de ciencia. —A la hija de Láhria y Kían-Lysander MacAlister se le llenan los ojos de lágrimas.

—Eh, ¿y esa pena repentina? Si a ti te encanta hablar de pingüinos.

—Una niña de mi clase ha dicho que se extinguirán y que no me dará tiempo a ser veterinaria y cuidarlos. Que, cuando crezca, ya no quedará ni uno.

—¿Cómo se llama esa niña?

—Ashley.

—Dile a la repelente de Ashley que tu tío se va a encargar de que los pingüinos vivan mejor que ella hasta mucho después de que os hagáis mayores. Y si no te cree, le dices que me busque en internet, si es que sabe.

Se carcajea y yo me pregunto si hay una mejor manera que esta de gastar mi fortuna».

—Jefe, perdone —Jesse, mi secretario de veintidós años, entra temblando como una hoja en mi despacho.

Lo contraté hace unos meses por eso de la igualdad de género a la hora de contratar al personal y todo eso, pero al primer papel que me pierda, lo despido.

—Hombre, Jesse, pasa, tómate algo. ¿Quieres un café? —le ofrece Stanisław que, por supuesto, aún no se ha ido.

A Jesse parece que va a darle un infarto.

—No, no, solo venía a decir que la señorita Galanis ya ha llegado a recepción.

Jesse sale de mi despacho y Stanisław me quita a Carbón de encima.

—¿Qué es lo que te ha pedido Leia que hagas y quién es la mujer que ya ha llegado a recepción? Tu mensaje era escueto de cojones.

—Lo sabe.

—¿El qué sabe?

—Leia *lo sabe.*

Stanisław pierde un poco de color y deposita a Carbón en mi mesa.

—Mierda. Joder. ¿Desde cuándo?

—Desde hace nada. Pasó en la boda de Ayris y Zane-Ryder —me froto la cara mientras Carbón juega con el cable del teléfono de mi mesa.

—¿Se lo va a decir a Erik? ¿A tu madrastra? ¿A todos?

—No. Si permito que Megara Galanis me use de cobaya durante tres meses, Leia no dirá nada. Cree que su mejor amiga puede curarme. —Algo similar a una sonrisa empática se dibuja en la cara de mi buen amigo, el gilipollas—. ¿Quieres que te despida?

—Se preocupa por ti, cabronazo. Y encima va a guardarte el secreto, como hago yo. Ya me cae bien.

Hay que joderse.

No puedo negar que he buscado trapos sucios de Leia Diago desde que me pilló como me pilló. Pero imagino que las pirañas de su estanque están jodidamente ocultas por el padre que tiene. Eso, o ha venido a amenazarme la única santa de todo Michigan.

La adoro, pero como enemiga es un puto fastidio.

—Tu jefa se va a enfadar, deberías pirarte a trabajar. —Aparto a Carbón de sus intentos de dejarme sin línea telefónica y lo acomodo en mi regazo, porque se la suda cuántas putas camas le compre, siempre acaba en mis piernas.

—Violet no es mi jefa, tenemos el mismo rango jerárquico, lo cual la convierte en mi compañera.

—Debería serlo.

—Nos contrataste a la vez, cuando este edificio ni siquiera existía.

—Sí, pero ella es la única que sigue ganándose el sueldo.

Llaman a la puerta y me doy cuenta de que cuanto más quiero que se vacíe mi despacho, más se llena.



OBJ

2

OBJ

Meg

OBJ 

Al salir del ascensor me aseguro de que el pelo me tapa la espalda y de que nadie puede ver el moratón de mi nuca y después hago lo propio: escaneo cada rincón con tal de que me dé información útil.

No encuentro mucho, salvo que con las miradas con las que me estoy topando y el nivel de cuchicheos desde que he llegado a la lujosísima recepción del edificio, cualquiera diría que esto es la cárcel y que, a donde voy, es a la silla eléctrica.

Puede que lleve un vestido de Prada y unos Jimmy Choo más brillantes que el futuro de muchos, pero yo soy de Acorn Hill, chavales. A mí no se me achanta con facilidad.

A medida que me guían en dirección al despacho del jefazo, la cosa empeora.

Tenemos un megamix de miradas a lo «tía, ¿estás segura?», aderezado con un poco de «¿es que quieres morir?», con un par de toques de «al final las guapas siempre son las más tontas» de alguna que definitivamente no es una *girls girl.*

Tesse, el secretario más aterrorizado de la historia de los secretarios aterrorizados, me guía por un pasillo con el suelo en mármol negro y esculturas rarillas y minimalistas sobre pedestales de ónix, pasamos por unas cuantas salas con puertas de cristal y veo a mujeres. Mujeres bien vestidas presidiendo una mesa mixta. Mujeres dirigiendo una reunión. Mujeres en conferencias.

—Qué raro —murmuro frunciendo el ceño.

—¿Cómo dice? —pregunta Tesse, el de las manos sudorosas.

Sacudo la cabeza y le dedico una amable sonrisa. *Parecen jefas de algo.*

La verdad es esta. Puede que solo tenga veintisiete primaveras, pero me he movido mucho en los últimos nueve años. He trabajado

para tooodo tipo de empresas y sé bien que el mandamás, el típico hombre blanco con más pasta que esposas y más arrugas que dinero, considera la igualdad de contratación una mera forma de conseguir subvenciones o desgravar impuestos.

No quiere tener a mujeres rondando posiciones de alto rango.

No quiere oír hablar de cólicos por la regla y, válgame Dios, jamás toleraría que una mujer pidiera la baja por embarazo. Le respondería algo tipo «mira, das a luz en un momentito y vuelves al trabajo, ¿no queríais igualdad? Pues ahora apechugad, majas».

Esa clase de hombre contrata a chicas guapas como becarias para que alegren la vista a sus "trabajadores de verdad" y cree que el acoso sexual en el ámbito laboral es de ser una tiquismiquis.

Bien, dado que quien me ha extorsionado para que acepte este trabajo ha sido mi tesoro, mi alma gemela, la hermana pequeña que nunca he tenido, damas y caballeros: Leia Diago; esperaba que Dallas Brodly no entrará en el grupito de esos señoros.

Pero un poco sí.

Vale, lo esperaba porque es multimillonario y en la mayoría de casos eso se traduce en que ha tenido que vender su alma. *Y además, ¿haciendo qué? ¿A qué demonios se dedica esta empresa?*

Tesse llama a la puerta, la abre y se hace a un lado para que pase.

Lo hago y, de repente, veo que detrás de mí hay otro Tesse igual de tenso. Dada la evidente ausencia de alcohol en mis venas, supongo que no me lo estoy imaginando y que este tío ha contratado a un par de gemelos como sus secretarios.

El que no es Tesse me presenta en cuanto entro en el despacho, atrayendo la mirada de dos hombres trajeados. Noto un fuerte olor a colonia masculina cara, de esa deliciosa, de la bien escogida.

—Encantado de recibirte. Soy Stanisław Leszczyński, el jefe de operaciones.

Guapo.

Alto.

Ojos azules.

Un buen apretón de manos.

Es el tipo de Leia en su máximo exponente. *Habrá que conocerlo antes de darle el visto bueno, que las apariencias engañan. Si no, mírame a mí.*

—Un placer, Stanisław *—ni de coña repito el apellido, vamos, es que ni de coña*—. Soy Megara Galanis.

Ladeo la cabeza hacia el otro, el que falta, el que sigue en su trono de poder: el hombre de expresión dura, tenaz, férrea y, una vez le encuentro, no soy capaz de apartar la mirada de la suya.

Qué… *curiosidad.*

Científica, claro. Como cuando un tío de esos que dedica su vida a sacar estalactitas de cuevas donde el ser humano no ha metido la zarpa, encuentra un mineral extraño que no había visto en las cuatro décadas de investigación que lleva a sus espaldas.

¿Qué eres tú?

Tengo la sensación de que la oscuridad crece a sus espaldas, como si acabara de desplegar sus enormes alas negras de demonio para atemorizarme.

No es el efecto que consigue.

—Tú debes de ser Dallas.

En cuanto pronuncio esa última palabra, dos personas idénticas aspiran una buena bocanada de aire a la vez y lo hacen con espanto.

Alguien se ríe. Juraría que Stanisław.

El hombre de traje caro, pelo oscuro engominado y anchos hombros de quarterback de la National League se levanta de la silla y gruñe un «todos fuera» que reverbera en mi pecho de lo grave que es.

Pero no tengo tiempo de sentirme intimidada, porque una de sus inmensas manos llenas de venas (a ese fetiche ya volvemos más tarde) carga con un gatito. Uno diminuto. Uno que no parece para nada molesto de que el CEO de DW lo suelte sobre su mesa sin miramientos.

Dios mío, ¿se ha hecho un ovillo? ¿Un ovillo diminuto que voy a comerme a besos? ¡Ya lo creo que sí! ¡Ya lo creo que ha…!

—¿Me estás escuchando siquiera? —La voz de Dallas suena cerca, mucho más que antes, y me veo obligada a alzar la vista y comprobar que estamos solos en la inmensidad de este despacho que solo puede estar compensando un micropene.

Sus ojos… son un «diosanto» en toda regla. Así, como única palabra. *Ese iris es IA, vamos, no me fastidies. ¿Cuántos colores hay ahí?* El caramelo y el océano Pacífico es la colaboración que mis hormonas no sabían que necesitaban.

Uy. Uy, no, ¿qué me está pasando?

Fíjate tú. El primer inconveniente.

3

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

La veo embobada mirando a Carbón como si fuera el mayor descubrimiento arqueológico de la historia y ella fuera una versión rica y delicada de Indiana Jones.

La llamo, pero no parece oírme. Estoy a un palmo de ella, oliendo hasta la última nota de… *espera, ¿a mí qué coño me importa a qué huele esta mujer?*

—¿Me estás escuchando siquiera? —me parece increíble tener que preguntarlo.

Ladea la cabeza llena de ondulados mechones granates hacia mí, percatándose solo entonces de mi presencia. Sus ojos se expanden al toparse con los míos. Sus labios quedan entreabiertos unos largos segundos antes de responder.

—No. ¿Eso es un gato?

—Sí. ¿Podemos no alargar esto más de lo imprescindible?

—Claro. Tienes unos ojos preciosos —dice pestañeando despacio.

SUBCONSCIENTE: qué mona es, coño.

Cállate.

—¿Cómo has dicho?

—Pues eso. No sé cómo dejarlo más claro, ¿tienes problemas de comprensión auditiva?

Aprieto los dientes.

Antes los tenía marrones con algo de azul, pero ahora los colores se han invertido.

Imagino que es otro de los procesos extraños y sinsentido por los que ha pasado mi cuerpo defectuoso, porque ya apenas me queda nada del marrón que tanto odiaba.

Ese color que, nada más verlo, me recordaba a una mujer que preferiría borrar de mi memoria.

Mi madre.

—¿Cuánto? —me alejo de su aroma dulce y vuelvo a mi mesa.

—¿Perdona?

—¿Cuánto quieres que te dé para que le mientas a Leia durante tres meses y le asegures que estás haciendo lo que quiere que hagas?

—No voy a mentir a Leia —le vibra el móvil y lo saca del bolso, como si de verdad se planteara mirarlo en mi presencia.

Y es que lo… lo mira. Lo está haciendo.

—¿Por qué no?

—Mi palabra no está en venta.

Mi cuerpo reacciona a su integridad con demasiado entusiasmo.

—¿Estás diciendo que vas a pasarte tres meses aquí, sin cobrar un solo dólar, solo porque tu amiga te lo ha pedido? —alzo una ceja —. Me cuesta creerlo.

Carbón emite un sonido de estar a gusto que nos hace centrar la vista en él y… joder, este puto bicho me está ablandando. *Por encima de mi cadáver.* Paso el brazo por encima de la mesa y lo barro con el gesto, tirándolo al suelo. Él aterriza con gracia y no se queja, solo me mira con desolación.

—¿Cuál es tu puto problema, animal? —chilla una mujer que no sabe que debería tenerme miedo, como todos en este edificio.

Estoy demasiado atónito de que me haya levantado la voz como para responderle de inmediato.

Megara se agacha sobre sus rodillas, arrastrando ese vestido lila que con gracia se pega a su delicado cuerpo lleno de curvas, y coge a Carbón, aplastándolo contra sus generosos pechos.

—En estos momentos tú eres mi puto problema. También él —miro al bicho—, y tener un hermano entrometido de cojones. ¿Si no es dinero, qué quieres de mí? ¿Follar? Porque te advierto que no eres mi tipo, pero si lo que quieres es algo de fama, puedo salir a cenar contigo y esperar a que la prensa nos fotografíe juntos. ¿Qué me dices?

—Te digo que ahora entiendo por qué has buscado un edificio tan alto. Estabas intentando poner la empresa a la altura de tu ego —chista la lengua—. Me da que no lo has conseguido. Quizá con un par de plantas más.

—Mira…

—No, mira tú, *chaval* —se deja caer en la silla y sube sus tacones caros al borde de la mesa, lo cual evidencia que me está dando un aneurisma y viene con alucinaciones—. ¿Intentas darme

miedo? Soy química forense, estoy especializada en venenos y todo tipo de mierdas capaces de hacer que una persona la palme. He visto de todo y he trabajado para gente peor incluso que la clase de escoria que usaría dicho veneno. A mí no se me intimida fácilmente. Además, Leia te aprecia, así que tú no puedes darme miedo —se encoge de hombros—, mala suerte.

—Todo el mundo tiene un precio.

—Mi amistad con Leia no. No me obligues a repetirme, Dallas, es irritante. —Vuelve a vibrarle el móvil y, al mirarlo, una ligera sonrisa dulce se dibuja en sus labios.

Por algún motivo, quiero arrancárselo de los dedos. *¿Por qué la persona al otro lado de su móvil se merece una sonrisa y yo no?* Aprieto los puños bajo la mesa intentando lidiar con la frustración.

—No me llames Dallas.

—Es tu nombre.

—Aquí todos me conocen por Dean-Weston y tú no vas a ser menos.

—¿No es un poco raro que te llamen como tu empresa? ¿Qué harías si fueras el fundador de CeraVe? ¿O de IKEA? ¿Sabes? En realidad sí tienes el tamaño de uno de sus armarios…

Sí, y tú de un Labubu.

Sonrío y abro uno de los cajones de mi mesa para poner el contrato a la vista, frente a ella.

—¿Sabes qué, Megara? Este lugar es muy grande y puedo asignarte un despacho lo bastante lejos como para que te replantees tu elección de calzado cada vez que tengas que venir a verme. —Recorro con la mirada la punta de su tacón, siguiendo hasta su pierna y la franja de piel expuesta.

SUBCONSCIENTE: joder, qué piernas.

—¿Tendré mi propio despacho? Suena genial —dice imperturbable.

—Tendrás un termostato para regular la temperatura de tu despacho. No lo toques.

—¿Pone eso en el contrato?

—Ya lo creo. Si quebrantas cualquiera de mis requisitos, los de seguridad te escoltarán a la calle.

Sonríe lentamente. Los ojos le brillan con algo que no me gusta, pero me inquieta.

—Tendré que venir a verte —desliza la mirada por mi cuerpo—, pedirte muestras. A todas horas. Créeme, guapito, no quieres empezar esto a malas.

—Solo podrás interrumpirme dos veces al día, también lo pone en el contrato —mascullo, deseoso de reescribirlo y poner una sola vez a la semana.

Al mes.

—¿No quieres hacer esto por las buenas? Me parece fantástico, sé cómo ser una zorra insoportable mejor que nadie. —Esto lo dice lanzándome una mirada sensual a la vez que asesina, sin dejar de acariciar a Carbón, cuyo destino está totalmente ligado a la ventana en cuanto ella se largue—. ¿Me das un boli, cielo? ¿O prefieres que firme con mi pintalabios? Sé que los ricachones tenéis unos gustos muy raros.

—¿No vas a leértelo? —resoplo, tirando uno en su dirección, haciendo que el golpe que da en la mesa despierte a Carbón de un susto.

Ese traidor se queda frito en cualquier parte.

—Oh, Dallas —pronuncia cada letra de mi nombre como si fuera veneno—, ambos sabemos que ni tú ni yo tenemos ningún poder en esto que va a pasar. Leia es la que tiene la sartén por el mango. O, como me gusta más visualizarlo, la que te tiene cogido por los huevos. Pon las normas que quieras, cielo, pero, al final del día, si

no las respeto, ¿qué vas a hacer? ¿Dejar que Leia hable con tu familia? —chista la lengua—. Yo creo que no.

—Sal de mi despacho.

—Con mucho gusto. ¿Puedo llevármelo? —señala a Carbón con una uña negra y puntiaguda.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí.

—Entonces no.

Sonríe, pero esta vez el gesto es más tenso y apretado. Suelta al gato con cuidado y se despide de él con un gesto mimoso. Luego se contonea hacia la puerta y creo que nunca había odiado a alguien tan rápido. Sujetando la puerta, asegurándome de que la oigo, pregunta a Jesse o a Tesse:

—¿Cuál de vosotros dos tesoros va a enseñarme mi nuevo despacho? Tengo mucha pasta del jefe que fundir.

—¡Jesse! —vocifero y él no tarda ni dos segundos en venir a cerrar la puerta de mi despacho.

Me froto la frente maldiciendo a Ayris y a Zane, a su boda, al puto Celestial Odyssey, a mi organismo defectuoso de cojones, a Leia y, sobre todo, a Megara Galanis.

4

OBJ

Meg

OBJ 

Una larga jornada de decisiones de suma importancia y deliciosas interrupciones después, me doy cuenta de que cuanto más miedosos se muestran Tesse y Jesse, más los adoro. Son tan monos. Casi quiero contarles el secreto del jefe para darles un arma con la que defenderse. Todavía no los diferencio, pero estoy convencida de que no tardaré mucho en hacerlo.

He decidido no tocarle mucho las narices a DW para que baje la guardia, pero en cuanto me llegue el instrumental de laboratorio que

necesito voy a convertirme en su peor pesadilla vestida de infarto. He gastado la pasta que me ha dado la gana para que el envío sea exprés, así que: ja-ja-ja. Mi diversión es inminente.

Mientras estoy en el taxi camino a mi apartamento, recuerdo nuestra última discusión, después de que *alguien* dejara en mi mesa la solicitud de anulación de nuestro contrato acompañada de un bonito cheque en blanco.

«—Tienes una forma muy peculiar de aceptar que te cuiden —irrumpo en su cueva de maldades—. Esto me pasa por firmar un contrato en Mercurio retrógrado y la intuición en huelga. Si en realidad es culpa mía.

—Yo no necesito que me…

—¿Damos un paseo por Manhattan y me lo cuentas? —estrecho la mirada—. No, ¿no? Ya me parecía. Evita mandarme nueva correspondencia, yo no soy una Daughbeth y disfruto de las llamadas telefónicas con hombres de voz ronca».

Este tío no sabe la que le acaba de caer encima.

Pero eh, con un poco de suerte igual le salvo la vida.

El taxi me deja frente a mi bloque de apartamentos cerca de las seis de la tarde. Me muero de ganas de ver a Leia, pero admito que me cuesta lo mío cruzar la portería.

Algunos días me siento más fuerte que otros. Reconozco que las discusiones con el CEO me han gastando un poco la resistencia.

Tú puedes.

Ella te necesita.

Tú no eres la prioridad ahora.

Cuadro los hombros y me meto en el ascensor repitiendo en bucle esas palabras. Leia abre la puerta de su apartamento y se le ilumina la cara incluso antes de ver el mega-frappuccino que le traigo en un intento de compensar todo lo que hace por mí.

—Literal que te quiero horrores. ¿He de suponer que estamos de celebración? ¡¿Tan bien ha ido?!

—No ha ido bien, pero puede que adopte a un gato negro mono y diminuto.

—Pídeselo a tu nuevo jefe. O mejor, fúndele la tarjeta y no le des ninguna explicación.

—Eso es lo que he estado haciendo durante todo el día.

—¿Te he dicho lo increíble que eres?

Hago una mueca. Leia es mi MA^7, pero no por eso soy incapaz de ser objetiva al reconocer que es p-r-e-c-i-o-s-a. Es la viva imagen de su madre, *a quien considero mi tía postiza,* y si a esos genes les

sumas los del brazo sexy de la ley *Levi-Ryan Diago*, el cóctel resultante es una fiesta.

Ojalá Leia nunca tenga que pasar por lo que yo estoy p…

En fin.

—Últimamente no, tienes suerte de que lo sepa de sobra.

—Esa es mi chica.

—¿Qué tal tú? ¿Ha sido uno muy difícil? —carraspeo nerviosa mirando por encima de su hombro y se me encoge el estómago al saber lo que se viene.

Cálmate.

—¡Qué va! Por la mañana estaba cansada, pero esta tarde ha estado mejor, mucho mejor. Vamos, Faith lleva hora y media preguntando por ti.

—¿De verdad? —se me sube el corazón a la garganta de la ilusión.

¿Por mí? ¿En serio?

Toco madera, metal, piedra lunar y lo que haga falta, pero no me la juego, no quiero perder esta suerte. Faith y yo hemos llegado hoy de Acorn Hill, bien temprano, así que Leia se ha pedido el día libre en su nuevo trabajo para quedarse con ella.

No me merezco a la amiga que tengo y soy bien consciente.

Sigo a la Diago con moñitos rubios y lazos en el pelo por el pasillo, y encuentro a Faith en el sofá.

—He hecho galletas —dice la mujer de ojos verdes con una sonrisa cansada y una bolsa de Starbucks en el regazo—. Tus favoritas, cariño, las de chocolate blanco.

Son mis favoritas desde que ella dejó de hacerme las suyas.

El nudo en mi garganta crece.

—Caray, ¿para mí? Menuda suerte tengo —me siento en el brazo del sofá y le acaricio el hombro.

Ella me pone la mano encima y mi cuerpo se estremece al instante, pero hago el esfuerzo de quedarme quieta. El gesto se vuelve una caricia suave, tierna. Acepto la galleta que me da, pero casi no consigo que atraviese mi garganta.

—Lo que sea para mi Meg. Siempre que iba a buscarte al cole te llevaba un par bien grandotas, ¿te acuerdas?

Dios, sí que me acuerdo, pues claro.

Siempre me esperaba a las puertas del colegio con los brazos abiertos. De su mano, nada malo podía pasar. Ella era mi mundo entero y yo era el suyo. Era mi mejor amiga. Mi protectora. Mi heroína. Lo era todo para mí.

—Sí, eran las mejores galletas del mundo.

—¡Porque las hacía yo! —se carcajea y es ella, es su risa de verdad, vuelve a ser mi madre.

Sé la razón por la que Leia sorbe y se va a la cocina. Es la misma por la que yo me pellizco la lengua con fuerza hasta el punto que dudo si acabaré haciéndome sangre.

—Ya lo creo —me trago las lágrimas—. ¿Te he dado las gracias alguna vez por traérmelas siempre sin falta? Me hacían muy feliz.

—Ay, cariño, si no me cuesta nada. Además, tú siempre tienes una sonrisa que ilumina hasta la noche más… —se queda callada un momento y yo le aparto el pelo que se le ha venido a la cara. Solía ser pelirroja, pero ahora el blanco ha conquistado hasta el último rincón. Me mira con el ceño fruncido—. ¿Cómo está tu mejor amiga? ¿Cómo está Elina? Hace días que no la vemos, ¿no?

El primer latigazo siempre es el peor. El que te pilla con la guardia baja.

—Hace mucho que no sé de ella.

—¿Mucho? Imposible, si sois inseparables. Habéis tenido que jugar juntas en el recreo esta mañana. —Levanta la vista hacia mí y sus ojos reflejan confusión al verme, pese a que sus labios se esfuerzan por sonreír—. Espera, estás ya en el instituto, ¿verdad? ¿Me he confundido?

—Mamá, espérame un momento aquí que voy a despedirme de Leia, ¿vale?

Frunce más el ceño.

Voy a la cocina y me la encuentro sonándose la nariz.

—Lleva así desde hace mucho rato, Meg. No para de hablar de ti. Hemos estado rememorando tu épica adolescencia y lo bien que se te han dado siempre los deportes. ¿Y la fiesta de tus dieciséis, cuando montamos un cine en tu salón y comimos guarradas hasta que nos dolió el estómago y tu madre tuvo que llevarnos a urgencias con las coronas de cumpleaños todavía puestas? Menudas risas nos hemos echado. Creo que está mejorando. Bueno, perdón, quiero decir que empeora más despacio. Soy idiota. Pero quizá… Quizá tengamos algo de suerte en Nueva York.

—Puede ser —miento—. Me la voy a llevar a nuestro piso, que está cansada, ¿vale?

—¿Por qué no os quedáis a cenar? Podríamos hablarle de las Navidades que pasamos en…

—Otro día, ¿vale? —Le doy un abrazo y ella se calla, correspondiéndome al tiempo que procura no apretar de más. Leia nunca insiste cuando necesito espacio, nunca me fuerza a nada. Eso suele hacerme vulnerable ante la necesidad de darle más

explicaciones, aunque a veces sean mentira—. La quiero disfrutar a solas. ¿Te importa? Siento ser tan egoísta, pero…

—¡No! No, para nada. Lo entiendo perfectamente. Déjame que tire esto y os acompaño a la puerta.

En cuanto ella se gira y camina hacia el fondo de la cocina para tirar el envase de su frappuccino vacío, yo salgo por la puerta a toda prisa porque he reconocido el tono con el que me ha llamado Faith y no quiero que Leia lo presencie.

Ella no tiene por qué lidiar con nada de esto y ya bastante le está salpicando.

No tengo que hacer esfuerzo alguno en sacarla del piso de Leia porque, antes de que pueda darme cuenta, Faith ya está en el pasillo.

—Faith, espérame.

—¿Qué hago aquí? Yo no vivo aquí. Ni siquiera sabía que en Acorn Hill había edificios tan altos, ¿dónde está la escalera?

—Espera, espera, estamos en Nueva York, no en Acorn Hill —la cojo del brazo y, con la otra mano, cierro la puerta del apartamento de Leia. No me gusta obligarla a nada, pero no puedo dejar que esto pase en el pasillo, así que tiro de ella y la meto en nuestro apartamento como puedo. Me apoyo contra la puerta para que no

salga de nuevo—. Escúchame, yo soy… soy tu amiga, puedes confiar en mí. Voy a cuidar de ti, ¿vale, Faith?

—¡Yo no tengo amigas, solo a mi hija de siete años y ella me necesita! ¡Apártate! —tira de mí cogiéndome de los brazos, clavándome las uñas.

—¿De verdad no te acuerdas de mí? Tú y yo somos familia —se me rompe la voz, aunque ya debería estar acostumbrada.

—Escúchame bien, te haré daño si no te apartas —me coge del pelo y tira con fuerza hasta que se me saltan las lágrimas—. Haré cualquier cosa por proteger a mi hija, ¿me oyes? Voy a irme a buscarla.

—A Meg le gusta leer todo lo que cae en sus manos, así que su clase favorita es la de literatura, aunque la que mejor se le da es la de gimnasia porque los libros que le mandan leer son un coñazo monumental. Siempre dice que los que imponen esas lecturas anticuadas y aburridísimas solo quieren que sus alumnos odien leer.

—¿Cómo sabes…? ¿De qué conoces a mi pequeña?

—Mírame, mamá —digo con el dolor latiéndome en la cabeza y los brazos, con la garganta ardiendo y el corazón hecho pedazos.

Sus ojos reflejan lo mismo que un huracán que carga con vehículos, palmeras y de todo lo que encuentra a su paso. Un caos

incontrolable. Un montón de cosas que no están colocadas donde deberían.

—¿Pero…? ¿C-cómo es posible? —tartamudea—. Hace una semana eras pequeña.

—Lo sé, es complicado. Pero no tienes por qué tenerme miedo.

—Estoy muy cansada, Meg —se lleva la mano a la cabeza como si le fuera a estallar.

Leia no sabe que algunos días necesita un empuje extra de medicación y seguirá sin saberlo.

—¿Qué tal si te tumbas un rato y descansas? Te despertaré cuando tenga la cena preparada para las dos, ¿te parece bien?

Ella asiente y parece calmarse. Me he pasado la vida llamando mamá a la mujer que tengo delante. Pero Faith ya no es mi madre. A ella la perdí el día que le diagnosticaron este maldito Alzheimer.

Vuelve a atacarme cuando intento ponerle el pijama, pero no pasa nada. Después, con el piso en silencio, me curo las heridas sin devolverle la mirada al espejo. Una parte de mí cree que si lo hago, esto se volverá más real.

Como si eso fuera posible.

5

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Termino una conferencia y voy de vuelta a mi despacho pensando en que las reuniones son una puta pérdida de tiempo en la mayoría de ocasiones, y que, si es mi empresa, no sé por qué coño voy.

—¿Y esa quién es? —oigo cómo le pregunta Austin Richards a Jesse, mirando a Megara como si fuera el snack que le apetece esta mañana.

—Mi empleada —me pongo en medio interrumpiéndole las vistas —. ¿Querías algo?

—Sí, saber a qué se dedica esa monada. —Se inclina y quiero arrancarle los ojos de las cuencas.

Le arrebato los documentos que traía en la mano, suponiendo que eran para mí, y debería estar agradecido de que no le obligue a tragárselos.

—Es una empleada que merece respeto, ¿tengo que ponerte a hacer un curso de acoso sexual en el ámbito laboral, Richards?

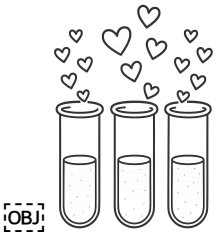
—No, señor —endurece la mandíbula.

Cuarenta y dos, recién divorciado, se folla todo lo que pilla, pero fíjate tú que a Megara no la va a pillar a menos que quiera perder la mano.

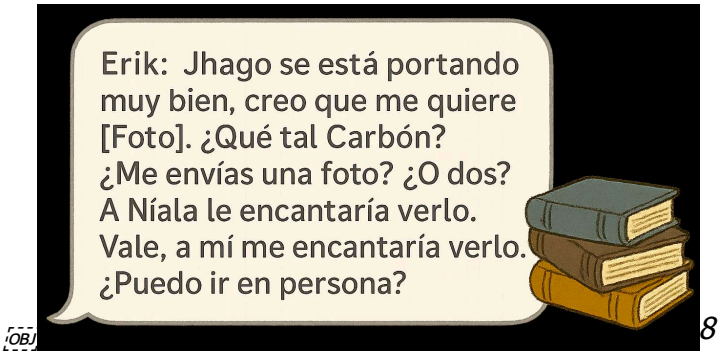
O la polla.

—Los revisaré con detenimiento —alzo los documentos y miro al ascensor para que pille la indirecta que no lo es tanto.

Él se gira para largarse y yo para ver a Megara. *No lleva aquí ni dos días y ya sé que esos vestidos van a ser mi puta perdición.*



El reloj marca las doce de la noche cuando apago el ordenador y tras dejar a Carbón en la mesa, estiro las piernas. A veces pienso que dormir en la oficina me saldría más a cuenta, pero la idea no me hace muy feliz que digamos.



Zane y Ayris adoptaron a cierto perro ex-policía tuerto y cojo, y Erik se está ocupando de él mientras están de luna de miel.

Aunque en realidad, no estoy seguro de quién está cuidando a quién.

En cualquier caso, mi hermano sabe que amenazarme con presentarse aquí es una buena manera de conseguir lo que cojones

quiera de mí, así que le envío una foto.

Cruzo el vestíbulo silencioso y desierto, como a mí más me gusta. Me abrocho hasta el último botón de la camisa y después de bajarme la gorra, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta de traje.

Mis manos y la piel de mi cuello y orejas se quejan en cuanto pongo un pie fuera de mis dominios, pero es soportable. *Voy a echar de menos esto. No el dolor, no soy de esos. Me refiero al aire puro.*

Camino haciendo inhalaciones profundas. Poco se habla de lo afortunados que son los que pueden tomar una bocanada de aire fresco cuando les plazca.

Tenso la mandíbula y aprieto los dientes cuando pienso en mi hermano, en lo enamorado que está de Níala y en lo poco que me sorprendería que un día de estos me venga con la noticia de que van a casarse. *Joder.*

A este paso no podré ir a su boda. ¿Qué coño digo? Erik sería capaz de casarse en mis putas oficinas con tal de que yo estuviera allí.

Creí que mudarme a Nueva York bastaría para dejar de joderle la vida a mi familia, pero se ve que es algo que puedo hacer incluso desde aquí. Debo tener bluetooth de largo alcance.

—Ahí está —oigo decir en un murmullo al girar la esquina, seguido de un puñado de pasos acelerados.

Tengo el tiempo justo de girarme y esquivar una barra de metal con intenciones de alcanzar mi cara. Son cuatro y un puño colisiona contra mi estómago cuando le arrebato un bate de béisbol al primero que voy a dejar sin dientes.

El dolor que estalla en mi codo y me recorre el brazo de arriba abajo no es nada en comparación con lo que está sintiendo el hijo de puta que acabo de dejar cojo. La improvisada pelea no es lo que tenía en mente cuando he salido a pasear.

—¿Quién os envía?

—Adivina, cabrón —ladra uno de los que se ocultan tras el pasamontañas.

Mi lista de enemigos no es muy corta que digamos, así que las posibilidades son casi infinitas. Pierdo la gorra y la cara me arde más que los nudillos. Saben pelear, pero es evidente que esperaban que yo no y eso está siendo toda una ventaja.

La piel me quema y los ojos me están matando.

Joder, hace solo unos meses yo podía… mierda. Qué puta mierda.

El despiste victimista me cuesta caro y mi mandíbula acaba pagando el golpe. Una patada en la cara que me gira el cuello y me hace estar a punto de perder el equilibrio. Eso sí, le rompo el pie al imbécil que ha tenido los santos cojones de atreverse a hacerlo, pero no siento que estemos en paz.

—Malachi dijo que no sabría pelear —gruñe uno de los dos que quedan en pie, el que estaba escupiendo sangre hace un segundo.

—Cállate, gilipollas —le gruñe el que está a punto de abrirme la cabeza con la barra de metal.

Se la quito después de reestructurarle la espalda con el bate.

—Es lo que tiene ser casi un Vojak —escupo la sangre que se me ha acumulado en la boca y saco el teléfono para hacerles unas fotos y llamar a seguridad—. Espero que Malachi os haya pagado bien porque os hará falta la pasta cuando salgáis de la cárcel. Si es que llegáis a hacerlo.

No espero a que llegue la policía porque mis córneas no van a darme la oportunidad.

Puede que yo no tenga a ningún Iksáia que me siga allá donde vaya, pero me fío lo bastante de mis seguratas como para darles las pruebas y que con eso baste. La policía se encargará del resto.

Vuelvo al despacho a curarme. No en las heridas abiertas, sino en mi puta piel defectuosa.

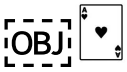
Tengo la piel de un monstruo.

Justicia poética, imagino.

6



Meg



Es la una de la madrugada y tengo un cigarro entre los dedos. No está encendido, dejé de ser fumadora hace años, pero saber que podría aliviarme con él si de verdad lo necesitara me hace poder respirar un poco mejor.

Qué irónico, ¿no?

Estoy sentada en un banco en las escaleras más cercanas a mi edificio y, aunque sé que no es buena idea dejar a mi madre sola, necesitaba un respiro.

Esto no se me da nada bien. Me froto la cara y exhalo reviviendo el mal pronóstico que nos dieron los médicos la última vez. *Va a ir a peor, Meg, y rápido. Debes aceptar que solo acabará cuando Faith…*

—¡Joder! —grito con la voz rota, alzando la vista al cielo—. ¡Con la de escoria podrida que hay en el mundo, ¿y tenía que tocarle a ella?! Universo, ¡eres un grandísimo hijo de puta! ¿Me oyes, cabrón? ¡Púdrete en el infierno!

—Cállate, loca —suelta un vecino a lo lejos.

—¡Mañana madrugo, duerme la mona en tu casa! —esta es la voz de una chica.

Pienso en Leia. No quiero que acabe asomada a la ventana y descubriendo todo el percal, así que cruzo la calle pues el único lugar en el que puedo esconderme son unos rosales de la acera de enfrente.

Salvo que no llego hasta ellos. ¿Por qué? Fácil: un Aston Martin está a punto de atropellarme. *Vamos, lo que me faltaba.* A mi garganta en carne viva todavía le quedan muchos insultos que soltar, pero se me atascan todos cuando veo quién está tras el volante.

Dallas.

Él ve mis lágrimas y yo veo la sangre de sus heridas. Los dos nos quedamos congelados unos largos segundos. Entonces sale del

coche y, cual caballero de brillante armadura, pronuncia con voz profunda:

—¿Estás bien?

—Eres tú quien tiene el labio partido y un montón de magulladuras. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Estás llorando. ¿Por qué? —insiste.

—¿No vas a contestarme?

—¿Y tú?

Exhalo. Este tío es exasperante incluso cuando se preocupa. Compadezco a su novia. O a su mujer. Leia sabrá si fue acompañado a la boda de los policías, ¿no? Yo no pude asistir, aunque me hubiera gustado, pero el caso es que no recuerdo que Leia mencionara una pareja.

Segurísimo que era alguna modelo despampanante, nórdica lo más probable, de piernas infinitas y piel de porcelana, de esas que parece que no necesitan ni *skincare*.

—Dime quién te ha hecho llorar, Megara.

—El universo dándome unas cartas de mierda con las que jugar la partida. ¿La vas a tomar con él? ¿Vas a mandarle a tus abogados? —resoplo con una risa irónica—. Sería un gesto muy tierno, pero preferiría que antes fueras a una consulta médica a que…

—Ven conmigo, por favor —está a punto de alcanzar mi sudadera de "*ciencia>>>>hombres"* pero en el último segundo, no me toca—. Te compraré una bebida caliente.

Juraría que es la primera vez que dice «por favor» en su vida. Será por eso que me muero de ganas de contentarle. Aun así:

—No puedo.

Aprieta los dientes y me mira desde las alturas como la montaña de músculos magullada que es.

—Veo en tus ojos que quieres cargarme sobre tu hombro.

Asiente.

—Es una pena, pero si lo haces, tendré que matarte.

Exhala de nuevo. *Tiene complejo de chimenea o algo.*

—Te juro que no voy a hacerte daño, Megara. Puedes confiar en mí.

La mayoría de personas que conozco me llaman Meg, pero no todos. Teniendo eso en cuenta, no sé por qué se me pone la piel de gallina al oírle pronunciar mis seis letras.

—No es eso, me fío de ti. Vivo con alguien muy vulnerable que me necesita, ella… madre mía, yo ni siquiera debería estar aquí en la calle. Dios, si se despierta y ve que no estoy gritará hasta que los vecinos llamen a la policía. Debería…

—Ah —dice escrutándome con la mirada como si fuera capaz de leer el nombre y la situación de mi madre solo con mirarme los ojos —. Está bien. Pero antes… —aunque me he puesto una sudadera sobre el vestido con tal de no ver las marcas de las uñas de Faith, Dallas me ofrece algo. A mí. Me está ofreciendo algo a mí, cuando es él quien tiene la cara hecha un cristo—. Cógelo.

—¿Me entregas un pañuelo de tela? ¿Qué estamos, en el siglo pasado? ¿Vas a buscar a mi padre y a hablar de cuántas cabras valgo? ¿A obligarme a llamarte Darcy?

—*Megara*.

—Vale, me callo. Gracias —lo acepto, por primera vez con el corazón acelerado por un sentimiento distinto al miedo—. ¿N-no vas a decirme…? —carraspeo—. ¿A decirme qué te ha pasado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Pongo los ojos en blanco y miro la tela que sostienen mis manos.

El pañuelo tiene las iniciales DW bordadas y, si fuéramos amigos, me reiría de él por ese detalle. De hecho, puede que aunque no lo seamos, no sea capaz de resistirme.

—Estás sonriendo —susurra su voz en algún punto por encima de mi cabeza, más cerca que antes.

—Pensaba en lo fácil que me resultaría burlarme de ti ahora mismo.

—¿Por qué? —pregunta en un tono dulce que, sin duda, me estoy imaginando.

Tengo un «porque sí» en la punta de la lengua, pero entonces le veo la piel roja y herida, se me encoge el estómago. Estaba tan ensimismada en lo mío que no me he dado ni cuenta de que…

—Dios mío, tú no puedes estar aquí fuera —jadeo. Pongo las manos en sus hombros y lo empujo hacia atrás, hasta que se da contra su coche—. Vete. Ahora.

—No hasta que entres en casa.

—Métete en el coche, Dallas Brodly —insisto, ya que imagino que sus ventanas serán especiales.

Se le curva un poco la sonrisa. Es mínimo, casi insignificante, pero: diooooooos-mis-ovarios. *Prefiero sus gruñidos de esta mañana, tienen menos peligro.*

—Las cosas no funcionan así.

—¿Cómo dices?

—Digo que no puedes darle órdenes a alguien que se pasa la vida dándolas.

Tan de cerca es evidente que el daño ha llegado a sus ojos. Los tiene tan rojos que duele mirarle.

Dios, ¿pero a mí qué me pasa? ¿Cómo he podido olvidar para qué narices me ha pedido ayuda Leia? Por otra parte: está muchísimo peor de lo que pensaba y eso hace que me duela el estómago.

—¿Quieres que te suplique? Porque estoy más que dispuesta a hacerlo con tal de que entres en ese coche.

Endurece la mandíbula, no tengo ni idea de por qué, luego niega y se mete en el Aston Martin. Baja la ventanilla antes de que dé un solo paso. Me dan ganas de poner los ojos en blanco otra vez, pero dos veces seguidas me convertirían automáticamente en una adolescente y no quiero tener que pasar otra vez por la fase del acné.

—Espabila, Cacahuete, los servicios nocturnos los cobro caros —dice con esa voz profunda que hace cosas raras a las pocas neuronas funcionales que me quedan a estas horas de la noche.

Resoplo. Me giro cuando ya estoy en la puerta.

—Cielo, serías tú el que tendría que pagarme si te pusiera la mano encima y ni siquiera tu imperio valdría suficiente. ¿Acabas de llamarme cacahuete?

—Sí, ¿sabes lo que tenéis en común?

—No me interesa sab…

—Que os tengo alergia a los dos —pisa el acelerador a fondo y desaparece dejándome el corazón tropezando consigo mismo como un tonto.

7

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Una puta broma de mal gusto. En eso se está convirtiendo mi vida.

¿El despacho que le había asignado a Megara hace tres días? Está vacío. Ha decidido instalarse en uno a tres míseros metros del mío, uno que está girando la puta esquina, sin que me diera cuenta y ahora… ahora, según ella, ya es tarde para cambiarlo todo. *A menos que abra una ventana y se lo lance todo por ahí.*

—Espera un segundo, ¿qué vas a hacer?

—Stanisław, apártate de mi puto camino —le pido cuando ocupa el hueco que ha dejado Jesse en la puerta, tras soltarme la noticia. Stanisław, por supuesto, ignora mi petición, me empuja dentro del despacho y cierra tras de sí.

—Discute tu plan conmigo primero.

—¿Mi plan? Arrastrarla hasta el ascensor y luego invitarla a marcharse.

—Sería la primera vez en tu vida que agredes a una mujer, ¿estás seguro de eso?

La imagen llorosa de Megara con la que me topé hace no demasiado se me rebota.

Aprieto los puños. *¿Quién la hizo llorar?*

—Bien, pues llevaré a Megara con suma delicadeza hasta el puto ascensor y entonces la invitaré a marcharse.

—Así me gusta, campeón. ¿Y después?

—Lanzaré todo el material que haya comprado por la puta ventana.

Stanisław chista la lengua.

—Qué fijación con tirar cosas desde aquí arriba. ¿Sabes? La buena gente de Nueva York no tiene la culpa de que tengas

problemas de control de ira, ¿de verdad se merecen que les caigan todos esos artilugios científicos raros en la cabeza?

—Serás tú quien se les caiga en la cabeza como no te apartes de mi puto camino. —Lo dejo atrás.

En un puñado de zancadas entro en una de mis salas de reuniones, en esa que ha sido remodelada sin mi consentimiento.

—Buenas, jefe, ¿qué tal?

—¿Se puede saber qué es todo esto?

—¿Mi cromatógrafo de gases acoplado a espectrómetro de masas? Esta monada sirve para detectar trazas de alergénicos en sangre o piel. —Se contonea hasta su mesa con su falda de tubo roja tan apretada, esa que no deja mucho a la imaginación. Una vez allí trastea con unos cuantos cajones y saca una especie de bastoncillo—. Para neutralizar componentes de la luz dañina en un medio biológico tengo mi HPLC, y para analizar cómo reacciona tu piel a ciertas moléculas bajo diferentes condiciones de luz, tengo a mi FTIR. Aunque no quiero abrumarte con la jerga, colega. ¿Estás bien? Estás un poco rojo. ¿No se supone que estas ventanas son especiales para…?

—No puedes interrumpir así mis horas de trabajo —digo apretando los puños, incapaz de reconocerme por qué, incluso

ahora, soy incapaz de apartar la mirada de sus putas gafas de sabionda, de sus labios gruesos y listos para mí.

Olvida todo lo que ha dicho. Olvídalo.

SUBCONSCIENTE: no puedo.

—¿Cómo está tu carita, por cierto? Tiene mejor aspecto. —Dudo si me habla a mí. Acto seguido se agacha junto a Carbón y veo algo rojo en el suelo, tan grande como su diminuta cabeza.

—¿Le has comprado una pelota a mi gato?

—Sí, para que juegue. ¿Tienes alergia a contestar alguna de mis preguntas, jefe?

—Este gato ya está lo bastante entretenido —le quito la pelota de entre las zarpas y la guardo en el bolsillo de mi chaqueta. Estoy listo para descargar toda mi ira sobre esta mujer, pero no tengo oportunidad.

—Te recuerdo que has venido tú aquí. Y si esto va a repetirse, te pediría que te limpiaras el aura antes de venir, mis chacras no agradecen nada tu energía negativa. Mira, ya que estamos… —me coge de la barbilla, me separa los labios y mete el bastoncillo en mi boca. Le agarro de la muñeca para frenarla, pero se cambia el bastoncillo de mano—. No seas gruñón, esto será mucho más fácil si colaboras. Vamos, grandullón, sé un machote —me pone voces.

Estoy a punto de hacerle saber hasta qué punto no voy a colaborar cuando lo veo.

—¿Qué cojones? —tiro de la manga de su blusa y dejo al descubierto más marcas. Tiene los brazos llenos de hendiduras de uñas, también de arañazos—. ¿Quién cojones te ha hecho esto?

—No es asunto tuyo —se aleja, un poco pálida.

—Cuéntamelo.

—Puedes irte ya, he acabado.

—Megara.

No responde.

La veo aferrarse a la mesa, como si tuviera que toquetear algo para tranquilizarse y no tuviera otra cosa cerca. Quiero cogerla y zarandearla para que me haga caso, pero ahora mismo no me veo capaz de tocarla porque es evidente que no quiere que lo haga.

—Dallas… —sacude la cabeza.

—¿Por esto llorabas?

Tiene una hija. Si no puede dejarla sola de noche, debe ser pequeña y si es así, está claro que no es la responsable de estas heridas.

Es evidente que tampoco ha sido de una mascota.

¿Qué hay del padre? Leia no mencionó nada de que Megara estuviera casada. O divorciada. Fíjate, de repente quiero matar a un tío que ni conozco.

—¿En qué idioma te digo que no es asunto tuyo? —pregunta demasiado flojo, sin la chulería a la que me tiene acostumbrado.

—¿Estás en peligro, Megara?

—No.

—No me mientas.

—No lo hago.

—¿Quieres que se lo pregunte a Leia? —pregunto regodeándome en su incredulidad—. Exacto, ese es un arma de doble filo.

—Leia no es un arma de doble filo porque ella ya lo sabe *todo* y, como mi mejor amiga, no te contará *nada,* así que puedes ahorrarle el trabajo a tu lengua. Ahora, si no te importa, necesito pasarme un rato susurrándole guarradas a mi software de modelado molecular para ver si colabora conmigo más de lo que lo haces tú.

—No quiero que me des detalles de tus cosas —gruño.

—Aunque si quieres coger una silla y estudiar la expresión de ciertos genes cutáneos para hacerlos menos fotosensibles por mí genial.

—Megara.

—Pero he de advertirte que el cromatógrafo de…

No espero a que termine. Cierro de un portazo.

Llego al baño más cercano y cierro la puerta principal con cerrojo. El bulto en mi pantalón es indiscutible. La necesidad creciente de aliviarme con la mano, también. Ella y su boca llena de conocimiento, esa en la que tengo tantas ganas de meterle la polla cuando la oigo.

Tenía que ser lista.

Tenía que ser un puto cerebrito.

Me apoyo en el lavamanos y me echo agua fría en la cara.

La cruz con la que cargo es cada vez más grande. Igual que mi erección.

SUBCONSCIENTE: estás jodido, gilipollas.

8

OBJ

Meg

OBJ 

La muestra que le he cogido a Dallas, el bastoncillo, sigue en mi mano. Mi cuerpo se ha quedado petrificado, y todavía no entiendo por qué.

¿Por qué ha mirado mis horribles marcas como si fueran un ataque personal? Ni siquiera me conoce. ¿De verdad existen hombres con semejante instinto protector?

Carraspeo y le pido a mi pulso que se relaje mientras coloco la muestra en el instrumental que ahora mismo se me… se me ha

olvidado cómo funciona.

Carraspeo otra vez, sintiendo que mi cara cada vez está más roja. *Un poco patético por mi parte reaccionar así a un mínimo de atención.*

La enfermera que lleva cuidando a mi madre desde nuestro segundo día en Nueva York me envía un mensaje y es la sacudida que necesitaba. Están en el parque, de paseo. Además de encantadora, Ada, la enfermera experimentada que va a quedarse con todo mi dinero, también es fuerte, así que podrá cargar con ella hasta casa si ocurre cualquier cosa.

Estos días he tenido que salir un par de veces de las oficinas de DW para ir a casa porque Faith sufría alguno de sus episodios de pánico.

Hay momentos en los que la enfermedad la confunde hasta hacerla sentir un terror que parece capaz de acabar con ella. Me da miedo que se vaya así, de repente, que deje de estar en mi mundo pese a que mamá en realidad ya no está conmigo.

«—Mami, mami, contesta. ¿Qué preferirías?

—Todos sabemos que lo peor que podría pasarte es que te persiga una tortuga asesina que solo tiene que tocarte para

mandarte al otro barrio. Es la peor maldición que puede caerte encima.

—¿De verdad? ¿Incluso peor que la de infinito pelo encrespado para siempre jamás?

—Redundante y aterradora. Es verdad, cambio mi respuesta. Te toca, ¿qué preferirías, golpearte el dedo meñique cada vez que gires cualquier esquina o vestir el resto de tu vida de verde?

—Evidentemente, golpearme el dedo meñique cada vez que gire una esquina.

—Desarrolla tu respuesta.

—Nadie quiere un vestido de novia del color de los mocos.

—Eres una niña muy lista —me besa la frente—. Estudia mucho, ¿vale? Te recogeré a las siete.

—Salgo del cole a las cinco.

—¿Y qué vas a hacer hasta las siete?

—¡Mamá!

—Es broma, hija, es broma. Estaré aquí antes de que salgas. Te quiero, mi vida.

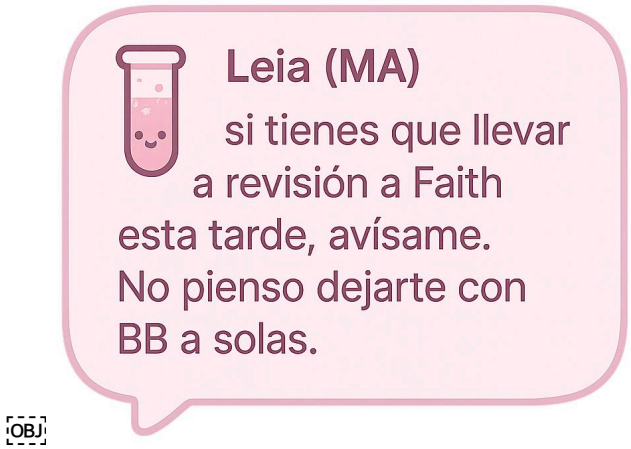
—Y yo a ti.

Entro en el cole y, cuando me giro a mirarla a través de las puertas, ella sigue ahí. Saludándome con la mano. Esperando a que

sea yo la que se marche primero».

Me llega otro mensaje. Este es de Leia y a duras penas lo leo.

Me seco los ojos y fijo la vista.



BB. Ergo «Ben el Baboso».

Reprimo el escalofrío.

Por suerte, no nos toca revisión todavía. Lidio con el mal regusto en el paladar. *Fíjate, justo en ese individuo no quería pensar ahora. Pffff, vaya día llevo.*

La puerta de mi despacho se abre y cierto hombre alto y fuertote aparece dándome un susto de muerte. *No, no tiene un nombre compuesto.* Stanisław está muy ocupado vigilando que nadie lo haya visto entrar como para percatarse de mi sobresalto.

—¿Ocurre algo?

—Esto no va a funcionar.

—¿Nuestro tórrido romance secreto? —me burlo—. Vaya, y yo que estaba a poco más de un millón de años de conseguir pronunciar tu apellido.

—Tienes que ganarte al jefe.

Stanisław ha venido a verme un par de veces esta semana para darme truquitos. Consejos amigables. Así que no debería sorprenderme ver al tío de «Dean-Weston odia a los vagos, no se te ocurra bostezar en su presencia» aparecer en mi despacho sin invitación.

—¿Y cómo voy a ganármelo si cada vez que hablamos se convierte en un Rottweiler con malas pulgas?

—Una cena. Los cuatro.

—¿Qué cuatro? —frunzo el ceño y echo la cabeza hacia atrás, porque todo el mundo sabe que eso te hace entender mejor las cosas.

—Weston y yo solemos ir a cenar a un restaurante italiano cada semana.

—¿Vuestra cita de los jueves?

—Pues sí, algo así. Llévate a una amiga. Finge que ibais a cenar allí y que nos hemos encontrado de casualidad. Yo me ocuparé del

resto.

—¿Qué te hace pensar que tengo una amiga?

—¿Que no eres desquiciante, ni te llamas Dean-Weston?

—Zalamero, seguro que eso se lo dices a todas.

—Sí, es mi complejo de inferioridad innato y mi férrea necesidad de aprobación y aprecio.

—Pobrecito, él y sus traumas. ¿De verdad crees que compartir mesa con el mismo hombre que no quiere compartir ni edificio conmigo funcionará para limar asperezas?

—Sí. —Y lo dice rotundo el tío—. Esta noche a las once. Te mandaré los detalles.

—No puedo, tengo que cuidar de…

—¿De verdad te importa algo Weston? Porque a mí sí y él te necesita más de lo que se permitirá admitir, Meg —parece asustado —. Si tú no consigues nada en estos tres meses está jodido y para siempre. *Por favor,* ayúdale. Es mi mejor amigo.

Supongo que podría pagarle una buena pasta a Ada para que volviera un rato por la noche.

—Allí estaré. —Ladeo la cabeza hacia el polaco—. ¿He de suponer que comeremos pierogi y brindaremos con agua?

—Tienes el cincuenta por ciento de mi cultura dominada y el otro cincuenta… —sacude la cabeza y me deja a solas con mis pensamientos.



Frunzo el ceño.

Un poco más.

Nada, mis ecuaciones, problemas e incógnitas de las narices no se solucionan, voy a tener que buscar otra técnica. Resoplo en la salita vacía en la que me encuentro, todavía con el brik de leche en la mano. Lo guardo en la nevera conteniendo un gruñido. Cojo el café que acabo de prepararme y me giro para irme de vuelta a mi laboratorio, salvo que no doy ni un paso. Ni uno.

—¿Te ha molestado alguien de esta empresa? ¿Por eso no quieres decírmelo? —pregunta acercándose a mí, como si en todo el rato que hemos estado separados no hubiera pensado en otra cosa.

No debería sorprenderme verle porque es su empresa, hasta lleva su maldito nombre. Por otra parte, está invadiendo mi espacio

personal de un modo del que jamás me podría quejar, porque huele de infarto.

—Megara.

—No.

—¿Ha sido Richards?

—¿Austin Richards? —arrugo el rostro confusa por la mención—. No, él es muy agradable.

—Sí, hasta que consigue lo que quiere —resopla.

—No me lo ha parecido las dos veces que he tratado con él, aunque imagino que tú tendrás más experiencia en ese ámbito.

—¿Qué quieres decir?

—Que cada dos por tres salen mujeres guapísimas y bien vestidas de tu despacho que no parecen en absoluto interesadas en tu trabajo. Sea el que sea. Me gustan las mates, sé sumar dos y dos, ¿sabes? ¿Por qué sonríes? —Y encima de esa forma tan descarada, arrogante, canalla y sexy a rabiar.

—¿Tanto te fijas?

—Era evidente.

—¿Evidente?

—Sí, igual que lo que pasa bajo la mesa —mis ojos caen hasta su bragueta, pero él me alza la barbilla con un gesto firme, pero no

brusco.

—No sabes nada.

—¿No? Yo creo que sí. He leído mucho sobre tu obsesión por tirarte a medio Manhattan. Esto no son noticias nuevas para mí. Así que, si de eso va tu interés, puedes ahorrarte la caballerosidad, no he venido aquí a hacerte esa clase de favores.

Ahora no se siente halagado.

Me parece raro. Este tío entraba en el prototipo de "creo que tirarme a todo lo que se mueve es sexy y no una evidente carencia emocional y un miedo visceral a la responsabilidad".

Pero eh, las piscis también nos equivocamos.

—¿Quién te ha hecho daño?

—¿Tienes tiempo?

Es evidente que no se esperaba esa respuesta cargada de vulnerabilidad, ni yo la suya.

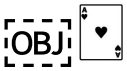
—Hace más de dos años que ya no soy así.

No parece que quiera que yo lo oiga, casi parece un recordatorio para sí mismo. Luego se da la vuelta y se marcha y siento… que la he cagado. Porque él venía a preguntarme a qué se debían mis heridas y ahora… a veces puedo ser un poco idiota.

9



Meg



No vuelvo a ver a Stanisław después de nuestra conversación.

A quién sí veo es a Dallas. Sí, me topo con él de casualidad, después de dejar atrás a sus dos secretarios que hoy huelen como La Sirenita, y de irrumpir en su despacho. *¿Qué? Necesito arreglar nuestro bache en la sala de descanso.*

—Lo siento, señor, no ha querido escucharnos cuando…

—Tranquilo, Jesse, yo me encargo.

Me gustaría ver eso.

—¿Por qué se llama Carbón? —pregunto en plan chica maja, sentada en la mesa del jefe supremo de DW, con un gatito en el regazo.

—Porque no respondía bien a «te voy a mandar al cielo de los gatos bien rápido» —dice tecleando en el ordenador como si de lo contrario su imperio fuera a venirse abajo.

Lo miro, pero él me ignora.

Esta técnica es nueva.

Es evidente que debería utilizar mis recién adquiridos poderes de invisibilidad para el mal. Mientras él contesta una llamada a alguien que, por el tono de voz que usa, odia, yo le doy los últimos mimitos a Carbón y lo dejo en el regazo de su papi, de donde lo cogí.

—No me importa —ladra Dallas Brodly asesinándome con esa mirada imposible que tiene.

Este debe ser el único hombre en el planeta capaz de hacer más de una cosa a la vez. Ver para creer. ¡Que lo estudie la ciencia!

Es evidente que no quiere que me vaya todavía, imagino que querrá echarme la bronca. Saco mis instrumentos y paso un pequeño tejido especial por su piel para quedarme con el escaso sudor que le brilla en el cuello. *Y menudo cuello. *Nuevo fetiche desbloqueado*, ahora me van las gargantas.*

—Con permiso —susurro juguetona porque en realidad, me estoy divirtiendo horrores con su incomodidad y frustración.

No para de revolverse, de mirarme mal, de gruñir.

Mis dedos se frenan y siento un calor pegajoso, feo y desagradable dentro de mí. ¿Me enfurece que tenga moratones? *Sí*. ¿Me enfurece que me enfurezca? *Horrores*. A mí este tío ni siquiera me cae bien, le estoy ayudando por Leia, pero aun así…

Dallas cuelga el teléfono de sopetón y su brazo roza mi rodilla.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta, no a mí, sino a mi rodilla.

La que ha tocado. Mi falda ha quedado ligeramente entreabierta y se me ve la pierna un poco más de la cuenta.

—Necesito un poco de sangre, un pelo, una uña y, a poder ser, lágrimas.

—¿Es una puta broma?

—La sangre permite detectar alteraciones en genes reparadores del ADN —me subo las gafas—. El pelo, si ha habido exposición a agentes químicos que provoquen tu deterioro, la uña, para complementar los análisis del pelo y, las lágrimas, para comprobar si la exposición lumínica genera una respuesta inflamatoria o alteraciones en proteínas lagr…

—Cierra la boca —pide apretando la mandíbula y cerrando los ojos con fuerza.

Caray, este tío me odia a muerte.

Qué divertido.

No es la primera vez que un hombre me dice que hablo demasiado, no sé por qué mi cerebro está registrando su petición escribiéndola en piedra.

—Pero las necesito.

—Enviaré a Jesse con las muestras, ahora vete.

—Erik se quedó con toda la amabilidad y tú con los millones, ¿eh? —me enrollo un mechón de pelo granate en el índice y chisto la lengua—. Conociéndolo, me da que saliste perdiendo.

—¿Conoces a mi hermano?

—Hemos coincidido en Acorn Hill alguna que otra vez, sí. Como sabes, soy muy amiga de los Diago. —Me inclino hacia él al ver las fugaces rojeces que aparecen en sus mejillas y siento un dolor agudo en el estómago—. Mierda, parece que también voy a tener que preocuparme por este lugar. Me da la impresión de que la protección de tus ventanales no es tan eficiente como crees.

—No te lo repetiré otra vez: vete.

—No. Necesito células epiteliales para estudiar directamente cómo reacciona tu piel al espectro lumínico.

—Jesse puede…

—Tengo la cureta en la mano —muevo el instrumento tipo espátula—, ¿se puede saber qué problema tienes conmigo? Voy a dejarme una pasta para que esta noche pued…

—¿Para que esta noche, *qué*?

Mierda. Esto me pasa por bajar la guardia.

Sus ojos azules con briznas sutiles del color del caramelo me estudian con confusión.

—Nada, estate quieto. —Le paso el hisopo estéril por la mejilla y, al acabar, lo guardo debidamente. Después cojo su mano, es inmensa, por cierto y veo que tiene magulladuras. Achaco al cabreo el calor repentino que siento. Tiro un poco de su manga y coloco la cinta en su antebrazo, para después frotar unos segundos la superficie con los dedos. La retiro con cuidado y la guardo como es debido. Repito el proceso en el mismo punto exacto.

—¿Qué estás…?

—Mi trabajo. Y creía que no querías oírlo.

Endurece la mandíbula y deja reposar la cabeza en su silla como si este fuera el mayor martirio impuesto por los dioses. Me mira,

pero yo no le devuelvo el gesto. Trajino con mis quehaceres como si no existiera, como si solo fuera un antebrazo con el que estoy ocupada. Pero: cretino.

—Piensas muy alto.

—No pensaba en nada.

—Eres una pésima mentirosa.

—Tienes razón, sí pensaba en algo. Pensaba, ¿cómo alguien tan irritable como tú ha llegado tan lejos sin sufrir un infarto? ¿Cómo Leia aprecia tanto a alguien tan insoportable? ¿Cómo voy a soportar pasar tres malditos meses a tu lado, buscando la manera de salvarte la vida, cuando es evidente que me falta el canto de un duro para empezar a fantasear con tu muerte?



OBJ



OBJ



OBJ

10

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Me la pone dura. Su sinceridad, me puede.

Huele a libro nuevo, a mango con un toque de otoño, huele a las mil putas maravillas y a mí… me da exactamente igual.

Pero a mi polla no.

Reconozco que hace tiempo que no follo. El crecimiento imparable de DW me ha quitado mucho tiempo, pero la falta de interés es todo cosa mía. Debería follar con alguien. Debería pensar en cualquier cosa menos en follar con alguien cuando tengo a esta

mujer sabionda, pelma y resabida delante, pero ya van tres veces en lo que va de día.

Me levanto porque quiero poner tierra de por medio y porque, joder, tengo trabajo y desde que llegó no he hecho nada más que perder el tiempo.

—Respondiendo a tus preguntas… Practicando mucho deporte. Si lo supiera, haría lo que estuviera en mi mano para solucionarlo. Y no lo sé, pero eso suena a un «problema de Megara», no a algo que a mí me incumba —respondo a sus tres preguntas, mirándola desde las alturas. Intento buscarle defectos a una cara que no los tiene. La inteligencia rebosa de su iris como la dulzura de sus redondeadas facciones juveniles—. Ahora lárgate.

—No.

—¿Cómo has dicho?

—Tengo que hacerte muchas preguntas acerca de tu enfermedad. Datos que necesito saber y que dudo que le hayas contado a Leia. Y antes de que lo digas, no voy a usar a Jesse de intermediario. Ni a Tesse —se adelanta antes de que lo proponga.

—Pasado mañana quizá…

—No soy famosa en el gremio por pasarme el día mirando a las musarañas, Dallas. *Mañana*. Hablaremos *mañana.*

—Lo que sea, pero ahora sal de mi despacho —me pellizco el puente de la nariz mientras ella se toma su tiempo hasta llegar a la puerta—. Deja a Carbón en el suelo.

Me lanza una mirada asesina y rencorosa.

—¿Sabes? No eres más que otro ricachón que tiene una belleza a su lado que no se merece. —Le da un beso al gato que voy a tirar por la ventana, lo deposita en el suelo con delicadeza y cariño y luego se marcha dando un portazo.

Bajo la vista hasta el traidor que observa el pomo de la puerta con lástima y añoranza.



—Te mereces quedarte sin comer el resto de la semana —le digo y solo entonces se acuerda de que existo.

Una hora después, dejo su bol con la comida (que espero que se le atragante) en el suelo y descuelgo el teléfono de mi mesa con rabia.

—¿Qué?

—Señor Weston, soy Glen, de la pescadería. Quería darle las gracias por su pedido semanal. Gracias a usted la hucha para la universidad de mis dos hijos crece sin pausa.

—Te pedí que no me llamaras para agradecérmelo, Glen.

—Me veo en la obligación, señor. Como padre soltero y trabajador, tenerlo de cliente significa mucho para mí.

Le cuelgo en cuanto puedo y me largo a la decimoctava planta.

La decimonovena y la veinte forman parte del mismo espacio y solo alguien con las llaves, claves y permisos necesarios puede acceder aquí*. Pensándolo bien, quizá empiezo a trabajar aquí a partir de mañana.*

Entro en el archivo de DW. Mi santuario. El corazón de mi imperio donde preservamos el mayor tesoro de toda vida humana. *Los recuerdos.* Podría parecer que lo que tengo delante no es más que la mejor, mayor y más lujosa biblioteca del mundo.

No es que no lo sea, es que es algo un millón de veces mejor que eso.

En apariencia, nuestra biblioteca podría ser la hija nacida del apasionado y fogoso romance entre el interior de una iglesia romana y el de un palacio austríaco.

Infinitas estanterías blancas y doradas cargan con miles de libros, archivos, vidas, nombres y momentos encapsulados. Secretos y confesiones que pasarán a la historia.

La luz blanca que entra a raudales desde los ventanales laterales, baña la estancia y convierte los frescos en algo que casi flota en el aire.

El suelo sigue el patrón de un tablero de ajedrez y las largas escaleras de caracol conectan unos niveles con otros sin alcanzar el altísimo techo que fue pintado a mano por cuatro artistas españoles durante todo un año. *Según algunos, los descendientes de Picasso, Velázquez, Goya y Dalí.*

Trascendencia. Eso era lo que queríamos transmitir al crear este lugar, porque es a lo que se dedica DW.

—Dichosos los ojos. La realeza ha decidido deleitarnos con su presencia. ¿Y la alfombra roja?

—Hola, Violet. Siento el retraso.

—Me ha extrañado, este es tu parque de atracciones.

—¿Tenemos nuevos archivos?

—Han llegado hace una hora. ¿Quieres echarles un vistazo?

—Puedes apostar que sí.

Stanisław



—¿Estás ocupado?

—No, Erik, a mí me pagan por pasear mis bonitos bíceps por las oficinas. Lo creas o no, esa es una de las principales razones de la emigración juvenil de Polonia —le digo al manos libres sin parar de programar, dejando que el sonido del teclado de fondo le dé a Brodly la pista que necesita.

—Deja la sátira, Lord Byron. Hace dos semanas que mi hermano no le coge el teléfono a nuestra madre. Jasmin se merece que venere el suelo que pisa. ¿Le…? ¿Le ha pasado algo últimamente? —su tono de voz adquiere un eco distinto de forma repentina, uno que conozco bien—. ¿Ha empeorado?

Sí. SÍ, joder, mucho. Está jodido y os necesita aquí, pero si lo admito me corta los huevos. Por no hablar de que entonces me cerraría la puerta a mí también y se quedaría solo del todo. Aislado. Y jodido.

Me pongo mi máscara de actor y finjo que soy Timothée Chalamet.

—Está bien, paranoico, solo tenemos mucho trabajo. Cada vez nos conoce más gente y más empresas quieren colaborar con nosotros. No puedes competir con nuestra popularidad, ni Jasmin tampoco. Es lo que hay.

No lo convenzo, así que la conversación da vueltas sobre un eje inestable.

—¿Y cómo sé que no se ha deshecho de Carbón? No me fío nada de lo que diga Jesse y mucho menos me fío de Tesse. Esos dos harían lo que fuera para salvar el pellejo.

—Puedo asegurarte de que Dean no va a deshacerse de ese gato. Lo adora.

—Vale, ahora sé que estás mintiendo.

—Lo digo en serio, caraculo. A su manera, lo adora. ¿Te crees que si yo le regalara una tortuga la dejaría vagar por su mesa a sus anchas? Ni de coña.

—Me vas a comparar un gato con una tortuga —resopla ofendido.

—¿Racismo animal?

—Pero justificado.

—Te cuelgo.

—Espera, Stanisław. Tú… Tú me lo dirías si estuviera pasando algo, ¿verdad?

Siento que la garganta se me anuda y se vuelve mi segunda corbata. Soy un cabrón.

—Sí, Erik. Claro. —Cuelga y me siento como el culo, como de costumbre. Cojo el teléfono y marco el número—. Jesse, ¿Tesse está contigo?

—Sí.

—¿Y Dean? ¿Está por ahí?

—Ha bajado a la planta dieciocho para…

—Perfecto, venid los dos a mi despacho.

No tardan ni un minuto en llegar. Los impulsa el miedo a que su jefe vuelva y no los encuentre en sus mesas.

Como mínimo deben estar haciéndole vudú en el sótano de su casa o clavando chinchetas a una foto con la cara de Weston. Vamos, eso es lo que haría yo.

—¿Le habéis notado algo raro últimamente?

—Ha tenido dolores de cabeza recurrentes.

—Eso puede ser por Meg —me froto la frente y abro el cajón con los dos sobres—. ¿Nada más?

—Come poco en comparación con lo que solía hace unos meses. Es posible que se encuentre mal y que por eso se le cierre el estómago, pero no ha hecho comentarios al respecto —dice Tesse, mirando a su hermano, dudoso de dar su opinión.

—Gracias a los dos, aquí tenéis vuestra pasta —les doy los sobres y los miran como si no se los hubieran ganado—. Jason Bourne, James Bond, seguid haciendo vuestro trabajo así de bien.

Ambos desaparecen con pasos rápidos y yo no estoy menos nervioso.

Si Weston supiera que estos dos están al corriente de todo, me cortaría la cabeza.

Pero no podía arriesgarme. Tengo mi propio trabajo y no podía ser el único que le echara un ojo. Además, les hice firmar un contrato, así que si alguno de los gemelos se va de la lengua, estarán acabados.

Aunque no lo harán, son buenos chicos.

Alguien llama a la puerta de mi despacho.

—Adelante.

Anna, directora de innovación y líder de proyectos de investigación de neurociencia, entra en mi despacho. Desde que la conozco, siempre ha llevado blazer y nunca ha repetido el mismo. Debe tener el armario más grande de la historia.

—Hola, Leszczyński —también es polaca y le encanta fardar de que es la única en esta oficina capaz de pronunciar mi apellido—. Necesito que me firmes unos permisos.

—Déjamelos aquí y los miraré cuando…

—¿…acabes de vaguear?

—Tengo una reputación que no me hace justicia —le firmo los permisos y por fin puedo seguir programando.

11

OBJ

Meg

OBJ 

—¿Cuánto me quieres? —le pregunto a Leia cuando me presento en su trabajo para suplicarle que venga conmigo a la cena de encerrona—. Aunque, en realidad, esto es más que por ti que por mí, ya que estoy aguantando a ese insoportable porque tú quieres que lo ayude. Así que, en realidad, deberías ser tú la que me suplique a mí que vaya a esa cena.

—¿Sabes? En la siguiente vida hazte abogada. Serás mejor que Erin Brockovich.

Erin consigue su cena.

Exhalo satisfecha, un pelín aliviada y contenta conmigo misma.

—Eres genial, ¿te lo he dicho?

—No es para tanto, puedo ir a una cena si mis fans me lo piden —hago una reverencia dramática con la cabeza, moviendo la mano al tiempo que me inclino hacia delante.

—A veces siento que lo único que me hace guay es ser amiga tuya. Literal.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Pues prepárate para ser guay el resto de tu vida.



Ada, la maravillosa enfermera a la que tengo esclavizada, vuelve a su casa a descansar un par de horas mientras Leia y yo cuidamos de mi madre. Para entretenernos y empezar a prepararnos, nos ponemos un par de mascarillas faciales. Faith está bastante cansada, así que no nos hace mucho caso.

—¿Quieres una? —le ofrezco la que tiene forma de oso panda, un animal por el que ella siempre ha tenido predilección.

—No, mi novio Andrew llegará de un momento a otro y no quiero estropearme el maquillaje —dice con una sonrisa tímida.

Cree que tiene nuestra edad. Ada me ha dicho que no ha tenido un buen día. Le aprieto la mano y le doy un beso en la frente antes de volver con Leia a la cocina.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Ya sabes lo que estoy haciendo.

—Sí, pero ¿por qué? Vamos a cenar.

—Esto solo es un tentempié.

—Cinco kilos de nubes de azúcar chamuscadas no es un tentempié, Leis, es el primero, el segundo y el postre.

—¿Eso es que no quieres?

—Pues claro que quiero. Menuda pregunta.

Un rato después, (bastante empachadas) cuando Leia y su complejo de voy-a-ser-la-MA[10]-de-la-historia-para-que-nunca-te-vayas-de-mi-lado se adueñan de mis pies contra mi voluntad y empiezan a pintarme las uñas de un «rojo fulana de éxito», mamá se une a nosotras. Por supuesto, aprovecho el momento para meter con calzador mi hobby favorito en este evento social.

—Otra vez noooo —se queja Leia a lo dramático.

—¿Qué pasa? —pregunta Faith entre risas tímidas.

—Que vamos a hacer un test de compatibilidad astral y tiene miedo.

—No tengo miedo —dice atacándome el meñique con la brocha.

—Sí, lo tienes porque una vez hace siete años nos salió que no éramos en absoluto compatibles.

—Lo que me asusta no son las tonterías que diga un test chorra de una página cualquiera —dice por encima de mis gritos de ofensa —, ¡sino que tú te las creas!

—El que se pica ajos come —le digo a mi madre por lo bajini y ella vuelve a reír.

Pasamos un buen rato juntas y luego, cuando nos toca vestirnos y arreglarnos, mamá…

—Puedo ayudaros con el pelo, si queréis. Tal vez no lo parezca ahora mismo, pero se me dan bien los recogidos —dice enrollando un mechón blanco en su índice.

Al mirarlo y ver que no es rojo, su ceño se arruga y se queda muy callada.

—¡Sí! —me levanto de golpe—. Suena genial. Gracias.

—El espejo del baño está… roto, ¿podrás ayudarnos sin espejos, Faith? —dice Leia.

Tarda unos segundos en sonreír, pero lo hace y asiente.

—Claro, chicas. Sin problema.



Leia se pone un vestido blanco, corto y ajustado que le queda de infarto mientras que yo elijo uno rojo un poquito más largo, pero igual de ajustado. *Vamos a cenar, así que es evidente que ninguna de las dos es inteligente a largo plazo.*

Lo que mamá nos ha hecho en el pelo es sencillo, pero lleno de cariño y pinzas monas. No es mi estilo, pero por nada del mundo me lo quitaría.

—Nos parecemos bastante, en realidad —dice Faith cuando Leia va a abrir a Ada, que ya está en la puerta. Trago saliva con dificultad.

—¿Tú crees?

—Ya lo creo. Las dos somos pelirrojas, paliduchas y tenemos los ojos verdes, ¿te imaginas que somos la hermana perdida de la otra?

Le cojo las manos y le beso el dorso con la garganta ardiendo.

—Sí, Faith, puedo imaginármelo —mi voz sale rara, pero le sonrío.

Ella se ha quedado mirando nuestras manos unidas, la diferencia de la piel de cada una, y no oye cuando le doy las gracias por el recogido. Ada llega y entre las tres convencemos a Faith de que se eche un rato.

Hubo un tiempo que creí que el fuerte amor que nos unía podría con esto. Que mi madre olvidaría mucho, todo, pero nunca a mí. Que yo la ayudaría, que sería su faro cuando todo cuanto la rodeara fuera oscuridad. Que se apoyaría en mí como yo lo hice en ella de niña. Nuestro vínculo era tan especial que parecía capaz de eso y más.

Pero esta noche tengo que convencer a mi mejor amiga de que necesito una fina chaqueta con tal de ocultar mis brazos.

Leia cree que la racha de agresiones fue algo pasajero, pero todavía sigue abrazándome con extrema delicadeza. No puedo permitir que sepa que Faith cada vez es más violenta o no me dejará sola ni un segundo.

Lidio con mis propios demonios cuando amenazan con estropearme la velada. *Es mi madre la que tiene Alzheimer, pero soy*

yo quien será olvidada. Cuando Faith desaparezca, yo me desvaneceré con ella.

—¿Vamos? —Leia me ofrece su mano y la cojo, apretándola con fuerza.

—Sí —me giro, ya en la puerta.

—Pasadlo bien.

Ada tiene el pelo corto y oscuro, adornado con un flequillo a lo Monica Geller en la primera temporada de Friends, monísimo. Tiene los brazos fuertes y tatuados, además tiene un acentillo muy melódico característico del sur del país, pues es texana. Encima, como enfermera no tiene parangón.

—Gracias, Ada. Puedes dormir en mi cama si quieres. Y comer lo que te apetezca de la nevera. Ah y tengo productos de *skincare* caros en el baño, ponte las botas.

—No me sobornes, que ya me pagas mucho. Id tranquilas —sacude la cabeza y también la mano para restarle importancia a la explotación laboral que le estoy imponiendo.

No me la merezco.

Leia



Hace días, al poco de que Faith & Meg llegaran a Nueva York.



—¿Mamá? —se me rompe la voz cuando descuelga.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Herida? ¿Tengo que coger un avión? Ya estoy saliendo de casa.

—No, espera. No sé qué hacer, mamá —intento contener el primer sollozo, pero no hay nada que pueda hacer contra el segundo.

—Explícamelo todo —pide, pese a que mi madre odia hablar por teléfono, ella quiere que la visite en persona y que le escriba cartas, pero sabe cuándo hacer excepciones.

—Estoy fallando a Megara. No me cuenta todo lo que ocurre con Faith y Ada, la enfermera, tampoco hay manera de que suelte prenda. Cuando Meg se llevó a Faith de mi piso… se fueron muy rápido y… dudo si pasó algo malo. Tengo miedo de dejar a Meg sola con su madre, pero ella no me deja acercarme.

—No quiere cargarte con esa responsabilidad.

—Lo sé, pero yo quiero que lo haga, ¡es demasiado para una persona sola! Faith no está bien y no sé lo que vamos a hacer cuando… cuando pase. ¿Tendremos avisos, no? Todavía queda tiempo, ¿verdad? —mis lágrimas son una fuente imparable mientras mi garganta arde—. Quiero decir, por ahora Faith puede valerse por sí misma, aunque necesite vigilancia, pero pasó todo tan rápido de la noche a la mañana que casi espero que el final sea igual. Madre mía, ¿qué va a hacer Meg cuando…? Quiero dejarle claro que no se va a quedar sola en el mundo, que es una Diago. Y aunque el malnacido de su padre no…

—Ese hombre nos da igual a todos, mi pequeña. Escucha, lo que está viviendo Megara no es fácil y tal vez no se vea capaz de contártelo todo.

—¿Pero por qué? ¡Sabe que puede confiar en mí!

—No es por falta de confianza, Leia —dice con su infinito cariño, ese que me hace querer correr a sus brazos—. Es porque dejando al margen ciertas partes de lo que está viviendo, contigo puede ser quien era antes. Aunque solo sea por un rato. Eres su vía de escape, la que la mantiene anclada a tierra firme y la que le recuerda que puede tener una vida más allá de esta pesadilla.

Pesadilla. Ya lo creo que lo es.

Una pegajosa que nunca podremos quitarnos de encima.

—¿Pero por qué ha tenido que pasarle esto a Faith? Era una gran persona, se desvivía por Meg, ¡no se merecía acabar así! —me duele el estómago cuando la rabia me arranca el siguiente sollozo—. Y ella… Meg ni siquiera tiene cartas. ¿Cómo va a recordar quién era su madre?

—¿Te he contado alguna vez cómo perdí todas las cartas que atesoraba de mis hermanastras?

La escucho detenidamente hasta que habla del día de su boda.

Justo entonces oigo un «clic» en mi cabeza y ya no puedo aguantarlo más. Lo he intentado, sé que

no es cosa mía y que no merezco tomar esa decisión por ella. Que es posible que me cueste la amistad con mi mejor amiga.

Pero voy a arriesgarme.

—Quiero hacerlo, mamá. Meg se lo merece, aunque ahora no sepa verlo. Aunque me odie si lo descubre. Pero necesitaré tu ayuda. También de papá. Volaré a Acorn Hill en unos días.



12

OBJ

Meg

OBJ 

Llegamos al elegante, lujoso y carísimo restaurante en lo alto de una azotea de Manhattan a eso de las once menos diez, pero ellos ya están allí. *Vaya por Dios, a la mierda el plan.*

Cuchicheo al maître que nos disculpe un segundo y caminamos hacia su mesa.

—*Dios mío* —Leia se tensa cogida a mi brazo, como una niña con miedo a las agujas a la que están a punto de poner la vacuna que ha batido el Guinness por tamaño.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Quién es *ese*? —sus mejillas adquieren color.

—¿Dallas? Venimos por él, ¿sabes?

—No, tonta, el otro. ¿Quién narices es y por qué tiene los ojos tan azules? ¿Y cuánto mide? ¿Es un tío insoportable? ¿Es arrogante y muy insoportable? Y lo más importante, ¿por qué no me habías hablado de él?

Leia Diago, adicta al control de su vida, su horario y sus emociones, acaba de tener un flechazo. Ver para creer, nunca pensé que esto fuera posible.

—¿Stanisław?… ¿sabes? Si me ofrecieran un millón de dólares a cambio de pronunciar su apellido, los perdería. Pero no es arrogante, ni insoportable. Es polaco y tiene bastante paciencia.

—¡¿Cómo me sueltas eso?! —chilla en susurros mientras me mira con la muerte agónica de su control reflejándose en sus ojos marrones.

Es adorable.

—Esa y otras tantas dudas serán resueltas en nuestro próximo episodio —me burlo.

—Anda, Meg, ¿qué haces aquí? Menuda coincidencia. —Stanisław se levanta de inmediato y me estrecha la mano mientras empieza con la diatriba de «qué casualidad, qué pequeño es el mundo, blablablá», una que ni siquiera oigo porque la mirada de Dallas cae sobre mí y algo raro le pasa a mi cuerpo.

Una reacción exagerada de alerta, imagino.

Mi corazón se acelera como si estuviera en peligro, pero no tiene sentido porque él no va a atacarme*. Ha dejado claro que él atacaría a quien quisiera hacerme daño.*

Me doy cuenta de que Stanisław ha dejado de hablar un buen puñado de segundos después de que el silencio se extienda entre nosotros. Alzo la vista y compruebo que Stanisław se ha quedado mirando a Leia como si fuera una gata en un mundo de perros. Única en su especie. *Lo es.*

Contengo la sonrisa como puedo.

—Sí, encontrarnos aquí ha sido toda una casualidad. Mi mejor amiga, Leia Diago, buenísima en su trabajo de química forense y alucinante en todos los demás aspectos de su vida, además de soltera… —carraspeo cuando me da un codazo—, quería probar este restaurante. Le hacía ilusión. Es tan cariñosa y dulce que es difícil negarle nada.

—Sí, eso, véndeme como un trozo de carne —me recrimina por lo bajini dándome un poco-disimulado tirón de chaqueta.

—¿De verdad? Es perfecto —dice Stanisław ofreciéndole la mano a modo de saludo—. Conozco muy bien este sitio, podría recomendarte algo que te gustara, si me hablaras un poco de tus gustos.

Leia, por primera vez en su vida de mujer segura, independiente y valiente que no veas, tartamudea tímida:

—S-sería genial. ¿No os importa que nos… que nos sentemos con vosotros?

—Para nada —le responde el polaco.

Se quedan callados.

Mirándose.

Aaay madre, ¿pero qué has hecho, Cupido? A estos dos no les has tirado una flecha, ¡¡les has tirado un arsenal entero!!

El maître coloca otra mesa y dos sillas junto a la de ellos. Estoy disfrutando tanto del espectáculo que casi no me doy cuenta de que Dallas se levanta y me aparta la silla para que me siente.

Entonces se acerca a mí en tono bajo, inunda mis fosas nasales de su olor masculino, y pregunta:

—¿Cuántas personas más van a venir?

—¿A este restaurante? No lo sé, ¿los ricos también dependen de las reseñas de Google?

—Hablo en serio. Este restaurante no tiene menú infantil.

Lo miro dudando si toda esta incongruencia es su manera enrevesada de insultar mi paladar.

—¿Crees que no sé comer nada más allá de unos macarrones gratinados?

—No —frunce el ceño como si eso fuese lo último que esperase —. Megara, lo digo por tu hija.

—¿Mi *qué?*

La cara se le vuelve más angulosa, si cabe. Casi no puedo echarle en cara que me haya hecho perderme parte del momentazo de Love Island en vivo y en directo que está teniendo lugar al otro lado de la mesa.

—Dijiste que tenías que cuidar de… Creí…

—Hablaba de mi madre, está enferma. No tengo hijos, aunque me encantaría adoptar a tu gato, si me dejaras.

—¿Carbón? —salta Leia desde el otro extremo—. Erik no te perdonaría. Aunque si se lo vas a regalar, me pido la custodia compartida.

—De eso nada.

—Traidora.

—¿Y si una de nosotras vuelve a Acorn Hill en tres meses y la otra no? ¿Qué pasará entonces?

—Podríamos viajar durante el fin de semana.

—Bueno, entonces podríamos hablarlo.

—No vais a quedaros con mi gato —sentencia con voz rotunda Satanás, aquí sentado a mi lado, bebiendo lo que parece vino caro, pero pronto descubriremos que es sangre de cabra o algo así.

Le dedico una larga mirada que no corresponde. *Háblame de control, ni un mechón fuera de lugar. Es injusto que su cara esté tan bien hecha, objetivamente hablando.*

Leia pide una sugerencia de Stanisław como si tuviera hueco en el estómago para media carta y yo pido lo más barato que encuentro, suponiendo que vendrá una cantidad de comida ridícula.

—No vas a tener suficiente con eso. Te he visto comer —dice Dallas en un tono que evidencia que habla solo para mí.

—He comido algunas nubes de azúcar antes de venir aquí. O mejor dicho, unas cuantas. Estoy un poco llena.

Él me mira, esta vez sí, y lo hace como si viera a través de mí, del plan, de las intenciones de Stanisław y mías. Vamos, como si lo viera *todo.* Y no me gusta. *Si enseñas tus cartas pronto, pierdes las*

partidas. Una de sus comisuras se curva hacia arriba y es… casi una sonrisa. O quizá cuente como una pequeñita. Me hace sentir que he ganado la pegatina de estrella de la profe.

Qué tontería, ¿eh?

—¿No tienes calor, Meg? —pregunta Leia tras abanicarse un poco con la mano.

—Debéis tenerlo —dice Stanisław—, el fuego de la barra mola, pero da un calor que no veas.

Me aferro a las mangas y mis labios se separan buscando una excusa creíble, como un pez fuera intentando alcanzar el más mínimo oxígeno. Porque sí hace calor y todos me están mirando. Mis ojos viajan hasta los de Dallas, ni siquiera sé por qué.

—Yo… quizá esté incubando algo. Estoy un poco destemplada y…

—No veo por qué debería darte tantas explicaciones de lo que hace o deja de hacer con lo que lleva puesto —Dallas mira a Stanisław como si fuera a reducirlo a cenizas de un momento a otro.

Llevo siendo una mujer independiente mucho tiempo. Ya en la universidad, era de las que no esperan que nadie le sujete las puertas del metro cuando va corriendo hacia ellas con desesperación.

Así que supongo que mi corazón se ha saltado un latido porque no me esperaba que Dallas Brodly se enfundara en su brillante armadura y viniera al rescate. Sigue siendo un demonio.

Pero uno con brillante armadura.

13

OBJ

Meg

OBJ 

No tardo en darme cuenta de la razón por la que Dallas escogería esta mesa. Es la única que no está ni remotamente cerca de las ventanas y aun así, sus ojos están un poco rojos.

—¿La luz artificial también te afecta? —pregunto mientras Leia y el interesantísimo Stanisław Leszczyński *no me puedo creer que lo haya conseguido* discuten sobre quién fue a la peor fiesta universitaria.

Él me mira, pero no responde. Me tomo la libertad de pellizcarle la pierna por debajo de la mesa. Nada. A la segunda vez, me agarra de la muñeca y gira la cabeza tan despacio hacia mí, que me imagino que cuando sus ojos me alcancen unos rayos saldrán de sus pupilas y moriré calcinada.

—Para.

—Respóndeme.

—No.

—¿Por qué no?

—*No* —repite—, la luz artificial no me afecta.

—Ahhh. —Bien, eso es bueno. Muy bueno. Aunque no tanto como tener la cura para su antipatía—. ¿Y por qué…?

Suelta el tenedor sin dejar de fulminarme con su mirada asesina de CEO millonario. *Sin duda, estamos limando asperezas. De aquí a compartir brazaletes de amistad en un concierto de Taylor Swift hay un paso.*

—¿Fundasteis juntos Dean-Weston? —Leia lanza la pregunta a la mesa en el momento perfecto para salvarme la vida—. Aunque seamos familia, reconozco que no sé casi nada de esa historia. Salvo que cuando se hizo rico y famoso se largó de Chicago sin mirar atrás

—le tira su servilleta y él la coge al vuelo sin despeinarse, y se la devuelve.

—Dallas tuvo la idea —dice Stanisław—. Violet y yo nos subimos al carro unos meses después. Pero sí, no lo habría logrado sin nosotros.

—Es del todo cierto —admite Dallas sorprendiéndome.

Con semejantes trajes, ese aura letal de tío imponente y su mal humor crónico, hubiera jurado que era de los que se atribuyen el mérito ajeno.

Parece que no.

—¿A qué se dedica vuestra empresa? Leia no ha sabido explicármelo —admito y la mencionada desvía la mirada hacia otras mesas. Nadie contesta—. Llevo días pululando por ahí, intentando entenderlo, pero no he conseguido nada más que un montón de bollitos y café gratis.

Siento una energía negativa perforándome la mejilla, pero no giro la cara.

—Es algo complejo —dice Stanisław, poniendo los codos en la mesa para acercarse con interés—. Algunos la apodamos bibliotecas de vida.

—Solo tú lo apodas así.

—Imagino que echáis de menos vuestro hogar, ahora que estáis tan lejos, ¿no? —pregunta Stanisław. Ambas asentimos, aunque Leia no lo hace muy entusiasmada—. Imaginad que alguien borrara a Acorn Hill del mapa, ¿no os alegraría tener un lugar al que volver que fuera exactamente igual que lo que vosotras recordáis, sin importar las décadas que pasaran?

—Claro.

—A eso nos dedicamos, Meg. Capturamos fotos, cartas, diarios, olores, voces y hologramas y los organizamos en el Archivo Vivo. La buena gente adinerada de nuestro país está dispuesta a soltar una buena pasta con tal de preservar sus mejores momentos para siempre, de poder ver u oír a un ser querido que pronto dejará de estar en este mundo. Además, gracias a la IA puedes verte de pequeño, ver a tus padres cuando eran más jóvenes, la casa donde creciste, todo.

—No lo entiendo, ¿verlo dónde? ¿En un ordenador?

—Una sala —interviene Dallas—. A efectos prácticos es como estar allí, las sensaciones son las mismas. La sala te pertenece cuando la usas, pero cuando te marchas es reutilizable para otra persona.

—Solo hacen falta unos ajustes de software, una programación exhaustiva y listo.

—Suena genial —dice Leia con voz rara—. Y si yo llevara a mi padre a DW, ¿cuánto tiempo tardaría ese software en replicar todo eso?

—Semanas. Dependiendo de la complejidad del caso puede variar. El proceso generativo es bastante extenso.

Miro a mi mejor amiga.

A ella y a su manera de darme espacio, pero también de manipular mis pasos para guiarme hasta donde cree que debo estar.

No me lo había contado a propósito. Al igual que tampoco me ha pedido que lo haga, pero es lo que quiere. Que lleve allí cosas de mamá. Que invierta en ese software para poder verla de nuevo como era, que me aferre a algo que no existe, que no es real, porque a sus ojos, eso hará todo esto más fácil.

A duras penas consigo tragarme la comida que me había metido en la boca. Un manjar gourmet que ahora amenaza con hacerme vomitar.

—¿Y no creéis que esto ancla a la gente al pasado? —intervengo un poco más arisca de lo que me gustaría.

—No, al contrario. La mayoría de personas se sienten más libres cuando saben que nunca perderán del todo lo que más aman —explica Stanisław, cargado de la determinación de quien ayuda a la gente—. Que, aunque las cosas cambien, su historia seguirá ahí guardada. Yo daría lo que fuera por oír la voz de mi padre —mira a Leia— pero murió cuando tenía siete años y en aquel entonces, no sabía mucho de nanotecnología. Me encantaría poder verle con su caña de pescar junto al lago, amenazándome con tirarme al agua si volvía a liberar más cebo, oír su risa… cualquier cosa, en realidad —se frota la mandíbula incómodo de tanta vulnerabilidad.

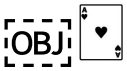
Dudo que haya algo más doloroso que la esperanza, pero no puedo evitarlo.

Un atisbo de duda me sacude. *¿De verdad podría volver a ver a mamá como era antes?* La mera idea es dolorosa, cruel, espantosa y… un sueño. Abrumada por la situación y las emociones incómodas que intento tragarme, me excuso para ir al baño.

14



Meg



Contra todo pronóstico, no consigo recuperarme tras pasarme cinco minutos enteros paseándome de arriba abajo entre los jaboncitos de manos con forma de cisne del baño pijo con olor a limón en el que me encuentro. Pero quizá por fuera sí lo parezca. Quizá consiga engañar a alguien.

—Soy Megara Galanis, yo nunca enseño mis cartas. Yo empujo mis demonios y mis traumas hasta los pies y luego los apuñalo con

la punta de mi tacón. Puedo con esto —me repito en el espejo un par de veces más.

No es que se obre un milagro, pero me da un chupito de motivación.

Al salir del baño, Dallas me está esperando en el pequeño y oscuro pasillo previo al salón del restaurante. El mármol negro de las paredes solo sirve de reflejo de sus imposibles ojos. Se acerca y mis pies se frenan justo en el marco de la puerta. *Otra vez me siento una gata diminuta encarándose a un león.*

Mierda.

—¿Querías algo?

—Vas a tener que contármelo.

—¿El qué?

—Tu historia. Empezando por tus marcas. Si quieres que lo nuestro funcione y que te deje entrar, primero tengo que saber quién eres.

Es justo. Razonable, incluso.

¿Pero por qué cada letrita de «lo nuestro» está bailando claqué sobre mi piel, haciéndome cosquillas?

—No.

—¿No?

—Quiero decir, ¿y si me niego?

Se acerca, me mira desde las alturas y yo podría haberme roto el cuello intentando devolverle el gesto. Estoy intoxicándome con el olor a bosque húmedo —que por fin he conseguido descifrar—, así que ni siquiera me doy cuenta de que sus dedos rozan mis hombros y, de un tirón, me arrebatan la chaqueta.

—Entonces me quedaré con esto. Es evidente que mentiste, Leia no sabe que las tienes. Tal vez ella esté más dispuesta a hablar del tema conmigo que tú, una vez te lo sonsaque todo.

—¿Solo me has echado un cable para amenazarme después? —*No debería sentirme tan decepcionada como lo hago.*

No debería, pero aquí estamos. Se cierne sobre mí y habla casi en mi boca.

—Lo he hecho porque es evidente que hay algo que me gusta todavía menos que tus incesantes interrupciones, Cacahuete.

—¿Y eso es?

—Verte indefensa.

Siento como el calor me sube por el cuello y no se detiene hasta llegar a mis putas mejillas.

—Uy, qué oscuro, a ver si encuentro el baño. —La voz de Leia colisiona contra mis oídos en el peor momento posible.

Si hago el amago de alcanzar la chaqueta, no sirve de nada porque no la alcanzo. Dallas nos empuja de nuevo dentro del baño y una vez allí, nos mete en uno de los cubículos. A los dos. ¡¡Juntos!!

15

OBJ

Meg

OBJ 

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Tienes una idea mejor? —cierra tras de sí con cerrojo.

—Sí, devolverme la chaqueta y salir de este… —dejo de hablar cuando me coge de la cintura y me pega a la puerta del cubículo.

No entiendo cómo, si está dejando tanto espacio entre nuestros cuerpos como veo, lo siento encima de mí. Citando a mi MA: literalmente encima de mí.

Sus manos desprenden fuego y la fina tela de mi vestido no es capaz de frenarlo. Sus dedos son gruesos y sus manos grandes, firmes. Protectoras. Posesivas. Hacen que mi cintura parezca diminuta, cuando no lo es.

Me doy cuenta de que me he quedado embobada mirando su agarre cuando la puerta del baño, la de fuera, se abre y oigo la voz cantarina de Leia acompañada por el repiqueteo de sus tacones.

—¿Meg, cielo, estás aún aquí?

Alzo la vista hacia Dallas, horrorizada. No es un sentimiento que él comparta.

—¿Quieres que conteste yo? —susurra el demonio con tono jocoso.

—Sí, Leia, hola. Me… me duele un poco la tripa y estoy hablando con Ada por mensaje mientras espero a que se me pase, ahora salgo. ¿Puedes inventarte algo para excusar mi tardanza frente a Dallas y Stanisław?

Los dedos de Dallas se clavan en mi costado mientras sus labios rozan mi oreja al susurrar:

—Dean. Weston.

¿Le salen músculos bajo la camisa de traje? ¿Crece un millón de metros de altura?

Lo parece.

—¿Crees que es el momento? —vocalizo sin sonido alguno.

Él me aprieta un poco más y descubro que me gusta que lo haga, que me tenga en su posesión.

—Claro, sin problema. Oye, ¿estás enfadada conmigo?

—No has hecho nada malo, Leia.

—Me alegra de que lo pienses. No… Tú no tienes por qué hacer nada con la información que acabas de recibir, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —digo deseosa de que no dé más detalles delante del hombre entrometido que me sujeta.

Esto es lo que hace una amiga, supongo. Ve tu mayor miedo y ni siquiera lo señala. Finge no verlo, pero hace lo que está en su mano para ayudarte a cargar con él.

—Bien. Me he retocado un poco el maquillaje, voy a volver ya a la mesa, ¿vale?

—Espera, ¿Leis? ¿Estás nerviosa?

Una risita suena desde el otro lado del baño.

—¡Muchísimo! —resopla angustiada—. No quiero cometer una locura por culpa del vino que ya debería haber dejado de beber, pero, ¿hola? ¿Ese hombre es de verdad? —su voz suena cinco octavas más aguda de lo normal y ya puedo imaginarme las

chispitas que se están reflejando en sus ojazos marrones. Se me contagia la sonrisa aunque no vea la suya—. ¿Crees que podremos hablar un poco al salir del restaurante? Se me va a salir el corazón por la garganta, ha tenido que morderme un bicho, ¡no sé qué me está pasando!

—Por supuesto, en cuanto salgamos de aquí soy toda tuya —me giro un poco y ladeo la cabeza para que mi voz salga proyectada hacia ella y no hacia el final del baño y…

Durante una milésima de segundo imagino que la nariz de Dallas se roza contra mi cuello. No sin querer, a propósito, como si hubiera sentido la necesidad de olisquearme. Al girar la cabeza hasta él, ya está irguiendo la espalda y alejándonos un puñado de centímetros.

—Vale, cielo, te espero en la mesa. ¡Hasta ahora!

—Hasta ahora.

Leia se marcha y yo vuelvo a oír mi errática y torpe respiración, haciéndole los coros a la música de ambiente suave con la que la buena gente rica de Manhattan hace sus necesidades.

Separo los labios para hablar del plan de escapismo que vamos a llevar a cabo, pero el azul de sus ojos tiene muchos tonos distintos. Como cuando haces una panorámica del cielo y en un extremo está

saliendo el sol y el azul es más claro, mientras que en el lado opuesto es oscuro, intenso y demoledor.

Glup.

—Puedes salir tú primero —digo recuperándome—. Luego yo contaré hasta quince y te seguiré la pista.

—Habla —vuelve a darme un ligero apretón en la cintura.

—¿Y si no quiero?

—¿No hemos tenido ya esta conversación? —pregunta con un deje divertido que jamás le había oído.

Exhalo y dejo caer los hombros. No tengo escapatoria. Acepto mi derrota.

—Mi madre tiene Alzheimer en fase avanzada. Soy la única familia que tiene y la cuido tan bien como sé, pero… —miro las marcas de mis brazos, pienso en los moratones que no se ven, bajo el vestido—. Es común que los pacientes con Alzheimer tengan arrebatos violentos. Sobre todo si creen que quien tienen delante no es más que… una desconocida.

Dallas endurece la mandíbula y su nuez sube y baja a través de su cuello, tomándose su tiempo. Casi parece sentir compasión por mí, que no lástima.

—¿Estás diciendo que…? —Me mira el cuerpo detenidamente, cada rincón—. ¿Estás diciendo que esto te lo ha hecho tu madre?

—No puedes culparla, no es ella misma. Ya no.

—Megara.

—¡Es cierto! Si mi madre hubiera sabido que iba a hacerme esto, si supiera que el daño emocional no tiene nada que envidiarle al físico, probablemente ya no estaría en este mundo —exhalo de forma profunda—. ¿Está mal que me alegre de que nunca vaya a ser consciente de ello?

—No —sigue mirándome como si fuera la película por la que ha pagado un dineral y que acaba de empezar, como si quisiera saber mucho más de esa historia.

—¿Vas a soltarme ya?

Sacude la cabeza.

—¿Leia no sabe que te agrede?

—Sí, bueno, lo sabe a medias.

—*Megara*.

—Cree que es algo que dejó de pasar hace un tiempo, ¿vale? Ella está muy pendiente de mí y ya se preocupa demasiado. La conoces, sabes cómo es —encojo un hombro—. No quiero cargarle con más de lo que ella ya se apropia. A Ada, la enfermera que he

contratado, sí se lo conté. Es una mujer muy fuerte y con experiencia de sobra, pero quería que tuviera cuidado. —Le doy dos golpecitos en el pecho con el índice—. Te toca.

Me doy cuenta de que su pulgar ha estado acariciando mi estómago en un vaivén relajante cuando me suelta y se aleja de mí.

—Hoy no.

—Tramposo —abro la boca con ofensa y él la mira.

Su nuez vuelve a hacer de las suyas.

—Mañana, en DW.

—¿Eso significa que ya no vas a ser un incordio repelente cada vez que necesite algo de ti? ¿Que vas a colaborar conmigo? —me cruzo de brazos, sabiendo que esta es mi única oportunidad de negociar.

—Disculpa, «¿incordio repelente?».

—Vamos, estoy segura de que te lo han llamado montones de veces, ¿ahora vas a fingir que no sabes qué significan esas dos palabrillas juntas?

Se ríe.

Es un sonido ronco y melodioso a su vez, uno breve, que le mueve los hombros y le arruga las comisuras de los ojos. Odio que agache la cabeza y me impida disfrutar de algo que me he ganado

con esfuerzo. Para cuando levanta la barbilla, el único rastro que queda es una sonrisa en su mirada.

—Apártate para que pueda salir o nuestros amigos empezarán a pensar que estamos follando en el baño.

No te lo imagines.

Que NO te lo imagines.

—Leia seguro que no piensa q… —sus manos llegan hasta mí, me levanta un poco del suelo, me aparta de en medio y un segundo después, ya no está allí.

Stanisław



Leia Diago ha tardado dos segundos en volver del baño y no tengo ni idea de dónde están Weston y Meg, pero con todos mis respetos, por mí como si los ha secuestrado la mafia siciliana. Ya pagaré su rescate mañana.

La veo atravesar el salón y me pregunto por qué tiene un foco de luz bañándola entera, y cuándo se ha vaciado el restaurante, porque ahora solo está ella.

—Meg ha tenido problemillas para encontrar el baño, ahora sale. ¿Qué hay del gruñón? ¿Stanisław?

—Sí, perdona. No… no tengo ni idea de dónde está.

Se ríe. Yo también.

No sé cómo puedo haberle caído bien si desde que ha empezado la cena soy un noventa por ciento más tonto que de costumbre.

Deja de mirarla, joder. Sí, es preciosa, pero no seas un puto baboso.

—Entonces, ¿no llevas mucho tiempo en Manhattan? —carraspeo doblando mi servilleta.

—No, hace poco que cambié de trabajo —sus ojos rebosan inteligencia—, espero hacerlo bien. Lo cierto es que me gusta mucho, así que me estoy empleando a fondo para no decepcionar a nadie.

—¿Por qué me da la sensación de que eres muy buena en tu trabajo?

—Porque lo soy —sonríe con suficiencia, alzando la barbilla de un modo que se me antoja adorable.

El momento se rompe cuando se frota la muñeca haciendo una mueca de dolor.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—No es nada. Hace unos meses tuve un pequeño accidente de coche y… bueno, se suponía que mi muñeca debía estar como nueva a estas alturas, pero la cosa no acaba de cuajar. Cuanto más la uso, más me duele.

—¿Tuviste un accidente? —le cojo la muñeca con cuidado y se la examino.

No es que sea traumatólogo, ni cirujano, así que me dedico a mirar su piel y a regañar a lo que hay debajo por no colaborar.

—S-sí, un borracho me dio un golpe, me sacó de la c-carretera. Suena peor de lo que fue. No te preocupes.

—Preocupado debería estar ese malnacido. Si lo encuentro… —mi voz grave retumba desde mi garganta mientras acaricio la piel perlada de Leia Diago.

Estoy tan cabreado que ni siquiera me percato de que ha vuelto a trabarse con sus palabras, y que está bastante roja.

—Se quedó sin licencia de conducir, creo que ya ha aprendido la lección. ¿Me devuelves mi mano? Me gustaría terminarme el postre.

Lo hago tan de golpe que muevo mi plato de sitio y está a punto de caer al suelo. Qué puta vergüenza me doy. Por suerte ella sonríe y no hace comentarios respecto a las pocas neuronas que tengo al volante esta noche.

Por otra parte, verla comerse el postre con tanta devoción y deleite… mira, no puedo resistirme, es lo que hay.

Llamo a uno de los serviciales camareros y llega al segundo

—Disculpe, tráigame otro más como este, por favor.

—Ahora mismo, señor.

—Gracias.

—¿Te has quedado con hambre? —pregunta rebañando el plato con la cuchara, como si eso fuera a generar más chocolate por arte de magia.

—Es para ti.

—¿Para m…? ¿Pero yo…?

—Si no quieres comértelo ahora, llévatelo a casa. Perdona, es que es evidente que te ha gustado mucho y… lo siento, ¿me he pasado de la raya?

—No. Para nada. —Sacude la cabeza y un par de mechones rubios se escapan de su recogido—. Es todo un detalle, gracias.

—No hay de qué. —Alargo la mano sin pensarlo y pongo detrás de su oreja uno de los mechones que ha tenido la osadía de acercarse a su cara. Vuelve a ponerse un poco roja y yo nunca he deseado besar a alguien de esta manera.

No, nunca he deseado tanto a nadie, punto.

—¿Stanisław? Espero que no me juzgues por esto —dice soltando una risita nerviosa.

Acto seguido, hurga en su bolso y saca un inhalador. Se lo coloca en los labios y luego aspira tras pulsar el botón. De repente

siento como mi corazón se resquebraja. ¿Por qué tendría que necesitar algo para respirar? ¿Le pasa algo a sus pulmones? ¿Quién le ha hecho algo a sus pulmones?

—Apuesto a que eso es lo menos sexy que has visto en tu vida.

—Estás muy equivocada. ¿Lo necesitas a menudo?

—Solo cuando menos me gustaría usarlo.

Quiero saber mucho más, pero no quiero que se sienta cohibida o avergonzada, así que cambio de tema.

—¿Puedes contarme qué es lo que tanto te gusta de tu trabajo?

Empieza a hablar y yo… de verdad que lo intento. Trato de buscar algo que me falle.

Pero esta mujer es interesante de un modo aterrador.

Entonces Weston llega y aunque esté mal pensarlo, ojalá lo hubiera secuestrado la mafia durante un par de horas por lo menos. O días. Tampoco me alegro de ver a Meg. Para cuando llega, Leia ha dejado de hablar de su trabajo con tal de no monopolizar la conversación y yo… no lo sé, quiero echarme a llorar y zurrar a Weston.

—En tus veinticuatro años no has visto a nadie tan adorable, te lo prometo —le asegura Meg hablando de Carbón, pero yo no pienso en el gato.

¿Veintic…? Joder. Joder, ¿pero a mí qué me pasa?

¿Veinticuatro?

Tiene once putos años menos que yo. Es tan lista que no me había dado cuenta de la evidente diferencia de edad. Me echo hacia atrás, obligándome a pegar la espalda al asiento, a no mirarla.

Mi mente entra en una espiral desagradable y cuando me encuentro con los ojos de Weston, el cabrón se está riendo de mí.

16

OBJ

Meg

OBJ 

Sentadas frente a nuestro edificio, mientras me como el resto del postre de Leia al que he apodado *mágica explosión de chocolate*, nos ponemos histéricas por lo ocurrido. El flechazo, no lo otro.

—AHHHHHHH —chilla en susurros, alborotándose el pelo con histeria—, ¿pero…? ¿Pero…?

—¿Pero?

—Cómo. No. Me. Habías. Hablado. De. Él. ?!??!?!?

—Perdona, Carbón había eclipsado mi umbral de belleza. Aunque sí que pensé en ti cuando conocí a Stanisław. Creo que me olvidé. Será por los trucus-lucus…

—No imites a Cleo D'Angelo, no te servirá para salir de esta —me amenaza con su índice—. Madre mía, estoy en modo alerta roja, Megara. ¡Alerta nuclear! ¿Pero tú lo has visto? ¿Has visto todos los piercings que le adornan la oreja derecha mezclando la pinta de macarra nórdico con la de mafioso de traje caro? ¿Acaso no has oído a ese hombre apasionado hablar de su trabajo?

—¿A qué hombre? ¿El polaco altísimo de ojos azules que te ha estado adorando como si fueras su estrella fugaz, su cena y su testamento? ¿A ese hombre? Sí, le he visto y también oído.

—¡¡NO ME DIGAS ESO QUE ME MUERO!! —chilla y se deja caer dramáticamente a mi lado tras emitir una serie de sonidos que los expertos considerarían el rito de apareamiento de una especie alienígena.

—Es una suerte que nadie esté reaccionando exageradamente.

—¿De verdad te ha dado la impresión de que le he gustado un poco?

—«Un poco» no, guapa, que si él era Charles Bingley, tú eras Jane Bennet.

Le da otro ataque.

—Y me ha llamado *słoneczko* por lo bajini. Voy a tener que buscar lo que significa. Espero que no sea un insulto.

—Significa sol. O solecito, más bien.

—¿C-cómo lo sabes?

—Porque le oí llamar *aniołku* a Carbón —*angelito*—, y en la página de «palabras polacas cariñosas» también salía esa.

—Lo ha murmurado, como si se le hubiera escapado —se desilusiona porque es tonta, la pobre—. ¿Crees que me ve como algo mono y ya?

Le mancho la nariz de helado y luego le estampo la cuchara en la boca.

—Te voy a dar una soberana paliza como vuelvas a dudar de tus capacidades seductoras, Diago. Primer y último aviso.

—¿Por qué no me estás frenando los pies? Tú no crees en el **fflzffsns** a primera vista.

—Asustada de decir siquiera la palabra flechazo, esto es grave.

—Megara Galanis, ¡necesito que me traigas de vuelta a tierra firme!

—Le dijo Diago a su amiga, la que colecciona piedras de la buena suerte y que estudia la alineación de los planetas antes de

vestirse.

—¿Y si nos vamos a Moscú?

—¿Y si te tomas una valeriana?

—¿Y si me tatúo su nombre en cirílico?

—Mejor averigua cómo pronunciar su apellido primero.

—Leszczyński.

Nos miramos. Nos quedamos en silencio. Luego estallamos en carcajadas.

—Esto es una locura —exhala, limpiándose una lágrima de la risa.

—Lo es.

—¿Crees que podrías darme su número?

—Vale, pero primero tengo que conseguirlo.

—No, da igual. No te molestes —baja la mirada y exhala—. Soy una cría y el único ámbito en el que derrocho riqueza es en la familia que tengo. Una en la que, por supuesto, te incluyo. Un hombre como Stanisław no tendría motivos para… ¡Au! ¿Acabas de tirarme uno de tus zapatos? ¡Au! —se queja cuando le tiro el otro, y luego va el bolso.

—Te lo he advertido. Prepárate para la soberana paliza.

Después del combate subimos a mi piso.

Mamá duerme y Ada también. La despierto solo para decirle que puede quedarse a dormir si quiere y cuando acepta, le cedo mi cama. Es lo mínimo después de lo de hoy.

—¿Puedo quedarme yo también? —propone Leia y ese es el inicio de nuestra fiesta de pijamas.

Mientras Leia habla de todas las maravillosas virtudes del hombre del que se ha colgado, en el fondo de mi cabeza, como la sombra de un fantasma, está Dallas.

Dallas y su forma de agarrarme.

Dallas y su manera de sacarme la verdad, y solo la verdad.

Dallas cubriéndome delante de Leia y Stanisław. Prometiéndome que va a abrirse conmigo mañana.

Dallas y sus ojos imposibles. DallasDallasDallas y luego un poquito más de Dallas.

Pienso en las irritaciones en su piel y sus ojos que, aunque sutiles, son también una evidencia clara de que se le acaba el tiempo. Mi corazón se contrae con dolor extremo cuando me lo imagino aceptando la vida que le espera si nadie lo ayuda.

Poco antes de quedarnos fritas en el sofá, me da unos toquecitos en la pierna.

—Voy a ir a Acorn Hill unos días.

—¿De verdad? —intento que no se me note la desilusión que me produce oírlo.

—Sí, para ver a mi familia. Solo serán un par de noches.

Asiento. Su ausencia se me hará muy cuesta arriba.

—Regaré tus plantas de plástico —bromeo, ella se ríe y ninguna de las dos dice nada más.

No creo que se dé cuenta, pero el noventa por ciento de la felicidad de mi día se basa en ella.

17

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Me despierto a las cuatro de la mañana, me tomo la medicación y voy al gimnasio. Después recojo a Carbón de casa, me inyecto el resto de mis dosis y llegamos a la oficina a eso de las cinco y media. Me paso una hora y media donde siempre y luego subo a mi despacho.

Doce llamadas de trabajo después, sigo igual de jodido. Megara Galanis. Su nombre es la única constante en mi cabeza desde que

he abierto los ojos. Y no precisamente porque todavía me quemen las yemas de los dedos, porque todavía la sienta dócil en mis manos.

Sus putas marcas. Algo me dice que había más de las que alcancé a ver y aunque el saco de boxeo se ha llevado lo suyo, no consigo librarme de esta rabia.

Antes de que llegue, me acerco a la sala que se asignó ella misma para dejarle algo en su mesa. Sabía que iba a traer cola, una conversación de «no te metas en mis asuntos» antes de que llegara el «gracias», pero no es así como se tercian los acontecimientos.

Estoy en mitad de una llamada importante cuando Megara aparece en mi despacho.

—¿Qué es esto?

—Lo siento, señor, no he podido frenarla —dice Jesse acojonado, pero casi no le escucho y desde luego, no le veo.

No debería fijarme en algo tan estúpido como un par de ojos esmeralda. No cuando hay contratos de seis cifras que firmar y vidas que podrían cambiar en menos de un segundo. Pero ahí está. Un verde intenso que ha venido a desajustarme la cabeza.

Por si fuera poco, el vestido que lleva le queda como un guante.

Megara es de la clase de mujer que no necesita un escote pronunciado para provocar un incendio. No suplica la atención de

nadie, la roba y punto. Es un punto ciego en mi concentración. El corte es hasta la rodilla, serio y elegante. El de las mangas, abiertas solo a mitad del antebrazo, revela muy poca piel, lo suficiente para distraer a un hombre que no se distrae con nada.

Dudo si habrá marcas nuevas.

Dudo si podría cabrearme todavía más.

La voz al otro lado del teléfono me recuerda que estoy en mitad de algo bastante relevante, pero me excuso y cuelgo sin miramientos.

—Gracias, Jesse, puedes retirarte —espero a que se cierre la puerta—. ¿Eso? No es nada.

—¿Nada? —Megara resopla y zarandea el sobre—. ¿Por qué me das un cheque con tooodo este dinero?

—Existen muchos lugares donde pueden ocuparse de tu madre. Hospitales que se encargarán de que tenga los mejores cuidados y…

—¿Es una puta broma?

—Te está haciendo daño.

—¡Es mi madre!

—Tú misma lo dijiste, ya no es ella misma.

Resopla como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago, aunque yo nunca haría eso.

—Si tu madre estuviera en sus cabales, si supiera lo que te está haciendo, ¿crees que lo querría para ti?

—¡No me importa, está enferma! ¡No pienso dejarla en un hospital para que la traten como un felpudo!

Sonrío, cojo el sobre y me pongo en pie. Camino hacia ella.

—Nadie te trata como un felpudo cuando hay tanta pasta de por medio, Cacahuete. Deberías pensártelo, es una gran oferta.

—Pues puedes metértela por el culo.

Me reiría si no estuviera tan enfadado.

—No estás siendo racional.

—Lee mis labios: nunca va a pasar. Estaré con ella hasta el final y espero que ese momento llegue dentro de *mucho* tiempo.

—¿Pretendes que me quede sin hacer nada con lo que sé? —pregunto en poco más de un gruñido.

Pero estamos tan cerca el uno del otro, que sé que lo ha oído.

—Sí. Esta no es tu historia, es la mía y no vas a meterte. No tienes derecho.

—¿No voy a meterme? ¿Estás segura de eso?

—Mira, Dallas…

—Dean. Weston.

No sé por qué su espalda da contra la pared si mi intención no era acorralarla, sino tenderle una mano. Ayudarla. Sus inmensos ojos verdes me lanzan dagas sin miramientos.

—¿Vas a volver a amenazarme con contárselo todo a Leia?

—Tú lo harías —replico.

—Porque quiero ayudarte.

—¿Y crees que yo no?

—No has contestado a mi pregunta.

—Si es necesario, sí, por supuesto. Se lo contaré a Leia.

Sus ojos se entristecen.

—Por favor… no. Me ocuparé de que no vuelva a agredirme. Dame un poco de tiempo, Dallas.

Dean-Weston no es un tío que dé segundas oportunidades. A nadie. Jamás. Pero por algún motivo, Megara sigue dándole vida a un nombre que murió hace ya muchos años. Y aun así, ella lo llama como si aún existiera.

Esto tiene que parar, el control tiene que volver a ser mío.

—Si vuelve a pasar, tomaré cartas en el asunto.

—Es mi madre.

—Fíjate cómo me importa.

—Eres… eres despreciable.

Me alejo de ella porque no quiero seguir viendo el huracán de emociones que está arremolinándose en su interior. Le doy la espalda y camino hasta mi mesa.

—Me parece bien que me odies si eso te mantiene a salvo. Puedes jugar un rato con Carbón si el baño de realidad te ha dejado el ánimo por los… —El golpe de mi puerta me advierte de que ya se ha ido.

El despacho que, hasta hace un segundo olía a frutas, a otoño y a ella, vuelve a quedarse sin nada.

Menuda mierda.

18

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

A media mañana cuando estoy hasta las narices de pensar en lo que ha pasado, me tumbo en el sofá de cuero y cierro los ojos porque por si fuera poco, me están matando. Salir ayer no fue buena idea. Stanisław y yo tenemos una tradición desde hace años, pero voy a tener que… joder.

Carbón se sube encima de mi estómago y empieza a dar vueltas sobre sí mismo hasta encontrar una posición cómoda.

—¿Sabes qué no voy a echar de menos? —le doy un toque con el índice en su micro cabeza—. Verte a ti.

Se la suda.



Me paso el antebrazo por encima de los ojos, tapándomelos y sintiendo alivio inmediato.

Mi mente, que es un poco hija de puta, decide recordarme la peor conversación que he tenido con mi médico. Sí, justo ahora, cuando tan poco me apetece escucharlo.

«—…necesito un colirio o lo que sea. He reducido mis salidas nocturnas, pero mi vista no mejora. Tengo mucho que trabajar, doctor Halle y… ¿Qué? —le pregunto cuando pone cara de circunstancia tras pasarse un par de minutos estudiando los informes en el ordenador.

—Es uno de los síntomas extremos de tu enfermedad, Brodly. Lo que sucede en tu dermis, puede también afectar a los ojos y es lo que está pasando.

—Eso ya lo sé desde las últimas pruebas. Lo que necesito es que pare.

—Ese es el quid. Mira —mueve la pantalla de su ordenador para enseñarme un montón de gráficas y escáneres en colores amarillos, verdes y rojos—. En tu caso, el empeoramiento de tu piel está siendo tan rápido que la irritación se está trasladando a tus córneas y a tus vías respiratorias sin freno. La medicación puede calmarlo, pero no frenarlo.

—¿Y eso en qué…? ¿En qué se traduce?

—Dificultades respiratorias. También…

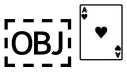
—¿Qué? —le insisto porque no quiere decirlo.

—Es probable que con el tiempo te resulte tan molesto tener los ojos abiertos que decidas librarte de ellos. Existen operaciones de recuperación rápida y no son dolorosas en extremo. Aunque tú tienes mucho aguante, ya lo has demostrado. Siento no poder darte mejores noticias».

19



Meg



Puede que me haya pasado los últimos días tan cabreada con el Satanás Corporativo que me haya olvidado de cobrar lo que me debe.

¿Qué? Todavía tenía trabajo con las muestras que me dio. Vaaaale. Estaba demasiado ocupada pensando en lo insultada que me siento porque ese millonario metomentodo con complejo de Danny Zuko, igual de engominado pero con la vida resuelta, se crea

con derecho alguno de meterse en algo que solo nos incumbe a mi madre y a mí.

En mi mente no hubo espacio para más que para la rabia.

Ni siquiera aunque, muy en el fondo, sepa que está intentando que no salga herida. Protegerme. Ni siquiera aunque no entienda qué más le dará a él lo que me pase a mí.

Así que aparqué aquello que me moría de ganas de saber desde que lo conocí. Su verdad, su historia. Pero hoy pienso obligarle a saldar esa deuda. *Está jodido, pero de verdad, a lo grande.* Cuanto más analizo sus muestras y sus resultados, peores predicciones encuentro. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que existe la posibilidad de que no consiga ayudarle. Leia acabaría destrozada y, como su mejor amiga, me importa. Trabajaré duro para evitar que pase.

El problema está en que cuando, a media mañana, me armo de valor para ir a tener esa conversación con él, Dallas no está en su despacho. ¿Vuelvo al mediodía? Tampoco le encuentro. En ambas ocasiones, Jesse y Tesse me dicen que está en la planta dieciocho, una a la que yo no tengo acceso para visitar. Una pena, porque me encantaría ver la biblioteca mágica.

Lo vuelvo a intentar a media tarde.

—Toma, Jesse. Otra para ti, Tesse.

—¿Qué son? —preguntan al unísono, como imagino que hablan todos los gemelos idénticos.

—Amatista. Os protegerá de las malas energías. Podéis regalárselo a vuestra novia. Novias. No quiero implicar que por ser gemelos, la compartáis. Eso sería raro. Creo. En fin, o a vuestra madre. Lo que queráis, ¿vale? —*cállate, cállate, cállate ya.*

—No salimos con nadie —dice Tesse.

—Y nuestra madre nos hizo el vacío cuando dejamos de ser pequeños y monos. Se volvió a casar y tuvo a otro par de hijos que, aunque no son gemelos, los adora y quiere mucho más que a nosotros —este es Jesse.

—Ah. Vale. Pues… creo que voy a buscar un puente por el que saltar.

—No, porfa. Te adoramos —dice Tesse y mi corazón avergonzado se enternece—. Se la podemos dar a nuestro padre. A él le gustan las piedras de la suerte y todo eso.

—Yo me quedo la mía.

—Bien, genial. Decidle que tiene que llevarla siempre en el bolsillo izquierdo, porque ese es el de la buena suerte.

—¿Existe el bolsillo de la buena suerte?

—No, Jesse, te tomaba el pelo. Pero llévala encima, aunque sea para acordarte de mí. —Miro al gato que tiene sobre la cabeza y alzo una ceja.

—Es mi razón de vivir.

Alzo la otra.

—Mi hermano a veces es un poco dramático —comenta Tesse.

—Qué va, a Carbón deberían replicarlo —admito—. Es evidente que es la razón por la que este lugar sigue funcionando, está entrenándole la paciencia a su dueño a diario. ¿Satán os deja jugar con el gatito cuando está en reunión?

—No —responden a la vez.

—¡Qué pillos! —exclamo orgullosa.

Aunque una parte de mí piensa que en realidad, él sabe lo que hacen. Y los deja hacer. Diría mucho de él si así fuera.

*¿Qué es eso que estoy sintiendo por Belcebú? Uy, no, no, no. *Borrar memoria reciente*, gracias.*

—¿El CEO todavía está en la dieciocho?

—Sí —dice Jesse—. ¿Te llamo cuando vuelva?

—Vale, gracias.

Pasa solo media hora.

Pensaba entrar directa, pero Tesse me coge de la manga del vestido como quien no quiere la cosa.

—Permítenos anunciarte antes de colarte en su despacho como si fuera la sala de estar de tu casa. Me da que el bluetooth de la amatista no funciona bien como método anti-despido.

—Sí, señor.

La mano de Jesse tiembla cuando descuelga el teléfono. *A ese tío le hace falta sacarse el palo que tiene metido por el culo y dejar de aterrorizar a estos dos encantadores gemelos que solo quieren oír a su jefe decir que han hecho un buen trabajo.*

—Puedes pasar.

—Gracias chicos.

—Qué civilizada, va a ser verdad que la amatista funciona —oigo a Tesse murmurar por lo bajini.

Entro en el despacho y casi me sorprendo de verlo allí de verdad después de todo el día.

—No he venido a discutir, ¿vale? Pero tenemos asuntos pendientes que solucionar y me gustaría que ambos pudiéramos actuar como dos personas civilizadas durante al menos diez minutos y… —el CEO de DW pone una expresión peculiar que me calla—. ¿Tengo algo en la cara?

—Las gafas.

Lo dice como si eso fuera una explicación completa con subapartados y presentación PowerPoint.

—Siempre que trabajo las llevo —me las quito—, aunque como ralentizas tanto mis labores, suelo quitármelas para hablar contigo.

—Mejor —endurece la mandíbula mirándolas, ahora en mis manos—. No te quedan bien.

Siento cómo se me pone rojo el cuello de la rabia.

Me las vuelvo a poner. Vamos que si me las vuelvo a poner.

—¿En qué momento te ha dado la impresión de que tu opinión me importa ni aunque sea un poquitín?

Vuelve a quedarse mirándome. Intensamente. Con fijación. Como si las detestara tanto que solo estar en presencia de las susodichas gafas no pudiera soportarlo. *Este tío tiene que estar tomándome el pelo. En serio. Eso o Leia tiene un criterio de mierda.*

—¿Podemos centrarnos en por qué estoy aquí? —intento una vez más, endeudando mi casa por unas gotas más de paciencia.



OBJ



OBJ



OBJ

20

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Por qué está aquí. Eso es lo que a mí me gustaría saber.

Los últimos días ha estado desaparecida, sin dar ni una puta señal de vida, y ahora… ahora esto. *Esto.*

—Ambos sabemos que la actitud autodestructiva de tus células en cuanto perciben un minúsculo input de luz solar es un pelín dramática, pero reconozco que como científica es jodidamente fascinante —dice cuando está explicándome lo que ha estado

haciendo con las últimas muestras que le di y como un cerdo, pienso en la muestra que me gustaría darle.

No puedo evitarlo. El despliegue de conocimiento y brillante inteligencia vuelve a hacer que la polla me dé un tirón y que el pantalón me apriete. Que se me sacuda necesitada de atención, aunque sea de mi triste mano. Otra vez.

He conocido a muchas mujeres inteligentes, así que sé que no es solo eso. Aunque no sepa qué cojones es entonces.

Quizá sean las gafas. *Las putas gafas.*

Ahora tiene más ese aspecto de sabionda. *De lo que es.*

Estoy seguro de que era la más repelente de su clase. La que levantaba la mano todo el rato y hacía que sus compañeros mediocres pusieran los ojos en blanco.

Me pone enfermo.

—…y fue un descubrimiento interesante, aunque es un instrumental bastante caro que yo nunca…

—Quítatelas.

Se queda callada, parpadeando durante el largo instante que se toma para digerir mi intervención. Nunca he deseado tanto echar a alguien de mi despacho. Nunca he deseado tanto follarme a alguien en mi despacho.

21

OBJ

Meg

OBJ 

—Quítatelas.

El shock se desvanece y mis ganas de abofetearle emergen.

Tendrá valor el tío.

Un segundo, no estará hablando de las gafas, ¿no? No ha podido interrumpirme para eso.

—¿Que me quite el qué?

—Las gafas.

Capullo. Será pedazo de capullo.

—Mmm, me da que no.

Él se levanta de su silla de monarca todopoderoso y con las manos en las caderas se gira hacia los ventanales que muestran las impactantes vistas de la ciudad de Nueva York. Dándome la puta espalda como un maleducado de tres pares de narices.

—¿Qué quieres de mí, Megara?

—Ya sabes lo que quiero, existen un montón de procesos que necesito llevar a cabo para los cuales necesito tu entusiasta colaboración. Y además de eso, necesito que te abras a mí, que me cuentes lo que te pasó con detalle, que me des todos tus informes médicos puesto que Leia solo me consiguió uno y… —doy unos golpecitos en el sofá de cuero cuando me siento y Carbón es la principal respuesta que obtengo—. Me lo prometiste, Dallas.

Se acerca a mí como imagino que caminaría hacia la silla eléctrica.

Halagador, como poco.

22

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—¿Qué quieres saber? —pregunto a la espera de que la conversación sea breve y terminemos antes de que el olor a mango se me meta dentro.

Megara saca su teléfono del bolsillo de su chaqueta granate y en la pantalla aparece una nota nueva.

—¿Cuándo te empezaste a tener problemas con el sol? Tengo entendido que cuando eras pequeño no tuviste ningún síntoma.

—No lo tuve, ni de adolescente. Tuve una vida normal hasta los veintiséis.

—¿Y fue de repente?

Recuerdo la primera vez que salí y el aire parecía convertirse en gasolina al entrar por mis fosas nasales, haciendo que mi piel quemara y ardiera de dentro afuera.

Esos cómics que leí de crío en los que el vampiro sale ardiendo por combustión espontánea en cuanto le da el sol, pasaron ante mis ojos como un flash de luz cegadora.

—Sí, de la noche a la mañana.

—¿Y no hay nadie en tu familia que tenga este gen y a quien se le haya despertado la enfermedad?

—Mi abuelo materno es el único con quien comparto esta condición.

—¿Crees que podría hablar con él?

—No disponía de los medios que yo, empeoró muy rápido a causa de la exposición continua y se quitó la vida un año después de que se lo diagnosticaran. —Tenía cuarenta y dos años, según oí, lo cierto es que nunca lo conocí.

Se le descompone el gesto y me siento mal.

Preferiría ahorrarle este mal trago, pero ¿qué coño? Ella lo ha querido.

—¿Y qué hay de tu madre? Tal vez con una llamada ella pueda explicarme…

—No sé si Kiara está muerta, pero para mí, como si así fuera. No quiero que contactes con ella y si decides ir a mis espaldas…

—No. —Se queda blanca, pero enseguida niega con la cabeza y me mira con… determinación. Como si formáramos parte del mismo equipo—. Nunca iría a tus espaldas. Estoy aquí para ayudarte, por si se te ha olvidado. Además.

—¿Además?

—Además entiendo muy bien esa sensación —explica escueta—. No la buscaré, descuida.

La miro esperando que diga algo más al respecto, pero no lo hace.

—Tenía entendido que tu madre era una gran persona.

—Mi madre sí. ¿No hay nadie más en tu familia que tenga la enfermedad?

—Por suerte, no.

—¿Tienes pensado tener hijos? No lo digo para meterte presión, ni nada, pero las probabilidades de que heredaran…

—Me hice una vasectomía a los veintisiete. Nunca tendré hijos.

Se queda callada un largo momento.

Por primera vez, no tengo la menor idea de lo que pasa por su cabeza y eso me irrita. Megara traga saliva y estira su esbelto cuello de cisne.

—¿Querías tenerlos?

—¿Importa eso para tu investigación?

—Puede que no sea imprescindible, pero no estaría mal para nuestra confianza mutua.

—No, no quería tenerlos. Nunca he querido.

—Bien, me alegro.

—¿De que no haya querido ser padre?

—De que no hayas perdido algo que querías. Necesitaría ver tus informes médicos. ¿Vas a dejarme? —empieza una diatriba de por qué estar al corriente de las investigaciones que otros especialistas hayan llevado a cabo nos ahorraría mucho tiempo en una investigación que a ambos nos interesa que sea exhaustiva y exitosa.

—Veré lo que puedo hacer —le digo en un intento de que deje de hablarme de lo que puede hacer en su laboratorio porque está claro que le apasiona.

Y una Megara apasionada, lista y con gafas es la nueva puta cruz de mi existencia.

—No te pido más. También me gustaría saber desde cuándo has…

—¿Caído en picado?

—Empeorado tanto, sí —termina de anotar sus observaciones y alza la vista. Las esmeraldas que tiene por ojos están inundadas de comprensión y es asquerosamente fácil hablar con ella. Imagino que así ha conseguido todo lo que ha querido en la vida.

—Unos meses. Nueve o diez, quizá un año. Es complicado ponerle una fecha exacta.

—Y ahora tienes problemas incluso para salir por la noche, ¿verdad?

Asiento. No tiene sentido negarlo.

—¿Hay alguna razón que tú sepas o alguna causa para este cambio?

Los médicos siempre sacudían la cabeza, alzaban las manos y se encogían de hombros cuando les hacía esa pregunta, sin importar cuánta pasta pusiera sobre la mesa.

—Mi ADN defectuoso, imagino. Y mi organismo es una baratija.

Hace una mueca que le contrae la cara, como si no le hubiera gustado mi comentario.

—Es peligroso no saber el detonante para… —De repente su ceño se frunce—. Un segundo, ¿has dicho que tu enfermedad se despertó a los veintiséis? ¿Eso quiere decir que el mismo año que te hiciste rico…?

—Alguien ha hecho sus deberes.

—Sé cosas de ti que pueden encontrarse en internet, las que me interesan son las otras. ¿Fue antes o después de conseguir esto?

—Poco después.

Hace otra mueca, esta vez una preciosa.

—Vaya mierda, justo cuando tendrías que haber estado celebrando… qué injusto.

De repente lo veo y la furia me inunda las venas.

No por mí, por ella.

23

OBJ

Meg

OBJ 

Dallas se inclina y dejo de respirar. Acerca su mano a mi mejilla y me quedo muy quieta, como cuando vas de safari y el rey de la selva decide entrar en tu vehículo, porque puede.

La piel vuelve a cosquillearme donde me toca y vuelvo a quedarme en blanco. Esa es la mayor traición posible por parte de mi mente, porque mi labia suele ser el mejor arma que tengo.

—Voy a arreglarlo todo para que pase hoy, ¿de acuerdo?

—¿De qué…? ¿De qué estamos hablando? —*¿por qué me lo estoy imaginando desnudándose para mí?*

—Tu madre no volverá a hacerte daño, Megara.

Reacciono. Me pongo en pie de un salto y lo recuerdo.

Ayer, a las doce. Me había quedado frita en el sofá después de todos los problemas que tuve para que Faith cenara. Estaba muy cabreada, creía que yo era su canguro y no paraba de repetirme que ya era una jovencita mayor de edad.

Al principio era inofensiva, hacía trastadas infantiles como dar portazos, poner la música alta o llenarme la encimera de los macarrones con queso que había preparado para cenar.

Luego empezó a hacerme daño.

Una cosa llevó a la otra y un plato acabó roto. Me amenazó con uno de los pedazos y acabé con sangre manchándome el pijama. No fue un corte profundo, pero lloré hasta quedarme dormida.

—Mi madre no me ha hecho daño.

—Tienes una tirita en el cuello.

—¿Y de eso…? —resoplo incrédula, me río nerviosa—. ¿Y de eso sacas tantas conclusiones? ¡Estás loco!

—Hicimos un trato. No puedes negar que he sido justo. Te di una segunda oportunidad.

—¡Basta ya! —chillo y me lanzo hacia su móvil para tapar la pantalla con las manos antes de que consiga teclear nada—. ¡Estás paranoico, maldita sea!

Se queda muy quieto, primero creo que está mirándome las manos, pero pronto me doy cuenta de que va más allá.

—Llevas pantalones largos. —El desprecio es lo único que inunda su iris.

—Sí, y gafas, eres un poco raro, ¿lo sabías? No sabes mantener conversaciones normales —empiezo a ponerme nerviosa de verdad, estoy al borde del ataque de pánico porque si me aleja de Faith me moriré.

—Enséñame las piernas.

—i¿Tú te has dado un golpe en la cabeza?! No voy a enseñarte nada.

Me alejo y ahora es él quien se acerca, como una jauría de lobos en plena cacería.

—¿Te ha hecho daño? Dime la verdad, Megara. ¿Te lo ha hecho? —endurece la mandíbula y todo su ser emana violencia.

No sé en qué momento Dallas Brodly ha decidido convertirme en su protegida, ¡pero me gustaría revocar ese contrato a la de ya!

—No.

—No me mientas.

—¡No lo hago! Mierda, ¡ha sido un accidente! ¡Ella no ha tenido nada que ver!

—¿Qué son esos gritos? —una segunda voz masculina con acento peculiar entra en el despacho sin llamar.

—Nada, solo que Meg va a empezar a vivir sola —concluye Dallas cruelmente, llevándose el teléfono a la oreja.

—¡No, para! ¡Stanisław lo ha visto todo, no te miento!

—¿Yo? —pregunta él con un atisbo de confusión.

Me acerco a él, desesperada.

—¡Sí! ¡Tú has visto cómo la taza de mi café ha estallado cuando la he sacado del microondas! ¡Estabas en la cocina conmigo! Me has dado la puñetera tirita que ahora llevo en el cuello y yo te he dicho que si todos los polacos eran así de caballerosos, Polonia debía tener una altísima natalidad, ¿te acuerdas? ¡Díselo!

La cara de Stanisław es neutra durante unos agónicos y tensos instantes en los que Carbón corretea a nuestro alrededor sin entender la gravedad de la situación. Sin entender que estoy en la cuerda floja y lo que sea que diga podría mandarme al vacío y sin arnés.

—Claro que me acuerdo, Meg, respira —alarga el brazo y me da un ligero apretón en el brazo—. Ha pasado hace unas horas, ¿tan mala memoria crees que tengo?

Me giro hacia Dallas expectante, con el corazón acelerado por la desesperación. No parece muy convencido.

—¿Stanisław?

—¿Qué? ¿Qué coño está pasando aquí, tío? —se pone a la defensiva, aún más de mi parte.

Ambos se enzarzan en una guerra de miradas y yo dudo que vaya a salir nada bueno de esto.

—No pasa nada, yo… necesito cogerle unas muestras a *Dallas* y está poniéndome pegas. Como siempre. La excusa de hoy es preocuparse de que alguien de esta empresa me haya hecho daño, ¿te lo puedes creer?

Dallas me asesina con la mirada y hace falta que diga por qué.

—¿Qué cojones? Tío, deja de ser un puto incordio. La necesitamos. Pónnoslo fácil, ¿quieres?

Que Stanisław hable en plural hace que lo quiera.

O lo haría, si me cayera bien Dallas en lo más mínimo.

Ahora mismo, después de que amenace con alejar a mamá de mí, solo pienso en cómo utilizar mi conocimiento sobre venenos

contra él.

Sé que soy su hija y que los derechos legales son míos, pero no soy estúpida, sé la clase de poder que maneja una persona tan rica como Dean-Weston. Si decide interponerse entre mi madre y yo, estoy jodida.

—Está bien —Dallas, en absoluto convencido, se guarda el móvil y se vuelve a sentar en el sofá—. Cooperaré.

—Buen chico.

—Gracias —digo en general, sin especificar a cuál de los dos me refiero.

Otro silencio.

—Bien, os dejaré a solas. Portaos bien, niños. No os tiréis los trastos a la cabeza.

Stanisław se va y yo no puedo moverme. El corazón todavía me late muy deprisa y la garganta sigue ardiéndome con las lágrimas que no he dejado salir.

Carbón tiene la cabeza apoyada en la punta de mi tacón y parece haberse quedado frito. Me quito el tacón para no despertarlo y eso me obliga a estar de puntillas con un pie. Es la pose más ridícula de la historia para alguien tan cabreada como yo. Y por si

fuera poco, Carbón se despierta en cuanto me alejo y se apropia de mi zapato.



24

OBJ

Meg

OBJ 

—¿Va a ser así siempre? —exhalo—. ¿Si ves que me he hecho un corte en el dedo con un papel, te llevarás las manos a la cabeza y tomarás cartas en el asunto?

—Ya veremos.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo cuando yo estoy aquí para ayudarte? —mi voz suena estrangulada, débil, quizá por primera vez en toda mi vida.

—No pareces ser capaz de protegerte a ti misma cuando hay sentimientos de por medio. Me veo en la obligación moral de intervenir.

—Si crees que es sexy que te metas en mis asuntos cuando te estoy diciendo alto y claro que quiero que no lo hagas, es que has salido de una caverna y tu lengua materna es el «unga unga».

—Leia es mi familia y ella te quiere. Es evidente por qué la mantienes al margen y yo no voy a ser partícipe de algo que puede acabar contigo muerta.

—Mi madre nunca haría eso.

—Faith Galanis ya no es tu madre, Megara —dice como si pronunciar eso fuera una herida que le sangra por dentro.

—¿Cómo sabes su nombre? ¿Me…? ¿Me has investigado?

—No tengo todo el día para hablar. Por si no te has dado cuenta todavía, dirijo una empresa muy importante. ¿Quieres tomarme esas muestras o no?

Del bolsillo de mi chaqueta de tweed granate, saco las tiras adhesivas similares a las de la última vez, pero ahora más extensas y un pelín distintas en composición. Pero eso no pienso explicárselo. Me acerco a él y empiezo a pegárselas por el cuello.

—Desabróchate la camisa —le pido en poco más de un gruñido.

—Puedes hacerlo tú misma.

Capullo. Conque esas tenemos… No me queda más remedio que acercarme a él hasta que me encuentro contra sus rodillas. *Y yo que no quería tocarle.*

Estoy inclinada hacia delante cuando lo hace.

Dallas agarra mi muñeca y de un tirón, me hace perder el equilibrio. Para mi desgracia, acabo a horcajadas sobre su regazo, con las manos en su pecho y el pulso desbocado.

—¿Qué…? ¿Qué crees que estás haciendo?

No contesta. Me penetra con esa mirada capaz de derrocar imperios, de hacer temblar ciudades enteras.

—Cuida mejor de ti misma y no calientes tanto tu café, ¿quieres? No vaya a ser que lo próximo que estalle sea el microondas —su voz es apenas un susurro.

Mis pechos rozan su cuerpo cuando mi respiración errática amenaza con ahogarme si no hago una profunda inhalación.

—¿Te parece una postura adecuada para dos compañeros de trabajo que ni siquiera se llevan bien? Estoy segura de que va contra la política de la empresa.

Joder, o contra la de mis principios.

Controlo mi temblor como puedo, pero el calor de su cuerpo se mezcla con el mío. Dallas sigue mirándome y, de repente, me está acariciando. Primero las muñecas, luego las caderas y luego va bajando por mis piernas.

Y yo le dejo.

—Podríamos llevarnos bien, Megara.

—Tendrías que volver a nacer.

Curva la sonrisa y mis ovarios se retuercen al recibir algo que siempre se les niega. *No estoy empapada. No quiero tenerle dentro de mí. Para eso tendría que volver a nacer o estar completamente chiflada.*

Pero tengo que reconocer que la cercanía me está contrayendo el bajo vientre. Y mareando. Confundiendo.

—Deja de tocarme así —digo y cuando sus manos se frenan, me siento decepcionada conmigo misma. Algo que entierro en el fondo de mi cabeza, en el cajón de cosas en las que *no* voy a pensar—. Fíjate, sí sabes seguir órdenes. Gracias.

Me regodeo tentando a la suerte. Aprovecho su repentina actitud dócil y desabrocho un par de botones de su camisa, los del cuello, con tal de tener margen para pegar tantas tiras adhesivas

como puedo sin… bueno, sin tener que desnudarlo más de lo estrictamente necesario.

Dios sabe qué podría encontrarme. Músculos y más músculos. Abdominales en los que hasta un mal chef podría rayar queso. Algo que me persiga en mis mayores pesadillas.

Puede que desprecie al hombre que ha intentado separar a mi madre enferma de mis cuidados, pero mi sexo palpitante tiene otra opinión. Otros deseos. Por mucho que me duela.

Me lo follaría, sí. Aquí y ahora. Dejaría que me hiciera suya de la forma más dura y sucia posible. Y disfrutaría de cada segundo. Pero no lo haré porque después del calentón, su odiosa personalidad sería lo único que me quedaría. Entonces me quedaría helada.

Observo el siguiente botón de su camisa y trago saliva. En realidad sí necesito bajar un poco más, pero no quiero. Mis dedos temblorosos se quedan suspendidos en el aire mientras dudo.

De repente, Dallas toma cartas en el asunto y de un tirón hace saltar los botones que quedan. Se me seca la garganta para compensar la humedad de otras zonas de mi cuerpo. El corazón se me desboca porque… joder, sabía que estaba fuerte. Eso era evidente. ¿Pero esto? Tiene un cuerpo esculpido por los dioses.

¿Pero a cuento de qué? ¡Si se pasa todo el día en este despacho! ¿Tiene un kit de mancuernas que no he visto?

—¿Vas a quedarte ahí todo el día, Megara? —pregunta con voz ronca—. ¿Vas a quedarte hasta empaparme el pantalón?

Muevo las caderas sobre él: una vez. Eso es todo lo que hace falta para sentir su polla dura debajo de mí.

—¿Empapada yo? —me inclino hacia sus labios—. Ya te gustaría. Puede que tengas todo el dinero del mundo, pero a mí nunca me podrás comprar. Ahora estate quieto y déjame hacer mi trabajo, Dallas.

No sé por qué pronuncio su nombre, si acaso estoy buscando mi propia ruina, pero me doy prisa en colocar tantas tiras adhesivas como puedo.

Sus ojos resplandecen con una malicia difícil de ignorar, pero lo intento hasta que él me coge la barbilla y me obliga a mirarle.

—¿Te crees que no sé por qué intentas sacarme de quicio con mi puto nombre? ¿Que no veo a través de ti?

—No hago tal cosa. Es solo tu nombre.

—¿Te crees que no siento lo rápido que palpitas? ¿Que no sé lo mojada que te encontraría si lo comprobara? —baja el tono y estamos tan cerca que la siguiente inhalación la hago de su boca.

Gruñe. Gruñe como un animal y aunque es breve, me muerde hasta la última terminación nerviosa. Esta vez soy yo quien sonríe, aunque en el fondo, estoy al borde del infarto.

—¿Eso te dice tu ego, arrogante? Adorable. Pues ¿sabes qué? Que nunca lo sabrás. Si se trata de ti y de mí, el pulso siempre lo voy a ganar yo —tengo los pezones tan duros que acabarán por rasgar la tela.

Giro la cabeza y rozo la piel de la mano con la que me ha sujetado en una caricia que no se merece. Quiero besar alguna parte de su cuerpo, la que sea.

De repente, Dallas agarra la tela de mi pantalón con el puño y le da un buen tirón. La piel de mi pierna queda expuesta y me quedo sin aire.

Es una suerte que haya escogido la pierna izquierda y no la derecha.

Me levanto de su regazo y lo hago tan de golpe que me tambaleo, ¿y qué hace él? Evitar que me caiga con solo una de sus manos. Se la aparto de un manotazo.

—Ya basta —retrocedo—. No quiero estar justificándome delante de ti cada segundo que pasemos juntos. De lo contrario, esto va a ser insoportable para mí.

—Podrías irte —se levanta, alto, imponente y hermoso como un puto dios romano lleno de furia—. Podrías dejarlo estar y así te asegurarías de que no volviera a meterme en tu vida.

Hay una parte de mí que no le cree.

Que está segura de que no lo dejaría estar solo porque yo no volviera a pisar estas oficinas.

—Tanto miedo tienes, ¿eh? —retiro la primera tira adhesiva, la de su cuello y la guardo—. Estás tan acostumbrado a tenerlo todo bajo control que te da pavor dejar algo tan importante como tu esperanza en manos de otra persona. De mí. —Retiro más adhesivos —. Vas a tener que ser un niño grande, echarle valor y… comprarte otra camisa.

Saco a Carbón de mi zapato, lo deposito en el suelo y salgo de su despacho con las piernas de gelatina. No miro atrás, llego al mío que no está lo bastante lejos y me apoyo contra la puerta cerrada exhalando todas mis emociones contenidas.

Imagino que darse placer a una misma en horario laboral estaría fatal. Pero no puedo pensar en otra cosa. *Además, yo ni siquiera cobro, así que técnicamente…* Apenas puedo respirar.

—Le… le odiamos, Megara —me recuerdo en susurros ahogados. Cuento hasta diez. Luego hasta veinte. Acabo llegando a sesenta.

Sigo ardiendo. Sigo imaginando lo que podrían hacer mis dedos si me lo permitiera. Se me escapa una risa nerviosa—. Ridículo, esto es ridículo.

«Tienes un sofá, Megara», dice su voz en mi cabeza, «privacidad de sobra», «y un pequeño lavamanos».

A pesar de que esas tres verdades no paran de repetirse, igual que el gruñido que ha soltado, me obligo a abrir la puerta de mi despacho y empezar a trabajar.

25

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Me quedo mirando las puertas de mi despacho, obligándome a no seguirla. Echo el cerrojo y me quedo unos segundos viendo las inmensas puertas negras de mi baño privado.

Las cruzo.

Camino de un lado a otro, como un perro enjaulado hasta que finalmente me dejo caer sobre el sillón de cuero que nunca he usado, el que está frente al espejo y puse ahí porque mi decoradora

de interiores pensó que quedaba bien. Estoy más cabreado que cachondo, y estoy muy cachondo.

No es la primera vez que esa mujer me ha montado una tienda de campaña en los pantalones, pero sí es la primera vez que…

Me rindo a ella.

Me saco la polla y exhalo de alivio tras darle la primera sacudida fuerte. El placer es como caer a un abismo de no retorno. Es como si no me hubiera hecho una paja en mi puta vida, joder.

Cierro los ojos para verla a ella. Me la imagino abierta de piernas para mí, pidiéndome que la monte, que me la coma entera. Me imagino yendo a su laboratorio, bajándole los pantalones hasta los tobillos, inclinándola sobre una mesa cualquiera y hundiéndome en ella desde detrás.

Fantaseo con que sus labios se ciernen sobre mi polla y que me permite cogerla de ese pelo granate suyo mientras es la calidez de su boca y las lamidas de su lengua las que me empujan al paraíso. No me hacen falta pruebas para saber que se le daría de maravilla. Esa disciplina con la motivación adecuada… *joder, joder, joder.*

Acelero el ritmo con violencia. Las venas sobresalen abultadas por encima de la piel y estoy tan asfixiado en mi urgencia que sé

que no voy a durar nada. *Y su olor, ¿cómo olerá ese coño? ¿También olerá a puto mango?*

Hacía tanto tiempo que no sentía semejante necesidad que ni sé qué cojones hacer con ella.

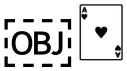
Veo una de las tiras adhesivas que se ha quedado pegada en mi abdomen y no puedo más. Es como tenerla aquí conmigo. Me corro con su nombre en la boca y pienso en Megara cuando el orgasmo hace conmigo lo que quiere.

¿Y qué mancho de semen? La puta tira adhesiva.

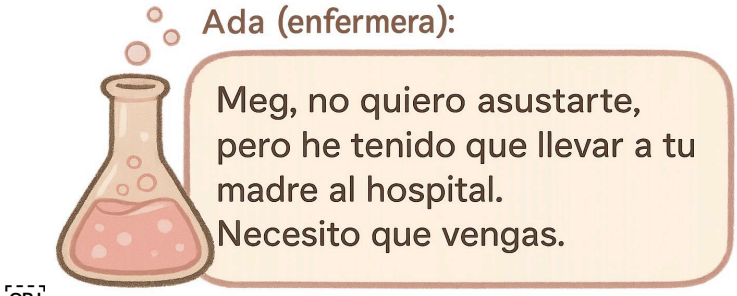
26



Meg



Poco después de empezar a trabajar recibo un mensaje que me hiela la sangre. Solo entonces veo que tengo tres llamadas perdidas, tres que, al tener el móvil en silencio, no he visto.



OBJ

11

Alguien llama a la puerta abierta de mi despacho.

—Hola, Meg, soy Violet. Todavía no nos han presentado.

—Lo siento, tengo que irme.

Me marcho de DW sin dar explicación a nadie, esperándome lo peor.

27

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—Tesse. —Camino hasta sus mesas contiguas y ambos me devuelven la mirada.

—¿Sí, señor?

—Asegúrate de que la sala de reuniones principal está lista para las cinco, la conferencia de hoy es…

—De suma importancia, lo sabemos —dicen ambos al unísono.

—¿Dónde está? —una voz femenina interrumpe la conversación y me cabrearía si no fuera porque se trata de:

—¿Leia?

—¿Dónde está? ¿Y Meg? —pregunta con ojos llorosos—. No la encuentro por ninguna parte.

—Respira, debe estar en su laboratorio, ¿qué pasa? —me acerco a la ardilla nerviosa y agitada que no deja de moverse.

—He ido a verla y no está, ¡tampoco en el baño! N-necesito… *dios mío,* necesito encontrarla ya.

—Yo la he visto correr al ascensor hace quince minutos —dice Jesse.

—¿Se ha ido? —Leia se queda pálida—. Entonces lo sabe.

—¿Saber el qué?

Da la impresión de que Leia está viendo su vida pasar en diapositivas.

—En recepción dicen que ha salido del edificio —dice Tesse con el teléfono aún en la oreja.

—Leia, ¿qué ha pasado?

—Es su madre. La enfermera que la cuida ha tenido que llevarla al hospital porque se ha puesto muy agresiva y ha acabado haciéndose daño a sí misma. No sé si lo sabes, pero está muy enferma y…

—¿Sabes en qué hospital está?

—Sí, Ada me ha llamado para darme todos los detalles y ver si podía avisar a Meg, pero he creído que era mejor venir en persona. No pensé que llegaría tarde. Ha debido localizarla. Mierda, no quería que fuera sola.

—Vamos, te llevo.

—¡¿Qué dices?! —alza la voz—. Es pleno día, tú no puedes…

Le agarro del brazo y ella deja de hablar bajo las interesadas miradas de mis dos secretarios.

—Volveré en cuanto pueda —les digo a Jesse y Tesse—. Avisad a Stanisław de que me ha surgido una urgencia. Os llamaré si no llego a la reunión.

—No puedes venir conmigo —susurra Leia camino al ascensor—. ¡No puedes, Brodly!

—Mi coche tiene las ventanas especiales, igual que este edificio. Puedo ir a donde sea con él.

—Pero no podrás bajarte de él. ¿Qué harás dentro del hospital? ¡Hay miles de ventanas!

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—¿Has pensado alguna vez lo que te sucedería si tuvieras un accidente y las ventanas de tu coche se rompieran? ¿Lo has pensado?

Le pongo una mano en la espalda para que entre en el ascensor, pero voy a cargarme al hombro a esta mujer como no empiece a cooperar.

Meg está sola. Probablemente aterrada por lo que pueda pasarle a Faith. Quiero matar a alguien, es una pena que el culpable sea el puto Alzheimer.

Leia me coge la mano con las dos suyas.

—Gracias. Ojalá no empujaras a todos los que te queremos con tanta fuerza, tienes un corazón de oro y me gustaría beneficiarme de él más a menudo —esto Leia lo suelta ya llorando.

Me recuerda a cuando era una renacuaja y se había dado algún porrazo. Puede que solo tuviera trece cuando a mí me diagnosticaron la enfermedad, pero la he visto crecer.

—Podrás hacerlo mientras viva, descuida.

Sacude la cabeza y la pinza de lazo que lleva se le desengancha de su sitio, haciendo que un montón de mechones rubios se le vengan a la cara.

—Hacía mucho que Faith no se ponía violenta —asegura—, no sé qué ha podido pasar. ¿Y si la perdemos? Dios, Meg no está preparada todavía. Y no se merece esto. ¡¿Es que no ha sufrido ya bastante?!

—No te pongas en lo peor todavía, pequeñaja —mi voz es tan severa que casi parece que se lo estoy ordenando.

Mis zancadas son largas cuando salimos del ascensor, así que Leia prácticamente va corriendo. Nos metemos en el coche, arranco y piso a fondo el acelerador.

28

OBJ

Meg

OBJ 

«—Mamá, déjalo ya —termino de ponerme las chanclas, cojo la toalla y con el bañador puesto, ya estoy más que lista.

Vamos a bajar al río a chapotear un rato.

—¿Cómo quieres que lo deje? Te has quedado con mi nariz. ¿Qué voy a hacer yo de ahora en adelante? No sabré si la comida de la nevera huele a podrido, ¡o si mi propia hija huele a podrido!

—Es un juego, ¡y te la he devuelto! Además, ¡yo no huelo a podrido! —Se me escapa la risa y ella aprovecha para hacerme

cosquillas y no parar hasta que se me saltan las lágrimas.

No vale, ella casi no tiene cosquillas. No puedo competir contra eso.

—He criado a una Houdini. Me ha salido el tiro por la culata.

—No más cosquillas —le pido señalándola con el índice en mitad de la calle, todavía con la risa floja—. Ya basta.

—Sube, anda, o no llegaremos ni mañana. —Se inclina y yo no dudo en trepar por su espalda.

El sol quema, pero llevamos protector solar. Mamá siempre huele a eso y a frutas. Juego con las flores de su pelo. Son de todos los colores que existen.

—Mamá, ¿qué quieres que sea cuando crezca?

—Feliz.

—¡Nooooo! Digo de trabajo. ¿Qué quieres?

—Ahhh, entonces… —se lo piensa un poco y finalmente—: Rica.

—Ayyyyy, ¡va en serioooo, joooo!

—Quiero que seas lo que no puedas evitar ser.

—¿Eh? ¡Eso no es una profesión!

—Megara, escúchame con atención —pide con voz dulce—. Quiero que tengas un trabajo que no puedas pasar un día sin hacer,

de lo feliz que te haga. Quiero que te rodees de todo lo que no puedas evitar ser, tener o sentir. Así, seguro que serás muy feliz.

Me abrazo a su cuello y entierro la cara en su pelo. Ella se ríe.

—¿Estás llorando?

—Noooo —miento como una cochina.

—Mi tesoro. Hoy nos lo vamos a pasar genial. Vamos a jugar en el agua y a comer tus sándwiches favoritos. No hay por qué llorar, mami está aquí contigo.

—¿Siempre?

—Siempre».

Recorro los entresijos del hospital con la garganta ardiendo y sin molestarme en controlar las lágrimas. Me pierdo entre tanto pasillo, tanta gente yendo y viniendo, pero encuentro a Ada unos angustiosos minutos de búsqueda después.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuándo habéis llegado? Ada, ¿dónde está mi madre?

—Le están haciendo pruebas, no creo que tarden.

—¿Qué ha pasado?

—Ven, siéntate. Respira un poco —pide y yo no quiero ni sentarme, ni respirar, porque ella es enfermera y sé que si hace esto no es para darme las mejores noticias de mi vida—. Nada más irte a

trabajar, se ha vuelto a la cama para dormir y me ha costado mucho que se levantara a comer algo. Ya sabes que con toda la medicación que toma, no conviene que tenga el estómago vacío demasiadas horas.

—Sí, ¿se ha puesto violenta por eso?

—No, ha sido poco después de comerse la fruta. Ha empezado a tirar los platos y vasos al suelo, a amenazarme con usar uno contra mí si no le decía dónde estaba su Andrew, «que venga mi marido». No le ha gustado mi respuesta y ha empezado a dar golpes con las manos desnudas sobre los trozos de cristal. Imagínate el desastre.

—Esto es culpa mía. Debería haberlos cambiado por unos de plástico después de lo que me pasó el otro día con ella.

—Eh, escúchame —me da un apretón en la mano para que la mire—. Nada de esto es culpa tuya, su enfermedad es así. Una puta mierda, hablando en plata.

Me enternece su transparencia y también me gana, pues nunca me ha gustado ese positivismo tóxico de sacarle el lado bueno a todo. Si algo es un asco, ¿qué menos que poder decirlo?

Leia me llama.

Me quedo mirando la pantalla embobada mientras me vibra la palma. Mañana se va a Acorn Hill y si le cuento toda la verdad, no se

irá. Una vez más, dejará su vida en pausa por *mí*. Por *mis* problemas. Cuelgo el teléfono. Estoy a punto de preguntarle a Ada si ha hablado con ella cuando dice:

—Mira, ahí vienen.

Nos ponemos en pie para acercarnos a la doctora y al enfermero… a quien reconozco bien. El revoltijo en mi estómago se acentúa. Nos guían hacia una sala vacía en la que poder hablar, pero que no esté mi madre allí me deja intranquila.

—Ahora está sedada, tardará un rato en despertarse. Le hemos curado las heridas de las manos que, por suerte, no eran muy graves —explica la doctora—. Meg, debo ser honesta contigo. Los últimos exámenes muestran un significativo avance de la enfermedad. Mucho más rápido de lo que querríamos, pero es algo habitual en personas menores de sesenta y cinco. Cuanto más joven es el paciente, más salvaje es el Alzheimer.

—¿Eso qué significa? —me aferro al dobladillo de mi vestido, a mi bolso, a lo que sea con tal de hallar una serenidad que no encuentro.

Desvía la mirada hacia Ada.

—Es muy bueno que cuentes con soporte profesional que te ayude a cuidarla. Siento decirte que vamos a empezar a ver

consecuencias muy serias en la movilidad de Faith. Cada vez le costará más caminar y en cosa de semanas ya no podrá hacerlo sin ayuda.

—Pero… pero eso no es posible. Solemos dar muchos paseos, ayer por la tarde fue el último y ella… ella iba bien, como siempre.

—Entiendo que es una noticia difícil de digerir. Pero necesito que te prepares para lo que viene.

—¿Lo que viene? —pregunto con la voz tomada, agradeciendo el gesto a Ada cuando me agarra de la mano con fuerza.

—Las dificultades se extenderán a todos los aspectos de su vida. Dejará de poder comer sola, cada vez le costará más hablar y será incapaz de valerse por sí misma. Necesitará apoyo constante, pero por suerte, existen algunos centros que pueden ayudarte con esta última fase, que sea menos dura.

¿Menos dura? ¿Está de puta coña? ¡¡¿Menos dura?!!

La mujer más inteligente, fuerte, valiente y brillante que he conocido, mi modelo a seguir, mi faro, mi animadora, la persona que más me quería, mi lugar seguro está consumiéndose. Y yo no voy a poder evitar nada de lo que le pase. Y si tiene algún momento de lucidez y lo recuerda todo con claridad, se morirá de miedo y eso tampoco podré evitárselo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi madre?

Sé que no ha terminado de hablar, pero no puedo oír más ahora. Ni quiero. Lo que necesito es verla. Quitarme esta sensación de que ya la he perdido para siempre. Salgo de la sala y Ada no me sigue, se queda con la doctora.

Por desgracia, no llego sola a la sala en cuestión.

29

OBJ

Meg

OBJ 

La veo dormida, en una cama junto a la ventana. Frágil. Pero está ahí. *Aun no me has abandonado.* Vuelvo a sollozar cuando me agarro a su antebrazo. Me dejo caer sobre un taburete, me acerco tanto como puedo y le examino las manos.

—¿Es que no sabes que tienes que tener cuidado cuando se rompe un vaso? —pregunto con voz temblorosa, apenas viéndola a través de las lágrimas—. Vas a ponerte bien, mamá.

Miro el tatuaje en su piel arrugada. Y luego miro la tinta en la mía, lisa.

Mi «tú mi mitad» y su «y tú mi mundo entero», que nos hicimos antes de que yo fuera a la universidad, ahora me provoca ganas de llorar o chillar. O las dos cosas.

—Yo puedo ayudarte —Ben, el enfermero, me pone una mano en el pelo y me acaricia.

—No me toques —le digo, pero lo considera una invitación para bajar la mano hasta mi hombro, para apartarme el pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres que vaya a tu casa con vosotras, Meg? Podríamos cenar algo mientras tu madre duerme. Podría ser el hombro en el que llores.

Mi madre y yo vinimos a este hospital desde Acorn Hill varias veces antes de mudarnos a Manhattan. Como sabíamos que íbamos a hacerlo, lo mejor era que el seguimiento lo llevaran los mismos médicos.

De todas las veces que Faith ha tenido revisión, Ben ha estado pululando por ahí con sus comentarios insinuantes y sus arrogantes indirectas de *te estaría haciendo un favor saliendo contigo*.

Sin importar cuántas veces le diga que no me interesa, se le ilumina la cara cada vez que me ve, pero con un mohín que hace saltar todas mis alarmas. Resulta un poco espeluznante, no voy a mentir, es un armario y está a solas con mi madre, lo cual me hace temer por las consecuencias de mis actos. Justo ahora me pregunto por qué no he pedido al hospital que alejen a este tío de nosotras.

—Quiero que me dejes a solas con mi madre. Por favor. —Le aparto la mano de un manotazo y él suelta una risita.

—Me resulta irresistible lo fuerte que eres, pero no tienes por qué hacer esto sola.

—¿Por qué no entiendes que yo no quiero que tú…?

—Me gustas. Me gustas mucho, Meg. —Se acerca a mí desde detrás, pegando la parte frontal de su cuerpo a mi espalda mientras sigo sentada en el taburete, moviendo la mano hasta mis pechos.

Este tío no se está frotando contra mí en una situación como esta.

Ni mucho menos me está metiendo mano.

No lo está haciendo porque, de ser así, creo que estaría a un tris de volverme completamente loca.

Me giro, no sé si para darle un codazo en los huevos a Ben, que parece que no entiende bien las palabras, pero el caso es que él ya

no está a mi espalda. Nop. Está contra el armario después de que Dallas lo haya lanzado con fuerza como para provocar que todas las gasas que había encima caigan en cascada.

—¿No has escuchado cuando te ha dicho que la dejes, pedazo de gilipollas? ¿Y tú vas y la tocas? ¿Es que quieres que te mate? —su voz amenazante como el cuchillo más afilado no es nada en comparación con los tres puñetazos que le asesta en el estómago y la mandíbula a Ben—. Es evidente que estás mal hecho y yo estaré encantado de reconstruirte.

La satisfacción me dura poco.

La ventana. Dios mío, la luz.

Mi corazón tiembla y se rompe del todo cuando veo las ronchas rojas en cada rincón de piel expuesta de…

—¡Dallas!

—No volverá a tocarte —le propina un golpe seco que hace que la nariz de Ben se convierta en una fuente roja. Un montón de enfermeros llegan y Dallas grita—: Más os vale alejar a este potencial violador de Faith y Meg o este hospital habrá cerrado antes de que caiga la noche.

Empujo a Dallas para llevármelo de allí.

Es una mole, además de altísimo, así que tengo que hacer uso de todas mis fuerzas. Cierro la puerta de una salita de material en la que fijísimo que no deberíamos estar.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Voy a matarlo. A hundirle la carrera. La vida. Y a sus jefes también, ¿quién coño está supervisando a ese desgraciado para no ver lo que hace con la gente a la que trata? Hijo de puta. De verdad voy a matarlo.

—¡No vas a…! Espera, ¡para! —Me interpongo, no porque no quiera que le haga daño físico a Ben. En mi mundo de fantasía, me imagino que se lo hace y que luego me deja seguir a mí. Me interpongo porque no quiero que salga ahí fuera otra vez. Si se me rompe la voz es por él—. Tus ojos, tu cara, ¡tus manos! Estás herido por todas partes. ¡¿Es que no has visto la puta ventana?! ¡Las hay por todas partes! ¡¿Es que tienes ganas de morir?!

—Me da igual, todo, Megara. Esa escoria inmunda estaba tocándote sin tu permiso, encima ahora que Faith…

—¡A mí no me da igual, pedazo de idiota!

—Megara —jadea al ver mis lágrimas.

—¡No necesito perder a más gente que me importa!

Nadie dice nada durante el siguiente instante. Solo nos miramos sin entender qué narices está pasando, ni cómo hemos llegado a este momento. Escuchando la respiración errática del otro y quedándonos bien cerca.

Quiero preguntarle por qué ha venido, pero no me salen las palabras. Estoy aferrada a su camisa como si fuera una cría necesitada. Su mano llega hasta mi mejilla y me acaricia de un modo que, madre mía, no debería sentar tan bien. Estoy a punto de hacer una barbaridad como pedirle un abrazo cuando la voz de mi amiga suena en el pasillo, llamándome muy preocupada.

—¿Meg? —insiste—. Meg, ¿estás por…?

Salgo de la salita sin pensarlo dos veces.



OBJ



OBJ

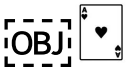


OBJ

30



Dean-Weston



Leia y Megara se abrazan y lloran en mitad del pasillo y yo me siento jodidamente inútil. Quiero volver a zurrar a ese malnacido, pero una parte de mí sabe que si pierdo de vista a Megara, aunque sea un solo segundo, dejaré de respirar.

—Ada me lo ha contado, ha dicho que ha sido un accidente. Pero he oído a la doctora decir que Faith está peor. Dios mío, no puede ser. Y ¿por qué estaba sangrando el baboso asqueroso de

Ben? —Leia es una metralleta de preguntas que no deja espacio para las respuestas de Megara.

Me ha resultado evidente que Ada no iba a contarle toda la verdad a Leia en cuanto hemos llegado. Me siento afortunado de tener toda la información, de lo que ocurrió en ese baño.

No sé por qué he salido de la sala cuando la doctora todavía estaba hablando, nadie me ha dicho dónde estaba Megara. Lo he sabido sin más.

Que me necesitaba.

Que tenía que encontrarla.

La adrenalina y la mala hostia son engañosas. Solo sentía calor, chispas, un quemazón desagradable bastante soportable. Uno que se está convirtiendo en un infierno muy rápido, que apenas me deja respirar.

—Va a ir a peor. Está… la enfermedad está avanzando muy deprisa. —Megara alza la vista hacia mí y quiero apartar a Leia y ocupar su lugar.

Ser quien la estreche contra sí, quien la ponga a salvo. Yo nunca he querido abrazar a nadie así. *Necesitado* hacerlo, joder. Pero quiero. Y quiero ser su lugar seguro.

SUBCONSCIENTE: deberíamos empezar a flipar en algún momento.

—No voy a ir a Acorn Hill. Me quedaré contigo.

—De eso nada, Leia, llevas un montón de días ilusionada por volver a tu casa. Incluso has pedido fiesta en el trabajo y siendo nueva, ya te estás arriesgando mucho a que te despidan por vaga.

—No pienso dejarte sola, usaré mis días libres para estar contigo y Faith.

—Yo me ocuparé de Megara. No la dejaré sola.

Ambas me miran sorprendidas, pero solo veo unos ojos esmeralda antes de que mi visión se llene de sombras. Cierro los ojos, no sin antes ladear la cabeza.

—¿Puedo ir a ver a Faith? ¿Está despierta? —Leia tira de su mejor amiga al tiempo que una ola de dolor me sacude.

Me apoyo en la puerta de la salita oscura mientras siento que me han bañado la piel en ácido.

Cada rayo de luz que me ha tocado, penetra hasta la médula arrancándome capas y capas de resistencia. *Esta mierda está dentro de mí. Un veneno para el que necesitaría un milagro. Pero este lugar es la prueba viviente de que la justicia y los milagros no existen.*

Abrir los ojos es aceptar que las cuchillas se me claven en todas partes.

—Tú no estás nada bien —dice una voz que apenas reconozco, la de Ada.

—No.

Y después, pierdo el conocimiento.

No es más que un segundo durante el que mi cerebro se desconecta, pero es un gusto no sentir dolor.

—Estoy bien —digo, sin tener muy claro dónde me estoy sentando, con la impresión de que me voy a caer en cualquier momento.

—Deja de intentar levantarte, dios. Mira, la piel se te ha llenado de ronchas, heridas y me da que esto de aquí van a convertirse en unas buenas ampollas. —Me observa de cerca, pero yo soy incapaz de abrir los ojos otra vez—. ¿Sabes que tienes Fotodermatosis Degenerativa Crónica?

—Sí. Qué buen ojo.

—¿Y se te ocurre venir aquí a plena luz del día? ¿Qué haces con el teléfono? ¿A quién quieres llamar? Mira, chico importante, deja las manos quietas o vas a necesitar un bastón para salir de aquí. Y hazme el favor de cerrar los ojos.

—Megara…

—Está con su madre, no se enterará. Yo tampoco quiero darle más motivos para llorar. Ahora déjame hacer mi trabajo y buscar la manera de calmarte este estropicio. Debe dolerte una barbaridad.

No tanto.

Algunos no hemos nacido para que nos salven.

31

OBJ

Meg

OBJ 

Anoche no dormí mucho.

No puede decirse que no haya pensado en el final de la enfermedad de… Faith. Pero aun así tampoco puedo decir que estuviera preparada para las noticias que recibí ayer. Siento que voy a perder a mi madre por segunda vez.

No conseguí que Leia se fuera de mi apartamento en toda la noche y si ahora no está aquí conmigo, es porque tiene que preparar su pequeña maleta.

Se va. Menos mal. Si sigue tan encima de mí no voy a poder ocultarle nada. Ella es mi única fuente de felicidad y si lo supiera todo, se pasaría el día llorando. Y no queremos eso.

A veces creo que Leia nunca se olvidará de mí. Pase lo que pase, por muchos años que transcurran. Es curioso que en un momento tan malo, el corazón de algunas personas brille tanto que consigan hacerlo soportable.

Por otra parte, hay algo en lo que no he podido dejar de pensar. En. Toda. La. Noche.

Dallas.

Su enfado. Cómo se lanzó hacia Ben, cómo me lo quitó de encima, cómo me interpuso a su bienestar, cómo me miró en esa salita en la que acabamos encerrados y cómo me tocó. Las heridas que vi en su piel cuando nos encontramos con él después de que Ada nos dijera que nos esperaba en el parking.

Estaba mal, muy mal.

Desconozco cómo lo hizo, pero al llegar al parking encontramos un coche de ocho plazas, similar a un furgón, esperándonos para llevarnos a todas a casa.

«—Os acompañaré. Iré abriéndoos paso.

—No eres una ambulancia, Dallas Brodly —digo secándome las mejillas húmedas—. No puedes hacer eso.

—No subestimes mis capacidades, Cacahuete.

—Madre mía, ¿te duele mucho? —pregunto con voz llorosa, porque hoy no sé hablar de otra forma—. ¿No debería vértelo alguien? Levántate las gafas de sol, déjame ver tus…

—Para —pide con voz dulce—. Estoy bien, no es la primera vez.

—¿No? ¿No lo es? ¿Acaso tu principal afición es rescatar a personas en apuros y ponerte en peligro por ellas? —Madre mía este hombre cínico y cruel tiene una personalidad con más capas que una cebolla y más encrucijadas que un laberinto—. No tendrías que haber salido de DW.

Leia, Ada, Faith y el conductor están dentro del furgón, así que estamos solos en el parking, pero ya podríamos estar solos en el mundo. La sensación sería la misma.

Por eso nadie más ve cuando Dallas se inclina hacia mí y me planta un beso en la frente, provocando que mi corazón salga despedido en busca de la ventana más alta de todo el hospital y, al encontrarla, se lance por ella.

—Descansa un poco, ¿vale? Te veré mañana. —Se mete en su coche sin decir nada más y estoy un noventa por ciento segura de

que acabo de imaginarme ese beso.

Porque me lo he imaginado… ¿verdad?».

—¿Estás bien? —Ada me mira mientras muevo la cuchara del café a un par de pasos de distancia del susodicho café.

—Sí, perdona, distraída. Tendré el teléfono en volumen, Ada, lo de ayer no volverá a pasar —le aseguro por tercera vez desde que ha llegado.

Es entonces cuando escucho:

—Meg.

La voz de mi madre suena débil, cansada. Pero ha dicho mi nombre. Como si se acordara de mí. Corro hasta su dormitorio mientras ella repite esas tres letras una y otra vez.

—¿Mamá?

—Meg, Meg —su voz adquiere un deje triste.

—Estoy aquí, estoy aquí —le cojo la mano y me siento al borde de la cama.

—No, mi hija pequeña, ¿dónde está mi Meg? ¿Y… dónde estoy?

Nunca sé cómo contestar a esa pregunta, la primera. Porque, por muchas veces que ocurra, mi corazón se inunda de esperanza cada vez que la oigo llamarme a mí.

—Estás en tu dormitorio. Ayer te pusiste malita y has pasado mala noche.

—Me pasa algo, ¿y mi Meg…?

Se me revuelve el estómago porque esas fueron las tres palabras exactas, las que pronunció la tarde que fuimos a urgencias en Acorn Hill. «Me pasa algo». Ella lo sabía, igual que ahora.

—Mamá, yo estoy contigo, ¿vale? Y Ada también.

—¿Quién es Ada? —se aferra a mi mano y dudo que haya oído lo demás.

—Es enfermera, una muy buena en la que confío plenamente. Está quedándose con nosotras una temporada hasta que se te pase el virus.

—No… no me acuerdo. ¿Eres la canguro de mi hija o algo así? Te vas a perder las clases, deberías irte pronto.

—Sí —sonrío con todo el cariño que tengo por un recuerdo que ya no existe, un amor cada día más desolador y solitario—. Ahora voy a irme un rato a clase, pero volveré por la tarde. Si te encuentras mal, díselo a Ada, ¿vale?

Está cansada, así que vuelve a quedarse dormida.

De pequeña, cuando fui consciente de lo que había hecho mi padre, el hombre con el que compartía sangre, y cómo mi madre

había decidido lidiar con esa realidad… decidí que quería tener una familia inmensa.

Conocer a alguien genial, casarme y tener muchos hijos. Montones. No porque necesitara a alguien más que mi madre, sino porque quería que ella no me tuviera solo a mí. Se merecía que la quisieran. Se lo merecía todo.

El Alzheimer antes de los sesenta y cinco años, el que ocurre en menos del cinco por ciento de los casos, es fuertemente hereditario. Se transmite por mutaciones en genes como el PSEN1, PSEN2 o APP.

Es el que tiene mi madre.

Es la razón por la que yo nunca tendré hijos.

32

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—Tienes un aspecto horrible. ¿Has dormido aquí? —pregunta Stanisław al entrar en mi despacho tan temprano que ni Jesse ni Tesse han llegado todavía.

—Sí.

—Los gatos se limpian solos, pero tú necesitarías una ducha. —Se coloca a mi lado mientras yo sigo tecleando sin apartar la vista del ordenador—. ¿Quién es Ben Hasneder?

—Hashner.

—¿Quién es Ben Hashner?

—El ex-enfermero en paro con más mala fama de todo el estado de Nueva York.

Solo he tenido que sacar un puñado de trapos sucios a relucir. Tres denuncias de acoso sexual en la universidad, una orden de alejamiento de una ex-novia que un familiar policía de Ben, que también va a tener su merecido, barrió bajo la alfombra…

Apuesto a que ese malnacido es una de las razones por las que Megara es tan reacia a dejar a su madre en un centro.

Tengo que dejar de pensar en Hashner o esta noche dormiré entre rejas.

—Apártate del ordenador, ¿quieres?

—No tengo tiempo para… —el que va a ser mi ex-mejor amigo de ahora en adelante, tira de mí y entonces veo que traía unas bolsas consigo.

De una saca una planta, corta un tallo y me pone el pringue en la cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Cuidarte, mamón, que tú no sabes. El aloe vera te aliviará, me lo dijo Ada.

—¿Cómo has conocido tú a Ada?

—Hablé con Meg para saber cómo estaba y le pregunté si quería darme el contacto de Ada, por si la enfermera necesitaba contactarla mientras Leia estuviera en Acorn Hill y volvía a no poder localizarla. —Se carcajea—. Sí, soy un puto detective.

—Y un cobarde. ¿Cuándo vas a hablar con Leia?

—Nunca —aprieta los dientes.

—Eres un idiota.

—¿No se supone que deberías protegerla de alguien como yo?

—Ese es trabajo de Blake-Hunter, yo no soy su hermano mayor. Además, conociendo el carácter de Leia… ni falta que le hace. Se te merendaría hasta en su época de vacas flacas. ¿A qué hueles?

—No quieres saberlo.

Brownies. Ha desayunado brownies con nueces, cacahuetes y almendras. Porque, ¿qué hace Stanisław cuando está nervioso? Comer dulces raros.

—¿Quieres uno?

—Vete a la mierda.

—¿Cómo se puede ser tan gafe como para tenerle alergia a tu fruto seco favorito? —se burla.

—Cállate, ¿quieres?

—Una vida sin cacahuetes, oh, qué triste condena.

Lo aparto de mí pero para entonces ya no me queda ni un solo rincón de la cara sin pringue.

Lo cierto es que alivia una barbaridad. *Ojalá pudiera metérmelo en los ojos, la pomada que me recetó el doctor Halle no está haciendo muchos milagros, que digamos.*

—Quizá deberías pedirle a Meg una de estas —Stanisław se saca del bolsillo una piedra que alguien ha decidido pintar de un color dorado chillón de lo más horroroso.

Al ver mi cara de asco, lo deja caer en mi regazo porque sabe que es lo último que quiero que haga. Casi le da a Carbón y de haberlo hecho, Stanisław habría bajado a la calle sin necesidad de ascensor.

—Preferiría no darle ideas de cosas que puede lanzarme a la cabeza, gracias. —Se la devuelvo.

El obsequio de mi hermano saca las garras que no tiene y se lanza hacia Stanisław, trepando por él para cobrarse su venganza. Por primera vez, me siento orgulloso de Carbón.

—Es para protegerme el aura. O para que los que son géminis o escorpio de por ahí no la tomen conmigo. La verdad es que no tengo claro lo que dijo. ¿Algo sobre evitar espejos rotos? No tengo ni idea.

—¿Qué es eso? —le pregunto cuando deja a Carbón en el suelo, tras sacar otra cosa de la puta bolsa infinita.

—Un regalo para él también, que cualquiera diría que no tienes ni medio dólar. Es pequeño, necesita jugar y divertirse, joder.

—¿Y lo va a hacer con un par de calcetines de bebé?

—Míralo, ¿tú qué crees?



Carbón parece feliz. Más de lo que lo está siempre, quiero decir. Pero este gato es muy entusiasta y ha demostrado que se conforma con muy poco.

—Voy a quedar con Alana —digo.

—¿Esa modelo rubia con la que te acostaste un par de veces hace como un millón de años?

—Mes y medio, y sí.

—¿Para demostrar que no sientes nada por cierta pelirroja por la que ayer te achicharraste vivo? ¿La razón por la que tienes la letra

del ordenador en Times New Roman cuarenta y cinco?

Joder. Bloqueo la pantalla del ordenador.

—Mira, tío, ella… —me callo cuando alguien llama a la puerta de mi despacho.

No me avergüenza admitir que espero que sea alguien que viene a llevarse a Stanisław lejos.

33

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—Hola. ¿Puedo pasar?

—*Megara* —no resisto el impulso de ponerme en pie. Hago un gesto con los brazos, abarcando todo cuanto me rodea—. Claro, pasa. ¿Cómo estás? ¿Y cómo está tu madre? ¿Habéis pasado buena noche?

Stanisław me da un golpe y carraspea algo que se parece mucho a «no la atosigues», que espero que ella no haya oído.

—Bien, cansada. No ha habido ningún problema desde que volvimos del hospital, pero estamos en alerta. Leia sobre todo —se ríe un poco, nerviosa, todavía bastante cerca de la puerta—, ha venido conmigo —esto lo añade lanzándole un rápido vistazo al palo tieso a mi derecha—. ¿Y tu piel? ¿Tus ojos? ¿Ves bien esta mañana? He pasado por una farmacia de camino aquí y he comprado algunas cosas.

—¿A mí? —pregunto como un tonto, incapaz de asimilar lo que dice.

—¿Qué…? —suelta la bolsa junto al sofá—. ¿Qué tienes en la cara?

Me toco la mejilla sin saber a qué se refiere y noto el aloe vera. Lanzo una mirada asesina a Stanisław.

—Aloe vera —le responde él todo altivo—, porque *yo* también le he comprado *muchas* cosas. Y se las he traído antes que tú.

—Pírate, tío.

—No hemos acabado de hablar y todavía no te he puesto pomada en las manos, cielito.

Lo mato.

Ya te digo que al final acabo entre rejas por A o por B.

—Solo quería pasarme a darte las gracias, Dallas. Por traer a Leia, por defenderme de Ben, por… —deja de hablar. No veo lo bastante bien como para tener claro lo que pasa con sus ojos, no a esta distancia, pero creo que tiene lágrimas—. No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—¿Ayudarte?

—Exponerte a la luz de esa manera. Tienes suerte de no estar… —se vuelve a callar, ahora la emoción es más que evidente.

—¿Quieres quedarte a Carbón mientras trabajas?

Stanisław se atraganta porque, pese a todo, ese gato es un regalo de mi hermano y soy jodidamente territorial.

—¿P-puedo? —pregunta tan sorprendida que hasta yo lo veo.

A mis ojos, los dos tienen escasas semanas de vida, se entenderán bien. Voy a agacharme para dárselo, pero me lo pienso mejor y le doy un codazo a Stanisław para que se acerque él.

—¿Ahora nos comunicamos así?

—Dáselo.

Obedece como un adolescente: poniendo los ojos en blanco y arrastrando los pies.

—Le encanta fingir que no quiere a nadie, pero imagino que ya te habrás dado cuenta de que es… —Stanisław deja de hablar

cuando carraspeo, a sabiendas de que estoy a un tris de tirarle el monitor a la cabeza—. Cuídalo bien.

—Gracias —dice Megara, abrazándolo con dulzura y girándose hacia la puerta.

—Espera —rebusco en un cajón y le doy un pequeño saco—. Su comida, no le des mucha aunque te ponga ojitos. Es un liante.

—Val… Madre mía, Dallas. —Alza la mano hasta mi mejilla, pero no llega a tocarme.

Mierda, no quería acercarme y al final lo he hecho.

Imagino que le parecerá asqueroso, porque lo es. Mi piel es un cuadro. Grietas, arañazos, rojeces de quemaduras y ampollas. Por no hablar de que mis ojos tienen más rojo que blanco. *Un buen monstruo. Es lo que soy.*

Me giro y le doy la espalda a ambos.

—Largaos de mi despacho ya, tengo trabajo.

Lo hacen y para sorpresa de nadie, yo sigo pensando en ella.

Porque se ha metido bajo mi piel, por mucho que desearía revocarlo.

No esperaba que, una hora después, fuera Leia la que viniera a verme. Y mucho menos que lo hiciera con tal de proponerme algo que… ni de coña voy a rechazar.

Stanisław



Alguien da dos golpes en mi puerta.

—Seas quien seas, lárgate. Aunque no te lo parezca, tengo mucho trabajo que hacer.

La puerta se abre y no miro de quién se trata.

Pero la huelo. A ella. A su esencia de vainilla. Así que sé de quién se trata incluso antes de que abra la boca.

—Voy a irme a Acorn Hill un par de días y venía a despedirme de Meg. He pensado en pasarme a saludar. —Mueve la mano—. Hola.

Me muerdo la lengua con fuerza. ¿Acaba de mover la manita para mí? Dios, qué adorable. Y qué preciosa es. Y qué cachondo e

insuficiente me hace sentir la idea de besarla. Nadie podría merecerse a esta mujer.

—Es un detalle, Leia.

Hago todo lo que está en mi mano para que se sienta incómoda y quiera irse. Sobre todo, para borrar de su mente cualquier barbaridad que se le haya ocurrido, que espero que no se parezcan en nada a las que han protagonizado mis sueños.

—Te hablé mucho de mi madre, pero no te pregunté por la tuya, ¿ella está…?

—Muerta —suelto y su rostro se contrae con una mueca de dolor, haciéndome sentir un gilipollas energúmeno—. Perdona.

—¿Me pides perdón porque muriera?

Sacudo la cabeza y ni siquiera yo me entiendo.

—Me tuvo siendo mayor, llegó a cumplir setenta que no está nada mal. Hasta donde yo sé, tuvo una buena vida.

—Me alegra oír eso, Stanisław. —Sonríe un poco—. ¿En qué parte de Polonia naciste?

—Varsovia.

—¿Y lo echas de menos?

—Estoy bien aquí.

Ella asiente y agacha la cabeza algo nerviosa, incómoda. Por fin.

—Perdona, quizá no debería haber venido. No quiero molestarte.

—Leia —mi voz suena más grave de lo que pretendía y ella da un respingo—. Me ha encantado conocerte, pero no deberíamos ser amigos.

Verla decepcionada es peor que atropellar al puto Bambi.

—¿Por qué no?

—Porque te saco quince años.

—Once —dice, como… como si le hubiera preguntado mi edad a su amiga.

Por cómo se me dispara el pulso, no descarto estar teniendo un infarto.

—Es lo mismo.

—No. Además, no es como que puedas aprovecharte de mí por ser joven, ni nada por el estilo. Soy hija del mejor policía de Michigan y eso trae consecuencias. Físicas. Emocionales. Literales. Siempre llevo spray de pimienta en el bolso, sé cuidarme bien solita y calar a la gente se me da de lujo. No estoy en apuros porque tú me… ¿Me disculpas un segundo? —empieza a rebuscar en el bolso y sé lo que necesita.

Simplemente lo sé, por la forma urgente en la que lo busca.

Por la forma en que sus inhalaciones se vuelven erráticas. No encuentra lo que busca y empieza a ponerse nerviosa.

—Vaya, qué faena. Lo he metido en la maleta y se ha quedado en recepci… —se queda muda mirando el inhalador que he sacado del primer cajón de mi mesa y tengo que ponérselo en las manos para que lo coja.

—No está caducado, ni nada. Es nuevo —sigue sin moverse—. Leia no es un explosivo, deja de mirarlo así y úsalo.

—¿Tú también tienes asma?

—No.

—¿Y entonces por qué tienes uno?

—Habla después, Leia. Ahora respira. —Le alzo la mano para animarla a que lo use.

Antes de que me dé cuenta se lo está metiendo en la boca y yo le estoy acariciando el pelo para calmarla.

Stanisław



—Stanisław —rompe el silencio minutos después.

—Respira tranquila, no hables.

Dejo de tocarla aunque lo mío me cuesta. Camino hasta el extremo más alejado de la sala, pero mi corazón sigue latiendo con fuerza.

Lleva un puto vestido lleno de lazos. Nunca pensé que los lazos me podrían poner tanto, aunque me da que la culpa la tiene ella y que si fueran tractores (lo menos sensual que se me ocurre), estaríamos en las mismas.

¿Sabes qué? Puede que sea yo el que está incubando algo. Un virus malísimo, peligroso y súper contagioso.

—¿Por qué lo tienes? —pregunta rompiendo el maravilloso silencio.

—Un compañero también lo necesita con frecuencia.

—¿De verdad?

—Sí, lo tengo desde hace mil años.

—Has dicho que era nuevo.

—Lo es —cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz, dudando si rompérmelo me ayudaría a salir de este maldito y condenado embrollo. Cuando abro los ojos, ella está a un paso de mí —. ¿Qué estás haciendo?

—Eres muy dulce, Stanisław. Tanto, que resultas del todo irresistible.

—No creo que… —retrocedo.

—Y también eres gracioso —se acerca.

—El sarcasmo acaba aburriendo a cualquiera.

—Y por mucho que quieras pintar esa fachada de «todo me resbala» también veo cómo te entregas al máximo a tu trabajo. Tienes el móvil lleno de aplicaciones dedicadas a DW, te las vi y me encantaría que me explicaras para qué sirven todas y cada una de ellas.

Mi espalda da contra la pared y ella sigue acercándose.

—Leia…

—¿Puedo besarte?

—No —gruño, pero por algún motivo he puesto las manos en sus caderas y mis dedos aseguran que jamás seré capaz de soltar a esta mujer.

—Piénsalo un segundo. ¿Y si la química que sentimos queda en nada cuando te metas en mi boca?

—No hables así —me hace pensar todo lo que me gustaría meterte en la boca.

Empezaría como un dedo, para ver qué se siente al resbalar por la calidez de su lengua y notar sus labios cerniéndose sobre mí.

—Si me besas, y está claro que lo que compartiremos será un mal beso, no tendrás que convencerte de que no quieres arrancarme la ropa con los dientes cada vez que me miras, porque realmente no querrás hacerlo.

—No sabes lo que dices —aprieto un poco más mi agarre.

—¿Vas a fingir que esto es unilateral? ¿Que en realidad no me deseas ni un poquito?

La acerco hasta que está contra mí. Dejando que sus pechos me rocen, igual que su sexo. Jo-der. Mis dedos se clavan más en su vestido cuando la necesidad me quema la piel.

—Leia… —No albergo ni un solo pensamiento en el que no estés tú, si esto no se me pasa, acabaré muerto.

—Dime lo que de verdad piensas, me muero por oírlo.

—Pienso que no debería haberte conocido —gruño cerca de su boca, incapaz de dejar de mirarla.

Es algo más que apetecible, mucho más que atracción.

No tenerla es asfixiante. Intoxicante. Demencial. Y eso que me he pasado la vida sin ella.

Intento apartarla, pero termino traicionándome colando una mano bajo su pelo y agarrándola de la nuca.

Podría castigarla con un mal beso. Podría hacerle pagar la tortura que me ha hecho sentir desde que la conocí.

—Si me besas, fingiré que nunca lo has hecho. Que esa cena nunca ocurrió y que no te has estado preocupando por mi mejor amiga.

A mí me vale.

Mis labios colisionan contra los suyos. Me envuelve una furia desmedida cuando cedemos a ese beso apasionado cargado de intensidad desatada porque es mejor. Mejor de lo que había pensado. Mejor que cualquier cosa. Mejor que todo.

Esto me supera y lo sé en cuanto abre la boca y la pruebo de verdad. Hostia puta. Mi lengua entra en su boca exigente, trazando un recorrido lento al principio. Reclamando cada rincón. Saboreándola.

Quiero marcar territorio. Aunque suene enfermizo, necesito que cada rincón de esta mujer me pertenezca, que sea solo mío. No tengo ningún derecho, pero lo quiero.

La muevo de modo que sea su espalda la que esté contra la pared. Es maleable, perfecta y está cargada de iniciativa. Se aferra a mi cuello, inclinándose para darme un mejor acceso al paraíso de sus labios y yo quiero tatuarme su nombre en las venas.

Me clava las uñas y gime contra mí. Es un sonido bajo, agudo, suave y crudo que se convierte en fuego bien rápido.

—La química ha desaparecido, ¿verdad? —jadea a escasos centímetros de mí.

—Sí, por completo.

Mis dientes rozan su labio inferior, tiran de él. Es un intento de que dé por acabado este error. Que me aleje.

No lo hace.

Sella sus labios con los míos volviéndose aún más irresistible. ¿Y qué hago yo? Hundirme en ella de un modo más profundo y sucio.

El gruñido que retumba en mi garganta hace que ella se retuerza contra mi erección.

—Nie wierzę, że jesteś prawdziwa.[12]

Mis dedos se enredan en su pelo mientras su lengua me provoca y sus caderas me hacen suyo.

—Si no tuviera que coger un avión… —desvía la mirada hacia la puerta y puedo oír todos los pensamientos obscenos que se le pasan por la cabeza.

—Pero tienes que cogerlo. Tienes que irte. Lejos. —Esto lo digo todavía encajonándola contra la pared, con lo cual, el público lo califica como un intento un poco pobre de animarla a irse.

Suelta una carcajada mientras me acaricia el cuello.

—¿De qué te ríes?

—De ti. —Se muerde el labio inferior—. Contéstame a algo, Stanisław.

Sí, puedes quedarte con mi fortuna. Sí, puedes hacer lo que quieras conmigo.

—¿Qué?

—Soy mucho más lista de lo que lo eras tú a mi edad, ¿a que sí?

—Eres mucho más lista de lo que lo soy yo ahora, Leia.

Se le escapa otra carcajada y se pone todavía más roja.

—Finjamos que te creo. En ese caso, nuestra diferencia de edad cognitiva es menos que once años.

—Leia…

Se retuerce como si oírme decir su nombre le provocara una sacudida a sus terminaciones nerviosas y mi polla se queja de no tenerla.

—Escucha, en mi familia, la diferencia de edad nunca ha resultado un impedimento para…

—¿Para qué?

—Esto. Láhria MacAlister se lleva diecisiete años con su marido.

—Pues alguien debería darle una paliza a ese tío.

—Ya ocurrió, en su momento. Se la dio el hermano de ella. Ahora Láhria y Kían tienen cuatro hijas maravillosas. Y mis padres se llevan ocho años, que si lo piensas, son casi once.

Me arranca una sonrisa.

—Recházame por otra cosa que no sea la edad, anda —insiste, besándome la mandíbula—. Sé original.

Me aparto de ella cuando mi mente empieza a darle la razón y a darme muy malas ideas. Un paso tras otro, cada uno de ellos condenándome a mil años de soledad.

—No puedes decirme que esto ha estado mal.

—No, no puedo.

Sonríe.

No un poco, no con timidez. Es la sonrisa más amplia, dulce, radiante y preciosa que he visto nunca. De la clase que iluminaría una ciudad entera. Le retiraré la palabra a mis córneas si no han grabado esa imagen a fuego en mi cabeza.

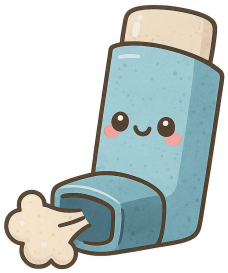
Se pasa una mano por el pelo rubio despeinándoselo un poco y empiezo a dudar si me estoy volviendo asmático.

—¿Crees que si te doy mi número, podríamos hablar? —propone. Ladea la cabeza—. ¿Quedar?

No.

Definitivamente no.

—Sí.



Leia



Al llegar a los extensos campos de girasoles que anuncian la entrada a Acorn Hill todavía no me he calmado. Es posible que nunca lo haga.

El taxi atraviesa la arboleda y al bajarme… soy tan monotema que estoy harta de mí misma.

—Solo es un tío, ya podemos dejar de flipar. Un tío que ni siquiera quiere hablar conmigo porque todavía no me han salido arrugas en la frente. —¿Es una locura que esté replantándome dejar de usar crema solar? ¿Habrá algo así como un sérum de envejecimiento exprés?—. Maldita sea, a mí se me está yendo la olla.

Como es entre semana, espero encontrarme la casa vacía.

Ninguno de mis padres parece muy por la labor de jubilarse, así que en estos momentos uno estará combatiendo el crimen y la otra estará creando coches que vuelan.

Pero el jardín no está vacío.

A la primera que cojo es a Kitty III, pero no tardo mucho en abrazar con todo mi cariño a Hotdog IV. Les rasco la tripita cuando se tumban boca arriba con mirada suplicante.

—Soy vuestra esclava, ¿lo sabéis, no? Esclava y sierva, al servicio de vuestra tripita, sí lo soy. Una plebeya y feliz de serlo. ¿A que sí?

—No esperarás que te contesten, ¿verdad? —pregunta una voz ronca, masculina y rotunda con la que no esperaba toparme.

—¿Keith-Jakaris? —Se me escapa una carcajada y casi me olvido de la maleta. El peligroso y tatuado hijo de Nolan-Kane está apoyado contra la puerta de la casa en la que crecí—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar en la selva?

—Antes quería hacer una parada por los lares más seguros de Michigan. Ya sabes, por variar un poco. Además, de vez en cuando me gusta pasearme entre personas civilizadas.

Es veterinario de fauna salvaje, pero el animal más peligroso es él. Eso lo saben en Mountville, lo saben en Acorn Hill y en el mundo entero.

—¿Te resulta exótico el cambio?

—Algo así —extiende los brazos para recibirme y yo no me aguanto las ganas de corresponderle el gesto.

Tener una familia enorme es genial. Puede que Blake-Hunter sea mi hermano directo, pero tengo muchos más.

—¿Cómo va el nuevo trabajo, superestrella?

—No me va mal, aunque me está costando seguirles el ritmo a mis compañeros.

—No te creo.

—Haces bien.

Keith-Jakaris suelta una carcajada gutural y me despeina en señal de cariño.

—¿Por casualidad está por aquí mi hermano el cowboy?

—No, siento desilusionarte. Pero tu madre sí que está.

—¿Mamá? ¿En serio? Creí que estaría en el trabajo.

—Tía Lexi, tenemos visita —alza su voz gutural y qué envidia, casi parece que tiene un megáfono metido en la garganta.

Leia



Nos adentramos en la casa y encontramos a mamá bajando del piso de arriba.

—No pensaba encontrarte aquí todavía. Me he presentado antes de lo que hablamos —admito embobada y sin aire por el vestido de estilo japonés que lleva.

Era de la abuela Victoria. Siempre se pone su ropa cuando la echa de menos y dudo si mi llamada le removió cicatrices recientes.

Todos echamos mucho de menos a los que ya no están.

Le doy un buen abrazo, alegrándome de no haber colmado de mimos a Carbón antes de abrazar a mi madre alérgica a los gatos.

—Hoy me he tomado el día libre. Constance y yo hemos estado preparando cupcakes desde bien temprano.

—¿Para mí?

—Claro que no, eran para mí —Keith me da un codazo y yo le doy un empujón—. ¿Quién te crees, la reina de Acorn Hill? Tú ni siquiera vives aquí, egocéntrica.

—Ni tú, pedazo de incordio —me subo a sus hombros y le despeino, luego le tiro de las orejas hasta que se rinda.

Alerta spoiler: no lo hace y tengo que huir para que no me mate con un ataque de cosquillas.

—¡Déjame saludar a mi madre en condiciones! ¿Quién está en el jardín? —pregunto bordeando la isla de la cocina cuando oigo jaleo en miniatura con un ligero acentillo que reconozco bien.

—Los D'Angelo —dice mamá, en la puerta de la cocina—. Cleo y Josh han ido a dar una vuelta y han dejado a…

—¿Damiano Alessandro, Aaron y Luca están aquí? ¡Hace siglos que no los veo! —de diez, nueve y ocho respectivamente, esos bichejos se habrán hecho mayores antes de que pueda darme cuenta.

Que se pare el tiempo.

El treinteañero de ojos de guepardo se olvida de su sed de venganza y se dispone a salir al jardín por la puerta de atrás. Sigo sin acostumbrarme a lo grandote que es. Ni que estuviera haciéndole la competencia a uno de esos tigres que cuida, oye.

—Iré a supervisar el marco-polo.

*—Una sutil manera de darme intimidad con *__mi__* madre.*

—De nada.

—Muchas gracias, puedes cerrar la puerta al salir —digo acaparadora y posesiva.

Él sacude la cabeza, pero se le escapa la sonrisa por debajo de la nariz. Cuanto le quiero.

—Ven —mamá me arrastra hasta el salón y tras sentarnos en el sofá, deja un par de cajas llenas hasta arriba en la mesita de café. Llenas de…—. Aquí tienes todo lo que hablamos, hija.

—Esto… esto no es lo que hablamos. —La miro—. Se suponía que yo iba a venir a buscarlo y a hacer el trabajo. Que iba a encargarme de todo, ¡pero lo has hecho tú!

—¿Mi hija me llama llorando y pretendes que me quede de brazos cruzados? ¿Es que no conoces a tu madre?

—¿Has ido a la casa de las Galanis? —me lanzo a sus brazos.

—Claro, tengo llave. Puedes comprobarlo, pero creo que ya tienes todo lo que necesitas.

La aprieto con más fuerza.

—¡Mucho más que eso! ¿Cómo has podido…?

Es curioso, en sus brazos no me siento una adulta hecha y derecha. Me siento un bebé regordete que necesita a su mami.

—He tenido ayuda —dice y no hace falta que diga nada más para que lo sepa.

Las Daughbeth tenían morriña después de la boda de Zane-Ryder y Ayris, y han hecho una quedada de emergencia.

Me ilusiona saber que mis tías están aquí, pero antes necesito un momento a solas con mi madre.

Me aparto lo justo para mirarla y ella me quita el pelo de la cara haciéndome un cariño en los mofletes.

—Mamá, ha pasado una cosa.

—Buena, por lo que veo —dice con la mirada brillante.

—Sí, puede. La verdad es que sí me lo parece. —Mi sonrisa se expande.

Le cuento por qué me va el corazón a mil y por qué he estado aprendiéndome alguna que otra palabrilla en polaco.

—Es un detalle por su parte preocuparse de los roles de poder —concluye cuando termino, pero su cara se vuelve pícara y astuta bien rápido—. ¿Sabes qué puedes hacer?

—¿Echarme a llorar porque quiera alejarse de mí y esperar que eso funcione?

—No. Empezar a llamarle señor. A mí tu padre se empeñó en llamarme señorita Love esto, señorita Love lo otro y aunque a veces me daban ganas de clavarle un boli en la frente, tenía otras preferencias más calenturientas en cuanto a cómo callarle.

—¡Mamá! —me carcajeo.

—¿Cómo se apellida Stanisław?

—Leszczyński.

—¿Leszczcz…? Hija, si eres capaz de pronunciar eso, debe ser el destino. Me recuerda al apellido de soltero de Sawyer, Kshatriya. Bueno, pues le llamas señor Lezxch…

—¿Y aparte de llamarle señor Leszczyński, se te ocurre otra manera de torturarlo para que no quiera apartarme de su lado?

N: —Con tu presencia, guapa.

A: —Eres una Daughbeth, que no se te olvide, niña.

D: —Con toda seguridad, eso servirá para derretirlo.

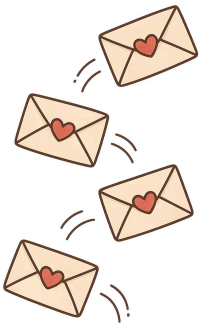
—Tía Nina, tía Amy, tía Daisy, ¿cuánto rato lleváis allí?

—El suficiente como para saber que ese *Lesesciski* está perdido —responde Amy.

—*Lesesesky* creo que ha dicho —Daisy frunce el ceño.

—El futuro novio de Leia, dejémoslo así —concluye Nina y luego pone los brazos en jarras—. ¿Qué pasa, bicho? ¿No vas a abrazar a tus tías o qué? Que te hemos cambiado los pañales muchas veces, ¡no te atrevas a crecer demasiado rápido!

Me lanzo hacia ellas con la fuerza de una Daughbeth.



[OBJ]

34

OBJ

Meg

OBJ 

Echo mucho de menos a Leia y eso que solo han pasado horas. Soy una llorica. ¿Habrá utilizado Dallas las pomadas que le he comprado en la farmacia?

Me llevo una mano al corazón cuando se me acelera como un F1 en la última vuelta. *Necesito devolverle el favor. Necesito salvarlo.* Mi estómago se retuerce con agonía cuando recuerdo el estado de su piel, de sus ojos.

Tiene que mandarme los informes médicos.

Me apaño con lo que tengo y empiezo a elaborar lo que va a tener que beberse o frotar contra su piel en cuanto la tenga mejor. Quiero darle algo de margen, en vez de empezar ahora con las pruebas cuando está… como está.

Por ti, tonta.

Está así por ti.

—No me lo merecía —le digo a Carbón, metido en un bolsillo de mi bata de laboratorio.

Él me mira con sus ojazos color ámbar asegurándome que sí, pero le he dado dos raciones de comida extra y podría decirse que tengo comprado a mi público.



—¿Puedo pasar?

Son las tres y media de la tarde cuando por fin conozco a Violet, la mujer de blazer azul eléctrico y mechones de pelo de un lila pastel tan bonito que casi pierdo el pelirrojo por primera vez en mi vida.

—Claro, por supuesto, adelante —le digo ofreciéndole la mano y poniéndome un poquito nerviosa.

Ella conoce a Dallas desde hace mucho más tiempo que yo.

—Me han hablado muy bien de tus habilidades en el laboratorio y reconozco que te he buscado un poco en LinkedIn. Molas mucho.

Me sonrojo. No me merezco que *ella* me elogie *a mí.*

A sus cuarenta años, es una jefaza que no se anda con chiquitas, a la que es evidente que nadie se atreve a toser. **Disculpa, Violet, si alguna de las dos va a tener un girl-crush con la otra, esa voy a ser yo, gracias*.*

—¿Fue una emergencia familiar? —pregunta y es todo un detalle que finja no saberlo cuando es más que probable que Dallas o Stanisław se lo hayan contado.

Fundaron DW juntos, son amigos, esas cosas se hablan. Intento esquivar un poco el tema, dándole los detalles justos para no ponerme triste.

—Las personas que más queremos deberían estar sanas y ser eternas. Mi marido, por ejemplo, es militar, así que no lo veo mucho. Encima me tiene en un sinvivir, cada vez que recibo una llamada me espero lo peor. ¿Quieres un consejo? Búscate una pareja que no sea

ni militar, ni policía, ni bombero, ni nada que tenga el más mínimo riesgo. Un contable. Algo bien seguro.

—Tomo nota.

—Nos escribimos muchas cartas, eso sí. Lo cierto es que la distancia se hace más amena cuando tienes algo físico de esa persona a lo que aferrarte.

Anda, como unas hermanastras que yo me sé.

—Perdona, hablo mucho.

—No, me encanta. Así dejo de oírme a mí misma. ¿Qué estás comiendo?

—Una barrita de cereales sin gluten. Está tan mala como las barritas de cereales comunes, pero un poco más.

—¿Eres celíaca?

—Una de las obligadas a unirse al club, sí. Dime, ¿te han enseñado ya el tesoro de la corona? ¿Has visto la biblioteca?

—N-no. No tengo acceso a nada más que esta planta.

—Tonterías, claro que tienes acceso. —Violet tira de mí y mientras caminamos hacia el ascensor pienso muchas cosas.

He querido pisar esa biblioteca desde que oí hablar de ella, pero como hacen todos con sus mayores miedos: nunca lo verbalicé.

¿Un lugar en el que tus seres queridos o tu lugar feliz nunca pudiera serte arrebatado? Suena idílico y a su vez, espantoso. No sería tan fuerte como para utilizarlo. Estoy segura de que, de hacerlo, no sería capaz de salir de allí.

Se abren las puertas del ascensor cuando llegamos a la planta dieciocho y mi mandíbula choca contra el suelo. Violet suelta una carcajada.

—Sí, esa suele ser la reacción habitual.

—Pero tengo entendido que lo que se guarda aquí son archivos de memoria e información, no libros normales, ¿verdad?

—Tenemos de todo. Esa pared de ahí —señala una que llega tan arriba que tienen que ser por lo menos tres plantas—. Son los mejores libros jamás escritos.

—¿Y quién decide esa selección? —*si es Dallas, solo habrá libros de «cómo conquistar el mundo» y «cuál es la mejor gomina para el pelo».*

—La junta. Votamos y si hay mayoría, se añade. Seguimos trabajando en ello a día de hoy, todavía faltan muchos. Estoy convenciendo a Dean-Weston para que hagamos una pequeña ampliación.

—Pequeña ampliación —entorno los ojos.

—Vale, una enorme.

Ahora soy yo la que ríe.

Este lugar casi parece un foco para mi mayor debilidad, mi mayor trauma. El que me creó mi padre y el que sin quererlo, alimenta mi madre todos los días. Pero también es otra cosa, un sueño para mi vena lectora.

—¿Y qué clase de libros habéis escogido? ¿De los aburridos pero útiles que harían avanzar a la sociedad en caso de tener que irnos a otro planeta y todo eso?

—Tenemos los mejores libros del mundo, Meg. De cada género.

Mis ojos se convierten en corazones con forma de libros de romance, romantasy y romance erótico… empiezo a ver chispitas, fuegos artificiales alrededor de los libros, polvo de hadas. Violet se ríe de mí sin disimulo mientras yo oigo los cánticos de las sirenas literarias, esas que te aseguran que no pasa nada por leer cinco horitas más.

—Te haré un pase para que puedas venir aquí a leer.

—No quiero asustarte, Violet. Sé que es pronto, pero creo que te quiero.

—Suelo causar ese efecto en la gente.

El hambre de leer a veces es peligrosa, tanto como para hacerme olvidar momentáneamente para qué estoy aquí. Pero entonces, entre un idílico laberinto de pasillos repletos de estanterías llenas hasta los topes, mis pasos se frenan al encontrar una fila de puertas.

La primera es la única que tiene las letras DW en dorado, el resto son un lienzo en blanco.

—¿Qué hay ahí?

—Este lugar es donde pasa la magia. Tras todas estas puertas, existe una realidad diferente para cada persona que entra, tras haber contratado nuestros servicios. Si fueras tú una de ellas…

—No, no lo soy.

—Lo sé, pero si lo fueras, al abrirla verías un lugar hecho a medida para ti. El mejor recuerdo de tu infancia, tus mejores momentos, las personas que más quieres… todo tu mundo. Puede ser una experiencia inmersiva algo abrumadora, aunque admito que yo vengo aquí de vez en cuando, si echo mucho de menos a mi marido. —Me enseña una especie de tarjeta que lleva colgada al cuello.

—¿Entonces la puerta «DW» es la que usáis quienes trabajáis aquí?

—No, esa es la de Dean-Weston. Nadie más puede usarla.

Me quedo mirando la madera blanca, las dos letras doradas inmensas dibujadas encima y pienso en todas las veces que he ido a buscarle y no estaba en su despacho.

Estaba aquí.

Y ahora sé por qué.

35

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—¡Inaudito! ¡Esto es un ultraje! —vocifera cabreado, rojo de rabia, todavía con el vaso de whiskey en la mano.

Estoy a un tris de echarlo de mi despacho de un puntapié. Si por mí fuera, lo haría sin dudar, pero fue el primer cliente importante que consiguió Stanisław y sé que le jodería perderlo.

—Siento no haber podido asistir a nuestra reunión, Fidgherald, como te he dicho me surgió una urgencia.

—¿Tiene que ver con toda esa aberración que te ha salido en la cara? Porque da repelús mirarte. ¿Qué pasa? ¿Te has comido un coño en mal estado? ¿Te estás haciendo viejo y ya no sabes elegir dónde meterla?

Aprieto los puños deseando poder tener con Fidgherald el mismo tipo de conversación que tuve con Ben.

No esta vez.

—Ha sido una reacción alérgica al marisco, al que estaría más que dispuesto a invitarte una vez dejemos las cosas claras. No voy a chuparte la polla.

—¿Cómo dices?

Las luces de la ciudad de Manhattan se reflejan en sus ojos cargados de sorpresa.

—Sé que un pez gordo, viejo y rico como tú está más que acostumbrado a que todos se dobleguen ante sus deseos, pero estaré encantado de recordarte que Dean-Weston no es una empresa que haya pasado por el aro, ni vaya a hacerlo nunca. Me he disculpado y he tenido la delicadeza de regalarte un vino más viejo que tú, que probablemente tu paladar barato de casino de apuestas no sabrá apreciar, pero si crees que voy a permitir que me faltes al respeto estás a punto de llevarte una gran sorpresa.

—¡No puedes hablarme así! ¡Soy tu mayor inversor!

Oigo mi propia carcajada y se me hace raro que no estén Megara o Erik presentes, son los únicos capaces de provocármelas.

—¿Tan pobres crees que somos? Dejaste de ser nuestro mayor inversor al séptimo mes de contrato, ni siquiera duraste nuestro primer año. Pero ya sabes lo que dicen, los que solo se miran el ombligo, tardan poco en acabar.

Planta el vaso de whiskey en la mesa con un golpe contundente y se levanta para dar un par de zancadas en dirección a la puerta. Se lo piensa mejor y se gira de nuevo hacia mí.

—¿Tienes idea de con quién estás hablando, chaval? ¡Te arrepentirás de esto!

—Después del marisco es a ti a quién más temo.

Rojo de rabia, pasa como un huracán junto a las mesas de Jesse y Tesse que me miran ojipláticos. Juraría que porque nunca antes me habían visto sonreír.

—¡Inaudito! —Fidgherald se choca contra la vicepresidenta de desarrollo estratégico, Magda, y ni siquiera le pide perdón, mucho menos le ayuda a recoger el papeleo.

Gilipollas. *Lo siento Stanisław, pero esto deberíamos haberlo hecho antes.* Le ayudo a recoger los papeles, apenas conteniendo la

risa. Los gruñidos de Fidgherald se oyen incluso cuando las puertas del ascensor se cierran.

—¿Qué hacéis aquí tan tarde vosotros dos?

—¿Señor? —preguntan Jesse y Tesse.

—Debéis tener hambre. ¿Queréis encargar una pizza o algo? Mejor todavía —me saco de la cartera una tarjeta y la dejo caer sobre la mesa de Jesse—. Salid a cenar y poneos las botas, invita la casa.

Vuelvo a mi despacho y alguien cruza la puerta antes incluso de que me siente.

—¿Qué les has hecho a los gemelos para que se hayan quedado de piedra como si fueran dos estatuas? He pasado por delante de sus mesas y ni siquiera han intentado frenarme.

—Megara.

Tiene la cara manchada, tiras adhesivas en las manos, el pelo recogido en un moño mal hecho y aspecto de haber trabajado muy por encima de su deber. *Y está preciosa.*

—Has estado evitándome todo el día. Creí que le habías dicho a Leia que me echarías un ojo, pero los únicos que han estado viniendo a mi despacho cada cinco minutos han sido Jesse y Tesse. A quienes, por cierto, deberías subirles el sueldo. Y regalarles un

gato. Y a este paso, buscar un museo en el que colocarlos. —Se acerca y yo retrocedo aún en la silla—. ¿Has usado ya las pomadas que te he comprado? ¿Vas a contestar a alguna de mis preguntas?

Me pongo en pie, pero soy incapaz de seguir ganando distancia.

—He ido a verte a mediodía y no estabas en tu despacho. Pensaba ir a verte ahora para llevarte a casa.

Se le enrojecen las mejillas.

—No es necesario. Y te faltan todavía un montón de preguntas por responder.

—¿Dónde estabas antes? —pregunto posesivo, como si tuviera algún derecho a saberlo.

—En la biblioteca. Me ha invitado Violet. Es genial. Va a hacerme un pase y como es súper jefa como tú, no puedes negarte y arrebatármelo, ¿no?

Me siento triste porque alguien le haya enseñado la biblioteca antes de que yo tuviera oportunidad de hacerlo.

—¿Has llevado a Carbón a la biblioteca? —atravieso con la mirada al animalejo que me la devuelve desde el bolsillo de su bata, como si se alegrara horrores de verme.



—Nnn… ¿No? —Megara ladea la cabeza y reprimo una sonrisa.

—Podría haber armado una buena. No puede bajar allí. Es peligroso para él y para todo lo que guardamos allí.

—Si estás regañándome, puedes hacerlo mejor —me da un toque en el pecho con el índice, en un gesto suave y adorable—. Usar un tono más severo, fruncir el entrecejo, ya sabes. Vamos, solían ser tus olimpiadas, campeón. ¿Te estás ablandando porque ahora te doy pena?

—Pena no —murmuro.

—Da igual, no hace falta que reconozcas lo evidente. Toma, muchas gracias por prestármelo a modo de apoyo emocional. Me ha ayudado mucho.

Cojo a Carbón y se acomoda en mis manos como si fueran una cama kilométrica. Le acaricio la nariz convencido de que pesa cinco

kilos más que esta mañana. Lo ha cebado, si es que lo sabía.

—¿Qué te ha parecido? La biblioteca —me siento estúpido, un crío enseñándole su dibujo a la chica que le…

—Es mi pornografía hecha lugar. Mi paraíso. Un sueño del que casi no me despierto.

—Puedes usar una de las cabinas, si quieres. Podría hacerte una a medida para ti.

—No quiero —dice de inmediato, tajante—. Lo decía por los libros. Me apasionan.

Me callo todo lo que quiero decir porque no quiero que se vaya.

—Tu idea fue brillante. ¿Eres un genio o algo así? ¿Te saltaste un puñado de cursos en la universidad y por eso eres tan arrogante?

—Me gradué dos años antes, sí, aunque no creo que tenga que ver. Era arrogante ya de crío.

—¿Por qué podía imaginármelo?

36

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Megara se pone a rebuscar en mis cajones y no la freno. Cuando encuentra la bolsa con todo lo que me ha traído esta mañana, se queja al ver que está casi intacta. Tira de mí hasta sentarnos en el sofá mientras refunfuña que soy imposible.

—No quiero que me toques —le sujeto la muñeca para evitar que sus dedos me alcancen.

—¿Por qué no? ¿Te duele mucho?

—Es asqueroso, Megara.

Se le caen los hombros con una breve exhalación de sorpresa. Y luego se ríe.

—¿Te lo puedes creer? —se gira hacia Carbón, a quien he dejado en el otro extremo del sofá—. El CEO de DW es presumido y coqueto, y cree que me asustan un par de ampollas feas. —Baja el tono, convirtiéndolo en apenas un susurro—. Después de lo que hiciste por mí, te has convertido en mi demonio de brillante armadura. Ahora déjame que te cure y que te devuelva el favor.

Le dejo solo porque quiero verla de cerca, verla bien.

Quiero grabármela en la memoria para cuando ya no pueda.

—He visto tu puerta, por cierto —dice esparciendo la pomada por la quemadura de mi nariz—. En la biblioteca. Ahora sé algo más de ti.

—¿El qué?

—Te mudaste a Nueva York para alejarte de tu familia, por tu enfermedad. En Chicago, verían tu deterioro, pero creías que desde aquí no. Aprovechaste el software que habías creado, para ti, para no perderles. Para poder seguir estando con ellos sin ser una carga —su voz tiembla, pero finge que no—. Eres un idiota, sí, arrogante, un poco metomentodo y un pésimo cuidador de gatos, Dallas, pero no eres ninguna carga.

—Desde aquí, no.

Deja caer las manos sobre su regazo y me mira. Me mira de un modo que no sé qué me hace. *Ni cómo evitar que me lo haga.* Es *tan* poderosa. *Debí saberlo la primera vez que puso un pie en este edificio.*

—Dallas, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

—Sé que lo harás.

—No tienes por qué creer en mí —sorbe sus emociones fingiendo que no están ahí—, sé que apenas nos conocemos, pero te aseguro que tengo muy buenas ideas. Y de hecho, te he traído la primera. No quería darte nada hasta que estuvieras recuperado, pero creo que puede ayudarte sobre todo ahora.

—¿Quieres hacerme un favor? —espero a que asienta—. Deja de llamarme Dallas.

—¿Por qué?

—Porque yo ya no soy esa persona.

—¿De qué estás hablando?

—Dallas murió a los veintiséis años cuando le detectaron una enfermedad que lo iba a aislar del mundo. Él iba a tener una vida que no es la mía. Él tenía una familia a la que yo rara vez puedo ver.

Me fui de Chicago para no ser una carga, es verdad. Pero también porque allí era todavía más insoportable ser… esto, lo que soy. Me parece muy bien que quieras jugar a los médicos conmigo, Megara. Hasta que venza el contrato, soy todo tuyo. Pero no me llames Dallas.

—Ese es el cinismo que conozco —frunce el ceño y hace todo lo que puede para no derramar las lágrimas—. Bien, ponte tu armadura, no me importa. Pero tú eres Dallas. Está aquí dentro. La vida no es como la planeamos, pero eso no significa que tengamos que enterrar todos nuestros sueños y esperanzas. Tienes una vida complicada y una enfermedad jodida, pero puedes ser feliz, idiota.

Acaricio su mejilla cuando una lágrima corre por ella.

Mil mías a cambio de una suya.

—No todos hemos nacido para ser felices, algunos solo hemos venido a este mundo a servir de utilidad para algo.

—Eres tonto si crees que algo tan horrible puede ser verdad. —Se saca algo del bolsillo de la bata, es un frasco de cristal pequeño, con un líquido azul—. Bébete esto.

—¿Es veneno?

—Por supuesto —dice siguiendo con la pomada, obligándome a oler su aroma a mango. Vacío el contenido y le devuelvo el frasco—.

Sé que pagaste lo que costaron las pruebas de mi madre ayer. Estaba tan preocupada que ni siquiera me di cuenta de que me fui de allí sin ocuparme del tema, pero esta mañana cuando he llamado me han dicho que un tal Dean-Weston se había encargado. La recepción de la séptima planta está junto a…

Unas ventanas.

Lo recuerdo vagamente.

Incapaz de seguir manteniéndome al margen, pongo una mano en la que aún sujeta el frasco y le doy un suave apretón.

—Deja de darle tanta importancia a cosas que no la tienen.

—Tu inexistente instinto de supervivencia me parece de lo más relevante.

—Creo que la expresión que buscas suena a algo así como «gracias».

—Voy a devolverte hasta el último centavo —susurra.

—No, no lo harás. Deja que por una vez mi dinero sirva para algo bueno.

No me gusta la mirada vulnerable que me devuelve, así que cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, dejándola acabar su trabajo.

Siete segundos después, Megara se sube a mi regazo y me aplasta contra ella en un abrazo. Preferiría salir al sol que volver a verla llorar, pero una vez más, la vida me arrebata la oportunidad de elegir.

37

OBJ

Meg

OBJ 

Ha insistido en llevarme a casa.

Yo le he llenado la camisa de mocos y Dallas ha insistido en llevarme a casa.

Y lo ha conseguido, me he subido a su Aston Martin con Carbón en el regazo. La peor parte viene cuando llegamos y detiene su ostentoso coche caro, se desabrocha el cinturón y lo veo: que pretende acompañarme hasta la puerta de mi apartamento.

Me lo está poniendo difícil. Muy difícil. *Taaan difícil, joder.*

No soy una mujer que se cuelgue fácilmente de nadie. He llegado a pensar que puedo ser tan fría que el hielo había empezado a marchitarme el corazón.

Pero cuando a la noche siguiente, Dallas vuelve a proponer lo mismo y yo le dejo, oigo unos latidos que no parecen pulsaciones sino tambores de guerra.

—De verdad que no hacía falta que subieras.

—¿Puedo pasar?

—¿Pasar dónde?

—A tu apartamento. —Desvía la mirada hacia la puerta cerrada.

—¿Para qué?

—Me gustaría quedarme a cenar contigo y tu madre. Y Ada, si es que eso es lo habitual.

No sé qué es lo habitual porque ahora mismo no tengo ni puñetera idea de cómo se respira. Ni de cómo me llamo. Ni de si su enfermedad afecta al cerebro.

—¿Vas a decirme que no después de haber estado arrancándome pelos de las cejas toda la tarde?

—Han sido dos, pedazo de exagerado —susurro con voz queda mientras busco las llaves, atónita, nerviosa, entusiasmada, aterrada y un gran cóctel de emociones más—. No es un sitio muy grande.

—¿No lo es? —se apoya contra el marco, casi divertido.

—No quería que mi madre se sintiera muy abrumada por lo desconocido. Ya sabes, quería hacerle más ameno el cambio y cuanto menos tuviera que recordar mejor. Cuando lo alquilé, creí que con un par de detalles aquí y allá le recordaría a la planta baja de nuestra casa. Pero tampoco es que sea una caja de cerilla. No te va a faltar el aire.

—Espero un mínimo de espacio para la familia Cacahuete.

Quiero pegarle. Reírme. Preguntarle de qué narices va. Besarle.

No hago ninguna de esas cosas.

Faith y Ada se están riendo de algo que dan en la tele cuando cruzamos el humilde recibidor. Juntos.

—¿Y quién es este apuesto joven? —pregunta mi madre a Ada, en un tono confidencial, como si no estuviéramos ahí delante.

—Es un compañero de clase. Es un poco viejo, ha repetido bastantes cursos.

Ada finge un ataque de tos para disimular la risa y a mi madre le sale la vena protectora.

—Ay, cariño, ¿pero qué te ha pasado en la carita? ¡Ay, en las manos también tienes heridas! Pobre cosita. Ay, ay, ¡ay!

—No es nada, solo una reacción alérgica al marisco. Tendrías que ver cómo los dejé a ellos —se lo dice tan convencido y en un tono tan natural, que durante un segundo le creo.

—Pobrecito, ¿y nnnnn? ¿Nnnnn?

Me deja de latir el corazón.

—¿Mamá?

—Nnnn. Nnnn… —lo intenta sin éxito.

—Tranquila, puedes buscar otra palabra más fácil —le dice Ada mientras a mí me corre una gota de sudor frío por la espalda.

Esto no está pasando. Es demasiado pronto.

—Ddddd. Ddddddue… ¿Dddduele?

Me muerdo la lengua con fuerza incapaz de ayudarla.

—Sí, seguramente le duele, Faith —corrobora Ada acariciándole la espalda.

Lo único que me impide huir al baño a encerrarme y llorar durante tres horas es que soy incapaz de moverme.

—No tanto, en realidad es un ddddddolor soportable. Mierda, algunas palabras sí cuestan más que otras.

—Sí, es cierto Weston, a mmmmmmí también me pasa —sigue Ada.

A estas alturas tengo que morderme tan fuerte para no llorar que noto el sabor de la sangre inundándome la boca.

Mamá, a diferencia de mí, no se queda callada. Vuelve a intentarlo y su tropiezo queda en el olvido para todos, y grabado a fuego en mi memoria.

Estoy cortando tomates Cherry en cuatro trozos demasiado desiguales cuando sus manos llegan a mis caderas y su voz acaricia mi oído en poco más que un susurro.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Cacahuete mentiroso —me da un beso en el pelo como si semejante nivel de intimidad fuera algo habitual entre nosotros. Luego me da un golpe de cadera para que me aparte y me roba el reinado de los tomates cherry—. Ve cortando la ensalada.

—La otra vez no me lo imaginé —admito pensando en lo que ocurrió en el parking del hospital, cuando él se inclinó hacia mi pelo.

—¿Qué has dicho?

—Que no eres el CEO de este apartamento, por si no lo sabías, y tú a mí no me mandas.

Sonríe y es impactante.

Es el hombre más guapo de toda la puñetera faz de la tierra y cuando se pone un trapo en el hombro, me habla de cebolla morada y me aparta de los fogones para que no estropee «su obra» me entero de que encima sabe cocinar.

—¿Hay algo que se te dé mal?

—No. ¿Quieres vino?

—Nunca bebo cuando tengo que cuidar de mamá.

—¿Y un tranquilizante?

—¿Tienes alguno? —bromeo limpiando los restos de verduras que hemos cortado.

—No —susurra de nuevo en mi oído—. Solo este.

Dallas roza la curva de mi cuello con la nariz mientras sus manos vuelven a mis caderas para atraerme hacia sí. Sus labios, apenas rozan mi piel, no son más que una caricia, pero dios, me tiemblan hasta las células.

No sé si quiero que me abrace o que me empotre contra la nevera y me haga olvidar hasta mi nombre.

Bueno sí lo sé.

Y él también.

—Te follaría hasta que entendieras que nada de esto es culpa tuya.

Pongo las manos sobre las suyas y él se aferra a la tela del vestido, levantándola poco a poco. Mi pulso alcanza un nuevo récord.

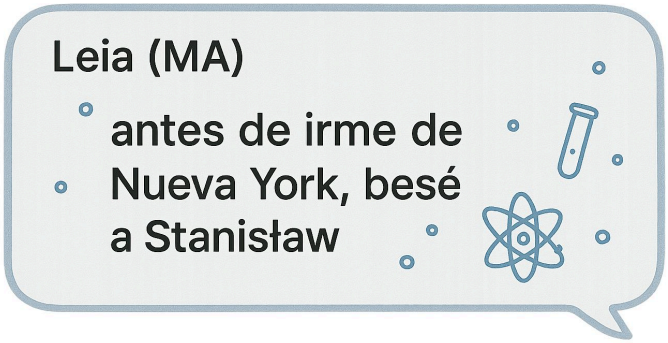
Me da la vuelta y mete una pierna entre las mías.

—¿Me estoy pasando de la raya, Megara? —susurra en un gruñido gutural con las pupilas dilatadas—. ¿Quieres que me aleje?

No.

No, pero Ada entra en la cocina y el momento se rompe.

Esas doce palabras vivirán en mi cabeza para siempre sin necesidad de pagar alquiler. Y eso que alrededor de la una de la madrugada, mi mejor amiga me envía un mensaje explosivo que suena tal que así:



38

OBJ

Meg

OBJ 

Anoche dijo que me follaría. «Te follaría hasta que entendieras que nada de esto es culpa tuya». Esas fueron sus palabras.

Pensaba contárselo a Leia en cuanto la viera. Primero porque no tenemos secretos y segundo porque: ASDFGHJKLÑ. Pero en una mesa cualquiera de la elegante cafetería donde hemos ido a desayunar antes del trabajo, separo los labios y… no puedo.

Imposible. ¿Cómo voy a decirle eso? Entonces sabrá lo otro.

Que no dejo de imaginármelo. Que lo veo agarrándome de la garganta con una mano mientras la otra me levanta la falda del vestido y se mete entre mis piernas. Que me lo imagino sometiéndome a sus deseos y yo disfrutándolo, en todas las posturas posibles.

—Perdona, ¿desde cuándo es capaz de ruborizarse Megara Galanis? ¿En serio te estás poniendo roja?

—No. Sí, bueno. ¿Puede? Es que lo que me has contado es muy fuerte. ¿Cómo no volviste a mi despacho a contarme que te habían follado la boca? Debería borrar la parte de MA de nuestro contacto de amistad.

—¡No! —me agarra la mano como si lo hubiera dicho en serio—. Me fundió el cerebro, Meg. Ni siquiera sé cómo llegué al aeropuerto. Si te regalo todos los cupcakes que Constance y mi madre han preparado para las dos, ¿me perdonas?

Se me escapa una risita tonta y a ella se le contagia.

—Te lo fundió, ¿eh? ¿Solo con un beso?

—Sí, pero menudo beso —asegura abriendo mucho los ojos y aunque me gustaría, eso es algo que yo jamás lograré entender—. Ahora en serio, estoy jodida, Meg. Él no quiere nada conmigo.

—¿Y tú sí?

—Tenía un inhalador en el cajón de su mesa. Nuevo. Nuevo, te digo. Pfff, estuve a punto de arrancarle el traje, Meg. Si no hubiera tenido que irme esto ya ni siquiera sería un problema. Lo habríamos hecho, él se habría quedado prendado de mí y yo no tendría que tener el corazón en un puño.

—Cabe la posibilidad de que el sexo fuera decepcionante —la pico—. O que la química que sentís fuera de la cama no os siguiera dentro de ella.

—¿De qué estás hablando? Vaya que si nos sigue, nos acosa y hasta nos stalkea. Madre mía, si él quisiera, ni a la cama llegaríamos —emite una serie de sonidos quejicosos—. ¿Por qué tiene que importarle tanto la estúpida edad? ¿Y por qué tuviste que presentármelo? Con lo bien que estábamos en Acorn Hill.

—Diez años son muchos —de treinta y siete a veintisiete, tanto Leia como Stanisław son adultos.

Salvo que esa no es la edad de ninguno de los dos.

—Once. Y no me lo parece para nada.

—Imagino que de ahora en adelante vas a hacerme muchas visitas en la oficina. Quiero que sepas que eres más que bienvenida —la animo para que se decida de una vez, pero ella pone cara tímida y luego rebusca en su bolso—. ¿Qué haces con eso?

Saca su bolsa de maquillaje, pese a que tiene el suyo perfecto.

—Tienes muchas ojeras —resulta que solo iba a por un espejito, para enseñármelas—. ¿No has dormido bien estos días, cielo? ¿Has tenido mucha carga de trabajo o ha sido Faith? Me quedaré contigo esta noche y si Faith se despierta yo me ocuparé, ¿vale?

—No, no ha sido nada de eso. Y no hace falta, aunque… ¿tienes corrector?

—Claro, cielo —empuja la bolsita de maquillaje para que coja lo que quiera—. Por cierto, te has puesto pibonazo hoy, ¿cuál es la ocasión?

—Tú, tonta —carraspeo disimulando.

El vestido es negro como Carbón, con una pequeña abertura lateral y un cinturón brillante que acentúa mis curvas y me da la confianza en mí misma que necesito un día como hoy.

Me despido de Leia después de que me prometa que no volverá a irse a Acorn Hill, ni a ninguna parte y al separarnos tengo una sensación extraña.

No tardo en subirme al taxi, pero mientras estoy en la calle… tengo la sensación de que alguien me observa. Miro en todas direcciones, pero Nueva York parece la misma ajetreada ciudad que siempre.

Serán imaginaciones mías. Supongo que yo también tengo el cerebro derretido.

39

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Intoxicante y enfermiza ha sido la espera hasta esta mañana. El oxígeno que necesito tiene nombre y apellido, pero cabe la posibilidad de que ayer la cagara.

Joder.

Un mes. Lleva un mes aquí y las cosas no podrían haber cambiado más.

Todavía recuerdo la primera vez que entró contoneándose en mitad de una reunión importante porque necesitaba una muestra de

saliva. Me costó justificarlo delante de los presentes lo que no está escrito.

Toda la rabia que una vez sentí por esa mujer se está transformando en algo mucho, *mucho* más peligroso. Ya entonces me puso cachondo porque, ¿qué quieres decir con que no me tiene miedo? Todos me lo tienen.

Pronto descubrí que Megara Galanis no es como todos.

Y ahora no soy capaz de quitarme de la cabeza a esa respondona, terca y perseverante mujer que se empeña en cargar con todo, pero que siempre anda aferrándose a algo. *Su bolso, una silla que tenga cerca, cualquier cosa que pueda darle una sensación de confort. ¿Tan interiorizada tiene su soledad que necesita aferrarse a putos muebles en vez de cogerle la mano a alguien?*

Llego a mi plaza de parking y estoy camino al ascensor cuando oigo:

—Debes ser el tío más intimidante que jamás ha sujetado un transportín de gato. Es casi cómico. Buenos días, Carbón.

—Para él no lo son, hoy empiezan a ponerle sus vacunas. ¿Qué cojones haces tú aquí tan temprano?

—No podía dormir. Todavía no entiendo cómo has podido llevarlo de aquí para allá sin que se ponga malo o pille algo raro.

—Será porque mi despacho está más limpio que la boca de mucha gente y porque este pelma siempre está encima de alguien y rara vez toca el suelo.

—¿Cuándo ibas a decirme que hemos perdido el apoyo de Fidgherald? —pregunta colando un pequeño peluche amarillo en el transportín.

—¿En nuestra próxima cena de los jueves a la que voy a invitarte a lo que quieras?

—Era un capullo, pero acepto. Hoy llega Leia a Nueva York. En algún momento del día.

Salgo del ascensor y lo dejo atrás sin decirle que Leia ya está aquí, que Meg dijo anoche que iban a desayunar juntas porque llegaba en el primer vuelo. Que se joda con sus mierdas de la diferencia de edad.

Si yo fuera un hombre libre como él… en fin.

Me vibra el móvil. Hay escasas personas a las que se lo cogería. Jasmin es una de las pocas.



—Dallas, cariño, ¡hola!

—Pareces sorprendida, ¿no sabías que me llamas a mí?

—Lo que no sabía era si ibas a cogérmelo. Siempre estás tan ocupado…

—Lo siento, madrastra. Intentaré llamar más.

—Fingiré que te creo. ¿Cómo estás de lo tuyo, cariño? ¿Has…? —carraspea y ya puedo imaginarme su cara—. ¿Has notado mejoría con las últimas pastillas?

—Sí.

—¿Y comes?

—Todos los días.

—¿Y dormir?

—Le estoy pillando el gusto.

—¿Me estás mintiendo?

—No osaría. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, ya en el aeropuerto. Tenía cinco minutos antes de mi próximo vuelo con Amy y he pensado en llamar a uno de mis dos tesoros. Por cierto, si todavía quieres esa alfombra persa de la que te hablé, tengo un par de amigos que podrían…

—La última vez que dijiste que tenías un par de amigos que podían hacer algo por mí me quedé sin coche una semana. No, gracias. ¿Hasta dónde voláis hoy?

—¡Hasta Barbados! Tenía que quedarme allí una noche así que me llevo a tu padre y Amy se lleva a

Jay-Duncan. Pensamos disfrutar al máximo esto de entrar en la tercera edad.

—Bien hecho, os merecéis desconectar un poco.

—Sí, pues ya podrías aplicarte el cuento, guapito de cara. Tienes la mitad de años que yo y ya has trabajado más del doble.

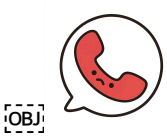
—Ya será menos.

—¿Y puedes parar de ser tan correcto, mocoso? Por estas cosas no me gusta hablar por teléfono contigo, ¡no puedo estrujarte las mejillas cuando te pones así!

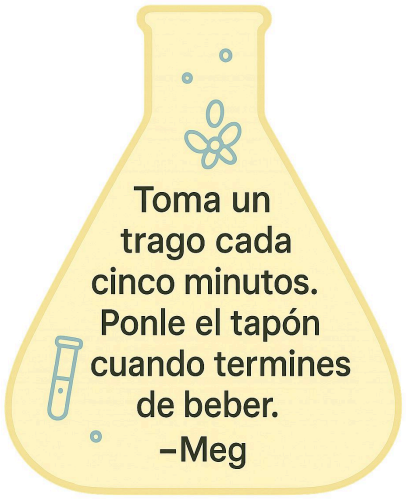
—Lo siento —digo, pero qué va—. Tengo una reunión a la que no puedo llegar tarde, imagino que

tú tampoco a tu vuelo, ¿te llamo cuando vuelvas de Barbados?

—Cuento con ello.



Llego a mi despacho después de una hora de reunión y media de una conferencia insoportable, y encuentro algo en mi mesa. Un frasco igual que el del otro día, pero con un líquido diferente. También hay una nota con una forma de… bueno, digamos que solo con ver la forma del pósit ya podría adivinar de quién es.



OBJ

Lo gracioso es que lo firme como si alguien más pudiera haberme dejado esto.

Ha estado aquí. Sería enfermizo que la mera idea me provocara una erección… ¿porque lo sería, no?

Inhalo con fuerza, pero para mi desgracia, el aire no huele a ella.

Lo cierto es que gracias a lo que ella me ha estado poniendo, mi piel está como nueva. La mejoría de mis ojos también es innegable, eso también es de agradecer. No quiero volver a acercarme al sol en mi vida, aunque reconozco que lo volvería a hacer ahora mismo si Megara lo necesitase.

Tengo mis dudas cuando destapo el frasco en cuestión y oigo una efervescencia demasiado entusiasta, pero confío en ella. Doy un

trago y sin querer, me lo termino.

—Mierda. Bueno, imagino que no pasará nada.



OBJ



OBJ



OBJ

40

OBJ

Meg

OBJ 

—Si querías matarme, podrías haberlo hecho de una forma menos agónica.

Su voz ronca me hace dar un bote y su presencia termina de aniquilar y machacar mis nervios. *Te follaría hasta que entendieras que nada de esto es culpa tuya.*

Te follaría.

Te follaría.

Te follaría, Megara.

—¿De qué…? ¿De qué estás hablando, Dallas?

Él se saca el termómetro del bolsillo y veo que tiene cuarenta de fiebre.

—¿Te lo has tomado a tragos pequeños?

—Era un frasco diminuto, ahí solo había un trago. Ha empezado a dolerme la cabeza hace dos horas y a arderme el cuerpo hace una.

Sé mucho de esa última sensación.

—Lo siento, es uno de los efectos secundarios de la lucha que se está produciendo dentro de tu cuerpo. Me iría bien cogerte algunas muestras ahora, ¿crees que sería posible?

—Soy tu cobaya, haz lo que te parezca. —Se sienta en uno de los taburetes y aun así, sigue siendo obscenamente alto.

No he pensado bien mi última propuesta y lo sé cuando tengo que acercarme a raspar su mandíbula con uno de mis instrumentales rosa chicle. El corazón se me sube a la garganta por la cercanía y no es lo único que me palpita con fuerza. Tiene la cara roja y los ojos brillantes, y no debería ser tan adorable encontrándose mal, pero aquí estamos.

—No te he visto en todo el día —dice en poco más que un gruñido.

—He estado ocupada.

—¿Me estás evitando por lo que te dije ayer?

—No.

—¿Te he incomodado, Megara?

Megara. Mi nombre suena a la undécima postura del Kama Sutra en su boca. Santísima boca, por cierto.

—No.

—¿Entonces hay otra razón por la que no me miras a los ojos más de dos segundos seguidos?

—Estoy trabajando.

Me quita la mano que juega nerviosa con una cadenita de mi vestido y me la pone sobre su corbata. Como si…

Dios mío, como si se hubiera dado cuenta de mi tic nervioso. Como si supiera que necesito toquetear algo para calmarme y quisiera que jugara con algo *suyo.*

Después me coge de la barbilla y me obliga a mirarle.

—Dime la verdad.

—¿La verdad? —resoplo muy cómoda con su mano donde la tiene, pero lo estaría incluso más si la bajara un poco y apretara, tipo a la altura de mi garganta.

—Tú no quieres oír eso. —Aparto mi mano de su corbata, pero vuelve a ponérmela ahí.

—Quiero.

¿Sabes qué?

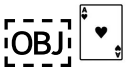
Que a la mierda.

—La verdad es que te he evitado porque incluso lejos, no he pensado en otra cosa que no sea lo que dijiste. No, no me has incomodado. La verdad, Dallas, es que follaría contigo cualquier día de la semana. Ahora levanta la cabeza, necesito una muestra de tu cuello.

41



Meg



No lo hace.

Ni se inmuta.

Pero las yemas de sus dedos se clavan un poquito más en mi piel. *Madre mía. Socorro.* Huele a jabón, a bosque y a pecado. *Asdfghjkl*.

—Cierra la puerta.

Está cerrada, pero sé a lo que se refiere: el cerrojo.

—Tienes fiebre. —Le aparto la mano, le levanto la cabeza y cojo mi muestra.

Sin poder evitarlo, toco su piel ardiente y empiezo a delirar.

—¿Te gusta dar las órdenes o que te las den a ti?

—Que me las den.

—Entonces abre las piernas.

—No he cerrado la puerta.

—¿Suele venir mucha gente a visitarte?

—Sí.

—Bien. —Tira de mí y sin más dilación separa los labios contra mi cuello y me besa de tal forma que me deja temblando.

Hasta el punto de que no opongo resistencia cuando mete la mano por la abertura de mi vestido y acaricia mi clítoris por encima de la tela de mi tanga de encaje. En círculos, variando la presión hasta que gimo.

—Tienes fiebre. No te conviene…

—Me metería tan dentro de ti hasta que te llegara a la garganta —agarra mi nuca dejando el pulgar en mi cuello—. ¿Puedo meterte un dedo?

—Nunca me corro con penetración —suelto en un intento de recuperar el control de la situación, pero que acaba sonando como

una íntima y vulnerable confesión.

—¿Nunca?

—Nunca.

Me mira como si hablara en una lengua que jamás ha oído. *Pero creo que si sigues haciendo eso con los dedos, voy a correrme aquí mismo. La estimulación de clítoris puede ser maravillosa.*

—¿Ni con los dedos?

—Con los dedos a veces sí, pero pocas. Yo sola nunca lo consigo. Un novio de la universidad lo consiguió un par de veces, pero tampoco fue como para tirar cohetes.

Endurece la mandíbula, parece enfadado.

No me daba la impresión de que fuera de los cuadriculados en la cama, de los que solo saben hacer una cosa y no les interesa probar nada más. Pero cuando saca la mano bajo mi vestido y se pone en pie, me quedo fría.

Dallas camina hacia la puerta y la Megara de siempre le diría cuatro cosas bien dichas antes de que se largara, pero por algún motivo no puedo. Siento que el tamaño de mi cuerpo ha disminuido hasta convertirme en algo tan pequeño que ni gritando lo alcanzaría.

—Sé que no tengo derecho, Megara, pero la idea de que un tío que no soy yo haya tenido la suerte de que te corras en sus dedos,

me cabrea. —Oigo el característico sonido del cerrojo y vuelvo a estar a cien.

Dallas gira el rostro para mirarme por encima del hombro y el fuego le inunda los ojos.

—Mmm… estoy segura de que eso está mal a muchos niveles.

—Yo también. ¿Te has corrido alguna vez en la polla de algún hombre?

—No. Aunque lo he intentado de sobra.

Esto le provoca una chispa de luz en la mirada. ¿Está contento o rabioso?

—Siento desilusionarte, pero no quiero que me la metas —me apresuro a añadir—. El otro día fue evidente que la tienes enorme y sé de sobra que no conseguirás nada con ella. Si quieres que nos divirtamos de otras maneras, estoy abierta al diálogo, pero…

—Mentirosa.

—¿C-cómo?

—Dices que te gusta seguir órdenes, pero no es del todo cierto, ¿a que no? —susurra en mi boca. Acto seguido clava las rodillas en el suelo, hace una profunda inhalación cerca de mi sexo y de un tirón se queda con mi tanga—. ¿Puedo comértelo, Megara?

Estoy tan impaciente y deseosa que el deseo me moja los muslos cuando asiento.

No tarda ni dos segundos en subirme la pierna a su hombro y meter la cara entre mis piernas. Me tapo la boca para gemir, pero de poco sirve, el placer es tan demoledor que necesito gritar para liberar algo de tensión.

Le clavo las uñas en el cuero cabelludo tratando de aferrarme a él, pero nada lo frena. Me está comiendo. Devorando. Su lengua, su insistencia, su devoción y su hambre hacen que correrme sea inevitable.

El orgasmo es casi inmediato y me llega como un huracán.

La avalancha de placer que me desborda y me rompo ante sus ojos.

Estoy tan atontada que apenas me doy cuenta de que me coge, me tumba encima de la mesa, me abre tanto las piernas como es humanamente posible y me observa el sexo mientras gruñe y se coge la erección.

—Joder, tienes un coño precioso —su aliento cálido me vuelve líquida y sus labios me succionan antes de que pueda responderle nada.

Casi lo hacen con rabia. Como si fuéramos un par de enemigos cabreados por ceder al placer de la carne.

Dallas Brodly toma posesión de mi sexo como si fuera el CEO de mi puñetero cuerpo. Y me corro otra vez. Contra su cara. Contra su lengua. Él bebe de mí hasta que me tiemblan las piernas y vuelvo a correrme.

—Dame un segundo —suplico a la cuarta o quinta vez, cuando estoy más próxima al más allá que al mundo de los vivos—. ¿Dallas? —le repito cuando su respuesta es succionarme el clítoris con fuerza.

Suelta un par de gruñidos reticentes, pero se aleja.

Eso sí, sin dejar de penetrarme el sexo con la mirada hasta el punto de que yo, la que nunca se sonroja, me veo obligada a cerrar las piernas por timidez. Miro su inmensa erección y no siento que deba hacer nada al respecto, pero me nacen unas ganas locas de devolverle el favor. Creo que nunca había sentido tanto deseo por un hombre.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué es lo que te gusta que te hagan?

—Casi cualquier cosa —admite clavándome los dedos en la cadera, sujetándome para que no me aleje, pero sin acercarme demasiado.

Este hombre está al límite de su autocontrol.

Se la cojo a través del pantalón. Es inmensa, está dura y caliente, y me apetece mucho probarla.

—Seguro que tienes ciertas preferencias.

—Quítate el vestido. Quítatelo todo —pide y lo hace acariciándome el clítoris con el dedo, lo cual es un argumento la mar de convincente.

Lo hago. Tan solo me dejo los tacones porque más diferencia de altura no nos ayudaría nada de nada. No sé cómo, si estaba a punto de hacerle la felación de su vida, acabo empotrada contra los ventanales de DW.

Dallas frota su erección contra mi culo desnudo mientras una de sus manos juega entre mis piernas y la otra amasa uno de mis pechos haciendo que sus nudillos repiqueteen contra el cristal.

—Podría vernos alguien.

¿Esto está pasando de verdad? No puede ser. Pero si nos odiamos.

—Sí, podría.

—¿Y no te molesta?

—Soy posesivo, pero soy yo quien te está tocando, ¿o no? —me muerde el lóbulo de la oreja y con la fricción adecuada de nuestros cuerpos, vuelve a hacer que tiemble, que me derrita, que me corra.

Estoy tan mojada que siento *esa* necesidad. Esa de que me llenen, de que ocupen todo el espacio que encuentren en mi interior. Esa que solo me ha llevado a desilusiones desde los dieciocho.

Su mano resbala por mi coño y pongo la mía encima para presionarlo contra mí con más fuerza.

—¿Sabes lo que quiero, Megara? Que metas esta miel en uno de tus frascos para que pueda bebérmela.

Diosmío.

—Méteme los dedos —jadeo.

Ni siquiera me reconozco. Jamás creí que volvería a decir esa frase, pero la he dicho, él la ha oído y en el momento que pasa a la acción, empiezo a morir.

Entra y sale de mí como quiere, provocando que un montón de zumbidos y vibraciones a mis terminaciones nerviosas. Un océano de sonidos inapropiados salen de la rápida fricción entre mis pliegues, haciéndole el coro al mar de sus gruñidos de necesidad.

—¿Bien?

—Bien, sí, muy bien. —Le clavo las uñas donde pillo, me apoyo en el cristal con la esperanza de que no acabemos atravesándolo.

—¿Y así qué tal? —Los curva y tira de mí hacia arriba.

Chillo.

Casi lo hace con demasiada fuerza, casi resulta doloroso, pero es perfecto y el orgasmo que me provoca es todavía más intenso que los anteriores.

—Joder, sí, Megara. *Hostia puta.*

Me aprieta contra sí como si fuera a correrse, pero no puedo ser consciente de nada más que de la ola de calor que arrasa con mi mundo entero. Si no me tuviera cogida, el temblor de mis piernas habría acabado conmigo en el suelo.

Dallas Brodly acaba de hacer que me corra con sus dedos.

42

OBJ

Meg

OBJ 

Con la respiración agitada, me da la vuelta y me pega la espalda al cristal. Espero que me pida que le deje metérmela, aunque yo no quiera. Que insista asegurándome que me va a gustar, porque es lo que hacen todos cuando la necesidad les puede.

A una parte de mi cerebro le satisfaría horrores poder colocarlo en el montón de hombres con los que no he funcionado en la cama porque, de alguna forma, eso sería menos aterrador que la otra posibilidad.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le pregunto, tentándolo, pero él no responde.

Ni siquiera parece oírme.

—¿Puedo correrme entre tus piernas? *Fuera* —aclara y una calidez inunda mi bajo vientre—. No cruzaré la raya que has impuesto.

No creía que pudiera sentirme más excitada, pero me desmonta. Resulta que sentirme segura me pone a mil. Asiento.

Dallas se saca la erección del pantalón y me quedo sin aliento. Me muerdo el labio para no decir ninguna barbaridad. Empieza a sacudírsela sin dejar de mirarme el cuerpo, las gotas que caen entre mis muslos por todo lo que me ha hecho.

Me agarra tan fuerte de la cadera que casi llega hasta el hueso. Es probable que me deje un moratón. Ojalá me lo deje.

—¿Quieres que te la haga yo? —pregunto, pero una vez más no parece oírme.

Se inclina y se mete uno de mis pechos en la boca, casi enteros.

Succiona con fuerza, pero se detiene antes de que me corra porque sus sacudidas se vuelven violentas, erráticas, torpes y desesperadas. Jamás creí que vería a un hombre tan imponente como él en un momento tan desprotegido.

—*Megara.*

Es lo último que dice antes de correrse.

Antes de vaciar todo su deseo entre mis piernas, provocando que el líquido lechoso y caliente resbale entre mis muslos. Tengo el corazón retumbando en mis oídos como loco.

La rojez de sus mejillas me pone todavía más. Alza la vista con timidez hasta la mía, pero sin despojarse de su intrínseca seguridad.

—¿Quieres que te limpie? —me ofrezco—. Me gustaría mucho.

Él asiente y por fin me lo meto en la boca. El sabor salado y la calidez de su carne me inundan la lengua. Dallas me agarra del pelo para que no se meta en medio y yo me ocupo de él. Enseguida vuelve a estar duro como una piedra, pero me aparta de sí antes de empezar nada.

—¿No quieres que y…?

—No. —Me coge de la mejilla y dudo si debería comentarle el pequeño detalle de que yo nunca doy besos.

A nadie. Aunque ahora mismo no soy capaz de recordar por qué.

—¿Te encuentras bien?

—No. —Sacude la cabeza una vez, pero el hambre de sus ojos no amaina ni un poquito. Tengo su erección contra el abdomen y si

sigue mirándome así va a acabar conmigo—. No sé lo que estás haciéndome.

—Una mamada, ¿vas a decirme que nunca te habían hecho ninguna?

Sonríe de lado como si fuera una idiota adorable. Entonces deposita un beso en mi frente y me mira serio.

—Quiero un listado.

—¿Cómo dices?

—Todo lo que no quieres hacer. Quiero que me lo escribas.

—Será un listado muy corto.

—Que sea sincero, por favor —me mira los labios y aprieta los suyos.

Es imposible que lo sepa, que se haya dado cuenta. No es tan observador, nadie lo es. Para mi sorpresa, se inclina y me besa la mejilla. Se aleja de mí para coger mi vestido del suelo y se ocupa de ponérmelo, incluso el cinturón, como si no hubiera acabado conmigo al correrse entre mis piernas.

—¿Y mi ropa interior? —pregunto cuando ya estamos los dos casi como al principio.

—En mi bolsillo. Quiero estar seguro de que no ha pasado en mi cabeza. No sería la primera vez. —Vuelve a dedicarme una ligera

sonrisa torcida, quita el cerrojo y luego se marcha.

Huelo a ti.

No necesitaría mayor prueba que esa.

43

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Pasan los días y preparo la documentación para cuando tenga las agallas de enviárselo todo. Lo que me tengo que beber hoy lo encuentro en mi despacho separado en tres frascos diferentes. Los tres, ridículamente diminutos, vienen acompañados de otro pósit.



Mi despacho me recuerda a ella, así que voy a una sala de descanso y me preparo un café asqueroso que ni siquiera me gusta.

Creía saber cómo enfrentarme a ella. Creía tenerlo todo bajo control. Pero la he probado. La he visto correrse. La he sentido derramándose en mis dedos mientras el orgasmo amenazaba con romperle los huesos.

Y ahora ya no sé qué cojones hacer.

—Tengo un problema. —Mi mejor amigo se apoya contra la puerta de la sala con pinta de haber visto un fantasma.

—Al fin te has dado cuenta. Violet y yo hemos tenido que aguantar durante años tu horrorosa personalidad y es genial que por fin vayas a hacer algo al respecto —me corta el paso—. ¿Te apartas?

—He hablado con Leia.

—No me digas.

—Sí, desde que llegó a Nueva York me… me llama, tío.

—¡Madre de dios! —exclamo horrorizado con un tonito repelente.

—¿Qué voy a hacer?

—Stanisław, si tanto te molesta que Leia te llame, ¿por qué, simplemente, no dejas de cogérselo?

—Porque en el noventa por ciento de las veces, es ella quien me lo coge a mí.

Será calzonazos el tío.

Lo aparto de en medio y sigo mi camino añorando la exclusiva compañía de Carbón. ¿Me sorprende lo que me dice? *Joder, no. El otro día entré en su despacho y tenía abierto un foro de científicas de la rama química, y uno de esos patéticos tests online de «¿le gusto?».*

—Ha empezado a llamarme señor Leszczyński —me persigue.

—¿Y esto debería importarme porque…?

—Esto que estoy haciendo está mal. Necesito que me ayudes a recuperar la lógica.

Me giro en mitad del pasillo y me apiado de mi amigo porque de verdad parece creer sus palabras.

—¿Quieres un consejo?

—Por favor.

—Es demasiado joven para ti, Stanisław. No salgas con ella.

Se queda a cuadros y solo entonces, deja de seguirme.

Por fin.



Intento trabajar, pero como siempre que tengo la cabeza inundada de nubarrones de tormenta, cojo lo que necesito, salgo del despacho y voy camino a la planta dieciocho. Es tarde, ya no queda mucha gente en la empresa y hace horas que Megara se ha ido. Me siento un imbécil al recordar cuando ha venido a mi despacho y la he rechazado.

«—Hasta que no me envíes ese listado, no volveré a tocarte».

No ha parecido ofendida. Más bien cachonda y muy sorprendida.

Me ha dejado con los nudillos blancos y las muelas emitiendo un sonido de fricción que preocuparía a cualquier dentista, mientras me cuestiono con qué clase de animales ha estado. No digo que rechazarla sea algo fácil, pero joder, menudos cabrones.

Al salir del ascensor, vuelvo a cabrearme con Violet porque se atreviera a traerla aquí antes que yo. *Como ves, las razones de mi enfado son infinitas.*

Nadie hace contacto visual conmigo, ni los clientes ricachones, ni los escasos empleados que quedan a estas horas. *Saben lo que les conviene.* Cruzo la puerta DW y exhalo parte de mi rabia.

44

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

SISTEMA: Por favor, introduzca la clave de acceso personalizada.

Lo hago y los anclajes de la puerta la sellan para que nadie entre. La voz automatizada continúa.

SISTEMA: El tiempo máximo recomendado para esta experiencia es de sesenta minutos, por motivos de salud, Dean-Weston impide a sus usuarios…

Introduzco la tarjeta que me permite saltarme todas las recomendaciones de seguridad y, tras el escáner de retina, las

paredes se vuelven la viva imagen de High River.

El olor a cloro de las piscinas, los cálidos rayos de sol, la sonrisa de Erik cuando todavía le faltaban dientes y ahí estoy yo, con las rodillas amoratadas, contando las brazadas mientras una versión mucho más joven de mi padre me habla de las olimpiadas. Es ridículo, pero siempre me saca una sonrisa.

USUARIO: Evita los recuerdos en exteriores.

SISTEMA: Entendido.

—¡Shrek doce! —exclama Amy.

—No hay Shrek doce —responde una voz que me recuerda a mí —. Solo hay cuatro y la mejor es la uno.

—¡Pues Shrek uno!

El sofá, el cuarto de estar, las palomitas, todo aparece en un rincón de la sala. Me giro y al otro lado está la cocina. *Os echo de menos.*

—Es un placer para mí, Jasmin. Soy Liam Brodly, el padre de Erik y Dallas. ¿Eres amiga de Amy?

—¿Por qué la voz de papá suena más grave? —me pregunta Erik, a lo que el tío Duncan le tapa la boca.

—¿Podemos acabar de merendar, papi?

—Claro, cariño —mi padre me revuelve el pelo—. Pero tenemos que hablar de algo importante.

—¿Has perdido el trabajo?

—No, hijo, y podría no ser lo primero que se te venga a la cabeza.

Muerdo la galleta que he traído, aunque no se parecen mucho a las que manejan esas pequeñas manos. Me dejo caer sobre el único mueble que habita en esta sala, un sillón negro de cuero situado en el centro y me relajo rodeado de lo que una vez fue mi hogar.

Salto de un día a otro disfrutando de sus voces, del aroma a las mandarinas de Svetlana, del de las pizzas improvisadas del tío Duncan, del sonido de la risa de papá, la energía de Erik, lo que Amy aportó a nuestra vida y el cambio que supuso Jasmin en la mía.

Sé que mi hermano la quiere mucho, pero siempre me ha dado la sensación de que él estaba más unido a papá.

—¿Cuál es tu emoción favorita? —le pregunto a Amy al salir de ver la película.

—Asco —responde de inmediato—. La verdad es que me encanta, es muy graciosa.

Esperaba que nos utilizara para acercarse al tío Duncan. No sería la primera vez que una mujer joven hace algo así, pero por más pruebas que le pongo, no me decepciona.

Creo que la quiero.

Ojalá se quede con nosotros.

Salto del cine al centro de acogida, sintiendo que el ruido de mi cabeza molesta menos. Que puedo respirar mejor. Que no se me están escapando las riendas del caballo.

SISTEMA: Advertencia de contenido sensible.

USUARIO: Reprodúcelo.

SISTEMA: Entendido.

—Sé que no tengo la suerte de ser vuestra madre, de haber cargado con vosotros en la tripa, ni de haber visto cómo pasabais de ser unos adorables bebés diminutos a los hombrecitos que sois ahora. Pero ojalá la hubiera tenido. Me encantaría que se os escapara esa palabra de vez en cuando. O incluso con frecuencia. Madrastra también es una palabra preciosa que me haría sentir muy

orgullosa. Pero no quiero que hagáis nada para lo que no os sintáis listos, solo quería dejar claro mi punto de vista —dice Jasmin y mi corazón late con tanta fuerza que creo que me va a explotar.

Quiero decir muchas cosas, pero no soy capaz de soltar ninguna. ¿De verdad querría? ¿Nos aceptaría a mi hermano y a mí aunque no seamos suyos? ¿Cómo es posible? Nuestra propia madre no nos quiso.

Erik la frena antes de que se ponga en pie y dice lo que yo no puedo. Tengo muchas ganas de llorar, pero me muerdo la lengua porque Jasmin puede irse en cualquier momento y no debería fiarme. Aún no.

SISTEMA: ¿Qué desea ver ahora?

USUARIO: Todo lo que tenga relación con mi madrastra.

Me froto la cara con fuerza.

SISTEMA:Reproduciendo recuerdos que incluyan a Jasmin Brodly.

[…]—Feliz cumpleaños, mocoso. […]

[…]—Feliz graduación, mocoso. […]

[…]—Estoy muy orgullosa de ti, mocoso. […]

[…]—¿De verdad has conseguido…? Dios mío, ¿has fundado tu propia empresa? ¿Hablas en serio, mocoso?

Corro hasta ella y la abrazo como si aún fuera un crío.

—Espero que tu primer millón te lo gastes en llevar a tu animadora número uno de vacaciones, se lo merece con creces. Y si eso, también a tu padre.

—Elegid un destino […]

[…] Papá está en la cocina cuando ella nos lleva al dormitorio y cierra la puerta, no antes de que Tyrannosaurus Rex, nuestro labrador, venga con nosotros. La dejamos hablar porque parece tratarse de algo importante. Pronto descubrimos que sí lo es.

—¿De verdad vas a casarte con nuestro padre? —pregunta la voz de Erik, con eco rebotando en las paredes.

—Liam es el amor de mi vida. Nada me haría más feliz que ser su mujer, pero…

—¿Pero? —pregunto en mi habitual tono seco.

—No lo haré si vosotros no lo queréis. Han pasado ya muchos meses y vosotros tres sois todo mi mundo. Os quiero, niños, y precisamente por eso no puedo forzaros a nada.

—Cásate.

—¿Dallas?

Sé que no soy como Erik. Sé que no me expreso tan bien, y que esto es culpa mía. Que si duda, es por mí.

—Esta ya es tu familia, no tenemos que invitarte a nada. —Mis palabras le llenan los ojos de lágrimas y el «perdón» que nunca consigo soltar me quema en la garganta cuando nos abraza a mi hermano y a mí.

Vuelvo a pensar que mi familia sería más feliz si hubiéramos nacido los dos siendo como Erik.

A él nada le quita la sonrisa. Yo en cambio sigo frenando la felicidad de mi padre y mi madrastra, aunque no sea mi intención. Igual que sigo sangrando por la herida de Kiara. […]

SISTEMA: ese sentimiento es recurrente durante la adolescencia, pero ahondar en él puede oscurecer algunos de los recuerdos. ¿Desea…?

USUARIO: No. Finaliza la sesión.

Leia



Martes al mediodía

Odio a mi vida. Estoy asquerosamente frustrada con mi trabajo porque nada me sale bien. Encima el cretino de mi jefe, el apestoso de Brandon, se empeña en remarcar todas mis flaquezas en cada reunión y cualquier día me suelta que calladita estoy más guapa. Si esa es su manera de motivar al personal, me encantaría proponerle una idea: mis nudillos.

Aunque sería difícil que mi jornada fuera a peor, a eso de la una del mediodía tengo una sonrisa radiante en la cara mientras entro en el restaurante italiano: el mejor de Bleecker Street, en Greenwich Village, Manhattan.

Ocupo el asiento libre cuando el maître me lleva a la mesa.

—Esto no es una cita —dice serio, con la espalda tensa.

—No, señor Leszczyński, es literalmente lo opuesto.

—Exacto.

—Aunque mucho me temo que tendré que ausentarme unos minutos después de pedir, me he olvidado mi inhalador y me acercaré a la farmacia de enfrente para…

Pone uno encima de la mesa y ya quiero darle mis bragas.

No es una cita mis narices.

—¿Quieres vino?

—Y que me mires a la cara, también, Stanisław.

Lo hace y le brillan los ojos. El azul se vuelve insoportable de aguantar. Se me eriza la piel y mi corazón bombea con más fuerza.

Ni sé la excusa que da en el restaurante, pero un momento después mi plato principal es su boca y el suyo soy yo enterita.

Su coche es nuestra cámara secreta para el sexo y doy gracias a las ventanas tintadas, porque estamos en mitad de una calle lateral.

—No voy a follarte aquí, Leia.

—Vale —le desabrocho la camisa y estoy tan ansiosa que la dejo a medias y voy directa a por el cinturón.

—Un hotel, mi casa, cualquier sitio menos este. Tú no mereces…

Le agarro la mandíbula y le miro con una súplica firme en los ojos: que deje de compadecernos.

—Te fuiste a Acorn Hill y creí que me volvería loco.

—Si te sirve de consuelo, yo también he perdido algún tornillo.

—Eres preciosa.

La siguiente vez que nos besamos, arde Troya.

Subida a ahorcajadas sobre su erección, la ciudad existe fuera, pero aquí dentro solo estamos los dos.

Los cristales se empañan con mi primer orgasmo y sus evidentes intentos de matarme. Sus dedos viajan por mi espalda con un cariño desmedido mientras nuestros cuerpos se sacuden con una sincronización que no nos hemos ganado. Nos hemos saltado la cola, el trabajo, y hemos recibido la recompensa de todas formas. Alguien debería denunciarnos. Las cosas nunca salen bien, mucho menos a la primera, pero el siguiente orgasmo se construye en mi sexo y el contraargumento es inminente.

—Skarbie[16].

—¿Acabas de llamarme Barbie? —me aferro a sus hombros mientras él mueve las caderas tomando control absoluto de mi placer.

—Mierda, Leia —me besa la boca como si le estuviera haciendo un favor, como si temiera despertar de su fantasía.

Stanisław Leszczyński no me está usando porque le ponga cachondo.

Este hombre se está rindiendo ante mí.

Stanisław



Martes por la noche

Tumbado en el sofá de mi casa con las luces apagadas y Neutrón, mi pastor alemán de año y medio sobre mi estómago, dudo si alguna vez volveré a cerrar los ojos sin verla a ella. Sus ojos marrones, su pelo dorado, su sonrisa…

Estoy escuchando la horrible música indie que le gusta, —que, por supuesto, no es popular por una evidentísima razón—, con la esperanza de no hacer una locura. O mejor dicho, de dejar de hacerlas.

«—Pídeme que pare y lo haré.

—No te atrevas».

Piękna.

Skarbie.



[OBJ] *17*

Escribo el mensaje y lo borro, lo escribo y lo borro, lo escribo y… No soy capaz de enviarlo. Físicamente, no soy capaz. Soy un imbécil, un desgraciado, un malnacido. Soy once años mayor que Leia Diago.

Llamo al restaurante. Hago una reserva, pagándole cien dólares al tío italiano que me coge el teléfono para que evite que mañana salga de allí a mitad de la comida.

Leia



Miércoles al mediodía

Mismo restaurante. Mismas intenciones. Mismo final. Bueno, un camarero se ha llevado una propina de doscientos dólares, pero por lo demás…

—Acabas de romperme las bragas —me quejo mientras exige a mis piernas una flexibilidad por encima de mis posibilidades.

—¿Te he hecho daño?

—La verdad es que sí, me gustaban. Ahora mi corazón está lamentando su pérdida —me olvido de las bragas y de mi nombre cuando se cierne sobre mí en el asiento de atrás.

Es tan tierno, no ha reservado una habitación de hotel porque creía que no íbamos a acabar así. Que íbamos a poder aguantarnos las ganas locas de comernos el uno al otro. Stanisław me da un beso que me succiona el autocontrol y empiezan a temblarme las piernas, la voz mientras gimo, el alma.

—Más, más rápido —él obedece, pero nada es suficiente—. Por favor, señor Leszczyński.

Retiro lo dicho. Sí, lo es.

Da en la diana y se lleva todos los puntos. Pierdo el norte, pero no mis capacidades multiorgásmicas.

—O kurwa, skarbie…[18] *—dice cuando está a punto de correrse y yo le llevo dos de ventaja.*

Creo que me llama Barbie por el pelo. No me molesta, igual que ella, yo también puedo ser cualquier cosa. Su novia, su amante, su follamiga, su ligue…

Rompemos el récord de orgasmos en un coche del Libro Guinness de los Récords.

—Esto no puede volver a pasar —dice mientras nos vestimos, aún jadeantes.

O bueno, en realidad, él me viste a mí y yo básicamente, me dejo mientras le como con la mirada porque está buenísimo.

—Entonces no me traigas flores —las señalo en el asiento delantero y mi corazón vuelve a dar un saltito al verlas—. Encima me has traído flor de loto, mi favorita nada menos. ¿Qué esperabas?

Sus manos se frenan. Compartimos un silencio cargado de electricidad y fuego.

Su polla da en el cielo de mi placer cuarenta y siete segundos después de que lo atraiga hacia mí con urgencia. Es tan inocente. Ha creído que iba a ser un mero beso de despedida. Pobre, pobre Stanisław.

Leia



Viernes al mediodía

—Hoy solo vamos a comer —me explica cuando nos sentamos en el restaurante.

—Por supuesto.

—Por teléfono coincidimos en que llevar esto al plano físico ha sido un gran error.

Él coincidió consigo mismo, yo le dejé hablar porque ayer le eché mucho de menos y cuando estar con Faith y Meg me da tantas ganas de llorar que no puedo ni respirar, mi fuente de felicidad es Stanisław Leszczyński.

Aunque él no quiera serlo.

Nos sirven los platos principales a base de lasagnas que han debido hacer dos señoras italianas con mucha experiencia y cariño, porque mi paladar se muere y se va al otro barrio del gustazo.

Él menciona a Meg, su laboratorio y los avances, y yo repito lo que me dijo ayer por la noche, o sea, la lista de especialistas con los que está tratando. No son pocos y espero que lo tranquilice, pero consigo más bien el efecto opuesto.

—Tal vez no deberíamos hacernos demasiadas ilusiones.

—¿Cómo dices?

—Weston no ha ido a los mejores médicos del país, sino del mundo. ¿Cuáles son las probabilidades de que ella consiga nada?

—Un poco negativo por tu parte hablar así cuando no la has visto trabajar. Además, los médicos no investigan, curan con lo que tienen a mano. A ver si ahora van a tener que hacer eso también.

—Solo digo que las probabilidades de que salga bien son casi nulas.

—Si Colón hubiera tenido tu mentalidad, nunca habría descubierto América.

—A veces es mejor dejar las cosas como están.

—¿Seguimos hablando de historia?

—Nunca debiste llamarme, Leia —su iris se vuelve frío y así es como me deja.

Casi no puedo tragarme la comida de la boca.

—Te recuerdo que has sido tú el que no ha dejado de taladrarme a llamadas. Lo mío solo fue una vez.

—¿Te crees que no lo sé? No puedo hacer nada contra… —endurece la mandíbula—. Por eso te pido que pares, Leia. Por favor.

Casi me da pena. Debería dármela. Pero más pena me doy yo.

—No quiero hacerlo.

—Leia. —Me mira como si le hubiera condenado a muerte.

—Entiendo que tengas miedo, suele pasar cuando te encuentras cara a cara con un sentimiento tan real como este. Pero lo siento, no he nacido para tranquilizarte, en todo caso he nacido para ponerte nervioso. Stanisław, estoy a gusto contigo. Mucho. Eres una persona muy interesante, ridículamente respetuoso y, la verdad, me encantaría volver a besarte —lo digo así, como quien no quiere la cosa.

Porque soy hija de Lexi Diago y lo de rendirme no lo llevo en la sangre.

Aun así, siento un latigazo intenso de decepción cuando le veo sacudir la cabeza.

—Mira, no sé qué crees que está pasando aquí, pero en cinco años ni siquiera habrás cumplido treinta y yo ya tendré cuarenta.

—Y a pesar de eso eres tú quien se está escondiendo detrás de su miedo.

—Yo no tengo miedo. Solo creo que no funcionaría —insiste, una vez más, chutando balones en propia.

—Sí, lo tienes, Stanisław. Tienes miedo de perder a tu mejor amigo, tienes miedo de darle un voto de confianza a Meg y tienes miedo de enamorarte de mí. ¿Sabes lo que pasa? Que eres un cobarde y crees… Crees que soy una cría que no va a estar a la altura, pero yo no necesito que me cuides, necesito que aceptes mis decisiones como las de una igual.

Las piscinas azules de sus iris brillan cuando me devuelven la mayor mirada de incredulidad de la historia.

«Ay, pobre tonta, ¿crees que ese es el problema?», pregunta una voz en mi cabeza. Lo había tenido muy claro hasta ahora, estaba segura viendo cómo me besaba, de que sentía algo por mí. ¿Pero y si he confundido sus sentimientos con los míos? ¿Y si resulta que cuando un hombre intenta apartarte, lo mejor que puedes hacer es dejarle?

Mi corazón tropieza consigo mismo, se oscurece y le salen algunas grietas.

El sonido estridente de mi silla retumba de más cuando me levanto, camino hacia su lado de la mesa y le beso. Sabe a lasagna, a fruta prohibida y a todo lo que está bien en este mundo.

Ni siquiera después del beso estoy segura, ya no.

—Voy a hacerte un favor y bloquear tu número. No volveré a contestar una de tus llamadas. No preguntaré por ti y me… me voy a apartar de tu camino del todo, Stanisław. Si aun así decides buscarme, que sea para pedirme salir.

Salgo del restaurante y él no me frena. No me llama. Tampoco me dice que lo siente y que sí, que tiene miedo.

Resisto la tentación de esperarle fuera unos minutos porque ese sería un nivel de patetismo que prefiero no rozar. Me aferro a la poca dignidad que me queda y me marcho a mi oficina hecha un saco de mocos.

45

OBJ

Meg

OBJ 

El domingo solía ser mi día favorito de pequeña, pero a día de hoy lo detesto, porque no trabajar significa que me como la cabeza hasta odiarme a mí misma.

Pensaba ver una película con mamá, pero se ha acostado después de comer y todavía no quiere levantarse. *Hoy… ha pasado algo. No quiero darle importancia, aunque sé que la tiene. Mucha.*

Sacudo la cabeza y llamo a Leia para preguntarle si le apetece el plan. Accede. Ninguna de las dos hace ni caso a «27 Vestidos». Ni

siquiera nos quejamos de que ya no se hacen pelis como las de antes, ni de que, en aquel entonces las tramas iban más allá de «a ver con cuántos hermanos podemos liar a esta chica».

Tres letras.

Tres, capaces de mantenerme en vela todo el fin de semana e incluso capaces de pasar por encima de los egocéntricos problemas de mi vida.

Tres, capaces de hacerme recurrir a mi mejor amiga en busca de socorro.

PDF. O lo que es lo mismo: el puñetero listado. No puedo dárselo, porque no lo tengo y eso me cabrea horrores porque por encima de todo, Dallas y yo somos rivales y un par de seres arrogantes y competitivos.

Pensaba guardármelo en secreto. Metafóricamente hablando, mi boca estaba cerrada a cal y canto, con candado incluso. Pero Leia estaba triste. Lleva triste desde el viernes, cuando tuvo su última no-cita con Stanisław-el-idiota, y yo seré una mujer fría y sin sentimientos en cuanto al resto de seres humanos de este planeta respecta, ¿pero con Leia? Soy débil. Así que le suelto lo único que sé que la animará.

—Tienes que ayudarme. Soy una géminis en apuros.

—¿Ha pasado algo con Faith? —pregunta pasando por alto mi segundo comentario.

—No. Me he acostado con Dallas y quiero volver a hacerlo.

Digamos que si pensaba que mi breve resumen iba a conseguir que mi MA cogiera lápiz y papel, se sentara en el sofá y encontrara conmigo la manera más sexy de abordar este asunto… no es lo que pasa. Empieza con un:

—¿Estás de broooooooma?

Me doy cuenta de que esto ha sido un evidente error la tercera vez que pronuncia esa frase.

—¿Puedes parar, por favor? Me estás poniendo tan nerviosa que los tacos de pescado van a hacer una reaparición en mi boca.

—Primero de todo, sería normal porque: ¿a quién se le ocurre? ¿Tacos de pescado? Es que, por favor —rebuzna, resopla y hace el combo completo de ofensa procárnica—. Segundo, estoy tan, *tan,* impactada con todo esto que ni siquiera voy a dedicarme a guardarte ni un poquitín de rencor por contarme esto hoy cuando es evidente que pasó… —deja la frase a medias para que yo la termine.

—El lunes. —*No tengo por qué decirle que de la semana pasada.*

Al principio creí que iba a desmayarme de necesidad, luego empecé a experimentar cierto placer en ver la necesidad de Dallas

no-satisfecha. *¿Me pone que me desee y aun así, espere a que le entregue mi nota? Sí. ¿Soy una idiota que podría haber tenido un montón de orgasmos esta semana? Pues también.*

SUBCONSCIENTE: quizá estás asustada y por eso estás alargando esto más de la cuenta.

¿Te callas?

—¿El luuuunes? —repite Leia por enésima vez, en su vigesimoquinto ataquito.

—Todo esto ralentiza un poco la conversación, pero adelante, desahógate.

—Perdón, perdón, no quiero despertar a nuestra matriarca —dice tapándome la boca como si la del problema de incontinencia de gritos fuera yo—. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué no haces el listado y ya?

No estoy dispuesta a:

Besos en la boca

Sexo con penetración

—¿Lo ves ahora? —le señalo la pantalla de mi móvil y me siento en el borde del sofá, con el porcentaje de cojín exacto que me merezco: escaso.

Me alza una ceja.

—Veo dos problemas, sí, pero no creo que te refieras a eso.

—No puedo darle una lista tan corta, creerá que no tengo experiencia cuando tengo mucha. Muchísima. Soy prácticamente una…

—Una fulana, ya. Así que lo que quieres es… —estrecha mucho los ojos, como si estuviera mirando al sol—, ¿que te ayude a añadir más cosas?

—Sí, como eh, no me chupes el codo que me da *cringe* o, si me obligas a ponerme un disfraz de la prota de la guerra de las galaxias, me las piro. Se supone que las personas adultas tienen límites. ¿Por qué estás mirándome…? ¿Estás juzgándome? —estrecho la mirada.

—No, yo nunca te juzgaría. Solo digo… —exhala y me coge las manos. No pasa a menudo, pero a veces a mi amiga se le pone una mirada maternal extracariñosa que me hace estar segura del todo de que será una madraza el día de mañana, si es que quiere tener hijos —. No tienes que hacer nada que no quieras. Puedes pasarte la vida

sin morrearte con nadie y sin tener sexo con penetración, y estás en tu pleno derecho, Meg.

—¿Sabes? Estar cogidas de las manos hace que esta conversación sea algo un pelín más incómodo.

—Pero deberías pensar si lo que no has querido con nadie tampoco…

—¿Tampoco qué? —insisto cuando no termina.

—Si tampoco lo quieres con Dallas. Tienes que pensar si él es diferente.

El siguiente latido que ruge en mi pecho suena con eco.

Se me hiela la sangre y me entran los sudores fríos. *Hola tacos de pescado, bienvenidos a mi boca.*

—Lo digo porque quizá un día le miras y piensas, oye, no me importaría que me metiera los dedos. O algo mejor.

—¿Diferente? ¿Por qué iba a ser él diferente? ¿He dicho yo que sea diferente? No es diferente. Nada es diferente. Esto es lo de siempre. Yo soy la de siempre.

Se pellizca un labio con otro y sé que está aguantando la risa. *Maldita lagarta traicionera.*

—¿Sabes qué? —le arrebato mi móvil, lo bloqueo y me cruzo de brazos—. Déjalo, pondré lo del codo. Olvídate de que he abierto la

boca.

Se recuesta en el pequeño sofá que compartimos y no dice nada más.

Mañana va a ser un día larguísimo.

46

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Salgo del baño y la encuentro caminando sigilosa hasta mi mesa. Deja una carta sobre la mesa y sé que lo que teme no es despertar a Carbón.

Sino a mí.

—Hola.

—Dios mío —zarandea su cuerpo como si se hubiera electrocutado—. ¡¿Pero tú de dónde demonios sales?!

—Del baño. —Es la tercera vez esta mañana que he tenido que lavarme la cara por falta de concentración. He aquí mi concentración: su voz, lo que representan sus gafas, esas piscinas esmeraldas, su sabor, joder, su coño perfecto. Exhalo—. ¿Qué estás haciendo, Megara?

—Te dejaba algo. Nada importante. Vuelvo al trabajo, tengo muchísimo.

—Quieta ahí.

Se había dado la vuelta y no tenía muchas esperanzas en que me obedeciera la mujer más desobediente que conozco. Pero lo hace. Se queda quieta, inmóvil.

Abro el sobre y leo la pequeña nota. Para mi sorpresa no tiene nada que ver con su investigación, ni con sus experimentos, ni con lo que quiere que me beba. Tiene que ver con nosotros.

Es breve. La polla me da una sacudida dentro de mis pantalones de Armani. *Es muy breve.* Aunque reconozco que vendería algún órgano vital con tal de hacerle cualquiera de estas tres cosas prohibidas, reconozco que habría que ser gilipollas para no ver que la lista de cosas que sí puedo hacerle es mucho más larga.

—¿Esto es todo? ¿Solo tres cosas? —carraspeo e intento que no se me note la emoción.

Voy. A. Empalmarme.

—Sí. Soy muy estricta con eso.

—Reconozco que la del codo no me la esperaba.

Se pone roja. *Quiero comérmela entera.*

—Me voy ya. Ah, por cierto —saca un frasco pequeño y lo deja en la esquina de mi mesa más alejada de mi cuerpo.

Como si fuera un ratón robándole un pedacito de queso al gato de la casa. *¿He dicho que quiero comérmela? ¿De todas las maneras posibles? A poder ser, ¿ahora mismo?*

—Bébetelo de un trago y ven a verme si te encuentras mal. Adiós.

Vaya si voy a ir a verte, Cacahuete.

Tenlo por seguro.

47

OBJ

Meg

OBJ 

Dos horas después, todavía no me he librado de los temblores por completo, he roto tres placas de Petri y rayado uno de mis telescopios.

Razones:

1.- Parecía ilusionado.

2.- Ningún hombre debería ser tan atractivo.

3.- Está reinventando lo que significa el deseo para mí.

4.- Creo que podría tener un orgasmo solo de pensar en cómo le brillaban los ojos cuando ha visto la nota. ¿Es porque era corta? ¿Se estaba riendo de mí? ¿Es porque no le molestan tanto mis prohibiciones?

Al principio, cuando entra en el despacho que he bautizado como el Laboratorio Experimental Galanis, estoy convencida de que es fruto de mi imaginación. Esas cosas pasan, te dejas un bote abierto, hueles un químico un poquito más de la cuenta y ¡adiós muy buenas!

Pero entonces le veo dejarse caer en el sofá, me muerdo la lengua con fuerza y siento dolor.

—¿Qué haces aquí, Dallas?

—Mi imperio a cambio de tus bragas.

—Tu imperio no me interesa —digo, pero casi se me cae la probeta de las manos.

Glup.

—El tanga ya no huele a ti. Lo odio —hace una mueca triste.

—¿Lo siento?

—Siéntelo mucho. Ojalá hubieras escrito más rápido ese listado. He estado trabajando como un desquiciado porque no podía tenerte.

—¿Por qué estás…? —*soltándome todo eso sin filtro*—. Un segundo…

—Te doy los que quieras, Cacahuete.

—Lo que le he dado tenía una base de alcohol algo concentrada y me he cargado sus inhibiciones —pienso en voz alta acercándome a él—. Y encima te están saliendo placas en la dermis de la cara.

Es como tinta de tatuaje roja desperdigada por aquí y allá.

Lo que le faltaba a este hombre, parecerse a un demonio de esa película del K-pop. Vamos, es que no, ¡ya basta!

—No me digas guarradas, por favor, ya me cuesta lo mío no tocarte.

—¿Guarradas? —me atraganto con el aire que me falta en los pulmones.

—Tu boca siempre está hablando de puta ciencia y… —gesticula hacia el material de laboratorio y luego a su entrepierna—. Mal, Megara. Eres cruel.

Su confesión me prende como la gasolina y las brasas más candentes rugen entre mis piernas. Aunque también se me escapa la risa. Es todo demasiado cómico y sincero. ¿En serio *él* acaba de llamarme cruel *a mí*?

Me acerco y le pongo las manos en las mejillas.

—Escúchame atentamente, Dallas Brodly. Creo que te he emborrachado a lo bestia. Voy a ir a buscarte un café, pero creo que la única alternativa que tienes es dormir la mona. Puedes usar este sofá, si quieres. Total, lo has pagado tú.

Tira de mí antes de que me vaya y mi culo aterriza en su regazo.

No dice nada, solo roza su nariz contra mi mejilla y hunde la cara en mi pelo antes de inhalar con fuerza y soltar un gruñido gutural. Entonces susurra:

—Joder, Cacahuete. No te haces una idea de las pajas que me he hecho pensando en ti.

Me queman los labios de tanto mirar los suyos.

Cada inhalación parece acercarme a él todavía más. Quiero echarle la culpa a sus condiciones, pero soy yo la que se está moviendo. Soy yo quien reduce la distancia.

En el último segundo, Dallas ladea la cabeza hasta mi cuello y me lo come. Resbala su lengua por mi garganta y le hace obscenidades a mi piel, obligando a que mi sexo gotee deseoso de tenerlo todo para mí.

Mis pezones se endurecen tanto que duele y cuando él mete la mano por mi escote y los toca creo que voy a perder la cabeza.

Porque puede que, tal vez, exista la remota posibilidad de que lo quiera dentro de mí.

Mete la mano entre mis piernas y gimo en sus brazos antes siquiera de que me toque. Alza su mirada brillante hacia mí con el ceño fruncido. Me aprieta clavándome las yemas de los dedos en la carne y vuelvo a gemir.

—¿Te gusta?

No. Al menos no con cualquier otra persona. ¿Pero con él? Con él sí.

Asiento y su otra mano sube hasta mis costillas para ejercer el mismo tipo de fuerza.

La espalda se me arquea mientras la humedad empieza a empaparme entera. De repente afloja su agarre y me acaricia con dulzura. Llega hasta los pliegues de mi sexo y aparta la tela de mis bragas para rozarme el clítoris con el pulgar.

—No vas a hacer que me corra —le digo a su boca.

Quería mirarle a los ojos, no sé qué me pasa.

—¿Por favor? —pide.

—No voy a aprovecharme de ti estando así.

—Ni drogado dejaría de desearte. Un borracho que carga la responsabilidad de sus acciones al alcohol es solo un cobarde que no

se atreve a enfrentarse a lo que verdaderamente quiere.

Este hombre tiene que callarse o me voy a morir.

Mi pecho se alza en una inhalación que nunca exhalo porque mi boca roza la suya, y no lo evito, ni me aparto. Es un momento, un instante, nada más que un segundo, pero me deja temblando y las terminaciones nerviosas en carne viva.

Agitada, con un mar de emociones contradictorias galopando en mi pecho, me levanto y voy hasta la puerta.

No ha sido un beso. Solo un casi-beso. Nadie ha roto ninguna regla.

Ya, pero tú querías que la rompiera, ¿verdad, Megara?

—Perdona —su voz de barítono me saca de mi espiral de pánico —. Me he acercado demasiado. Es culpa mía. Lo siento, perdóname.

Irme, ese era el plan. Alejarme del peligro. ¿Pero cómo voy a hacer eso? Bajo la vista y mis manos se mueven solas. Acciono el cerrojo.

—Esto es culpa mía —me acerco—. Yo te he hecho esto.

—Desde el día que llegaste.

Le pongo un dedo en los labios. Se los acaricio porque me muero por ellos.

—Tendré más cuidado la próxima vez, esto no volverá a repetirse —le prometo, aunque no parece entender que me refiero a su borrachera. Me agacho entre sus piernas, se las separo para tener el hueco suficiente y alcanzo su cinturón—. Pero lo justo sería que te recompensara.

Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás.

—Estoy soñando otra vez, ¿verdad?

—¿Has soñado con tenerme de rodillas, Brodly?

—Joder, sí. Siempre.

—¿Cuándo? —le desabrocho la cremallera y me inclino para rozarle el miembro con los labios a través de la tela.

—En reunión, en llamadas importantes, hablando con mis abogados…

Se me escapa una risa floja porque me siento halagada. Porque es él quien lo desea: el gélido CEO impasible de DW se está ablandando conmigo.

—Quiero que te corras en mi garganta. Desearía que lo hicieras ahora —admito, con las piernas temblorosas y estoy a punto de sacársela, pero vuelvo a ponerme en pie—. Pero no está bien. No estás en condiciones.

Se sujeta la polla y se frota la cara, lidiando con la frustración, la erección y el evidente deseo de discutirme.

—Te gusta mucho jugar conmigo. —Ni siquiera lo dice como una queja, solo un hecho.

—Pero… Podrías hacer eso a lo que te dedicas cuando no estoy cerca de ti, eso para lo que solo necesitas tu mano derecha. Y yo podría quedarme aquí, observándote.

No tarda ni dos segundos en liberársela. Intenta acomodarse, emite una ristra de gruñidos de placer y a mí se me hace la boca agua.

Me pide que me desnude pero no puedo hacerlo. Tengo mis razones. Un puñado en los brazos, en el abdomen, por todas partes.

—Tócate, Megara.

Ni en una posición tan vulnerable como la de ahora se despoja de su tono autoritario, ¡será posible!

—Prefiero mirar —miento, porque pensaba hacer exactamente eso cuando él se marchara.

El líquido preseminal hace brillar la punta de su erección y mi subconsciente me traiciona, acercándome al epicentro de mi necesidad y volcán de mi placer.

El ritmo que marca su mano es desigual, errático, y aun así cada gemido suyo me arranca un temblor de placer. Estoy tan mojada que cedo. Mis dedos se deslizan entre mis muslos, por encima de la tela, buscando mi clítoris. No necesito nada más que eso para gemir su nombre.

—Eso es, Megara. —Su voz rota, sus pupilas dilatadas, la insistencia de su mano… estoy perdida.

Cuando llega lo hace con mi nombre en su boca y los ojos clavados en los míos. ¿Y yo? Yo lo sigo apenas un segundo después, haciendo dolorosos esfuerzos por no chillar.

48

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Cuando abro los ojos, estoy tumbado en el sofá del laboratorio de Megara, tapado con mi chaqueta, y junto a la mesa hay un montón de sushi y demás que no recuerdo haber comido.

¿Qué narices ha pasado?

—Buenas noches, dormilón —Violet me mira desde las alturas, despegando brevemente la cara de su móvil—. Esa chica es un sol. Ha estado acosando a Stanisław para saber cuál era tu comida favorita.

—No me gusta el sushi.

—Ya, es que Stanisław es un poco capullo cuando está triste.

—No sé qué has hecho para merecerte a ese tesoro, pero se ha desvivido por ti. Aunque claro, todo eso lo ha hecho después de emborracharte como una cuba así que según cómo se mire, la balanza estaría equilibrada.

Las imágenes vuelven a mí en flashes. Justo donde está ahora de pie Violet, estaba ella con su mano en… y yo mientras tanto la tenía en mi p…

Joder, mierda. Tranquilita o la liamos. Sí, ahora mantengo conversaciones internas con mi polla. Y sí, también es evidente que me estoy volviendo loco.

Me incorporo y me froto la cara. El regusto a sushi en la boca me asquea de una forma peligrosa.

—¿Dónde está Megara?

—Ha venido a verla una doctora y un par de dermatólogos que ojalá quieran recomendarme un sérum eficaz para los párpados. Pienso acosarlos cuando salgan de la reunión.

—Violet.

—Están en la sala 13B. Tengo entendido que está ayudándote con la alergia que le tienes al sol, ¿pero tan mal estás? Lo que sea

que te ha dado te ha dejado fuera de servicio todo el día. Yo que tú haría una lista de pros y contras.

Sonrío porque tiene gracia.

Ojalá estuviera en esa tesitura. Ojalá no fuera evidente que lo que tengo delante del único camino que puedo seguir, es un muro.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—No irás a preocuparte por mí ahora, ¿no?

—Que dios me libre —camina hacia la puerta como la buena atea que es—. Me ha pedido que me quedara contigo por si te pasaba algo, pero ahora que estás despierto y sobrio, ¿puedo…?

—Sí, vete.

—Gracias, jefe.

Miro la mesa de Megara, las encimeras en U que bordean la estancia, las estanterías… ya no hay una franja de espacio libre. Todo son aparatejos científicos rarísimos y un millón de libros abiertos, algunos de nuestra biblioteca.

Y tú ni siquiera le has enviado los informes.

Me froto la mandíbula sin querer avanzar, ni quedarme donde estoy.

49

OBJ

Meg

OBJ 

Es medianoche, fuera de mi apartamento está diluviando y dentro de mi cabeza no cabe ni un alfiler más de estrés. Por mucho que los de atención al cliente insistan en que sí.

—No me estás entendiendo, yo no puedo imprimir la etiqueta. No tengo impresora en casa, la papelería no abre hasta las ocho de la mañana y es entonces cuando el repartidor va a venir a buscar mi paquete. Además, cuando intento descargarme la etiqueta en la aplicación, da error. —Creí que comprar un álbum digital pijo y juntar

algunas fotos, ayudaría a mamá a recordar. A recordarme a mí. Fue una idea estúpida, pensada por una chica estúpida y ahora tengo que devolver la estúpida tablet que me llegó rayada y usada.

—Permítame los datos de su pedido.

Se los doy. Por segunda vez, pero se los doy.

—¿Y desde qué página ha tramitado la devolución?

—Desde la oficial. ¿Crees que sería posible que el repartidor viniera con la etiqueta mañana?

—Comprendo su angustia, aguarde un segundo —*silencio durante más de tres minutos*—. ¿Señora Galanis?

—Sí, aquí estoy.

—¿Sería tan amable de volver a confirmarme la forma en que procedió con el proceso de devolución?

Me aparto el teléfono de la oreja e inhalo con fuerza.

—Lo he hecho desde la página oficial, siguiendo los pasos.

—Ya. Desearía saber desde cuál.

—¿Existe más de una página oficial? —pregunto, planteándome si un requisito de este trabajo es ser desquiciante y educado de un modo pasivo-agresivo.

—Claro, señora Galanis.

Una etiqueta. Solo quiero una etiqueta. Le doy la información, aunque ni siquiera entiendo a qué se refiere.

—Perfecto, señora Galanis, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para ayudarla —*otros cinco minutos de silencio*—. ¿Señora Galanis, sigue ahí?

—Sí, aquí sigo.

—De acuerdo, le informo que, lamentablemente nuestro departamento no puede tramitar su petición debido a la página desde la que ha solicitado la devolución. Con mucho gusto, le pasaré con mis compañeros de atención al cliente del departamento de ventas para que la ayuden en lo que necesite.

Oigo la música de espera. Me replanteo toda mi existencia.

Después de pasarme cuarenta y cinco minutos hablando con Rhamir, una voz femenina coge el teléfono y pregunta:

—Servicio de atención al cliente del departamento de ventas de Landers SS, ¿en qué puedo ayudarle?



OBJ



OBJ



OBJ

Leia



—Creía que íbamos a ir a desayunar antes del trabajo, ¿qué…? ¿Qué ha pasado aquí? —pregunto entrando en el apartamento de las chicas Galanis.

Meg todavía está en pijama, sin maquillar, con las ojeras marcadísimas y una cara de angustia digna de estudio.

Su salón es un desastre y la mirada que me lanza Ada es difícil de interpretar. Faith se agarra a mi brazo, como si su propia hija le diera miedo.

—¿Que qué ha pasado, Leia? Yo te lo cuento. Primero Rhamir me pasó con ventas y luego Edhveltta me aseguró que podía ayudarme. Confié en ella, le conté mi historia, ¿y qué hizo?

Colgarme el teléfono. Algo que según Reddit, pasa muy a menudo. Tuve que empezar de cero con Rhashid que no quiso pasarme con el departamento de ventas sin que gastara cuarenta y cinco minutos explicándole exactamente lo mismo que le había contado ya a Rhamid.

—Cielo, ¿cuántas horas llevas despierta? —me acerco a ella despacio.

—No lo sé. ¡NO LO SÉ, LEIA! De lo que estoy segura es de que han cancelado mi devolución, tengo dos nuevos extractos en la cuenta conforme he comprado dos álbumes digitales más que yo NO he autorizado y un repartidor va a venir en breve a recoger, no sé qué, exactamente, ¡porque yo NO tengo impresora, NI etiqueta!

—¿Impresora? —frunzo el ceño—. Meg, yo tengo impresora.

A mi mejor amiga le da un tic en el ojo, se le hincha la vena de la frente y si las miradas mataran habría caído fulminada.

50

OBJ

Meg

OBJ 

Sigue lloviendo, como anoche y a diferencia de entonces, mis problemas no dejan de crecer. Me paseo por el laboratorio sintiendo la congoja agarrarse a mis nervios abatidos.

—Yo no he hecho esas compras, ¡ha sido un error de la empresa por cobrármelo tres veces! —le explico al teléfono.

—En ese caso debería hablar con la empresa directamente. Nosotros, desde su banco, no tenemos potestad sobre los cargos que menciona.

—¿Cómo es posible que…? —cojo aire al borde del sollozo, angustiada, frustrada y cabreada—. Mire, ya no es por los dos mil dólares, señor, ¡es cuestión de principios!

—Señorita Galanis, nosotros no podemos responsabilizarnos de…

Dallas, que ha entrado en algún momento, decide colgar la llamada.

—¿Has…? ¿Acabas de…? He esperado mucho para hablar con mi banco y tú has… Creo que va a empezar a darme un infarto. Ahora mismo.

—No sé quién cojones era ese, pero si es el culpable de que estés así hoy van a romperle las piernas. —Se acerca, me coge de los codos y me mira desde las alturas con una calma arrolladora—. Habla conmigo, ¿qué te han hecho?

Probablemente en un futuro cercano me avergonzará admitir que me puse a llorar como una descosida abrazada a su cuello, pero no en este momento. Oh, no.

—…Y mi madre ni siquiera ha podido usar el álbum y Ada me ha llamado diciendo que el repartidor no ha podido llevarse el paquete porque no tenía etiqueta y ahora… ahora mi cuenta tiene dos mil dólares menos y tengo… tengo tres álbumes digitales y aun así… ¡mi madre no recuerda a nadie más que Leia!

—Hundiré la empresa. Landers SS dejará de existir a final de semana.

—Solo quiero que esto pare.

—Yo me ocuparé de todo —dice, pero no le creo, porque nadie podrá convencer a Rhamid de que envíe la maldita etiqueta.



Tres repartidores a domicilio.

Brownies.

Galletas.

Cafés como para parar un tren.

Es evidente que soy una mujer de poca fe y debería creer más en las capacidades ajenas. Sobre todo si se trata de Dean-Weston Brodly.

Dallas me pide que me siente en el sofá y desayune, mientras él se pasea delante de mí haciendo llamadas. Su tono es severo, pero no alza la voz. No le hace falta.

Diecinueve minutos. En diecinueve minutos mi banco me devuelve lo que es mío y Landers SS me envía un correo conforme puedo quedarme los tres álbumes digitales y que le disculpe por las molestias.

Mi héroe. Es mi demonio de brillante armadura. Es él.

Se agacha frente a mí y me acaricia la rodilla.

—¿Estás mejor? ¿Quieres algo más? —me roba un trozo de brownie que se había quedado en la comisura de mis labios y después se lleva el pulgar a la boca.

—¿C-cómo has hecho eso?

—Conozco a un tío.

—¿A uno?

—A un par.

Demonio. De brillante. Armadura.

Gimo. Es algo entre un jadeo triste y aliviado, y un gruñido de pura admiración.

—Me gustaría que me dejaras encargarme de esto la próxima vez, Megara.

—Oh, créeme, no pienso volver a comprar un álbum digital en mi vida.

—No, me refiero a tus problemas. Me gustaría que me dejaras encargarme a mí.

Se me cae el brownie de entre los dedos y cómo no, él lo pilla al vuelo.

—¿Por qué ibas a…? ¿Por qué dirías algo como…? ¿Qué pretendes que yo…?

—Respira.

—No puedes encargarte de solucionar mis problemas.

—¿Por qué no?

Buena pregunta.

Stanisław aparece en la puerta, que el último repartidor de delicias ha dejado abierta, y dice algo que hace que Dallas se yerga un poco.

—Es una reunión importante, ¿estarás bien?

Parece muy dispuesto a mandar a tomar por culo la reunión, si digo que no lo estoy.

Sigue tocándome la rodilla como si fuera incapaz de romper el contacto conmigo y Stanisław va a acabar dándose cuenta de qué clase de muestras he estado pidiéndole al jefe. *Se suponía que lo nuestro era secreto. Se suponía que nadie iba a saber nada.*

—Lo estaré, gracias a ti —me inclino, le doy un casto beso en la mejilla y le susurro—. Mi heroico demonio. —Me alejo para no atacarle cual gata en celo porque ganas no me faltan—. Stanisław, ¿quieres un brownie?

—Claro —el polaco inicia un monólogo tierno sobre los dulces mientras cierto Brodly sigue agujereándome con la mirada el punto de mi cara equivalente al que yo he besado en la suya.

Me da un apretón en la pierna antes de soltarla.

—Vendré a verte más tarde —promete.

Y yo le creo.

51

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Empiezo a pensar que me importa una mierda mi trabajo cuando soy incapaz de prestar la atención necesaria a cualquier cosa que no sea *ella*.

Pero no es cierto, no es que no me importe, es que ella me importa más que nada. ¿Por qué? Ni lo sé, ni voy a darle vueltas. Mi tío Kían dijo una vez, cuando yo aún era un crío, que darle vueltas a estas cosas nunca traía nada bueno. Claro está que luego se casó

con Láhria y su manera de pensar varió un poco, pero eso me da igual.

—Jesse, envía una botella del mejor vino que encuentres a casa del señor Thenadures.

—Hecho. ¿La reunión ha ido bien?

—No ha ido todo lo mal que debería teniendo en cuenta… —ahogo un gruñido y me planteo seriamente instalar un saco de boxeo en mi despacho.

—Señor —su gemelo se pone en pie, tenso.

—¿Sí, Tesse?

—Nada, solo quería decirle que he entregado los documentos a Megara.

—¿Qué documentos?

—Los que ha dejado encima de su mesa marcados con su nombre —Tesse empieza a quedarse blanco a medida que el cabreo me va hinchando las venas del cuello—. He pensado… ¿No debía…?

Me largo de allí para no matarlo. Tardo bien poco en irrumpir en su laboratorio pero, por difícil que parezca, me olvido de los documentos de inmediato.

—¿Papá? —Liam y Jasmin Brodly están sentados en el sofá con Megara que, a diferencia de antes, tiene una amplia sonrisa en el

rostro.

—¿Cómo estás, hijo?

—¡Mi mocoso precioso!

Jasmin me estruja contra su cuerpo y hace lo mismo con mis mejillas, mientras mi padre me da unos sentidos golpes en la espalda.

—Estoy muy bien, ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Mira cómo le gusta fingir que no le caemos bien —dice mi padre, sin tomarse a mal mi falta de entusiasmo.

—Ya les he dicho la épica casualidad que es que haya venido a visitarte el mismo día que ellos —comenta Megara con una risita tensa de cojones.

Ellos no pueden saber que ella trabaja aquí.

No pueden saber por qué la necesito.

Ni por qué Leia me tiene cogido por los huevos.

No pueden saberlo, o mi plan se irá a tomar por culo.

—Sí, toda una casualidad.

—No sabía que vosotros dos os conocíais —dice Jasmin, quien por lo visto llevó en avión a Leia y a Megara cuando volvían de no sé qué viaje de Navidad.

—Sí —responde Megara al tiempo que yo digo:

—No lo hacemos.

—Exacto, no. Quiero decir, acabamos de conocernos.

—Hace un par de días.

—Fue por Leia. Ella nos juntó.

—*No*.

—No, es cierto, no he querido decir eso —suelta una carcajada falsa y aguda, aún más nerviosa que antes—. Me refiero a que él estaba con Leia cuando yo…

—Cuando tú apareciste. Es normal, vivís en el mismo rellano.

—Sí, sí, era algo que iba a suceder tarde o temprano. Era inevitable.

Mi polla se tensa dentro de mi pantalón, contenta por el doble sentido de esa última palabra. *Inevitable, sí.* Imagino que no ha querido decirlo con esa intención, pero me ha gustado. Y a mi ego también.

—Va-le… —mi padre pasa la mirada de ella a mí sin esforzarse en disimular lo rara que le parece la situación.

—Muy bien —Jasmin carraspea y comenta algo de su viaje hasta aquí, a lo que probablemente debería prestar atención, pero estoy mirando a Megara con una intensa fijación difícil de justificar y la mirada que me devuelve es… dulce.

Joder. Dulce no. Cualquier cosa menos eso.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

El que puto faltaba.

Stanisław cruza la puerta y la sala se llena de risas y cariño.

Quiero robar los informes de su mesa. Esperar a mañana para entregárselos, hoy no es un buen día para que lea esos documentos. Por eso, aprovecho la distracción para acercarme, pero alguien me corta el paso.

Un cacahuete.

—Dios mío, ¿y si se dan cuenta? —susurra Megara en mi oído, apretándome la camisa como imagino que harían nuestros hijos cuando tuvieran miedo.

Jodeeeeeer. Que yo nunca voy a tener hijos, ¿qué cojones ha sido ese deeesliz?

SUBCONSCIENTE: error404.

—No lo harán, tú mantén la boca cerrada. Yo me encargo del resto.

Su mano acaricia la mía en un gesto lo bastante breve como para que nadie se dé cuenta, pero mi polla sí se la da. Y mi corazón, que se salta catorce latidos. Estoy que no me reconozco.

—¿Y si vamos todos a desayunar? —propone mi padre.

—¡Suena genial! —responde Stanisław, que se le da de puta pena guardar secretos y que ni de coña voy a dejar a solas con…

—¡Stanisław! ¡Mi buen amigo, Stanisław! —Megara se lanza hacia él y lo sujeta por los hombros, cosa que hace que quiera meter a mi mejor amigo en una caja sin agujeros y enviarlo a Siberia—. En realidad es a él a quien venía a ver, familia. Hemos hecho buenas migas y tenemos muchos cotilleos que contarnos.

—¿Los tenemos? —Stanisław hace un movimiento de cejas seductor que sé que lo hace pensando en Leia Diago, pero que como dirige a Megara, me hace querer sacarle los ojos de las cuencas y dárselos a Carbón como juguete.

—A mí no me gustan los cotilleos —sentencio en tono neutro y consigo que ella me mire.

Lo de dejar que yo me encargue se te ha dado de puta pena, ¿eh?

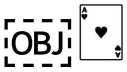
Me largo con mi madrastra y mi padre a uno de los pisos superiores, donde hay un restaurante al que casi nadie tiene acceso.

Hoy va a ser un día muy largo.

52



Meg



Trabajo para lidiar con los nervios y acabo con algo bueno, algo que con un poco de suerte me permitirá ver progresos en mis anteriormente inútiles intentos con Dallas.

Necesito que se lo beba ya, pues tienen que pasar un mínimo de seis horas antes de que le tome otras muestras y compruebe qué tal ha ido todo, y no me apetece quedarme en DW hasta las tantísimas de la noche.

No me queda otra. A eso del mediodía, subo a la planta donde Stanisław me ha dicho que habrían ido a comer, antes de seguir con su aire tristón y melancólico súper deprimente. *Lo encerraría con Leia en una habitación hasta que solucionaran sus problemas. Vaya par.*

Aunque, en defensa de mi MA, diría que el problema lo tiene Stanisław y es, básicamente, que es tonto del culo.

Subo en el ascensor y gracias a la tarjeta que me ha dejado dicho tonto del culo, tengo acceso a los botones dorados. *Ahora soy VIP, cuánto poder.* Aprieto el frasquito dorado en la palma de mi mano porque no quiero que nadie lo vea y, al salir del ascensor, me quedo sin palabras. Esperaba un restaurante de alto standing, pero esto es otro puto nivel.

Lo primero que me llama la atención es el sonido del agua que mana del centro.

Una cascada de cristal líquido desciende desde el techo, cayendo a una fuente preciosa de mármol, iluminada con un resplandor suave que hace que parezca un río hecho de luz.

Las curiosas mesas exóticas que tanto me recuerdan a los cuadros de Picasso, son una obra de arte en sí mismas por sus colores y sus formas curvas y fragmentadas, y están tan separadas

las unas de las otras que casi parecen islas privadas que flotan sobre bases de cristal.

El lugar está vacío, lo cual le da un mayor aire de exclusividad. *Ni siquiera veo camareros. Pero imagino que los panecillos recién hechos por los que sacrificaría un brazo, no han venido por su cuenta. Eso ya sería…* Los ventanales que conforman las paredes protegen a Dallas del sol, aunque permiten que todos tengamos unas vistas espectaculares de la ciudad de Nueva York. Es bonito, la verdad. Especial.

Pero todo eso me da igual cuando lo veo a él riéndose, recostado sobre la silla (otra obra de arte) con ese aspecto relajado que lo hace parecer mucho más joven.

Siento una punzada de dolor por todo lo que le está ocurriendo, y otra aún más fuerte por todo lo que tiene que soportarme a mí. Me prometo dejar de ser una carga para él y empiezo a hacerle señas, aprovechando que Jasmin y Liam están de espaldas a mí.

Doy unos saltitos. Sacudo los brazos.

Estoy a punto de perder el cien por cien de mi dignidad cuando por fin me ve y se disculpa un momento diciéndole algo a sus padres que evita que se giren.

Cuando camina hasta mí lo hace con una sonrisa que… *guau*. Una mirada que… *madre de dios.*

Debería ser ilegal estar tan bueno, las cosas como son. Y encima es mi héroe. Toma todas mis bragas, todas y cada una.

—¿Estabas haciendo la danza de la lluvia? —pregunta en tono bajo, ronco, sexy y burlón.

—No. —Le cojo la mano y finjo no notar la electricidad demoledora, junto con todas esas malditas chispas. Le pongo el frasquito en la palma, que la tiene enorme, *como todo*—. Bébetela antes de la comida. A última hora de la tarde te haré unas pruebas, ¿vale? No voy a emborracharte otra vez, lo prometo, puedes bajar tu insolente ceja.

Vuelve a sonreír, destapa el frasco y se lo bebe de un trago. Una garganta es solo una garganta, así que no sé por qué me quedo mirando la suya como si fuera mi oasis en mitad del desierto.

Dallas se guarda el frasco vacío en el bolsillo del pantalón del traje a medida, que también es escandalosamente favorecedor —*como si no tuviéramos ya suficiente con lo de debajo—,* y luego me coge de la mano.

—¿Qué haces?

—Come con nosotros.

—¿Y-y-yo?

—¿No te cae bien mi familia?

—¿A alguien podría no caerle bien tu familia? Son tan encantadores que duele.

—¿Por favor?

¿Ac-acaba de pedírmelo por favor? Diosmio. Diosdiosdiosdios.

Tengo el cerebro tan licuado y las hormonas tan revolucionadas que dejo que Dallas me arrastre a la mesa con su encantadora familia sin siquiera oponer la más mísera resistencia.

53

OBJ

Meg

OBJ 

No puedo evitar fijarme lo raro que me parece que haya elegido la mesa más esquinera, una hubiera imaginado que el tío que le ha puesto "su nombre" a su empresa tendría el ego lo bastante delicado como para necesitar estar siempre en el medio.

Pronto me doy cuenta de que desde aquí se ve *todo*. Es algo así como la mesa presidencial. *Pues claro, el observador silencioso que todo lo ve. Parezco nueva. Como si no lo conociera.*

—¿Qué desean tomar?

Sonrío a la guapísima camarera que, con el labial rojo más bien puesto que he visto nunca, nos cuenta todo sobre las delicatessen a nuestra disposición.

Pero ella solo mira a Dallas. Y no pasaría nada si no fuera porque también le pone la mano en el hombro cada vez que habla con él. Y no lo hace una vez, ni dos, ni tres.

Cuatro malditas veces.

Y encima, cuando nos retira algunas de las muchas copas de la mesa para dejar solo cuatro, sus pechos quedan peligrosamente cerca de mi cara, pero sé que solo es un intento de acercárselos a él.

¿Oís mis dientes chirriar? ¿Los oís?

Para cuando me toca elegir algo de la carta tengo una pataleta en su máximo esplendor. No por Dallas, ya que lo que él haga con su vida o su *amiguito,* no es cosa mía.

Me cabrea porque el sector de la hostelería es un lugar serio. Existe un código. Y esta chica lo está tirando por tierra. ¿Es que nadie le ha hablado del código?

—¿Meg? —me pregunta Jasmin en tono cariñoso—. ¿Qué te apetece?

—Lo mismo que Liam sería genial —digo, aunque no tengo ni idea de qué ha elegido.

—¿Estás segura? Te gusta el picante, ¿no querrías…?

—Hoy no me apetece —interrumpo a Dallas apretando los labios sin mirarle, pero escucho su estúpida risita suave cargada de suficiencia del tipo III, es decir, irritante, insoportable y del todo insufrible.

En mi ataque de celos (ese que *no* estoy teniendo) estoy tan centrada en la camarera que no me doy cuenta de que Dallas solo me mira a mí. Pero las veces que lo miro de reojo —traicionándome a mí misma—, no está prestando la más mínima atención a la muchacha.

De repente pone un brazo en el respaldo de mi silla e, inclinándose hacia mí, pregunta:

—¿A ti qué te apetece beber?

Sus padres. Están delante sus padres. Si nuestra intención era mantener nuestras esporádicas prácticas sexuales sin ataduras en secreto, esta cercanía solo se podría clasificar como inapropiada.

Además, ¿no se supone que lo de las bebidas es lo primero que te preguntan? ¿Qué clase de restaurante es este?

—El segundo vino que ha mencionado sonaba bien, aunque tú estás en plena jornada laboral —le digo y espero que entienda mi mirada directa a su bolsillo, esa que desde fuera sería fácil malinterpretar por una a su entrepierna y que significa «no puedes beber alcohol con lo que te he dado».

La camarera me lanza una sonrisa tensa acompañada de la típica mirada de «zorra, cuánto te odio» vestida de falsa cordialidad.

—Tomaremos el vino que ha dicho Megara y también una botella de agua fresca, gracias. —Es tan elegante al devolverle la carta que alguien debería hacerle un monumento a sus dedos.

A ver si me he dejado el grifo del gas abierto y lo que me pasa es que estoy intoxicada.

Va a ser eso. Mecachis en la mar.

Jasmin y Liam se emboban con algo bonito que decora el techo y yo aprovecho para darle un manotazo a Dallas para que aparte la mano que me toquetea.

—Vaya, ¿ya no estás celosa, Cacahuete? —susurra sonriente—. Voy a tener que triplicarle el sueldo a esa camarera y pedirle que vuelva.

—Hazlo si quieres, pero yo nunca he estado celosa.

—¿No? Qué lástima, y yo que me creía afortunado —sus labios rozan mi mejilla antes de apartarse como si nada, pero a mí el corazón me va a mil por hora.

Le echo un rápido vistazo y me pregunto si tengo las hormonas revolucionadas por la manera en la que me ha salvado esta mañana. *Tengo hambre, nada más. Comiendo se me pasará.*

Los camareros que nos sirven son otros, lo cual no voy a negar que me parece genial. La conversación viaja de un lado a otro en cuanto empezamos a comer, hablamos de todo.

—Qué interesante, después de tantos años debes ser genial. Entonces, ¿los aterrizas tú de verdad? ¿Con esas dos manos? ¿De verdad? —pregunto como una tonta, admirando a Jasmin en mitad del primer plato gourmet que apenas estoy paladeando. Liam y Dallas se ríen por lo bajo, y la piloto se pone un poco colorada—. *¿Qué?*

—La estás interrogando —dice el CEO de DW entre risas.

—Perdón.

—No te disculpes, yo también la admiro mucho —dice su marido.

—Es que es impresionante —admito por lo bajo y Dallas gruñe.

Nadie parece darse cuenta, solo yo, pero ya es la segunda vez. ¿O la tercera? Se revuelve en su asiento. Un segundo… no era un gruñido de queja. *¿Qué narices?*

—¿Estás segura de que mañana tienes que volver a tu trabajo, Meg? Porque estaría encantada de secuestrarte —Jasmin me coge la mano que tengo sobre la mesa y le da un suave apretón.

Siento cierta emoción agarrándoseme a la garganta.

Qué patética. ¿Tan necesitada estoy de cariño maternal que ya quiero a esta mujer? Tal vez. Pero la madrastra de Dallas era todo un encanto. El padre también me caía bien, pero se nota que su principal delirio es Carbón. No puedo culparle, nadie podría competir jamás con ese nivel de adorabilidad.

—Además me encantaría hablar con alguien del hecho de que tengo un ángel de la guarda —continúa Jasmin—. Sí, sí, cada mal jefe que tengo y al que menciono a mi hijastro, desaparece.

—Qué curioso. —Ladeo la cabeza con el corazón acelerado y él desvía la mirada.

54

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Como si tenerla cerca y contenta no fuera suficiente, Megara despliega un nuevo aspecto de su personalidad: los celos. *Joder, he estado a punto de empalmarme mirando su ceño fruncido y sus mejillas coloradas.* Me encantaría convertir en mi nueva secretaria a la camarera que nos ha atendido, pero soy incapaz de reconocer su cara.

En cuanto me ha puesto una mano encima, Megara se ha tensado y no he podido quitarle los ojos de encima.

Sé que mis padres no deberían saber que he visto desnuda a esta interesantísima mujer y que tengo fantasías con los sonidos que hace al correrse. A menos, claro, que desee que las noticias lleguen hasta Mountville antes de que caiga la noche. *Tener una familia grande y entrometida tiene sus pegas.* Pero no puedo evitarlo. Es esta mujer… me está trastornando el raciocinio.

—¿Qué clase de perro?

—Un labrador —responde mi padre.

—¿Y gatos?

—Carbón es el primero.

—¿Incluso para Erik?

¿Por qué se interesa por todo?

¿Y tiene que estar tan guapa siempre?

¿O abrir así la boca cuando muerde un nuevo bocado? Es obsceno. Es… estoy empezando a delirar.

Me aflojo la corbata con la piel ardiendo y la polla palpitándome dentro del pantalón.

Cierro los ojos. Respiro hondo. Nada me alivia. Deslizo mi mano bajo la mesa y la poso sobre su muslo cuando en realidad lo que quiero es meter los dedos entre sus piernas.

Está claro que yo salgo de un infierno para meterme en otro.

55

OBJ

Meg

OBJ 

El postre tiene forma de esfera, un un nombre griego impronunciable y sabe… bueno, ni idea de a qué sabe, porque Dallas lleva rozándome la rodilla con la mano un buen rato.

Es a él a quien quiero sentir en mi boca, pero me conformaré con Grecia.

He intentado apartarlo las primeras veces, pero el tío sigue torturándome. Por si fuera poco se ha aflojado la corbata, se ha despeinado un poco el pelo con la mano y un líquido candente ha

descendido por mi bajo vientre porque soy… una mujer débil. Muuuuy débil. Debo estar imaginándome que su cuerpo irradia un calor desmedido, pero mi mente es cada vez más convincente.

Liam Brodly acaba de compartir su última cucharada con Jasmin mientras adoran a Carbón subido en el hombro de ella y es entonces cuando pasa. Dallas me coge la mano bajo la mesa y la lleva hasta su entrepierna, donde habita una inmensa erección que me hace atragantarme como nunca en mi vida.

—Madre mía, ¿estás bien? ¿Se te ha ido por el otro lado? Toma, bebe un poco de agua —Jasmin me sirve agua y yo la cojo… con la mano libre.

La otra sigue inmóvil. *Está durísimo.*

—Gracias, estoy bien.

—La próxima vez tienes que meterte menos cantidad en la boca, no quiero que te ahogues.

Su comentario me hace girar la cara hacia Dallas, despacio. No parpadea. A diferencia de mí, ni siquiera está rojo. Respira hondo y mi mente decide traerme el recuerdo exacto de cuando lo tenía entre mis piernas e hizo eso: inhalar con fuerza.

Junto las rodillas, las aprieto. Detrás nuestro hay un ventanal, ¡pero delante están sus padres!

—De acuerdo, no vamos a robarte más tiempo, mocoso —dice Jasmin limpiándose la boca con la servilleta—. Pero antes de irnos de aquí, necesito acercarme a ver esa fuente espectacular, que hasta parece mágica.

—Sí, yo también. Ha debido costarte una pasta, ¿tan rico eres? —dice su padre en broma, pero con ojos de orgullo.

Se llevan a Carbón. Solo el camino hasta el centro de la sala ya nos dará unos cuantos minutos de margen, este lugar es inmenso.

—¿Es que se te ha ido la olla?

—No puedo pensar con claridad —me sostiene la mirada.

—Tengo una ligera idea de por qué —me atrevo a bajar la vista al punto exacto donde está mi mano.

Joder, su envergadura quita el puto aliento. Me muerdo el labio inferior porque sus pantalones no esconden nada. *Yo tampoco puedo pensar con claridad. Estoy temblando de pies a cabeza.*

—No lo entiendes. Esto… me está controlando. Creo que me lo has hecho tú.

—¿Eso es un vago intento de piropo?

—No. —Pone el frasquito dorado sobre la mesa y todo cobra sentido.

Sus respiraciones erráticas. Sus insistencias por tocarme. Los gruñidos.

Lo he puesto químicamente cachondo. Cierro los ojos prometiéndome que ya tendré tiempo luego de sentirme culpable por eso.

—Madre mía, pues a ver cómo te despides de tus padres así.

—Podrías ayudarme —pide con ojos dulces mientras su mano aprieta la mía y la mía aprieta su polla.

—¿Has perdido la chaveta? —pregunto, pero me incendia el cuerpo entero. Me lo enciende hasta tal punto que muevo la mano. De adelante a atrás, de arriba abajo, unas cuantas veces. Él gruñe y tengo que apretar más las piernas—. Dallas, deberíamos pensar mejor todo esto.

Miro a nuestro alrededor y no hay nadie cerca. Pero aun así, es una locura.

—Joder, ya. Pero lo cierto es que no te gustaría saber en qué estoy pensando yo, Cacahuete. Te lo aseguro —resopla tenso de narices, inclina la cabeza hacia el techo y abre más las piernas.

Está desesperado de verdad. Ni lo pienso. Está en esta situación por mi maldita culpa.

Meto la mano en su pantalón, sin perder de vista por completo lo que nos rodea.

—Háblame de esas ideas —le pido mientras resbalo la mano por su largura, ya húmeda por el líquido preseminal—. Quiero oírlas.

—Te tumbaría en esta mesa y te succionaría hasta la última de tus buenas ideas. Te montaría sobre mi pierna y te mecería hasta que estallaras. Te desnudaría y haría mío cada rincón de tu cuerpo para que todos lo vieran.

Palpito con fuerza y mi sexo se queja por la falta de atención, pero no puedo abarcar más de lo que ya tengo en mi plato. Por muchas ganas que tenga.

—Encima soy lo bastante arrogante para pensar que podría hacer que te corrieras un millón de veces con mi polla dentro. Aunque nunca lo sabremos.

Las imágenes son más apetecibles de lo que jamás creí posibles. Además, su aceptación, mezclada con la excitación de oírle hablar así de sus deseos, me mojan todavía más.

—Vamos a encontrar una habitación para discutir todas tus ideas.

—Eres tan preciosa. Dios, tu técnica es…. Joder, no pares —su mano se mete entre mis piernas sin previo aviso y choca contra mi

clítoris.

Giro la cabeza para gemir contra mi hombro sin soltarle.

—¿Crees que podrías inclinarte hacia mí? —jadea.

—¿Qué? *No*.

—Vamos, necesito meterme tus tetas en la boca —gruñe mientras me las mira y su polla da una sacudida—. Son preciosas. Me encantan, las quiero.

Sus padres están rodeando la escultura de la gran fuente y ahora ya ni los vemos. Le sujeto la muñeca mientras mi otra mano acelera el ritmo.

—Hazlo ahora.

Me agarra de la mejilla, de la nuca, me aguanta la mirada tanto como puede pero cuando se deja llevar, su rostro se tensa, su mandíbula palpita y lo único que oigo aparte de su gruñido, es el sonido húmedo de mi mano contra él.

Acelero tanto como necesita y ni siquiera me importa que me ponga perdida. Me gusta y hace que mi propio deseo aumente todavía más.

—Eres una maldita diosa.

Ni en mil vidas habría imaginado que alguien como él podría soltar algo como eso, pero se me graba a fuego en el cerebro, junto

con sus jadeos.

Espero a que se recupere. Voy a aislar en un compartimento secreto de mi cabeza todo lo que me apetecería hacer con esa mano. Cierro los ojos y se me escapa un poco la risa nerviosa. *Maldita ciencia.*

—¿Estás mejor?

—No. Tú no te has corrido —dice como si estuviéramos solos, como si tuviéramos tiempo.

No lo tenemos. Sus padres echan a andar hacia aquí y yo tengo lo justo para coger una servilleta y limpiarme, al tiempo que le echo otra a su entrepierna. El traje es negro, pero si te fijas, se percibe cierta marca de humedad. Q-u-e d-e-s-a-s-t-r-e.

—Tenemos que irnos ya —dice Jasmin cuando llegan hasta nosotros, pero su mueca se vuelve pícara—. Al aeropuerto.

—Tenemos una pequeña sorpresa, hijo.

—Creía que vosotros erais la sorpresa —dice Dallas, como si no acabara de tener un orgasmo tan explosivo que todavía reverbera por cada cachondísima célula de mi cuerpo.

—Erik y Níala se pusieron celosos cuando les hablamos de nuestra visita, así que quisieron sumarse también. Su avión aterriza en una hora así que vamos a ir a buscarlos. ¿Qué te parece?

Dallas responde algo amable y cuando echan a andar hacia el ascensor, incapaces de soltar a Carbón, él también se levanta, solo para pegarse a mi culo y hacerme notar su erección.

¿Otra?

—¿Lo has oído? Una hora —susurra.

Es evidente.

He creado un monstruo.

56

OBJ

Meg

OBJ 

El viaje en ascensor iba bien hasta que Dallas decide deslizar la mano que tenía en mi cadera, hasta mi centro.

Por mucho que sus padres estén de espaldas a nosotros, esto no está bien. Estoy segura de que moralmente esto te condena al puñetero infierno, a mil años de mala suerte, mal karma y una vida llena de encontronazos con escorpios malhumorados.

Pero también es verdad, que las sacudidas de placer que muerden mi clítoris me hacen rozar el cielo. Y disfruto con que las

curvas y valles de mi culo sirvan para que su polla encuentre algo de alivio.

Me lo imagino dentro de mí. Me imagino lo que ha dicho. Me imagino que este hombre es capaz de hacer conmigo lo que nadie ha podido. Es una fantasía, una locura irreal, pero que casi hace que me corra antes de que se abran las puertas.

El problema está en que nosotros tenemos que salir primero, ya que sus padres bajarán hasta la planta baja. Dallas nos mueve como si fuéramos el inicio de una conga y se las apaña para mantenerse inexpresivo, seguro de sí mismo y totalmente en control de la situación. Aunque el hecho de que me tenga agarrada muy normal no es, sus padres no hacen comentarios al respecto.

—Pediré a Tesse que traiga los pasteles favoritos de Níala —comenta con su voz grave.

«Cariño, ¿te he dicho alguna vez lo que me gustan las bodas?», eso le ha soltado Jasmin a Liam Brodly, así como quien no quiere la cosa, antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Y no, no voy a sacar conclusiones precipitadas al respecto.

Sus padres se marchan y Dallas no tarda ni dos segundos en empujarme a la sala más cercana.

—Las puertas son de cristal —le digo asustada por lo que sería capaz de hacerle aun así.

Dallas cierra la puerta tras nosotros y luego suelta a Carbón en uno de los sillones de cuero. Acto seguido me empuja hacia otra puerta, una que ni había visto.

Llegamos a una sala de reuniones inmensa, de esas que tienen una gran mesa pesada que solo el CEO de la compañía podría presidir.

Dallas no dice ni una sola palabra. En cuanto cierra la puerta tras de sí, sus dedos se cuelan en mi coño encharcado de deseo insatisfecho y lo hacen tan adentro que chillo.

Enseguida pego la boca contra su pecho con tal de silenciarme, pero me gana el pulso obligándome a deshacerme en gemidos. Insiste tanto que casi podríamos decir que está dándole una paliza a mi punto G.

Me corro como un tsunami. Es todo lo que necesitaba. Y aun así, quiero más.

Se libera mientras yo me subo el vestido por encima de los hombros para quitármelo y como no llevo sujetador, cuando se deshace de mis bragas, me quedo sin nada.

La mete entre mis piernas, rozándose contra mis pliegues hasta que ambos gemimos el uno contra el otro. Una parte de mi cabeza entra en pánico por la cercanía y agarro su muñeca por si tiene intenciones de… De repente me mira con un dolor desmedido en los ojos.

—Nunca te la meteré. No a menos que tú me lo pidas. Puedes confiar en mí.

Lo hago. *Madre mía.* Lo hago por completo y desde hace tiempo.

Le suelto y su erección se roza contra mí con una insistencia demencial que me rompe hasta los huesos. *Él lo quiere, pero no lo hará a menos que yo se lo pida. Aunque lo ponga todo a su alcance, aunque la tentación esté ahí, no lo hará.*

La cabeza de su pene da toquecitos contra mi clítoris y no tardo nada en volver a correrme. Me deshago en estallidos como fuegos artificiales.

—No tienes ni idea de lo que me haces, ¿verdad? —gruñe, resopla como una bestia—. Estarás orgullosa.

Él se la aprieta para no ceder a lo que quiere y luego me lame los pezones hasta que el siguiente orgasmo me domina por completo.

Las palabras salen de mi boca solas.

—Me dijiste que estabas limpio. Yo también… también lo estoy.

—Me encantaría decir que eso cambia algo —suelta una risita mientras desciende por mi cuerpo—, pero mereces tanto la pena que por ti me arriesgaría a comértelo de cualquier modo. Tuvieras lo que tuvieras.

Eso es una barbaridad, pero una bastante bonita. Romántica, incluso. Aunque terriblemente irresponsable. #AdolescentesNoHagáisEstoEnCasa.

—Dallas, no me has entendido. —Alzo la pierna para atraerlo más hacia mí, para que el roce de mi sexo con el suyo sea más duro —. Te estoy pidiendo que me la metas.

Se detiene. El mundo entero deja de girar.

Me mira como si le hubiera regalado, no lo sé, algo muy preciado.

—Creo que estoy alucinando.

—No, no lo estás.

Se le abren más los ojos. Es casi adorable. Si no fuera porque se está sujetando la polla.

—¿Estás segura?

Entrelazo una de sus manos con una de las mías y asiento, sintiendo un ardor intenso en la garganta. Lo deseo y es emocionante, aunque también da miedo. *¿Y si no sale bien? ¿Y si lo intentamos y es raro e incómodo como muchas de mis experiencias sexuales?*

Es una posibilidad, pero aun así quiero intentarlo.

Con él, con nadie más, solo con él.

—Quiero hacerlo. Si te parece bien. Tomo anticonceptivas, así que no habría sustos.

Me besa el cuello con ansia, pero también con dulzura.

Me pide que me tumbe en la mesa y empuja tan fuerte una de las sillas que vuelca esa y otra más. Lo hago, con el corazón latiendo con brusquedad contra mi pecho, rebosante de deseo.

—No me lo puedo creer —dice acariciando la piel de mi vientre cuando mi espalda curva expone mis pechos para él.

—¿Vas a acobardarte? —me burlo y él me toca como si fuera un cuadro en un museo tras el cordón de terciopelo: prohibida, valiosa, única en mi especie.

—No. Pero puedes cambiar de opinión cuando te parezca.

—Lo sé.

—Claro que lo sabes, eres jodidamente lista.

Ataca mi clítoris hinchado, sensible y vulnerable con círculos imprevisibles cargados de la presión exacta. Me tortura, hace conmigo lo que quiere y cuando estoy en la cúspide, a punto de correrme, empieza a meterme la punta. Lo hace con el cuidado de alguien que no sabe que necesito que me empale, que me llene por completo y que se corra conmigo.

O que lo haga él si yo no puedo.

57

OBJ

Meg

OBJ 

Siete minutos después, una minúscula parte de mí se arrepiente de haberlo propuesto porque el tío más arrogante del mundo me está follando como nunca me han follado. Me la mete unos centímetros más y levito. No gimo, grito. No dejo de correrme en ningún momento. Es insoportable. Quiero más. Quiero vivir así el resto de mis días.

Vuelvo a oír su risita.

—Ay, cariño, ¿cuándo va a llegar ese momento en el que te aburres de no correrte? —acelera sus embestidas, haciéndole un trabajito a mi botón de placer—. ¿Ahora?

—Dallas. *¡Dallas!* —El orgasmo me arrolla y caigo a un océano desconocido para mí.

Cada una de las veces es distinta a la anterior. *Creo que en realidad, me he muerto. No estoy en la Tierra, creo que he llegado al paraíso. Él.*

—El sexo con penetración no me gusta, ¿fue eso lo que dijiste? ¿Lo fue?

—Cállate, ¿quieres? —me incorporo en la mesa y estoy tan cerca de su boca que casi… casi me siento valiente. Pero las emociones están tan intensificadas dentro de mi cuerpo que el miedo también tiene mucha fuerza.

—Tiempo al tiempo —besa mi mejilla, peligrosamente cerca de la comisura de mis labios, pero SIN PROPASAR MIS PUTOS LÍMITES.

El siguiente gemido me sale en forma de sollozo, pero no solo porque lo tengo dentro, sino por TODO. Él vuelve a reírse de esa forma entrecortada en la que intenta fingir que tiene todo bajo control, pero que yo sé que está al límite.

Le he pedido que se desnudara para mí así que está como dios lo trajo al mundo. No es una imagen difícil de olvidar. Es un maldito adonis. *Me parece un buen momento para reiterar lo de que, en realidad, me he muerto.*

—Esto es lo que vamos a hacer.

—Quiero que te corras dentro —le interrumpo su discurso y le beso la mandíbula de la forma más guarra que sé—. Y quiero que lo hagas ya, ¿te parece bien?

—Eres mi milagro, joder.

Mi corazón se contrae asustado pero me aseguro de que no le he oído bien. Que no ha dicho eso.

Su cuerpo se funde contra el mío. Me coge del culo y me lleva al borde de la mesa. Me inclina para coger la altura perfecta y luego me hace suya. La penetración es el verdadero catering gourmet y no lo que hemos comido antes. No sé cómo lo hace, es evidente que es *él.* Debe tener un poder sobre mí que hace que esto sea sublime. Porque me ha salvado incontables veces y ahora me siento vinculada a él, en sus manos.

Me ha besado cada una de las marcas y aunque le han cabreado de narices, he conseguido hacer que se olvidara del tema.

O lo pospusiera, al menos.

Por suerte me trata con la brusquedad que necesito y en la siguiente embestida, Dallas llega tan adentro que está por todas partes. No sé dónde acaba él y dónde empiezo yo. Estoy a punto de correrme otra vez. Debería dolerme el cuerpo.

No puedo más. Alcanzo sus mejillas y junto sus labios con los míos.

La sorpresa le sacude el cuerpo tonificado y duro por el entreno, pero enseguida me lo devuelve y es un beso explosivo capaz de hacer caer ciudades enteras. *Lo es todo. Todo cuanto he querido. Es aterrador.*

Su lengua entra en mi boca, conquistándome hasta el último rincón de mi ser y mi alma. Solo entonces estallo en un orgasmo incongruente, obsceno, excesivo y perfecto. Él no tarda nada en seguirme. Palpita con fuerza y mi cuerpo responde. El calor de su semen me inunda y mi placer se estira como un chicle. Dallas se deja llevar y el mundo entero se disuelve entre su aliento tembloroso y mis suspiros rotos.

Es una rendición mutua. Una entrega pactada entre gotas de sudor, besos lentos y jadeos entrecortados.

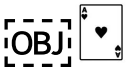
Adiós al control de mi corazón.

Hola, problemazo maravilloso.

58



Dean-Weston



Tener familia está sobrevalorado. *Y esta sala está demasiado llena de gente.*

Lo sé cuando Erik roba a Megara de mi lado —o lo intenta— antes de que le lance una mirada asesina que le recorre la espina dorsal y la vida entera, de paso. Decide quedarse conmigo. Sabia decisión. Así podrá mantener la cabeza sobre los hombros.

—¿Cómo estás, hermanito?

—*Mal*. Todos los presentes parecen haber olvidado que tengo una empresa que dirigir.

—Dilo sin el gato subido al hombro, que pierdes credibilidad.

—Llévate a Carbón a tu casa, ya te lo he cuidado bastante.

—De eso nada, es tuyo. Además, serías más convincente si fueras capaz de soltarlo. Te he oído decirle a Níala que no podía tocarlo. Ya te vale, vaya monstruo.

Solía pensar que lo era. Ahora en cambio… La miro y encuentro sus ojos verdes posados en mí y, maldita sea, es que no tengo palabras.

Aún me estoy recuperando.

Es como si un camión me hubiera pasado por encima.

Pero en plan bien. Como si me gustara ese rollo. Como si fuera fan de los camiones.

Joder, todavía no me llega sangre al cerebro.

—¿De qué te ríes? —pregunta Megara vocalizando cada palabra sin emitir sonido, desde el otro lado de la sala mientras Leia y Níala charlan sobre algo.

Sonrío más.

Quiero tenerla. Y no me refiero a sexo, —*que también—.* Me refiero a nosotros, a estar solos en una sala, en su casa, en la mía,

donde sea. Quiero mirarla sin hablar. Quiero que me cuente lo que está haciendo en el laboratorio. Quiero abrazarla hasta que se quede dormida. Quiero zurrar a todo el que se atreva a hablarle mal.

No tenía ni idea de que un ser humano pudiera gustarme tanto.

Solía detestarlos a todos.

—¿Vas a contarme de qué narices va eso? Jasmin dice que habéis comido los cuatro juntos —Erik se inclina hacia mí y baja el tono—. ¿Estáis saliendo?

—No —lo aparto de un codazo—. Ha venido a ver a Stanisław.

—¿A ese Stanisław? —pregunta señalándolo al otro lado de la sala, con mi padre. Liam Brodly es capaz de animar a mucha gente, pero no a un Stanisław en esas condiciones. El tío está que da pena —. Sí, es evidente que Meg no piensa despegarse de su lado. Oye tienes ronchas rojas en la cara. ¿Estás bien?

—Estoy probando unos medicamentos nuevos y tienen algunos efectos secundarios, nada de lo que preocuparse. ¿Cómo te va la vida? ¿En qué has estado metido? —le pregunto aunque ya lo sé.

Tengo a gente cubriéndole las espaldas. A él, al amor de su vida, a nuestros padres, a nuestro tío y su familia… Con la de enemigos que tengo, toda precaución es poca.

Erik me cuenta un poco sobre su trabajo y concluye:

—Este fin de semana voy a pedirle matrimonio a Níala.

Mi hermano consigue lo nunca visto: que despegue la vista de Megara.

—¿Hablas en serio?

De repente un montón de diapositivas rápidas pasan por delante de mis ojos y veo a mi hermano en cada etapa de su vida.

Puede que tengamos la misma edad, pero una parte de mí siempre lo ha visto como si fuera menor. Irónicamente es porque tiene el corazón mucho más grande, y a veces no comprueba si hay agua antes de tirarse a la piscina de cabeza.

Prefiero ponerme debajo y que caiga sobre blando.

—Sé que es una locura. Nos conocemos desde hace poco. —Se le mueven los hombros con una risa que apenas es audible, está nervioso, pero mucho más emocionado que otra cosa—. ¿Es una locura?

—¿Te acuerdas cuando Rex murió?

—Joder, tío, ¿a qué viene esa pregunta? —se le mueve la nuez y sé que la emoción está agarrándosele a la garganta.

—Contéstala.

Se levanta la manga de la camiseta y me enseña el tatuaje que se hizo en su honor.

—¿A ti qué coño te parece?

—Palabras, Erik. Palabras.

—Sí. ¿Por qué sacas el tema de Rex ahora? —pregunta incapaz de mirar esa emoción desagradable a los ojos.

—¿Te has arrepentido alguna vez de haberlo adoptado? ¿De haberlo tenido a nuestro lado mientras crecíamos?

—Claro que no, ¿qué clase de pregunta es esa? Rex era nuestra familia. Lo voy a querer siempre, aunque ya no esté.

—Puede que lo tuyo con Níala no funcione. Apenas lleváis un año juntos. Pero si crees que es el momento, deberías dar el paso. La gente que piensa que al quedarse donde está no está tomando una decisión, se equivoca. Quizá vuestro momento es justo ahora —le doy un par de golpes en el pecho—. Además, a malas, serás un treinteañero divorciado más. Tendrás miles de canciones country con las que sentirte identificado.

—¿Treinteañero? ¿Ni siquiera vamos a durar tres años, pedazo de capullo?

Me río y él también.

Joder, cuánto echo de menos tenerle en mi vida.

—La ceremonia podría ser aquí, es el edificio más molón en el que he estado nunca —Erik lo dice entre risas, pero yo siento el peso

de la carga que supongo para él.

Pienso en Ryder y Ayris, que tuvieron que celebrar su boda a oscuras. Por mí. Mi familia estaría condenada a una vida de desgracia si no fuera porque… bueno, eso.

—Necesitaré tu ayuda.

—¿Con qué?

—Todo. Gilipollas, esta es mi manera de preguntarte si quieres ser mi padrino.

El corazón me da un vuelco. *Será capullo.* Me curva la sonrisa.

Leia



Es una pena que mi punto débil sea mi familia porque, de poder, no estaría aquí ni loca. Y pensar que he salido antes del trabajo para esto…

Níala es un verdadero tesoro. De camino al aeropuerto, con Erik y el resto de los Brodly, no hemos dejado de hablar. El problema ha empezado cuando cierto individuo ha entrado en la sala.

Stanisław Leszczyński.

Esto no debería dolerme tanto. He llorado por él más de lo que me gustaría admitir, pero es que la vida tiene una manera curiosa de convertir tus mejores momentos en los peores cuando se dan este tipo de situaciones.

Y sé que yo no debería mirarle tanto porque al final acabará pillándome y por encima de mis carísimos Jimmy Choo voy a ser una arrastrada. Pero está muy guapo y lo echo de menos.

—No para de mimarme. Tiene infinitos pequeños detalles conmigo.

—¿Como cuáles, Níala? —pregunta Meg, que no sabe que esta conversación me está haciendo polvo.

No es su culpa, no soy el ombligo del mundo, no tiene por qué saberlo. Ni tampoco Níala, que está enamoradísima y quiere fardar de bombón.

—Siempre es él quien camina por el lado de la carretera, el que me llena el vaso de agua antes de que se me termine, el que me recoge la servilleta del suelo si se me cae incluso cuando está hablando con alguien. Es como que siempre me ve, siempre está pendiente de mí. Estoy segura de que no me lo merezco.

—¿Qué dices? Si eres un sol.

—No es cuestión de eso. Una parte de mí siente que yo nunca podré convertirle en su mejor versión porque no… no supongo un reto para él. No como él lo es para mí. Temo que acabe aburriéndose de mí.

Mientras mi mejor amiga le quita esas preocupaciones bañándola con cumplidos hasta la asfixia, yo pienso en que ojalá estuviera en su lugar. Y en que creo que la odio un poquito porque tiene un amor correspondido, ¿y qué coño se puede pedir más que eso?

Qué asco de día.

—¿Me disculpáis un momento? —me excuso cuando siento que si no le doy la espalda a esos ojos azules, las paredes de esta sala acabarán echándoseme encima.

Soy insoportable. Estos días ni yo misma me aguanto. ¿Cuándo voy a librarme de esta pesadez enganchada al corazón? Me está haciendo polvo.

Mientras los hermanos Brodly cuchichean como marujas, probablemente sobre una nueva adopción gatuna, forzosa y para nada voluntaria, voy a la mesa donde Jesse o Tesse han colocado bebidas y pastelitos, además de vasos de fruta.

Estoy ahí, fingiendo que tengo apetito cuando lo noto, cuando percibo su esencia. Mi corazón deja de latir. No muevo la cabeza, desde fuera parecerá que estoy en mi mejor momento porque soy una mujer independiente que ha aprendido que dejar sus emociones

a la vista de cualquiera es de tontas del bote. Pero por dentro, me voy petrificando y las telarañas empiezan a unirme al suelo.

«No te quita ojo de encima» es lo que me ha dicho Meg diez minutos después de que llegara. «Me da igual» le he dicho, pero ahora estoy temblando y si cojo algo, se me va a notar.

Fui demasiado estricta. No debí darle ese ultimátum. Al menos así, podríamos ser amigos.

¿A quién quiero engañar? Nunca podré ser su amiga.

Me pregunto si ya está llamando Skarbie a otra.

Follasteis en su coche, Leia, ¿de verdad creías que eras algo más para él? Soy lo peor, literalmente una idiota sin remedio.

Genial, ahora me va la charla autodestructiva, esto es nuevo.

Me muerdo la lengua con fuerza, furiosa conmigo misma por estar todavía aquí. Él tampoco se ha movido, pero llevo el pelo suelto y con la cabeza gacha no sé si me está mirando.

Violet entra en la sala y ambos nos giramos hacia la puerta para ver como la familia Brodly la recibe con los brazos abiertos. Estamos más cerca que antes, pero yo no me he movido del sitio.

Stanisław no dice nada, suelta el vaso de fruta que había cogido y se marcha con las manos vacías. Soy patética, lo sé, pero ese es

justo el que me llevo segundos después. Porque si me esfuerzo, casi puedo imaginarme que le estoy cogiendo la mano.

59

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Estoy en su despacho. Ya se han ido todos. Volverán para cenar, pero querían pasar por el hotel en el que han insistido en alojarse por mucho que les haya intentado dar las llaves de mi casa. En realidad, creo que se han dado cuenta de que entorpecían mi trabajo. Un trabajo del que desde aquí, el laboratorio de Megara, apenas me acuerdo.

—¿En qué piensas? —le pregunto cuando frunce el ceño.

—En Leia. No lo está pasando bien.

—Ya. Es evidente que Stanisław tampoco.

—¿Deberíamos hacer algo?

—Son adultos. Dudo que acabara bien si lo hiciéramos —*pero si sigues pareciendo un gatito chiquitín y abandonado en una carretera comarcal en mitad de una tormenta, igual les obligo a casarse esta misma noche.*

Dios, no me reconozco. Estoy desesperado por esta mujer.

—Esto no te tiene que doler, ¿vale? —se acerca para tomarme las muestras, con su bata blanca y su dulce mirada cariñosa—. Pero si notas que algo va mal, me lo dices.

—Siento lo de hoy. Ellos… es complicado.

—¿Complicado? No me lo parece. Apenas —dice en tono divertido—. La madre de Leia tiene tres hermanastras, una de las cuales también es piloto y la mejor amiga de Jasmin, quien, de casualidad, conoció a tu padre, terminó casándose con él y convirtiéndose así en tu madrastra. Una versión mucho más simpática de lo que nos pintaba Disney. Estáis unidos de aquella manera, pero todos os consideráis primos, tíos y sobrinos, es bonito.

—Como he dicho, mi familia puede ser demasiado, a veces.

—No —sacude la cabeza y sonríe, mirando el instrumental que sujeta—. Son encantadores. Tener una familia tan grande debe ser

maravilloso.

Hay mucho que quiero saber, pero no parece estar lista para hablarme del tema. Pienso en lo contenta que estaba hoy, en lo interesada que se ha mostrado por saberlo todo, por ser amable, por hacer que se sintieran cómodos. Quiero devolverle el favor a base de orgasmos.

SUBCONSCIENTE: voy a joderle la vida. Ojalá fuera más fuerte para resistirme a esto. Realmente soy escoria. Un puto monstruo.

Tiro de ella hacia mí y ya está en mi regazo otra vez. Hay que ver lo bien que encajamos juntos.

—Puede, pero han estropeado los planes que teníamos para esta tarde.

—¿Planes? —suelta una risita a la que también quiero follarme.

—He dejado la puerta abierta porque soy muy consciente de lo peligrosos que somos juntos. Déjame tomarte las muestras.

—¿Has podido pensar en otra cosa? Porque yo no.

—No veo de qué serviría hablar de eso —ladea la cabeza.

Se ha apartado el pelo de la cara en un recogido que no entiendo cuyo único instrumental es un burdo lápiz, pero le deja el cuello expuesto y yo tengo mucha hambre.

—Dímelo —le aprieto el culo, se lo amaso—. Quiero oírlo.

—Si me obligas a revivirlo lo que vas a oír es cómo me corro.

Jo-der.

—¿Puedo besarte, Megara?

—Ya me has besado antes.

Una vez. Y ha sido el mejor beso de mi vida, pero no me hago ilusiones. Quizá era el calentón del momento. Quizá no quiera repetirlo y tenga que pasarme la vida entera pensando en la boca de esta mujer.

—Eso no contesta a mi respuesta.

—Sí, sí que puedes.

No dudo, ni espero, le separo los labios y me adentro en su boca abriéndola despacio. Atravieso sus fronteras con la lentitud y la veneración que merece, y cuando gime, una sacudida machaca mi espina dorsal y mis huevos. Megara curva la espalda acercándose más a mí y yo la agarro del culo y del cuello para que no se me escape. Esta mujer es polvo de hadas, ni sé cómo cojones se me permite tocarla.

—Madre mía. Eso *no* ha sido un beso.

—¿Qué quieres decir? —le miro los labios enrojecidos y listos para mí.

Vuelve a besarme y esta vez no me lo tomo con calma. La devoro. Su boca es mi santuario y aquí solo entran los dioses y yo. El baile de nuestras lenguas me deja ardiendo, con el corazón a mil, y una necesidad casi incontrolable de ella.

—Maldita sea, he dejado la puerta abierta.

—Tómame las muestras, Cacahuete —le acaricio la mejilla y luego la agarro de la nuca, cerciorándome de que sus ojos están sobre los míos—. Y luego deja que sea yo quien te tome.

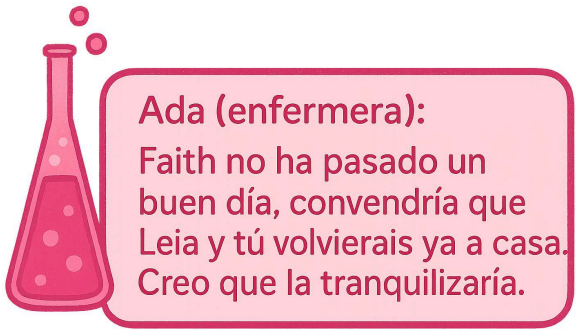
Ni una sola científica en la faz de la tierra se había dado tanta prisa, jamás.



Empapado en sudor, jadeante y cien por cien entregado a ella, la invito a quedarse a cenar. Me sale sin más porque, al parecer, no puedo controlar mi bocaza cuando me corro.

—Vamos a subir todos a la azotea y estará bien. —*Pero estaría mejor si tú vinieras.*

—¿De verdad? —No disimula la ilusión que le hace mi propuesta, pero recibe un mensaje que se carga nuestros planes.



—Tenemos que hablar de tus marcas.

—¿Y vas a hablarme tú de las tuyas? De todas esas marcas de agujas…

—Si quieres sí —admito y, joder, no me reconozco.

Por desgracia, su miedo es mayor a mis ganas.

—Lo que debo hacer ahora es marcharme —dice buscando su ropa, sacudiendo la cabeza.

—Eh —la freno, agarrando sus dedos con los míos—. Tienes tres moratones, Megara. Y más que eso.

—Soy un poco torpe, no todo es cosa de… —Ni siquiera se atreve a decirlo.

Quiero darle un voto de confianza, pero me lo está poniendo difícil siendo una mentirosa.

—Solo quiero que estés a salvo.

Se le enrojecen un poco las mejillas, deposita un beso en la mía y se marcha. En cuanto me quedo solo, llamo a mi contacto en el hospital y compruebo que Ada no ha hecho ninguna visita de la que yo no esté al corriente.

Dicen que no, pero lo cierto es que no me tranquiliza demasiado.



OBJ



OBJ



OBJ

60

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Stanisław

Salgo del aeropuerto. Llego en treinta minutos.

OBJ 20

Después de saltarse todas las reuniones de ayer, ya era hora. Tiene una debilidad muy grande por aquellos que le importan. Lo deja todo en pausa, se olvida del trabajo y… reconozco que es uno

de los rasgos de su personalidad que más valoro. Aunque ni de coña lo va a saber, se podría pegajoso y no nos dejaría en paz ni a Carbón ni a mí. *Quita, quita.*

Guardo el móvil y hago pasar a Jesse, junto con Adoil Guzmán Garcia y su mujer. Adoil ronda los sesenta y largos, lleva un traje a medida y unos gemelos discretos que denotan la pasta que tiene solo para quien se toma la molestia de fijarse. Al ocupar uno de los asientos frente a la gran mesa de mi despacho, su seguridad de ricachón invencible se le resquebraja.

—Señor Weston. Nos alegra mucho verle —mira a su mujer y ella me entrega una cesta con comida de aspecto delicioso. El tío que podría comprar medio Manhattan no parecer saber qué hacer con las manos. Ni con sus palabras. Finalmente, se las mete en los bolsillos del pantalón de traje como si necesitaran un escondite—. No suelo dar las gracias, ya lo sabe. No es mi estilo. Pago por un servicio y espero eso a cambio, ni más ni menos.

—¿Ha ocurrido algo?

—Éramos un poco escépticos al principio, ha pasado mucho tiempo desde que nuestra hija falleció.

Leucemia. Tenía siete años. Pese a que de eso, hace ya más de treinta, ninguno de los dos ha conseguido librarse del dolor de la

pérdida.

—Nos has devuelto a nuestra hija. La oí reír otra vez, la vi correr por nuestro jardín con el vestido azul que tanto le gustaba. La oí llamarme —su mujer, cuyo nombre no recuerdo, ríe mientras se seca las lágrimas—. Es usted un santo, señor Weston. Lo que ha creado no tiene precio.

—María y yo queríamos saber si existe alguna posibilidad de extender el tiempo que se nos permite estar con nuestra hija —sigue dándome detalles de cuánto los ayudaría—. Pagaremos lo que haga falta.

No son los primeros que vienen a eso.

Pero hay una razón por la que ponemos un límite de tiempo, igual que un límite de visitas al mes que cada cliente puede solicitar. Psicológicamente, nuestras tecnologías serían capaces de destrozar a alguien y anularlo como ser humano. Hacerle querer vivir *solo* en esa realidad ficticia creada para algo bueno.

—No será posible —digo en tono inexpresivo, sin margen a discusión. Saco el contrato y señalo las cláusulas que firmaron semanas atrás—. Como ya saben, esto no está diseñado para reemplazar una vida, solo para recordarla. Mi trabajo no consiste en darles un lugar donde esconderse. En su caso, DW solo pretendía

darles la fuerza para salir del agujero en el que el luto les metió hace ya treinta años.

—Una madre nunca supera la muerte de su hija —rebate María en tono gélido mientras una lágrima cae por su arrugado rostro.

—No le va a quedar más remedio que superarla, señora Guzmán. Su hija ya no está y ni todo el dinero del mundo hará que vuelva. Si pretenden echar a perder sus vidas, no lo harán en mis instalaciones. Ahora si son tan amables, tengo trabajo. —Pulso el interfono de mi mesa—. Jesse, acompaña a los Guzmán a la salida.

61

OBJ

Meg

OBJ 

—No es culpa tuya —dice Ada tres o cuatro días después, mientras pelo zanahorias y las echo a la olla que tengo en el fuego.

—Lo sé.

—Puede cambiar en unos días.

—Lo sé —intento sonar convincente, despreocupada, pero la cosa no cuaja. Continúo haciendo la cena bajo la atenta mirada de Ada—. No vas a quedarte. Vamos, vete.

—Puedo cancelarla.

—Es la primera vez que tienes una cita y llevas semanas colada por esa mujer de tu gimnasio. No vas a cancelar nada. Y mañana quiero que me lo cuentes todo.

—Dejaré mi móvil con volumen. Si pasa algo, puedes llamarme. Sea la hora que sea.

—Lo haré —*no, qué va.*

Ni loca le jodo el polvo a una amiga, no soy de esas.

La puerta del apartamento se cierra y Faith la mira antes de encogerse en el sofá. Vuelvo a la cocina, apenas oyendo el sonido de la televisión por encima de mis latidos. Llaman a la puerta y espero que sea Ada, que se ha dejado algo, pero no es ella.

—Traigo provisiones —Leia, con su chándal de *mood depresivo*, alza unas bolsas que huelen mucho a alitas de pollo crujientes con salsa picante.

—Me sabe fatal, Leis, pero me encuentro un poco ma…

—¡Leia! —llama Faith y siento un retortijón.

Al principio creí que Ada era un caso aparte porque estaba con ella durante todo el día. Pero no. La animadversión es muy focalizada.

—Faith, qué animada te veo. ¡Uh! —pega un grito cuando tira de ella hacia un extremo del recibidor.

—Mi amiga Ada se ha ido y creo… creo… creo que no va a pasar la noche aquí —baja la voz y me mira de lado—. Tienes que echar a esta de mi casa. No quiere irse.

A Leia se le descompone el rostro y yo me muerdo tan fuerte la lengua que sangra. *Solo son palabras. No pasa nada. Palabras y ya.*

—No, ella… Faith, tú… No…

—Siento incomodarte, Faith. Soy amiga de Ada. Una tubería ha reventado en mi piso y me está dejando quedarme aquí unos días.

Aleja más a Leia de mí.

—No quiero. Esta… Es-Est-Esta es mi casa, mía, dejo que Ada se quede, pero ella no puede. ¡No!

—No tengo a dónde ir.

—Me da igual, no es cosa mía. ¡Vete! —Faith se acerca a mí con los ojos impregnados de una violencia que hace que el recuerdo de mi madre se desdibuje todavía más.

Ella nunca me puso la mano encima, pero ahora la mejilla me arde de la bofetada y lo que va por dentro duele todavía más.

«—Mamá —la llamo mirando las piezas sueltas en las que se ha convertido el jarrón de flores, sin saber qué hacer. He tratado de recogerlas en un intento de, no sé, juntarlas, pero ahora hay sangre. Mucha. Y es mía.

—Dios mío, ¡Meg!

—Lo siento, sé cuánto te gustaba ese jarrón. No me he dado cuenta, estaba jugando y… lo siento mucho.

—¿Por qué lo has tocado, no ves que es peligroso?

—No quería que te enfadaras —a estas alturas ya estoy llorando.

El jarrón era de la madre de mi madre, ellas nunca tuvieron una buena relación, pero existieron gestos de cariño. Este jarrón era uno de los pocos.

Mamá me lleva al médico y cuando la doctora me ve llorando, dice que es normal porque el daño es profundo. Dudo que sepa qué es lo que me duele.

—He roto el jarrón —le digo a mi madre mientras me curan, como si no lo supiera ya, como si no lo hubiera visto con sus propios ojos.

Ella me coge de la barbilla y me obliga a mirarla.

—Megara Galanis, que te quede bien clarito, tú eres mi bien más preciado y voy a hacer pedazos ese jarrón por lo que te ha hecho.

La doctora sonríe, pero a mí me dan más ganas de llorar. Qué suerte que me quiera, qué suerte que ella sí me elija».

Los gritos de Leia me devuelven al presente. A una realidad en la que esa mujer ya no tiene cabida.

—¡Faith, para! ¡Es mi familia! —chilla con un deje triste y angustiado—. Es mi familia, ¿vale? No puedes tratarla así.

La aparta de mí y se interpone entre las dos con su cuerpo de barrera.

—Leia —intento que se quite, no quiero que le haga daño.

—¿Tú familia? —Faith no parece tener claro si quiere creerla o no. Su mano todavía intenta alcanzarme cuando mira a Leia confundida—. ¿Es t-t-tu…?

—Somos primas. La quiero mucho, Faith. Tienes que dejar que se quede.

Durante los siguientes segundos solo oímos nuestras ajetreadas respiraciones.

Faith, confusa, que no arrepentida, camina hasta el sofá y lo primero que dice al sentarse usando un tono neutro es:

—Tengo hambre.

Leia me arrastra a la cocina y cierra tras de sí.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Ibas a ocultármelo? —exige saber con ojos tristes—. Cuando me has visto llegar, pretendías que me fuera. Esto… ¿desde cuando pasa?

—Hoy ha sido el primer…

—Megara.

—Desde que volvimos del hospital las cosas no han ido bien.

—¡¿Desde entonces?! —exclama ofendida.

—No ha estado tan agresiva —le digo, pero sabe que es mentira y parece dispuesta a buscar indicios, pistas, pruebas de que no es verdad.

—Dime la verdad, ¿desde cuándo lleva estando agresiva contigo? A veces te ponías rara de repente, ¿era por esto?

Miro la olla con la comida y sacudo la cabeza. *Esta no es tu mierda, Leia. No es tu pesadilla. Tú ni siquiera deberías saber lo que tiene.*

—¿Rara? —resoplo—. Era porque mi madre tiene puto Alzheimer y se va a morir, Leia. Por eso me pongo rara.

Su rostro se contrae con enfado y se le escapa una lágrima, pero también se abalanza sobre mi cuello y me abraza.

—Quiero mudarme contigo.

—Ni lo sueñes.

—¡Tengo hambre! —grita Faith desde el salón.

Ambas exhalamos.

Ponemos una película y Faith no opone resistencia a comerse el cocido que yo he preparado, quizá porque no sabe que así ha sido. Ni siquiera cuando Leia y yo comemos alitas grasientas y deliciosas,

mucho menos saludables. Para su enfermedad, no le conviene este tipo de excesos. He leído unos cuantos libros al respecto y… bueno, no sé si cambiará en algo, pero me gusta sentirme útil.



Leia me aprieta la mano cuando Faith se levanta del sofá para irse ya a la cama. Sigue sin mirarme, pero eso tampoco es malo per se. *Me pregunto si es normal que me duela tanto. Si en algún momento me insensibilizaré a todo esto.* Espero que sí y que sea pronto. Así podré dejar de mentir a Leia cuando le diga:

—Estoy bien.

—No te creo.

—En serio, en mi infancia hubo un montón de veces que me merecí un buen bofetón. Faith solo se está cobrando lo que es suyo.

Vuelve a poner cara de enfadada y se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Quieres el último cupcake de Constance? —ofrezco—. Te lo he estado guardando.

No lo quiere, pero se lo traigo igual.

Al final acabamos comiéndonoslo entre las dos mientras en la pantalla, Gimli finge no tener un boy-crush con Legolas. *Ese fue el inicio del bromance y de ese burro no me baja nadie.*

A Leia le vibra el móvil y su cuerpo, antes acurrucadito contra el mío, se tensa.

—¿Quién era? —le pregunto cuando lo deja en la mesita del café, con un golpe seco.

—Nadie.

Resoplo y le cojo el móvil.

Es un mensaje y tengo el tiempo justo de leerlo —y flipar—, antes de que me lo quite.

—Oh dios mío.

—Haz como que no lo has visto.

—¡Leia! ¡Está diluviando!

—Exagerada, si caen cuatro gotas.

—Baja ahora mismo. ¡¡Vamos!! —la empujo fuera del sofá hasta que se cae y da con el culo en el suelo.

—No pienso dejarte sola, Meg, ni hablar.

—Faith está durmiendo desde hace más de media hora y como le has oído decir a Ada mil veces, últimamente no hace otra cosa. Vamos, ve. Eres mi única fuente de entretenimiento, mujer, apiádate de mí, por favor.

Pone los ojos en blanco y se esfuerza mucho en fingir que no se está poniendo roja.

—Está bien.

—Hazte de rogar. Pero no te pases.

—Vendrá a repetirme por qué lo nuestro no habría funcionado. Seguro que ni abro la boca.

Al fin, decide calzarse sus deportivas y, arrastrando los pies, se va. *Por favor, Stanisław no la cagues. ¡¡Yo apuesto por ti!!*

Todavía tengo una tonta e inmensa sonrisa en la cara cuando oigo la puerta del dormitorio de Faith abrirse.

Se me eriza todo el vello del cuerpo cuando sus ojos encuentran los míos.

Leia



—Tranquila, ¿vale? No te va a decir nada que no sepas —exhalo bajando los únicos escalones que el ascensor no me ahorra—. Hemos pasado por esto antes. Solo es un tío.

Un tío que escuchaba.

Un tío interesante.

Un tío con inteligencia emocional con el que me lo pasaba de cine.

Uno que encima olía genial. Y besaba mejor. Y follaba como para morirse.

—Cállate. —No sé a quién se lo digo, pero mi corazón roto lo interpreta como que tiene que hacer el sprint de su vida—. Hace un

escaso mes que nos conocemos. Pasado mañana diré "¿Stanisław? ¿Quién? No me suena".

Mantengo la mirada gacha hasta que salgo porque es lo más sensato. O eso me parecía. Cuando alzo la barbilla y lo veo contra el capó de su coche, empapado de pies a cabeza, ya no estoy tan segura.

El azul de su iris es demoledor hasta lo desquiciante.

Nunca volveré a ver a un hombre tan guapo. No nacerá otro, en ninguna parte del mundo. La lluvia gotea de los mechones de su pelo cercanos a sus ojos y quiero apartárselos.

Desearía tanto que me eligiera. Que le importara una mierda la edad.

Mi madre siempre me ha dicho «el "quizá" de un hombre es el "lo supe en cuanto la vi" de otro, nunca te conformes». Tengo ganas de llorar. Muchas.

—Hola, Stanisław.

—He estado yendo a nuestro restaurante. Todos los camareros preguntaban por ti. Cada una de las veces era horrible, pero he vuelto cada día. Sí, soy patético y plenamente consciente de ello, słoneczko.

No le beses. Por favor, Leia, ten dignidad, no te arrastres.

—¿A qué has venido?

—¿Puedes entrar un momento? —abre la puerta del coche—. Está diluviando y no quiero que cojas frío.

Hasta que lo ha dicho, ni siquiera era consciente de que me había mojado. Y eso que tengo las gafas llenas de gotas. Putas gafas cómo las odio.

—¿Tan fácil crees que soy?

—No lo decía por…

—Ya —resoplo—, ¿en serio, Stanisław? ¿A eso has venido? Que te vaya bien.

Me agarra de la muñeca antes de que me marche y llueve todavía más fuerte.

—"Si decides buscarme, que sea para pedirme salir", eso fue lo que dijiste. A eso he venido. —Se acerca y su olor característico a madera y a menta me arropa.

¿Llorar pasará desapercibido con la lluvia?

—Han pasado un montón de días desde aquel, ¿qué te hace pensar que puedes…? —¡¡¡ino seas tonta!!!!—. ¿Qué ha cambiado?

—He ido a Acorn Hill, skarbie.

—¿Que has hecho qué?

—He ido a pedirle permiso a tu padre.

—¿Has…? No puede.. Rebobina, ¿qué?

—Estoy enamorado de ti, Leia. Sé que está mal, sé que te merecerías a alguien más joven, pero esta enfermiza sensación de pertenencia no me permite alejarme de ti porque por alguna estúpida y arrogante razón sé que puedo hacerte muy feliz. Y joder, es lo único que quiero.

—¿Pretendes que te crea? Porque no has hecho más que alejarte de mí y ahora… Dios, ¿de verdad has ido a Acorn Hill? ¿Algo de esto va en serio?

Me besa.

No es suave, es digno de un emperador conquistando el mundo entero o mi alma, no lo sé. Mi espalda da contra la pared de ladrillos y al tiempo que le hundo los dedos en el pelo y él hace lo mismo con su lengua en mi boca. Me levanta y aprisiona mi cuerpo entero contra él. Justo como quiero. Justo como he soñado.

—Mi perro ya te quiere porque no paro de enseñarle fotos tuyas. Deberías ponerte las redes sociales en privado, eres una inconsciente.

—Me encantan los perros.

—Y a mí me encantas tú. Por favor, di que me perdonas por hacerte esperar. Por favor, di que me crees.

Me tienes en tus manos, idiota. Estoy pillada del todo.

—Te creo.

Vuelve a besarme y se me escapan algunas lágrimas. O unas cuantas.

Entonces entramos en el edificio y nos fundimos en un solo ser mucho antes de llegar a mi apartamento.

«No quiero volver a separarme de ti», es lo que gritamos con besos mientras intentamos estar lo más cerca posible el uno del otro. Juraría que perdemos parte de la ropa por el pasillo, pero no consigo que me importe. Lo ponemos todo perdido, el suelo, la cama, el baño. Estoy enamorada hasta las trancas de este hombre.

Por favor, por favor, que no me haga pedazos.

Stanisław



Acorn Hill, varios días atrás.

Entro en la comisaría.

He practicado esto un huevo de veces. El tío que se ha sentado a mi lado en el avión ha estado a punto de apuñalarme con su boli BIC, pero ahora… joder, ahora no sé si me va a salir bien.

—Hola.

—¡Hola, buenos días! —Un tío con la palabra Lars escrita en una placa en su uniforme se limpia las manos y aún masticando su porción de pizza, se acerca a mí—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tranqui, tío, yo me ocupo. Termina de comer —dice otro, Linden, idéntico a él—. ¡Buenos días! Usted no es de por aquí,

¿verdad? Bienvenido a Acorn Hill.

—Gracias. Estaba buscando a Levi-Ryan Diago.

—Uhhh, ha usado el nombre completo.

—Entonces debe ser algo serio.

—¿Podemos saber para qué se le reclama?

—Es por su hija —comento.

—¿Leia? ¿Le ha pasado algo a nuestra Leia?

El de la pizza saca su arma.

—¿Dónde hay que ir? Señálamelo ahora mismo, tío.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —una voz gutural e imponente hace que los dos policías cuadren la espalda y se lleven una mano a la frente en la típica señal militar de respeto.

La imagen que Weston me envió era un poco antigua, pero no hay duda de que es él. Los policías están hablando uno encima del otro mientras el padre de Leia me mira a mí y solo entonces… me pongo una mano en el corazón e hinco la rodilla en el suelo.

—Señor Diago, usted no me conoce, pero estoy enamorado de su hija y vengo a pedirle permiso para salir con ella.

Su única respuesta es alzar una ceja.

Coño, normal, si aún no le he explicado nada.

—¿Qué hacéis que no coméis? Se os va a pasar la hora de la… —otro poli, este de tez oscura y ojos azulados, desvía la mirada de uno a otro hasta barrer a todos los presentes, a mí incluido—. *¿Le están proponiendo matrimonio a alguno?*

—¿Estás enamorado Leia? —repite Linden.

—Uhhhhh. El jefe solo tiene una hija —Lars chasquea la lengua —. Lo veo chungo.

Levi-Ryan Diago se acerca a mí y su mandíbula está tan tensa que dudo si va a darme un puñetazo. Tampoco me iría si lo hiciera.

—Levántate, chico.

—No, señor, todavía… —Tira de mi hombro y me levanta él, luego me lleva a una sala aparte.

Cuando cierra la puerta, todavía no descarto lo del puñetazo. O quizá algún que otro disparo. Aun así, no voy a irme.

—¿Se puede saber qué es lo que acaba de salir de tu boca, chaval? No, no te arrodilles otra vez. Habla. Y recuerda que tengo un arma bien a mano.

—Llevo desde los veinticuatro trabajando con Dallas Brodly, igual que Violet Shaninski. Los tres fundamos Dean-Weston juntos así que puede cerciorarse de que soy de fiar.

—Creí que la idea de DW había sido de mi sobrino.

—Lo fue, Violet y yo solo la ayudamos a llevarla a cabo.

—"Solo" no me parece una palabra bien escogida si ese es el caso. Aunque me gustaría saber qué tiene todo esto que ver con mi hija.

No puedo decirle que Megara trabaja en DW o la lío. Mierda, con lo mal que se me da a mí guardar secretos.

—Conocí a su hija por una afortunadísima casualidad y me he enamorado de ella.

—Vale —dice poniendo la mano sobre el arma que guarda en su cinturón.

—Pero tengo treinta y cinco años y ella solo veinticuatro.

—Chaval, o no eres muy listo o tienes un instinto de supervivencia nefasto.

—He intentado luchar contra esto. He intentado apartarme de ella —pero me besó, lo intenté otra vez, tuvimos una cita y acabamos follando en el coche—. Mire, soy millonario porque era buenísimo en mi trabajo. "Era", porque le puedo asegurar que cualquiera de los tres policías de ahí fuera podrían hacerlo mejor que yo a día de hoy. Porque ya no soy capaz de pensar en nada más que en Leia.

—¿Crees que mi hija es algo que comprar? ¿Un juguete nuevo que te gustaría tener y ya?

—No. No es eso en absoluto. Ella es especial. Lo supe en cuanto la vi.

—Ya, ¿y cuántas veces al mes te suele pasar eso?

—La única vez que me pasó tenía once años y me había enamorado de mi profesora, aunque no creo que sea justo sacarlo a relucir, era medio tartamudo y esa mujer me enseñó a hablar bien.

Se pasa la lengua por el interior de la boca y juraría que se está aguantando la risa.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Stanisław Leszczyński.

—Joder, ¿Lesz-qué?

—Diago me sirve —le digo, pero no parece hacerle puta gracia.

—Mira, mi hija es muy capaz de decidir con quién sale y con quién no, pero admito que no me gusta un pelo que le saques once años.

—Tengo entendido que usted y su mujer se llevan ocho años. Tres más tampoco es tanto.

Ahora sí que está cabreado.

Voy a salir de aquí convertido en un colador. Lo veo.

—¿Tienes hijos, Stanisław? —se acerca.

—No, señor.

—Bien, pues cuando los tengas te familiarizarás con conceptos como la hipocresía y el doble rasero. —Me aprieta el hombro—. Ahora sal de mi despacho y… no, ¡que no te arrodilles, joder!

Lo hago de todas formas.

—La conozco desde hace tres semanas y cuatro días, y ya sé que sabe contar satélites, que le jode horrores que sus seres queridos se hagan los fuertes en momentos de debilidad y que siempre compra comida de más por si su mejor amiga tiene la nevera vacía. También soy muy consciente de que tiene un gusto musical pésimo, sé que si le gusta una comida, no se cansa y pide siempre la misma por muchas veces que vaya al mismo restaurante. Sé que escribe cartas a su madre, sé que perdió su primer trabajo por defender a una compañera de su jefe y sé… —aprieto los dientes y me tiembla la voz aunque no quiero—. Sé que no voy a desenamorarme de ella en la vida. Pero que si usted no me acepta… no volveré a molestarla. Yo también considero que soy demasiado mayor para ella. Yo también considero que estoy poniéndola en una posición de desventaja y que no es justo. Que se merece algo más, mejor que eso.

—¿Te aprovecharías de esa posición? —su tono es más amigable, pero su rostro en absoluto.

Ojalá pudiera decirle lo que cualquier padre querría oír.

—Querría decir que no, pero imagino que inconscientemente, en algunas situaciones será inevitable. Aun así… intentaré compensárselo de otras formas. Hacer que se beneficie de nuestra diferencia.

Le gusta mi respuesta. Es evidente. No entiendo nada.

—Eres un buen tío, Stanisław. ¿Qué opinan tus padres de esto? ¿Les has hablado de Leia?

—Soy huérfano desde hace años, señor. Mi única familia es Dallas.

Endurece la mandíbula y la verdad, no sé leerle el rostro.

—Tengo una condición.

—¿Cuál?

—Si te casas con mi hija, mis nietos no se apellidarán Liechtenstein.

—Es Leszczyński —comento y él alza una ceja—. Por supuesto, señor. ¿Eso significa que…?

Me ofrece la mano y yo me pongo en pie antes de aceptarla.

—Bienvenido a la familia, chaval.

El shock y la incredulidad me atontan, pero los fuertes golpes en la espalda que me da Levi-Ryan me despiertan. Luego me suelta y veo que por primera vez está sonriendo.

—Vamos.

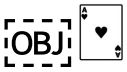
—¿A dónde?

—A patrullar. Winchester también tiene que darte el visto bueno. Y medio Acorn Hill. Hoy va a ser un día muy largo.

62



Dean-Weston



—¿Señor? La conferencia de…

—Lo sé, Jesse, solo será un segundo. Gracias. —Dejo atrás al ojiplático gemelo y voy hasta el despacho de Megara.

No es que haya ido a verla.

No es que necesitara comprobar que está bien, ni nada. Solo me apetecía estirar un poco las piernas porque en el entreno de esta mañana no lo he dado todo.

No la encuentro. *Pues qué lástima.*

Salgo de su laboratorio vacío antes de que me pille y se dé cuenta de lo tonto que soy, cuando pasa por mi lado un mar de otoño y mango. Megara lleva una gabardina oscura y como camina cabizbaja y bastante rápido, casi no la veo. *¿A quién pretendo engañar? La reconocería en cualquier parte, hasta en el cuerpo de otra persona.*

—¿Megara? —la llamo, pero no parece oírme, está aferrada a la cremallera de su bolso y tiene la mirada perdida.

Antes de que cruce la puerta la cojo del brazo. Es un gesto suave, pero ella salta, se encoge y se estremece. Es entonces cuando alza la cabeza hacia mí y su mirada está… rota. Aterrada. El hielo inunda mis venas y el fuego mi carne.

—*Dallas*. —Se le inundan los ojos de lágrimas como si por fin hubiera encontrado su lugar seguro. Me sentiría genial conmigo mismo si no fuera porque tiene la cara llena de putas heridas que ha tapado con un séquito de tiritas y yo… yo quiero ver el mundo arder.

—¿Quién…? —Ni me salen las palabras.

—Ya no sé qué hacer.

Su madre.

Ha sido su madre. Lo sé de inmediato.

Megara empieza a sollozar y todos los que están mínimamente cerca nuestro asoman su fea cabeza con ganas de saber. *Debería despedirlos a todos. Panda de cotillas.*

Quiero que se aferre a mí, quiero que sepa que estoy ahí para ella. Quiero ser todo cuanto tiene entre manos cuando está nerviosa o tiene miedo.

Pero primero la meto dentro del laboratorio. La abrazo con delicadeza y dejo que llore mientras mi cabreo y mi dolor aumentan. No sé cuánto debería esperar para hablar. No quiero ser un capullo. Pero quince minutos después, cuando alza sus ojos enrojecidos hasta mí digo:

—Tengo a alguien preparado desde hace tiempo, Megara. Varios enfermeros de mi confianza que podrían sustituir a Ada o acompañarla. Estarían siempre con Faith, no le quitarían la vista de encima. Me encargaré de que en el centro la traten bien. Estará a salvo.

—No puedo con esto. *No puedo.* Ella ya no… Mi madre nunca me haría esto. Dios, es tan horrible. Quiero hacer esto por ella, pero no… Tendrías que haberla visto.

—¿Quieres contármelo? —le aparto el pelo que las lágrimas le han pegado a la cara y lo hago con delicadeza por sus muchas

heridas.

—Llevaba tiempo sin recordarme y su actitud hacia mí era más y más hostil cada día. Hace un par de noches ya pasó algo parecido.

—¿Y no me lo contaste?

—Tenía miedo de admitir que la situación me estaba sobrepasando. Lo que viste por mi cuerpo, me lo había hecho ella.

—Sigue —le pido, buscando con la mirada alguna señal de dolor más allá de su blusa. Desabrocho los puños de su camisa negra de seda y veo marcas violáceas—. Hostia puta, Megara.

—Ayer por la noche estaba más alterada que de costumbre. Ada me dijo que no había querido salir a dar su paseo. Leia estaba con nosotras y conseguía calmarla, pero cuando se marchó… Faith volvió a repetir que quería que me fuera. Me agarró y… —sacude la cabeza y aprieta los ojos con fuerza—. Me hizo mucho daño, Dallas. Mi madre nunca lo habría hecho. Está fuera de sí. Tuve que quedarme en el pasillo hasta que volvió a dormirse y… tengo miedo de volver a casa. Tengo miedo de estar a solas con ella. Tengo miedo de que vaya a ser así hasta el final y de un millón de cosas más.

—No quiero arrebatarte el derecho a… Sé que esto es decisión tuya, pero me estás matando, Cacahuete. Déjame hacer esa llamada.

Asiente y rompe en sollozos otra vez y yo me rompo silenciosamente con ella.

«Hazlo» es lo único que le digo a quien responde a mi llamada. Envío un mensaje a Ada conforme irán a por Faith en breve.

63

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

Reviento uno de los vasos contra la pared y después le sigue la botella.

—¡Joder! —bramo barriendo mi mesa y tirándolo todo al suelo esperando que se haga pedazos.

«—Siento cargarte con esto.

—Siente no habérmelo contado antes. Siente no haberme llamado ayer en mitad de la noche cuando tuviste que estar sola

esperando en el pasillo con la sangre de los arañazos mojándote la cara. Siente eso, Megara. Nunca lo contrario».

Le he curado las heridas, pero me produce un dolor corrosivo y agónico saber que no puedo hacer nada con las que le sangran por dentro.

No me doy cuenta de que Carbón está maullando como loco hasta que trepa por mi pierna.

Con la respiración agitada, lo cojo.

—Perdona, no quería asustarte. —Ya es tarde para eso. El pobre está temblando. *Mierda.* Me dejo caer en la silla y él sube hasta mi pecho—. Lo siento, ¿vale? No iba contra ti. Mira, debiste quedarte con Erik. Él es el único hijo Brodly que vale la pena.



—Señor… —La puerta se abre un temeroso palmo y tras ella asoma una cabeza.

—No es un buen momento, Jesse.

—Lo imagino, solo quería informarle de que he enviado a Violet a la conferencia en su nombre —dice cerrando la puerta.

Hostia puta, la conferencia.

—¿Y Stanisław? —pregunto porque Violet solo debe cubrirme si Stanisław no puede.

Lo estipulé así porque los quehaceres de Violet suelen ser más importantes.

—No ha llegado todavía. Su secretario le ha llamado y dice que ya viene para acá.

—Espero que tenga una buena excusa si no quiere que lo despida. Gracias, ahora… —le hago un gesto para que se marche antes de que acabe pagando mi cabreo con él, algo que me convertiría en el gilipollas que estoy intentando dejar de ser.

64

OBJ

Dean-Weston

OBJ 

—No vas a venir conmigo. Es pleno día —dice convencida y casi quiero reírme.

—No puedes impedírmelo, Cacahuete —La cojo de la mano y se percata de cómo me han quedado los nudillos porque lo del control de la ira no es lo mío.

—¿Y estas heridas?

Alcanzo sus mejillas y la beso. Lento, en un intento de que el ruido deje de machacarla porque no se lo merece.

Van a llevarse a Faith en breve y quiere ir.

—No voy a dejarte sola en un momento como este. ¿Me oyes? Voy a cuidar de ti. Ahora vámonos.

—Dallas, no quiero que te pase nada —dice sin aguantarse las lágrimas mientras tiro de ella hacia el ascensor—. Necesito que tú estés bien.

Y entonces algo se resquebraja en mi interior porque me doy cuenta de lo que le estoy haciendo. De lo que ya he hecho. *Jamás debí acercarme a ella. No así.*

Hijo de puta. Endurezco la mandíbula y pulso el botón que nos llevará al parking. La atraigo hacia mi costado y ella solloza sin parar. La meto en el coche con cuidado, con cariño.

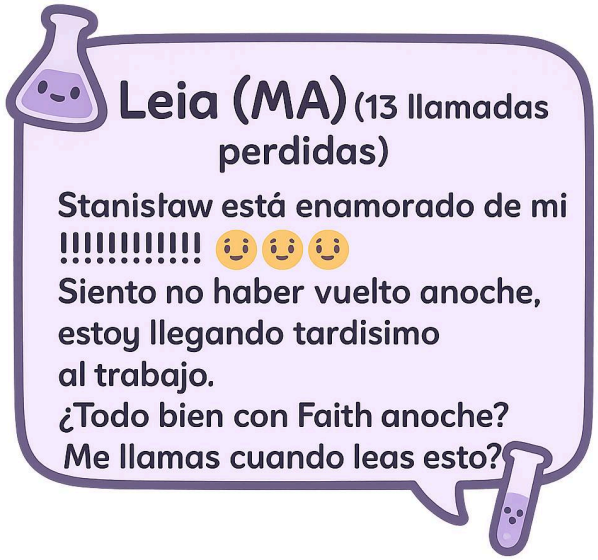
—Estará bien, la van a cuidar. —Le beso la frente.

—¿Estará bien de verdad? —Megara llora como una niña pequeña que se ha perdido en mitad del aparcamiento del centro comercial, una a la que están arrebatándole toda protección y consuelo.

Dios, cómo duele, joder.

Conduzco rápido. En silencio. Cagándome en todo, la verdad.

A Megara le vibra el móvil cuando nos paramos en un semáforo y puedo leer de quién se trata.



—Puedes llamarla si quieres.

—*No* —se muerde el labio y se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Estás cabreada con ella?

—¿Cómo podría estarlo? Esto no es culpa suya y llevo siendo una carga para Leia meses. Para una vez que le pasa algo bueno, cuando Stanisław por fin da el paso…

—No es culpa tuya lo que le está pasando a Faith. Ni que le salpique a tu mejor amiga, ni nada de esto. —Mi voz sale más severa de lo que pretendía y ella no dice nada más. Me revuelvo en el asiento mientras ella llora de forma silenciosa, clavándome mil

espadas directas en el corazón. Le aprieto el muslo para que sepa que estoy ahí, y conduzco maldiciendo todo lo maldecible. Cuando estamos a cinco minutos le digo—: Ada está en la calle esperándonos. He hablado con ella. Cree más conveniente contarle la verdad a Faith cuando lleguemos al hospital.

—Por favor, prométeme que no vas a salir del coche.

—No puedo prometerte eso, Megara.

—¡Dallas! —chilla de repente y si no tuviera unos nervios de acero habría dado un volantazo.

—¿Qué te…?

—¡No puedo ser la responsable de que te pase otra vez lo mismo! ¿Sabes lo mal que me sentí? No… No puedes hacerme esto ahora, yo… yo no… ¡No p…!

—Respira.

—Dios mío…

—Megara, *respira* —le suplico, pero ella parece oír lo contrario. Está al borde de un ataque de pánico y yo soy un absoluto gilipollas —. Megara. *Joder*, lo siento. No bajaré, ¡no lo haré! Tranquila. Por favor, cariño, respira.

Tarda unos largos minutos en llorar de forma más calmada. *Sí, en esas estamos.*

Llegamos y casi no he detenido el coche cuando Megara se baja de un salto.

—¡Mamá!

Me desabrocho y abro la puerta del conductor. El ardor y la sensación asfixiante es inmediata. Hoy en Manhattan el sol brilla con fuerza. Cierro la puerta sintiéndome un completo inútil mientras las veo.

Faith está en la acera, con Ada.

La ambulancia está parada en segunda fila.

Megara probablemente ni se ha dado cuenta de que le ha llamado mamá, pero cuando se acerca a ellas, Faith… le levanta la mano, como si tuviera que defenderse de ella. Ada tiene que apartar a Meg de Faith para que no le haga daño, porque no reconoce a su propia hija y tiene miedo de la desconocida que corre hacia ella en mitad de la calle.

Los paramédicos piden a Faith que suba a la ambulancia y ella se pone nerviosa, sin entender por qué tendría que hacerlo. Ada intenta tranquilizarla. La situación se pone fea muy rápido. Solo se oyen gritos. La gente que pasa por la acera se las queda mirando.

A Megara.

Mientras se destroza.

La observan como si fuera un puto mono de feria.

Abro la guantera, cojo las gafas y la gorra y salgo del coche. Ignoro la primera punzada, la tirantez, la sensación de estar envuelto en un papel de lija caliente. Todas las alertas suenan en mi organismo, pero mi corazón es el que manda.

—Vámonos, la verás pronto —le digo intentando calmarla, pero en cuanto me ve, se le hunde el pecho y digamos que termino de joder la situación.

Tengo que tirar de ella para llevármela, para que no suba a un vehículo donde su madre intentará hacerle daño, a menos que la seden.

Desde el tuétano hasta los músculos, todo arde. Nunca he llorado por esto, es un dolor tan agresivo que solo me cabrea y me da ganas de gritar, pero esta vez me escuecen tanto los ojos que dudo si voy a poder llevarla hasta mi coche.

Pensaba que no se podía desear con más ganas ser una persona normal, pero joder, ahora mismo lo daría todo.

65

OBJ

Meg

OBJ 

No puedo ir a ver a mi madre. Los médicos no me lo recomiendan. Empeoro su situación, dicen. La parte positiva es que, como mi madre tiene un Alzheimer severo de tres pares de narices, se habrá olvidado de todo lo sucedido dentro de poco.

Es genial. Quiero pegarme un tiro de lo genial que es.

—Ada está con ella.

—Vete a trabajar, Leia. Acabarán por despedirte.

—He salido a hacer un encargo, no se darán cuenta de que me he desviado un poco de la ruta. O mucho.

—Entonces ve a ver a Stanisław. Alégrate la mañana.

—Está en reunión y no saldrá antes de que tenga que irme, lo cual es un rollazo —hace pucheros y me saca la primera sonrisa en días.

Se me quitan las ganas cuando pienso en… él.

Dallas está todavía convaleciente. Han pasado días y ahora tengo claro que no voy a perdonarle nunca lo que hizo.

Ni pienso dejar de odiarme por ello.

—Para. —Leia me señala como si oyera la voz de mi cabeza.

—Lo siento. Sé que no soy buena compañía ahora mismo. Es solo que me siento culpable.

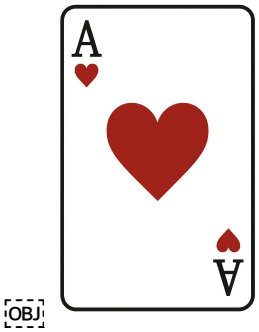
—No es justo que te hagas esto.

Justo. Como si hubiera algo justo en todo esto.

Voy a la neverita que Tesse me permitió agenciarme, y por lo que lo amaré siempre en secreto, y saco el café para llevar que había pedido para Leia. Es el tercer día consecutivo que viene a verme a esta hora, me gusta ser previsora.

—Toma. Ahora vete.

—¿Sabes? He pensado en enviar esto —dice sacando una carta sin su baraja.



El as de corazones. Se me vuelve a curvar la sonrisa.

—¿A quién piensas enviársela?

—Ese es el quid de la cuestión. Deberíamos tener más barajas, pero según tengo entendido va contra las normas —hace una mueca pensativa—. Tengo miedo de que si se la mando a mi hermano, venga aquí con intención de romperle la cara a Stanisław. Aunque en realidad, él fue a Acorn Hill y no queda nadie allí que no lo sepa. Me gustaría poder darle la primicia a alguien. ¿Te estoy aburriendo?

—Katy. Envíasela a Katy Vojak. Chicago está lejos de Acorn Hill, la última vez que miré un mapa. —Se lanza a mis brazos y no le digo que, con toda seguridad, no queda nadie en su inmensa familia que no lo sepa ya.

Y que, si se están haciendo los suecos y no le han llamado todavía pidiéndole explicaciones, es porque no quieren chafarle su momentazo. *Son bastante majos.*

Leia se va con su café después de estrujarme entre sus brazos un indecente número de veces y yo me niego a hundirme en el agujero de oscuridad que estoy amueblando como mi casa, porque quiero tratarme mejor.

Así que me pongo a organizar mi laboratorio. Es un maldito caos. A nadie debería extrañarle que pierda algún que otro matraz, o algún libro de la mejor biblioteca del país o alguna documentación que me cedieran mis amigas dermatólogas. Con toda la documentación que tengo aquí sobre la dermis humana, hay varias carpetas que podrían haber salido del laboratorio por su propio pie y yo no me habría dado ni cuenta.

Aun así, me sorprende cuando encuentro una nota con mi nombre bajo un montón de material. *¿Ahora soy capaz de generar archivos nuevos? A ver si voy a tener superpoderes.*

Frunzo el ceño al leer «confidencial» y no tardo en entender lo que es.

Son los informes de Dallas, los que se negaba a enseñarme.

66



Meg

Me acurruco en una esquina del sofá y leo cómo empezó todo.

Ya desde los inicios, su enfermedad tuvo una sintomatología agresiva. Casi como si fuera un botón on/off. Poco después del diagnóstico, tuvo que dejar de salir al sol por completo. Se me revuelve el estómago. *¿Tan rápido tuvo que acostumbrarse a que su vida cambiara para siempre? ¿Toda la vida viviendo como una persona normal y de repente…?*

La cosa no mejora con el paso de los años y aunque ya lo sabía, siento el pulso acelerándoseme cada vez que paso la página.

Aumento catastrófico de la sensibilidad dérmica incluso en horario nocturno.

Alta vulnerabilidad e irritación en los globos oculares, posible extirpación voluntaria si el dolor del paciente se vuelve insoportable.

Ceguera asegurada.

—¿C-cómo?

No. No es posible.

La medicación podrá reducirle el dolor al paciente solo hasta cierta medida. Llegado un punto, las nuevas heridas en la dermis dejarán de cicatrizar y provocarán ardor permanente al paciente. Se esperan migrañas lumínicas intensas, incluso con iluminación artificial. Sistema inmune debilitado debido al daño acarreado hasta la fecha.

Se recomienda encierro absoluto de forma indefinida.

Alternativas médicas: ninguna. A día de hoy, no existe cura.

Esperanza de vida de cinco o diez años tras el encierro absoluto del paciente.

Cierro los documentos al terminar de leer. Con temblor en las manos, los suelto lentamente a mi lado, en el sofá. Exhalo despacio y me pongo en pie, prometiéndome a mí misma que no voy a vomitar.

Aparto todo cuanto bloquea el teclado de mi ordenador, enciendo la pantalla y empiezo a trabajar. Las letras se vuelven borrosas y a veces no toco la tecla adecuada, pero consigo enviar los emails.

Al terminar saco todas las muestras que le he tomado y las analizo, oyendo mi sangre borbotear. Concentrándome por encima del ruido. Prometiéndome que puedo con esto, que lo que he leído *solo son palabras.*

—¿Qué haces aquí todavía? —alzo la vista y le veo en mi puerta.

Se me ha hecho de noche.

Vuelvo la vista hacia mi probeta y compruebo que todo sigue estable. Doy un paso en falso y de repente el taburete está cerca de mi cara, pero no me estrello contra él porque unos fuertes brazos me sujetan.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Cogerte antes de que te rompas la cabeza, ¿estás mareada? Vamos siéntate.

—Suéltame, Dallas.

Echa la cabeza hacia atrás como si le hubiera dolido el tono arisco, pero me acerca al taburete igual. *Me pregunto si una patada en los huevos le dolería más.* El rencor tiene un sabor cítrico y ácido en mi paladar.

—¿Estás mareada? —pregunta y creo que no es la primera vez.

—Deberías habérmelo dicho, no es como si te sobrara el tiempo —por cómo suena mi voz, cualquiera diría que le desprecio.

Todo sería más fácil si así fuera.

Dallas, que ha levantado este imperio desde los cimientos y que es un tío muy listo, mira por encima de mi hombro y ve los documentos abiertos. Buena parte del resto de mis cosas ahora está en el suelo, así que tampoco son muy difíciles de encontrar.

—Los has leído.

—Buenas noches, Dallas.

—Deja que te lleve a casa.

—No voy a irme a casa.

—¿Hasta cuándo?

Me río un poco.

—No lo sé. ¿Hasta que me haga falta una ducha? ¿Un poco de aire fresco? Yo sí puedo salir a tomarlo, así que supongo que estaré bien.

—Lo he asumido, Megara.

—Eso es lo que me gustaría saber. ¿Cómo cojones puede alguien aceptar ese diagnóstico? Es decir, «*Se recomienda encierro absoluto de forma indefinida», «Esperanza de vida: escasa, cinco o diez años tras el encierro»,* «alta vulnerabilidad e irritación en los globos oculares, ¡¿posible extirpación voluntaria si el dolor del paciente se vuelve insoportable?!». ¿Qué…? ¿Sabe tu familia que puede que esta haya sido la última vez que los veas? ¿Literalmente? ¿Saben tus padres que van a vivir más que tú?

—Megara.

—¡No! Te… Te vistes cada mañana y… —le clavo el índice en el pecho y miro sus ojos todavía enrojecidos de días atrás—. Y entras en tu despacho como si fueras el rey, ¡como si fueras a tener una vida! Pero te has rendido. He estado aquí más de un mes y ni siquiera te lo has tomado en serio… —Una ola de calor de pura furia me barre de pies a cabeza.

El grito que llevaba atascado en mi garganta desde hacía horas sale de mí con ganas de romperme las cuerdas vocales. Por raro que parezca, él no se asusta.

Dallas me agarra de los brazos, me obliga a mirarle aunque hacerlo me den ganas de morirme.

—Tú no puedes curarme, Megara. No iba a poner esa responsabilidad sobre tus hombros.

Eso lo empeora todavía más.

Me vuelvo una desequilibrada mental. Una que sabe a ciencia cierta que no puede reducir el laboratorio a cenizas porque aunque el avance que he hecho es mínimo, es lo más valioso que tengo ahora mismo.

Roja y con la piel ardiendo de enfado, me seco las lágrimas y señalo la puerta.

—Vete. Sal de esta sala y no vuelvas.

—Voy a llevarte a…

—¡Que te largues!

Endurece la mandíbula y cuadra los hombros. Con su carísimo traje y su pelo engominado a la perfección cualquier otro día habría sido imponente a rabiar. Joder todavía resulta imponente, intimidante, y eso que sé que es solo un niño asustado y mentiroso.

—Está bien —dice en tono bajo y solo cuando se marcha veo que llevaba a Carbón en el transportín y que debo haberlo asustado de muerte.

Me dejo caer sobre el taburete y trato de recordar qué estaba haciendo antes de que él… *antes*.

Respira. Ya pensaremos en ello, ahora hay que trabajar.

Me tiemblan las manos cuando acerco el microscopio a donde estoy. Me llevo una mano a la boca porque me ayuda a contener las náuseas… Y trabajo. Porque eso es lo único que se me da bien.

Ni detectar farsantes.

Ni cuidar madres enfermas.

Trabajar. Y punto.

Stanisław



Paso por delante del laboratorio de Meg a media mañana. No sé lo que está haciendo con ese montón de probetas, pero respira de manera tan abrupta que parece a punto de tener un ataque de pánico.

Otro, quiero decir.

Doy unos golpecitos en su puerta y pregunto si puedo ayudarla con algo, con el fin de sacarla de ese pozo antes de que sea demasiado tarde.

—No.

Apenas me mira. Es evidente que no quiere alargar la interacción.

Salgo a por algo de comida, seguro de que va a olvidarse de ocuparse ella misma del tema, y dejo la bolsa en su pequeño sofá. Las paredes están llenas de pizarras con cálculos algunos terminados, otros a medias. Le llevo la otra bolsa al otro que tampoco lo está pasando bien.

—Uno de los dos va a tener que empezar a comer —le digo a Weston en plan regañina light cuando ni la mira.

Su ceño fruncido se vuelve más pronunciado, se levanta y sale del despacho hecho una furia.

67



Meg



—Creí haberte dejado las cosas claras cuando llegaste aquí —al mediodía, Dallas entra en mi laboratorio como un perro con la rabia—. Que solo te permitía tener un despacho por Leia, para que mantuviera la boca cerrada. Esto siempre ha sido un paripé.

—Márchate, estoy ocupada —sigo a lo mío, sin siquiera mirarlo.

—No ibas a conseguir nada. Nunca tuviste una oportunidad.

—Halagador. He dicho que te largues.

—Lo haré cuando comas.

Eso me cabrea. En serio, mucho. Tanto que suelto una risa histérica y alzo la vista.

—¿Por qué? ¿Estás preocupado?

—Sí —sentencia con una furia desmedida, una que no se ha ganado, que no merece robarme a mí.

Agarro la bolsa que imagino que habrá traído él consigo y que es la causa de que todo mi despacho huela a tacos. Deliciosos tacos que en cualquier otro momento devoraría, pero que ahora me revuelven el estómago. Se la estampo contra el pecho sin importar si la bolsa está grasienta, ni lo cara que sea su camisa.

—Púdrete con ella.

Me agarra la cintura con determinación antes de que tenga oportunidad de alejarme. Mi pulso se dispara por mucho que sus ojos se suavicen en cuanto los alcanzo.

—Para, por favor. Deja de hacerte esto. No es culpa tuya.

—No, es tuya.

—Megara —dice cabreado.

—No tienes derecho a pedirme nada. *Nada.* Si no fuera porque con toda seguridad empeoraría tu enfermedad, desearía que

sintieras un poquito más lo que me has hecho —digo, a duras penas manteniendo el tono en su sitio, sin que se me rompa la voz.

Porque me lo has hecho a mí. Has destrozado hasta el último rincón de mi corazón y ahora te quejas por tener que ver las putas consecuencias.

Aun así… Me está tocando y a una parte de mí le calma. *Como si fuera mi hogar, el lugar al que pertenezco.* Para más inri a la otra parte de mí, a la más grande, le dan ganas de sollozar desconsoladamente.

Parece que el odio que siento por él no tiene hueco en el órgano que me late en el pecho.

He mantenido mis emociones a raya, pero no puedo hacerlo encarando esos ojos imposibles así que hago lo que tengo que hacer: me zafo de su agarre y le doy la espalda.

—No quiero verte. No quiero hablar contigo, Weston. No me importa lo que tú quieras, *necesito* que te largues.

Él se va dando un portazo… no sin antes dejar la bolsa de comida donde estaba.

68



Dean-Weston

—Leia, deja de llorar, por favor.

—¿Por eso lleva días ida, sin apenas contestarme al teléfono? ¿Por eso tarda tanto en volver a su apartamento?

Asiento.

Cada noche me quedo con ella, aunque ni me ve.

Si la cosa sigue así, pediré instalar unas camas al final del pasillo. Carbón echaba de menos salir un poco a tomar el aire, así que pido a uno de los de seguridad, el más corpulento, que le dé

una vuelta a la manzana, pero cargándolo en brazos. No quiero que pille nada. Ni tampoco puedo dejar a Megara sola.

—¿Cómo has podido no decir nada? Esto es… es *terrible,* Dallas.

—No te lo he contado porque aquí dentro estoy bien y cuando no lo esté… —sacudo la cabeza—. Pensaba despedirme, Leia.

—¿Qué estás diciendo? ¿Ibas…? ¿Ibas a quitarte la vida? —se aferra al sofá de mi despacho con las uñas.

—Vivir no debería ser una penitencia. Debería ser algo que *quieres.*

—*Dios mío* —se aferra a Carbón mientras los sollozos la sacuden con violencia—. ¿Pero y Erik? No lo soportará. ¿Y Jasmin? Tus padres… Madre mía, ¿y Duncan? No puedes hablar en serio.

Todas esas ideas me queman en la garganta.

Me froto los ojos con fuerza. Muerdo el interior de la mejilla con tal de saborear el sabor metálico, cualquier cosa con tal de no… no ceder.

—Escúchame, pequeñaja —me arrodillo frente a ella, acariciándole los brazos—. Necesito que saques a Megara de ese laboratorio.

—¡Pero tiene que ayudarte a…!

—Nadie puede ayudarme, Leia. *Nadie*. Ella no lo ve porque lo que está pasando con su madre no la deja ser racional, pero acabará poniéndose enferma si sigue así. Necesita ir a verla, salir contigo, airearse y joder, necesita dormir.

Leia sacude la cabeza y se lanza a mi cuello. Me abraza con fuerza y llora como si su tristeza pudiera curarme.

—Por favor, intenta lo que sea. ¡Por favor, Dallas, tú no…!

Me doy cuenta de que ha sido un error cuando tengo que llamar a Stanisław porque me preocupa que nunca deje de llorar.



No llevo ni cinco minutos solo en el despacho cuando Megara entra, me toma una muestra de saliva con un bastoncillo y sin mirarme a los ojos ni una sola vez, se marcha. Carbón gimotea, llora sin entender qué pasa. Lo cojo y le beso la cabeza.

—No te odia a ti. Esto es culpa mía.

Una parte de mí creía que conseguiría alejar de mí a Megara si descubría la verdad. Que acabaría con lo que teníamos. Si hubiera

sabido que lo haría, llevándosela a ella por delante, no lo habría hecho.

«—No te confundas, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para salvarte, pero te desprecio con todo mi ser».

Solo quiero dejar de joderle la vida a todo el mundo.

Stanisław



—¿Tú lo sabías? —pregunta la chica que tengo apoyada contra el pecho en un abrazo que no quiero que rompa nunca.

Trago saliva cuando alza sus ojos marrones para mirarme.

—Sí.

—¿Todo? —la voz se le rompe y el eco rebota contra las paredes de mi despacho.

Le limpio las lágrimas que no dejan de brotar, tragándome las mías como bien puedo.

—Sí, todo. He buscado segundas y terceras opiniones de ese diagnóstico, aunque Weston no lo sabe. No he encontrado nada. Él

tampoco estaba dispuesto a hacerse más pruebas antes de que Meg llegara, así que tampoco lo facilitaba.

—Stanisław no puedo… No voy a pedirle a Meg que se rinda. Es mi familia.

—Meg está pasando por un muy mal momento, Leia, no puedes cargarle con esa responsabilidad. Estoy al tanto de hasta qué punto Faith ha sido consumida por su Alzheimer y cualquier día…

—Madre mía —solloza y me siento un cabrón absoluto por no saber calmarla, por no tener nada mejor que decirle—. ¿Deberíamos contárselo a Erik? ¿A todos? Dios mío Jasmin tiene que saberlo. Esos dos jamás lo superarán. Erik es su mitad y para su madrastra…

—Precisamente por eso tienes que ahorrárselo. Dallas se despedirá de todos llegado el momento —por mucho que tense la mandíbula, se me saltan las putas lágrimas.

Llegado el momento lo perderé sin remedio. Abrazo a Leia con casi tanta fuerza como ella a mí.

Joder, cuando Violet se entere nos matará a los dos.



Entro en su despacho y como siempre, me choca lo minimalista y colorido que es.

—Tengo trabajo, ¿ya vienes a infectarme con tu virus de la vagancia? —pregunta sin alzar la cabeza de su ordenador.

Me siento en el sillón frente a su mesa.

—Solíamos pasarnos horas divagando sobre lo que nuestra biblioteca llegaría a ser. Bebiendo cerveza y tratando de resolver ecuaciones demasiado difíciles para nosotros. ¿No lo echas de menos?

Las facciones tensas de su rostro se suavizan y me mira.

—Un poco. —Sonríe—. He de reconocer que era divertido. Tenías las ideas más absurdas, pero eras el más creativo. ¿A qué viene esto ahora, Stanis? —ladea la cabeza, estudiándome con la mirada.

—¿Te apetece una cerveza?

69



Meg

La sensibilidad ocular no es un efecto secundario, es una extensión de la misma patología de Dallas, pero nadie parece haber estado estudiándolo por ahí.

Eso me genera nuevas ideas, todas malísimas, pero así suele empezar esto.

Si encontrara algo que la mucosa ocular pudiera tolerar… Se me agarran un montón de emociones a la garganta. De repente, Leia

entra en mi despacho y cierra tras de sí de un portazo.

Tengo que apretar el matraz para que no se me caiga de las manos porque cuando la veo… mi mejor amiga se ha convertido en la definición de destrozada.

Lo sabe.

Todo.

Dallas ha debido contárselo para que me saque de este laboratorio.

—Si vas a intentar convencerme de que me vaya a casa, ahórratelo.

—Voy a ser una muy mala amiga.

—No sé qué quieres decir, pero no voy a irme de aquí.

—Escúchame —se frota la nariz roja con violencia y veo que le tiemblan las manos—. No voy a pedirte eso. *Necesito* que lo ayudes.

Me da un vuelco el corazón.

—Eso es justo lo que voy a hacer —digo con la necesidad de creérmelo porque de lo contrario, me volveré loca.

—No sé si lo conseguirás, pero quiero que lo intentes. —Se agarra a mi mano libre—. Y quiero ayudar. Me da igual si es a recopilar datos, me da igual si es a limpiarte el instrumental o lo que sea. Pero *necesito* ser partícipe.

—Leia, tienes un trabajo al que…

—Que le den por culo a mi trabajo, me importa una mierda —se limpia las lágrimas con rabia—. Pero tengo una condición. Tienes que salir a tomar el aire una vez al día conmigo, dar un paseo y también ir a ver a Faith de vez en cuando. Porque si no Dallas no nos dejará en paz. Buscará la manera de sacarme de aquí, o a ti, o a las dos al tiempo. Vamos a fingir que yo estoy aquí cuidando de ti, cuando en realidad soy una amiga de mierda que solo te suplica que… hagas lo que puedas.

Me aguanto las ganas de abrazarla. Sé que si empiezo a llorar otra vez, nunca pararé.

—No voy a tenerte limpiando, Diago. Quiero que leas lo que he hecho hasta ahora y luego analices las muestras conmigo.



OBJ



OBJ



OBJ

70



Dean-Weston

Los días pasan y su ausencia me convierte en alguien desesperado, necesitado, pero resulta que también inteligente. *Cosas de la vida.* Cierro tras de mí y exhalo, por fin a las puertas de sentirme un poco mejor conmigo mismo.

USUARIO: ¿Lo tienes todo preparado?

SISTEMA: Afirmativo, toda la información de Megara Galanis ha sido registrada.

No me siento orgulloso de ser tan cerdo, pero he robado todo lo que he encontrado de ella en el Instagram de Leia. *Lo cual es una clara evidencia, de que debería tener su cuenta privada y no compartir cualquier cosa con el puto mundo entero.*

USUARIO: Bien. Reprodúcelo.

La sala DW se transforma en un restaurante de Manhattan. La habitación se llena de risas, del sonido de los cubiertos y de la música ambiental de fondo. Por supuesto, también de su puta risa maravillosa.

Me reclino en el sillón y cierro los ojos mientras imagino que es a mí a quien habla. Mientras me imagino que la tengo.

Su voz invade las paredes y vuelve a ser mía.

71

OBJ

Meg

OBJ 

Salgo del cubículo del baño sin lograr deshacerme del intenso dolor de estómago. No puedo comer nada sin que me siente como un tiro.

Nos ha fallado parte del instrumental y hemos tenido que pedir un recambio. Llegará en cuarenta y ocho horas, pero nosotras no tenemos tanto tiempo que perder. Estoy repasando uno de nuestros

muchos callejones sin salida cuando las luces que enmarcan el espejo del baño se vuelven borrosas y me tambaleo.

Me acerco al lavamanos y dudo si voy a desmayarme, a vomitar o a hacer las dos cosas. Me he tomado algo para el dolor de cabeza, pero creo que no ha llegado a hacerme efecto antes de salir de mi cuerpo.

Me lavo la cara aprovechando que hoy no me he maquillado y siento cierto alivio, aunque no excesivo. Sé que me iría bien dormir un poco, que el cerebro trabaja mejor cuando tiene cierto descanso, pero en cuanto cierro los ojos me ahogo.

Es que no le queda tiempo. Su cuerpo está a punto de rendirse y pulsar el botón de «irreversible». Mi visión se vuelve borrosa, pero esta vez por otra razón. Me deshago de toda la humedad que inunda mi cara con un puñado de papeles ásperos y salgo del baño con un propósito.

Avanza algo. Da igual lo pequeño que sea, Meg, un avance es un avance.

72



Dean-Weston

De: Amy Vojak, tu madre postiza

Para: Mi chico malo favorito.

Te escribo desde el aeropuerto más ajetreado y abarrotado del planeta para decirte dos cosas.

La primera, creo que esta cantidad de gente empieza a agobiarme, ¿podrías construirme un edificio al lado del tuyo para que seamos antisociales juntos?

Segunda, ***¿de qué vas?*** *¿Haces una reunión familiar y no me invitas?* ***Esto no se hace.*** *¿Tengo que recordarte quién te llevó por quinta vez a ver esa peli de F1 cuando solo tenías trece cochinos años? ¿Quién se coló en tu fraternidad tu primera semana de universidad porque sabía que eras demasiado tú como para reconocer que me echabas muchísimo de menos?* ***Lo que hay que aguantar.***

*Por cierto, *bajándome del tren del rencor un momentito*, te mando unas fotos de Ayris y Zane-Ryder en su luna de miel. Sí: cuando tú te cases pienso fardar* ***igual****. Escríbeme aunque sea para reconocer que no puedes vivir sin mí, que aunque yo también sea demasiado guay para decirlo, lo* ***necesito****. Y a ti. (Ewwwww, ¡¡iqué cursi!!!).*

Pd: pienso ir a verte cuando me dé la gana.

Pd2: No, no me importa que no te gusten nada las sorpresas.

Pd3: Te quieroooooo (muchísimo, pero que no se te suba a la cabeza), ¡¡escríbeme maldito adicto al trabajo!!

Amy


OBJ

73



Dean-Weston

Megara irrumpe en mi despacho y se acerca a mí con algo con lo que imagino, va a tomarme una muestra. Suelto la carta. Ni siquiera me molesta que me toque el ojo con un palo rarísimo, lo que me jode es que pretenda irse sin decir nada. Otra vez.

—Suéltame, tengo trabajo.

SUBCONSCIENTE: me estás matando.

—Llevas más de una semana sin hablarme. Sin mirarme a la cara. —Acaricio su muñeca en el lugar exacto donde le late el pulso —. Se suponía que Leia iba a sacarte de tu despacho, no a quedarse contigo.

—Insiste en hacerme compañía mientras se asegura de que coma. Deberías estar contento, es un verdadero coñazo. —Mira hacia el sofá y cuando ve que Carbón se esconde tras un cojín, agacha la cabeza.

Se la levanto con la otra mano.

—¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que no sé lo que estáis haciendo? —exhalo parte de mi rabia—. ¿Y qué hay de su trabajo? ¿Y qué hay de Faith?

—Voy a ver a mi madre a menudo —dice con la vista clavada en un punto de mi cuello—. Ya he ido tres veces.

—¿De verdad? Vaya, me gustaría haber estado allí contigo. ¿Cómo fue?

—¿Vas a seguir mucho más con el paripé de que te importan una mierda mis sentimientos? Por favor, ahórrese la saliva, señor Weston.

—Sabes que no es ningún paripé.

Resopla pero casi parece un jadeo lloroso y me revuelve las entrañas. Creo que me estoy pudriendo por dentro, como ella me pidió que hiciera.

—¿Cuando me diste los documentos, qué pretendías? —se enfada—. ¿Qué pretendías que pasara entre nosotros?

—Megara…

—Te voy a decir yo lo que pretendías. Que te odiara por ocultármelo todo. Creías que el odio me alejaría de ti y que así, cuando te mueras, me dolerá menos. ¿En qué cabeza cabe que eso es ser benevolente? ¿Sabes lo que le hace a una persona que el amor se convierta en odio? ¡¿Sabes en qué te transforma?!

—¿Has dicho *amor*?

—Suéltame, tengo trabajo.

—Megara, no puedes hablar así. No puedes decir esas cosas, sobre todo cuando no son verdad.

—Vete a la mierda, en serio —se aleja un paso al tiempo que sacude la cabeza y se le llenan los ojos de lágrimas—. ¡Si no querías que me enamorara de ti podrías haberme dejado en paz! ¡No tendrías que haberte metido en mi vida, ni haber intentado mejorarla! Eres un… eres un pedazo de…

—Asumo toda la responsabilidad. Nunca debí acercarme a ti. Nunca debí permitir esto. Eres un error que no debí cometer.

Resopla.

—¿Pretendes que me ofenda con ese comentario mientras eres incapaz de dejar de acariciarme? —mira nuestras manos y se zafa de mí con rabia—. Te has quedado conmigo todas las noches porque eres incapaz de largarte de tu puta empresa si sabes que yo sigo aquí.

—No deberías malinterpretar mis actos. Eres la mejor amiga de Leia y una mujer con la que he follado unas cuantas veces, nada más.

Tira de mi cuello y acerca su boca a la mía.

—Entonces no te importará que no coma. Que no duerma. Que me duela tanto el cuerpo de estar mil horas de pie, encorvada frente al puto microscopio. No te importará saber que un hombre ha empezado a seguirme a mi casa. Ni que mi madre ya no pueda ni levantar la cuchara para comer por su cuenta. No te importará nada de eso, ¿verdad, Weston?

La ira me engulle con salvajismo.

—¿De qué hombre estás hablando? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No voy a contarte nada. Disfruta sabiendo lo mal que lo estoy pasando, el miedo que tengo y el daño que pueden hacerme.

La empotro contra la puerta de mi despacho y las lágrimas están a punto de desbordarse de sus ojos.

—Dímelo —vocalizo cada letra con rabia.

Me pone una mano en la mejilla y me acaricia con dulzura. Es una mierda que todavía no esté recuperado por completo y me duela, porque ella es todo cuanto anhelaré el resto de mis días.

—¿Quién va a protegerme de ti, Dallas? —acaricia mi labio inferior con el pulgar mientras le corren lágrimas por las mejillas—. Te aseguro que nada me había dolido así. Tú eres el verdadero peligro.

Tiene razón. Debería dejarla ir. Principalmente para ir a buscar a quien la ha acosado y matarlo. Pero soy un puto egoísta y me desprecio por querer que me desee incluso ahora. Por necesitar que repita la palabra que ha dicho antes y va a vivir para siempre en el oscuro corazón que late desbocado en mi cuerpo de monstruo.

La beso.

No es un beso suave, ni un tanteo. Es mi oxígeno después de siete minutos bajo el agua sin respirar. La aplasto contra mí porque ella es la única capaz de anclarme a este mundo y luego me rindo.

Cedo a todo. Su lengua resbala por la mía con hambre desesperada, memorizándome como no me merezco que haga.

Cuando me aparto de ella tengo el cuerpo en llamas y quiero pedirle que se vaya. Que se aleje de mí tanto como pueda.

—Nunca debí acercarme a ti.

—Un poco tarde para eso, ya has conseguido que me enamore.

—No digas eso.

—Ojalá odiarte fuera más fácil que quererte. Te juro que lo he intentado.

—Pues inténtalo más. —La cojo de las mejillas y la atraigo hacia mí para que me mire, para que me escuche—. Estás confundida y lo entiendo, pero no puedes volver a decir eso nunca más —ordeno en tono gutural que espero resulte convincente.

—No estoy confundida.

—Sí, lo estás.

—No seas condescendiente conmigo —se aferra a mi camisa con el puño cerrado—, *sé bien* cómo me siento.

—Escúchame bien, tú *nunca* serás mía, ¿de acuerdo?

—Demasiado tarde para eso.

—Deja de decir sandeces. Lo nuestro nunca significó nada.

—*Dilo* —tira de mi camisa acercándonos peligrosamente a un beso al que me muero por rendirme—. Yo también necesito oírtelo decir. Aunque sea una sola vez. Vamos, Dallas, dilo —suplica en un susurro, pero me moriré antes de pronunciar esas palabras que acabarían con la vida que merece tener.

Ella se marcha llorando y yo no se lo impido.

74



Meg

No hay nada mejor que una confesión de amor no correspondida. Bueno sí, la repentina y total ausencia de la persona a quien iba dirigida esa confesión.

Quizá sí piensa que lo nuestro nunca significó nada.

Quizá no me está apartando para protegerme.

Quizá he sido una tonta que ha visto lo que necesitaba ver y no lo que realmente estaba pasando.

He saltado a sus brazos, he forzado las cosas, le he perseguido… soy patética y eso es lo que le digo a mi sándwich del desayuno cuando lo miro, pero no lo toco. Eso es lo que le digo a mi almohada cuando llego a la cama y en vez de caer rendida, me quedo despierta en un bucle eterno de pensamientos muy diferentes entre sí, pero jodidamente dolorosos.

Tres armarios empotrados me han estado siguiendo a casa desde que le dije a Dallas que tenía un acosador, ¿pero de él? Ni rastro.

Sé que está en su despacho hasta que me voy, sin importar si son las dos, las tres o las cinco de la mañana. Pero ya no le veo pululando por ahí. Ya no pronuncia palabra alguna cuando voy a pedirle alguna muestra o a darle algo asqueroso que tiene que beberse. Ya no me coge de la muñeca, ni me estampa contra la puerta, ni me besa, ni me toca.

Mejor, sigo enfadada con él. Además, no se me puede olvidar que le odio por lo que nos ha arrebatado. Ni de que le quiero.

Porque le quiero.



Reconozco que cuando estoy un poco baja de ánimo, más caigo en las crueles garras de la astrología, y estos días he pecado un poco de más refrescando la app del móvil. Es curioso que el icono de la aplicación sea un solete, le pegaría más una tumba.

Día trece del mes.



Alentador. Míralo, queriendo que descanse. Qué mono.

Día catorce del mes:

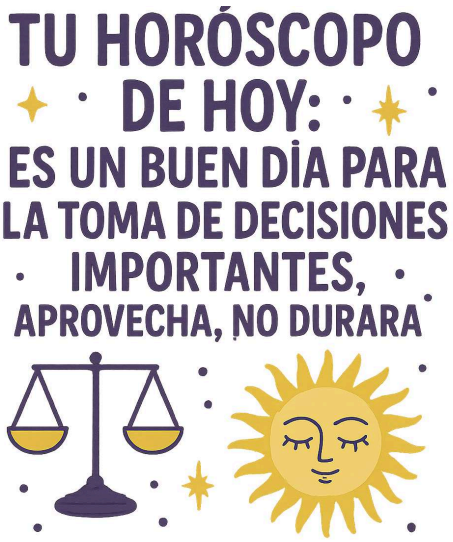


Día quince del mes:



¿Sabes? Creo que debería dejar de leer estas cosas.

Día dieciséis del mes:



¿Ves? ¿Ves como no tenía que dejar de leerlo? ¡Suerte que nunca pongo en duda la fiabilidad de sus predicciones!

A media mañana tengo claro que ha sido un fallo de la app y que pienso borrármela del móvil por mentirosa.

—Vamos, suéltalo.

—Solo un segundo más, Leia, necesito…

—Megara Galanis suelta ese matraz Erlenmeyer ahora mismo —pone con su voz de profe, de mami y de Daughbeth, y yo obedezco como una santa—. Vamos a salir a comer unas alitas de pollo crujientes e insanas y vamos a hablar de por qué nos estamos dando de cabezazos contra un muro.

—Porque somos científicas, nuestra carrera se compone de una infinita frustración con algún que otro puntual momento de *eureka*

—dejo que me arrastre—. Leis, es pronto para comer, son las once de la mañana.

—Me da igual, necesitas alimento, despejarte y tomar el aire. Las buenas ideas vendrán solas.

La parte positiva de hacer caso a tu mejor amiga, es que a veces los planes improvisados consiguen despistar a los guardaespaldas contratados por el tío que te evita.

Nos escapamos a un restaurante pequeño, mono, aesthetic *según las chicas sentadas a nuestro lado*, y por desgracia, caro.

—Estamos las dos desempleadas, tirando de ahorros, ¿y venir aquí te parece una buena idea?

—Eh, si hubiera querido ser rica, no hubiera sido científica —se burla hincándole el diente a la alita de pollo más pija de todo Manhattan.

En realidad, tenemos un buen saco de ahorros y aunque no fuera así, solo con vender una cuarta parte de nuestro armario ya podríamos vivir varios años en la Gran Manzana.

Puede que la ciencia no pague bien a la mayoría, pero si tienes buenas ideas y sabes pelear por ellas, a veces tienes suerte.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer eso, Leis?

—¿Hacer qué?

—Sabes que Dallas y yo ya no nos acostamos y desde entonces has dejado de hablarme de Stanisław.

—¿Yo? —se señala con dedos pringosos—. No es cierto.

—Quiero que me envíes una foto cuando no sepas qué vestido ponerte para vuestra cita, quiero que me cuentes eso tan bonito que te ha dicho o lo muy enamorada que estás. No importa lo que esté pasando en mi vida, siempre tendré hueco para alegrarme por tu felicidad.

Se limpia las manos, se levanta de su silla y moqueando, se sienta…

En. Mi. Regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¡No me merezco una amiga como tú! —chilla dando el cante, haciendo que todos los pijos de este lugar nos miren mientras me coge del cuello y hace pucheros.

—Leia, bájate y vuelve a tu sitio —empiezo a ponerme roja.

—¡Eres la hermana que nunca he tenido, te quiero tanto!

—Yo también te quiero mucho, pero por favor…

—Señoritas, ¿todo bien? —pregunta un camarero demasiado educado para comentarnos que estamos dando el cante y montando un espectáculo.

—Sí, lo siento.

—¡Es mi mujer, ¿vale?! ¡Voy a casarme con ella!

Ay, la madre que la trajo.

—¿Pero no ha dicho que era su hermana? —murmura una de las chicas de al lado.

Entonces Leia alza más la voz y grita «¡estamos prometidas!», y donde pensaba que habría un silencio mortificante, encuentro un restaurante lleno de aplausos.

A esta no se la puede sacar de casa. Tierra trágame.



Dejamos de estar atascadas en lo que hemos invertido las últimas cuarenta y ocho horas, justo antes de que me replantee por qué escogí esa carrera.

Ahora lo sé. Por ti. Por esto. Tengo que salvarte la vida, pedazo de capullo.

Ada me llama horas después y me sobresalto dudando si se me ha pasado alguno de sus mensajes. *Espero que no*. Lo primero que

dice cuando descuelgo es:

—Meg, tienes que venir al hospital.

Leia



Saber que tu mejor amiga solo tiene a su madre es una mierda.

Por eso le pedí a mi padre si podía invitar a Meg a nuestro paseo en el coche patrulla la mañana del día del padre. Y cuando, sentada en el mostrador le conté a dicho policía por qué, Winchester nos escuchó y se ofreció a ser su tío postizo.

Pese a eso, seguí sintiéndome mal conmigo misma.

¿Por qué tenía todo lo que ella no?

A medida que nos hacíamos mayores y cada vez admiraba más a la chica mayor que, por algún motivo, quería jugar conmigo, más ganas tenía de que las Galanis se apellidaran Diago.

Total, nuestra familia era enorme, ¿qué más daba un par de chicas más?

Me pasé toda la adolescencia dudando de si un día Meg se alejaría de mi lado, odiándome por tener más, sin haber hecho nada para merecerlo, pero no fue así. Porque Megara Galanis es la mujer más fuerte que conozco y tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Entonces le detectaron la enfermedad a Faith y tuvo que asumir que su otra mitad iba a desaparecer. Pese a lo mucho que quiero a mi madre y lo bien que me llevo con ella, nunca hemos tenido una relación como la que compartían Faith y Megara.

Es difícil de explicar. Ellas no eran solo amigas, eran madre e hija, hermanas, confidentes, abuela y nieta, compañeras de piso, y en definitiva, las dos personas que el cabrón de Andrew Marnis abandonó, la mañana que decidió marcharse sin mirar atrás.

Y Megara iba a ver cómo su madre se olvidaba de ella, igual que había hecho su padre de forma voluntaria. Supongo que no le extrañará a nadie que mi amiga haya desarrollado un miedo visceral a ser olvidada.

Hubo un antes y un después en su personalidad, un antes y un después en la facilidad que tenía para reírse. Se fue marchitando a

medida que su madre se iba consumiendo y en estos últimos meses la he visto llorar más que sonreír.

Nunca la culparía por ello, pero me parte el alma.

En otra vida, me gustaría que Megara Galanis naciera teniéndolo todo. Aunque eso significara quitármelo a mí.

75

OBJ

Meg

OBJ

Leia está muy callada, seria y con los dientes apretados, pero me sujeta la mano durante todo el trayecto en coche y eso me reconforta.

Los pasillos de los hospitales están hechos para convencerte de que todo está muy limpio. Sin color, sin cuadros, sin decoraciones. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Están en mitad de la cena cuando entramos en la habitación de Faith. Ada tiene problemas para darle el puré de verduras porque no para de repetir una palabra.

—Meg.

Se fija en mí cuando cruzo la puerta.

Intento no hacerme ilusiones, sé que es imposible, pero solo oírla pronunciar mi nombre ya es… La cara de Ada está iluminada sobremanera. Mi corazón deja de latir. Es justo entonces cuando mi madre está a punto de caerse de la cama con tal de abrazarme.

—Hijjjj… Hijjjj… ¡Hija mía! ¡Meg! ¡Meg!

—Hola, mamá. Estoy aquí. Estoy aquí contigo —*espera, aún no. No es posible.*

—Megara, mi niña, mi te…. tes… tesoro. ¿Dónde estabas? —Me coge de las mejillas y contengo el impulso de apartarme, pero me atrae hacia sí con torpeza y me colma de besos cada franja de piel que alcanza.

—Dios mío —jadea Leia, porque yo no puedo.

Me tiembla el cuerpo entero mientras tomo la arriesgada y aterradora decisión de creerme que esto está pasando. De abrazar no a Faith, sino a mi madre.

Paso los brazos por su espalda incapaz de lidiar con la posibilidad de que me corresponda. *No lo va a hacer,* me digo, pero lo hace. Se aferra a mí con todas sus fuerzas y ya no puedo contener más mis emociones. *Dios mío, es mi hogar. La tengo aquí de verdad.* Después de repetir mi nombre un gran número de veces, me aparta de sí y mientras me limpia las lágrimas pregunta:

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no estás aquí conmigo? ¿Y qué es este lugar?

—En el trabajo. Lo siento —me disculpo una y otra vez, sin el coraje suficiente para hablarle de su enfermedad.

No quiero que se asuste, ni que este momento acabe. Soy una cobarde, lo sé, pero la necesito.

—No me volveré a ir, a menos que tú me lo pidas, ¿vale?

—Pues ve buscándote una cama y un mando a distancia para poder poner las chicas Gilmore en la tele esa minúscula del techo, que no las he visto en todo el día.

Las cuatro soltamos una carcajada. Era nuestra serie favorita. *Lógico, mi madre era la mujer más Lorelai que ha vivido fuera de la gran pantalla.*

¡Y está aquí conmigo!

Después de diez minutos, Leia y Ada nos dejan a solas pese a que sé que la primera tiene ganas de quedarse. Estamos viendo a Luke refunfuñar sobre cómo *no* va a servirle más café a Lorelai mientras, de hecho, le rellena la taza, cuando pregunta en susurros:

—Ada ha dicho que es mi enfermera. ¿Necesito una enfermera?

Me limito a asentir.

—Eso explicaría muchas co-coss-cosas.

—¿Qué cosas?

—Los vacíos. No recuerdo nada de los últimos días. —Me acaricia el dorso de la mano con su inmenso cariño mientras el mismo se desborda de su preciosa mirada porque *es ella*—. Me cuest-cuesta hab-hablar, Meg.

Se me inundan los ojos de lágrimas y apenas puedo contenerlas porque no quiero que le pase esto. A ella no debería estar pasándole esto. No a alguien con su personalidad, ni tan buena.

—He tenido una buena vida. Y la mejor hija, ¿sabes? Tú siempre has sido mi mayor logro, Megara. Mi mayor tesoro.

Entrelazo nuestras manos y ya no disimulo a la hora de llorar, pero tampoco la sonrisa. Quiero decirle que ser su hija ha sido lo mejor que podría pasarle a una chica, pero no me salen las palabras y ella continúa.

—Una niña enn-en-encantadora y lista, rebelde, pero con un corazón enorme —los ojos le brillan con orgullo—. Me preocupé un poco cuando al cumplir dieciocho no querías saber nada de chicos y estabas más interesada en la universidad que en cualquier otra cosa. No quería que te saltaras tu etapa alocada.

—¿Y qué opinas ahora?

—Que tu personalidad ya es lo bastante alocada y atrevida, no necesitabas ninguna etapa para agravarla —dice entre risas y termina contagiándomelo a mí también.

—He tenido una buena maestra.

Rory ha llegado del instituto y viene hablando de libros, de música y de su mejor amiga como una metralleta. Nuestra conversación se vuelve confusa en algunas frases, pero tiene su toque irónico divertido que sin duda es el paraguas al que me aferro en mitad de este diluvio.

—¿Dónde estabas Meg? —vuelve a preguntarme, acariciándome el pelo.

—En el trabajo.

—¿Quieres ver las chicas Gilmore? —pregunta y cuando mira hacia el televisor, sus cejas se alzan con ligera sorpresa y mucho agrado.

—El horario de visitas ha terminado hace cuarenta minutos, nadie puede estar aquí a estas horas —la voz severa de una enfermera intimidante nos llega desde la puerta de la sala.

Pero otra la supera diciendo:

—Ella se quedará el tiempo que necesite.

Un escalofrío vibrante me recorre la espina dorsal al reconocer de quién se trata sin siquiera girar el rostro.

Altísimo, imponente, con su traje impoluto y una mirada gélida que jamás podría olvidar, hace saber a la enfermera quién manda aquí. *¿Cómo será tener tanto dinero y poder? ¿Y cuánto tiempo llevaba en la puerta? ¿Le ha llamado Leia? ¿Ada? ¿Debería enfadarme o puedo admitir que le quiero conmigo?*

—¿Qué haces tú aquí?

—Qué hombretón más guapo. ¡En mis tiempos no los hacían así!

En los míos tampoco. Cuando lo hicieron a él, rompieron el molde.

Dallas sonríe de forma encantadora y se toma su comentario como una invitación a entrar. Se acerca y mucho, hasta que solo huelo a bosque.

—No deberías haber salido.

—Es de noche, tranquilízate —dice en tono suave, acariciándome el vientre con la mano extendida como si estuviéramos otra vez en buenos términos, como si no me hubiera destrozado el corazón con sus mentiras—. Señora Galanis, creo que no nos hemos conocido oficialmente. Mi nombre es Dallas Brodly.

Me deja de piedra.

Luego le extiende la mano y quiero alargar yo la mía para tocarle la frente, porque es evidente que tiene fiebre.

—¿Sales con mi hija, Dallas Brodly? —pregunta, sin acordarse de que ya lo conocía.

—No. Nunca podría merecérmela, señora Galanis. —Le planta un puñetero beso en el dorso de la mano.

Mi madre se ruboriza y le brillan los ojos, encantada. Sin saber a qué demonio le está estrechando la mano. *Ya parece dispuesta a empujarme a sus brazos a cambio de un par de cabras, ¡peor que la señora Bennet!*

Antes de que pueda echarlo fuera de la sala, Dallas se sienta a los pies de la cama.

—Kirk es un personaje jodidamente raro.

—Pero entrañable —añade mi madre.

—¿Tú has visto las chicas Gilmore? *¿Tú?*

—Pareces un poco sorprendida.

Intento encontrar las palabras, pero después de mover la boca como un pez fuera del agua y no dar con nada, asiento y abro los ojos como una loca.

Mi madre tira de mí y vuelve a tumbarme a su lado. Supongo que vamos a ver las chicas Gilmore… los tres. Juntos.

¿He respirado algún gas tóxico en el laboratorio y estoy yéndome al más allá, no?

76



Dean-Weston

Verla contenta, oírla reír, me produce unas profundas palpitaciones en el pecho. Creo que me estoy muriendo. *De otra cosa, quiero decir.*

—Soy un kayak, escuchadme rugir —dicen a la vez, haciéndole los coros a Lorelai Gilmore, y luego ríen.

Saco el móvil y enciendo la grabadora sin que se den cuenta.

—Mira, ¿ves a Rory? Así es como tienes que leer para que no te duela la espalda. En esa postura.

—Ya, mamá, eso está muy bien si piensas leer los dos minutos y medio que dura la escena, pero te pasas así cuatro horas seguidas y te dolerá la espalda por más sitios de los que sabría señalar un médico frente a un esqueleto humano. Y eso que he oído que son súper listos.

Me muerdo la sonrisa.

—Vale, vale, ¿y si luego pasamos a cuando Lorelai le canta a Luke *I Will Always Love You*?

—Siempre serás una fan loca de Whitney Houston, ¿eh?

—Por supuesto, el buen gg… gggu…

—¿Gusto? —la ayudo cuando se calla y el ambiente se tensa.

—Sí. El buen gusto musical, no se pierde aunque te hagas vieja. —Faith se vuelve a reír, pero menos.

Megara le besa la mejilla y siguen viendo la televisión en silencio. Y yo entiendo por qué Leia estaba llorando en el pasillo.

77



Meg

Me distraigo porque Emily Gilmore es una bruja mala de lo más entretenida y no me doy cuenta de la mueca, ni del ceño fruncido de mi madre. De que hace rato que ya no presta atención a la serie. Ni se ríe. Entonces, de repente, pregunta:

—¿Te he pegado alguna vez?

Giro el rostro hacia ella y tiene el suyo descompuesto mirándome el antebrazo. Es imposible que lo recuerde, la

enfermedad jamás se lo permitiría. *Pero está claro que hay algo.*

—No.

—Meg…

—No, mamá. Nunca. Ni cuando me lo merecía. Siempre has sido una madre modelo con una niña muy trasto.

—¡Lo he hecho! —grita, su voz rompiendo el silencio que corría por el pasillo con el resto de habitaciones donde los demás pacientes duermen—. ¿Y camino…? ¿Puedo cam-cam-caminar… s-sss-ssssola? Dios. ¡Dios mío!

—Mamá, tranquila. Me tienes aquí.

—Aléjate de mí, Meg —me empuja de la cama y se altera más.

Da miedo verla así. Pero no puedo apartarme de ella en pleno ataque de pánico.

Los gritos atraen a Leia, a Ada.

—Tranquila, Faith, estás a salvo —Ada le sujeta las manos entre las suyas para que le preste atención, pero no funciona.

Los gritos aumentan. Atraen a tres enfermeros. Dallas me aparta de la cama cuando una de las manos de mi madre está a punto de alcanzarme la cara, sin querer.

—Esperad —suplico cuando dicen de sedarla.

A Ada no le gusta nada. Jamás lo permitiría si no fuera de extrema necesidad. Si no fuera porque los latidos de su corazón, en el monitor, se están acelerando peligrosamente.

Pero nadie me asegura que mañana cuando despierte seguirá recordándome. Nadie me asegura que esta no será la última vez que mi madre me mire a los ojos y me… *me vea.* A mí. A su hija.

—¿Y si esperan a que su hija intente…? —prueba Leia, en un amago de convencerlos mientras se interpone en el camino de quien sujeta la vía.

La apartan a la fuerza. Mi madre está roja, nerviosa, no quiero ser egoísta, ni que sufra. Le digo que la quiero, aunque no creo que me oiga.

Ella sigue haciendo preguntas que ya he respondido hasta que deja de hacerlas.

Leia



Estamos a las puertas del hospital.

Ada se marcha cuando le insisto, porque tiene que descansar. Ya está haciendo más de lo que legalmente podríamos pedirle. Es un encanto, pero esto… no puede hacer nada por las Galanis ahora.

Me siento una inútil.

—Vámonos a casa, Meg —le digo cogiéndola de la mano, pero Dallas tira de ella y la pega más a su pecho.

—No. Voy a quedarme con ella.

—Tú ni siquiera deberías estar aquí fuera, tonto. Hace mucho tiempo que la noche dejó de ser inofensiva para ti, pedazo de

cabezón de los cojones. Vete y déjame llevarme a mi mejor amiga a su casa para…

—Yo cuidaré de ella —dice en tono firme, pero dulce, si es que eso es posible—. Dale tus llaves a Stanisław, pequeñaja.

Me giro y lo veo ahí, en la acera, acercándose a nosotros con cara de querer arrancarle la cabeza al responsable de mis lágrimas.

Quiero correr hasta él y Stanisław lo sabe, así que me funde contra su cuerpo en cuanto me alcanza, acariciándome el pelo y protegiéndome de todas las cosas malas de este mundo. O esa es la sensación que tengo.

—¿Qué haces aquí?

—Ojalá me hubieras llamado tú. No puedes volver a llorar así sin que esté presente. Nunca —me ordena y creo que quiero casarme con él.

Aquí y ahora.

—Vete a casa, Leis —dice Dallas—. Yo me encargo de Megara.

—¿Meg?

Ella asiente sin dejar de llorar, con el pañuelo pegado a la cara y estoy segura de que recriminándose no haber conseguido recomponerse todavía. Me subo al coche de Stanisław y solo entonces me permito soltarlo todo de verdad. Hasta la última gota.

Por cruel que suene, yo no lloro por Faith.

78



Dean-Weston

—¿Qué hacemos en DW? —pregunta al bajarse del coche, tambaleándose un poco, todavía sin tener claro cómo va a demostrarme que ella y yo ya no somos amigos.

—Quería llevarte a mi casa, pero he pensado que te sentirías más cómoda en un lugar que ya conocieras. Hay zonas de lectura en la biblioteca donde puedes dormir.

—¿Por qué haces esto? —se vuelve hacia mí y me golpea el pecho con los puños cerrados, pero es tan flojo que casi parece el intento de una niña pequeña—. Te duele estar aquí fuera y solo llevas una maldita gorra. Mírate los ojos, joder, ¿es que quieres quedarte ciego? ¡¿Tanta ilusión te hace dejar de verme la cara?!

Vuelve a sollozar y quiero arrancarme la piel a tiras para sentir un dolor que pueda controlar.

—Por favor, entra conmigo.

—No, *itú* entras! —me empuja hacia las puertas—. *Yo* me largo. No quiero estar a solas con un hombre para el que no significo nada.

—No puedes estar hablando en serio.

—¡No querías nada de mí! Querías alejarme. Voy a ponértelo muy fácil, Weston.

Se gira y de repente soy consciente de que no estamos solos en la calle, por tarde que sea. Su presencia ha eclipsado mis reflejos y ahora hay un hombre cerca de su espalda.

—Hola, Meggy.

79



Meg

Creo que voy a vomitar.

Hay un límite de emociones malas a las que puedes someter a un cuerpo humano antes de que se revele y su estómago empiece a hacer de las suyas.

El hombre que tengo delante ya no es pelirrojo, pero lo fue. Lo sé por las fotos. En mi memoria, no queda mucho de él, salvo esa

vez a los trece cuando me lo encontré en Acorn Hill. Esa vez de la que nunca le hablé a mamá.

«—No habría sido un buen padre, Meggy. Es mejor así».

Prohibí a todos mis amigos que volvieran a pronunciar esa palabra después de aquel día. Y eso que me encantaba el apodo. Y eso que todo el mundo me llamaba así.

—¿Cómo estás, Meggy?

Las náuseas me suben por la garganta, pero de algún modo, me las aguanto.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estaba en el hospital el día que oí a una enfermera pronunciar el nombre de tu madre. Alzheimer, ¿eh?

Lo dice sin un ápice de sentimiento real por ella. Jamás creí que un hombre tan frío pudiera estar emparentado conmigo.

Pero fue él el que pudo mirarme a los ojos sin remordimiento, después de ocho años de abandonarme a mí y a mi madre, y fumarse un cigarro en mi cara antes de dejarme en mitad de una calle de Acorn Hill como si no fuera su propia hija.

—¿Y a ti qué te importa? No es asunto tuyo. ¿He de suponer que este encontronazo es mera coincidencia?

Se carcajea y suena ronco, con exceso de mucosidad y a su sonrisa le faltan unos cuantos dientes. Solo entonces soy consciente de que tiene mal aspecto.

Dioses, si parece un puñetero vagabundo. Tiene los brazos llenos de manchas y también la cara. Y algunas heridas.

Ha dicho que la vio en el hospital, ¿le pasará algo?

Joder, que no te tiene que importar este hombre, Megara.

—Imaginaba que si puedes pagarle una visita en un hospital tan caro como ese, debes ganarte bien la vida —mira la fachada de DW —. ¿Trabajas aquí?

—No.

—Mentirosa —masculla, sus iris volviéndose más oscuros.

Dallas se interpone entre el cuerpo de mi padre y el mío.

—Piénsate mejor tus próximas palabras si quieres conservar los dientes que te quedan.

Mi corazón da un vuelco porque me proteja. Como es evidente, no he tenido muchos roles masculinos que acudieran en mi rescate cuando lo necesitaba.

Mi padre entra de nuevo en mi campo de visión cuando retrocede con las manos alzadas, pero con una mueca cargada de malicia.

—¿Eres tú el Dean-Weston que pagó la factura del hospital de mi mujer?

—No vas a sacarle ni medio dólar, ¿me oyes? —No me puedo creer que sea mi padre. El que cazó a una mujer increíble y logró que tuviera un bebé con él. *Mi mayor trauma me lo causaste tú—.* Tiraste por la borda todo lo que vivimos como si fuera solo basura. ¡Era tu hija! ¿Y ahora quieres hablar?

—No deberías haberlo sido. Hay gente que no debería ser padre.

—En eso estamos de acuerdo.

—Habría convencido a Faith de que se largara de Acorn Hill conmigo si no hubieras estado tú de por medio. Las cosas habrían sido diferentes.

—Puede. Pero antes de que finjamos que esa realidad sería mejor que esta, contéstame a una cosa. ¿La cuidarías? Si dependiera de ti, ¿te ocuparías de ella ahora que está enferma?

—En esa realidad tendría dinero y podría pagar a gente que se ocupara de ella.

Traducción: no. No la cuidaría.

—Deberías darme algo a cambio por lo que me debes —añade.

—¿Disculpa? ¿Deberte yo a ti? ¿El qué, el psicólogo al que tuve que ir de adolescente porque mi padre se largara de repente, un

miércoles cualquiera, sin decir ni siquiera por qué?

Eso es lo que más rabia me dio de todo.

Tenía una madraza. Una madre que valía millones y que hacía de padre, de madre y de todo. Una persona increíble que era mi mundo entero. Y aun así, tuve que admitirme a mí misma que la herida que este hombre me hizo, no parecía capaz de parar de sangrarme nunca. Tuve que ir a terapia porque sentía que ese agujero en mi pecho nunca dejaría de crecer y acabaría por engullirme entera.

—Criar a un bebé cuesta mucho dinero, Meggy. Fueron cinco años. Además, os dejé la casa.

—La casa la pagó mamá con sus ahorros, su trabajo y el sudor de su frente. Tú tenías los bolsillos rotos, siempre perdías todo el dinero que caía en tus manos. —*Y aun así tuvo las santas narices de abandonarnos porque estábamos «apagando su potencial».*

Eso fue lo que me confesó mi madre cuando pregunté, el primer descanso que volví a casa tras irme a la universidad.

¿Es que de verdad no va a haber nada justo en esta historia? La impotencia de que sea mamá la enferma, Dallas el que no puede salir al puto sol, me revienta. Ahora más que nunca.

—Pídemelo —ruge Dallas en un tono monocorde, mirándome las lágrimas que se me acumulan en los ojos.

—Meggy, podemos tener una relación si quieres. Soy bastante barato. Dime cuál es tu presupuesto y vendré a verte cada semana.

—¿Puedes hacer que se vaya? —le suplico a Dallas en poco más de un susurro y los de seguridad de DW, a quien ni siquiera había visto, pero estaban ahí, se lo llevan por la fuerza.



OBJ



OBJ



OBJ

80



Dallas...

Conozco el dolor lo suficientemente bien como para no hacer preguntas estúpidas a lo «¿cómo estás?», cuando es evidente que una persona lo está pasando mal. Pero cuando me quedo sin cosas que hacer, las palabras me traicionan saliendo por sí solas de mi boca.

—Me has traído a la mejor biblioteca del mundo y me has puesto al origen de la romántica en el regazo, ¿cómo crees que estoy?

Mal.

Está mal y yo no puedo ir a matar a ese malnacido porque imagino que eso la pondría más triste.

—¿Te ha hecho daño alguna vez?

—¿De manera física o emocional? —se ríe. Tiene los ojos rojos, igual que la nariz y aunque no la veo del todo bien, me jode el dolor que esta mierda de noche le ha causado.

—Puedo ayudarte a vengarte, Megara. Podemos quitárselo todo.

—Pero no puedes devolverme a mi padre. No puedes evitar que me pidiera dinero con trece años. El daño está hecho.

—No importa, podemos hacerle mucho más de lo que…

—Para. —Me coge de la mano—. Tú no eres así.

—Mi imperio se basa en hundir a escoria como tu padre.

—¿Tú lo has visto? Como si tuviera algo que perder —sacude la cabeza—. No quiero pensar en él.

—Vale. Esto es lo último que digo al respecto, pero voy a encargarme de que no vuelva a acercarse a ti. Es lo mínimo que puedo hacer y no aceptaré una negativa.

Sus ojos tristes y brillantes sonríen, se acerca a mí y sella sus labios con los míos. No me muevo, no tengo tiempo de responderle

antes de que se aparte, pero durante ese instante vuelvo a sentirme vivo.

Estoy a punto de atraerla hacia mí y besarla como quiero. Como se merece. Venerarla hasta que se le quiten las ganas de volver a derramar una sola lágrima. Pero me contengo.

Megara acaricia mi labio inferior con el pulgar y luego besa una de las comisuras de mis labios antes de apartarse del todo.

—¿Es verdad que estás protegiendo a los pingüinos de la extinción? —se le curva un poco la sonrisa.

Puto Stanisław.

—Sí.

—¿Por Lily MacAlister?

Stanisław, puto bocazas.

—Sí.

Se le escapa una risita, pero que no se parece en nada a su personalidad risueña habitual.

—Eres un sol, Dallas Brodly. Por eso no puedes salir ahí fuera en pleno día. El planeta no soportaría semejante sobrecarga.

—Soy un cabrón. No puedes olvidarte de eso.

A duras penas estoy sobreviviendo lejos de esta mujer, esa es la verdad.

Podría haber aceptado mejor mi enfermedad, junto con la idea de morir joven, si hubiera tenido una década con ella. Es una pena que haya tanta diferencia de edad y que ni siquiera en mi imaginación eso sea posible. *A veces algunas piezas del puzle salen rotas y la única opción que te queda es tirarlas.*

Megara apoya la cabeza en mi hombro.

Estamos solos en la biblioteca y… dudo si enseñársela. Si llevarla a *esa* puerta.

Pero sé que aun no está preparada. Todavía no. Quizá el día que lo haga, encuentre paz. O quizá me odie definitivamente. Estoy dispuesto a arriesgarme, sea cual sea el resultado.

—No te asustes, pero creo que voy a llorar un poco.

—No te asustes, pero te abrazaré si lo haces.

Asiente. La cojo y la subo en mi regazo. Ella se acurruca contra mi pecho y suelta más de lo que nadie debería cargar.

—¿No es irónico? —pregunta después de un rato, cuando el pelo se le ha pegado a la cara y tiene los párpados hinchados—. No fui suficiente para él. Igual que para ti tampoco.

—Megara.

—Es la verdad.

—¿La verdad? Joder, no tienes ni puta idea de la verdad. —Me muerdo la lengua para no hablar de más—. Vas a tener una buena vida, Megara Galanis.

—¿Cómo lo sabes? ¿Piensas seguirme la pista?

—Sí. Seré tu ángel de la guarda.

La tristeza vuelve a inundarle los ojos y abrazo su cuerpo, la estrecho entre mis brazos e inclino la cabeza hasta que mi boca encuentra la suya. Me responde al beso. Me reta incluso en esto. Incluso en la forma de besarnos parece que estamos discutiendo, compitiendo, peleando.

—Tú eres todo lo que cualquier hombre desearía tener. —Le beso la mandíbula—. Lo eres *todo.*

—Por favor… —suplica tirando de mi camisa, de mi cuerpo.

—No tengo ninguna vida que ofrecerte. ¿Es que no lo ves?

—Podrías ofrecérmela aquí, contigo, solos tú y yo —dice y entro en su juego, imaginando que me quedaran muchas décadas de vida.

El siguiente beso me succiona el alma y me vuela la cabeza. *¿Qué tiene en la boca, joder?*

—Jamás te encadenaría a una vida de oscuridad —suelto, demasiado metido en ella como para reprimir la verdad.

Me agarra de las mejillas con una mano y me obliga a mirarla. Entonces, con un hilo de voz roto y vulnerable:

—Tú eras uno de los pocos rayos de luz que tenía, pedazo de idiota.

No. Puedo. Más.

La desvisto. Y lo hago cerciorándome de venerar cada centímetro de su piel, como lo que es: la última vez.

81

OBJ

Meg

OBJ

Pasan los días. Voy a ver a mi madre un par de veces y puedo comprobar con creces que ya no me recuerda. Vuelvo a ser la vecina de Leia, que viene a verla de vez en cuando.

No pasa nada. Así no se cabrea, ni se pone nerviosa. En el fondo es mejor. Aunque tampoco habla mucho. Creo que esto me está consumiendo el corazón, pero antes de abandonarla preferiría morirme, gracias.

No soy tonta, sé que sin el apoyo de Leia, Ada y Dallas, estaría en una situación terrible. Pero aun así, soy incapaz de sentirme afortunada. *Qué ingrata*.

Transcurren un par de días más y Leia sigue siendo igual de plasta. Hacía s-e-m-a-n-a-s que no me apetecía hacer algo fuera de este laboratorio. Es todo un suceso digno de estudio.

—No tienes por qué sacrificarte —me dice.

—No es ningún sacrificio.

—Son cuatro niñas pequeñas.

—Las adoras, ahora no finjas que no.

—Ya, pero hacer de canguro puede ser tedioso.

—No más que esta conversación. —La lanzo una mirada burlona y cuando la desvío, veo el séquito de gotas para los ojos, un saquito de calor para la espalda y vitamínicos que Tesse y Jesse no dejan de traernos.

Obviamente, sé quién está detrás de todo. El mismo que se metió tan dentro de mí en la biblioteca. El mismo que todavía lo siento en todas partes.

Aunque no voy a pensar en *eso*. Otra vez, quiero decir. *Vale, necesito un respiro. Un par de minutos al día en los que no esté*

pensando en eso.

¿Por favor?

—¿Otra vez estás pensando en tu sesión de sexo en la biblioteca?

—Nunca debí contártelo.

—¿Qué diría Jane Austen?

—Que si encuentras a tu Darcy y no te corresponde, estás jodida de por vida, maja.

«Jamás te encadenaría a una vida de oscuridad». ¿De qué narices va ese tío? ¿Por qué? ¿Por qué diría algo así? Que me ate las muñecas y me encadene a lo que sea mientras hace con mi cuerpo lo que le dé la gana, muchas gracias.

«—Dallas —gimo cuando me besa como si tuviera el mundo entero en sus manos, cuando me embiste y se mete tan dentro de mí que creo que no podré librarme de su esencia ni aunque me arranque la piel.

Tampoco quiero.

—Eres tan preciosa —dice contra mis labios antes de que compartamos un beso húmedo y necesitado que me hace olvidarme de las lágrimas que hasta hace bien poco inundaban mis ojos, mi garganta y mi pecho.

Dallas mete una mano entre nuestros cuerpos y me toca como se le antoja, haciendo que el placer sea explosivo y el orgasmo inevitable. Me rompo una y otra vez, hasta que él lo hace conmigo. Hasta que siento hasta la última gota cálida de su deseo en lo más profundo de mi ser».

Madre mía. ¿Que qué diría Jane Austen? Que soy una científica calenturienta y que cuando todo esto termine, tendré el corazón todavía más roto que ahora. Eso diría. Porque era lista. A diferencia de mí.

Intentando olvidar lo que sentí con sus labios en zonas palpitantes de mi cuerpo, carraspeo.

—Háblame de tu vida amorosa, que es mucho más interesante que la mía. Veo que Stanisław ha vuelto a enviarte flores. Me encanta ser un gasto colateral —digo toqueteando mi ramo porque, por algún motivo, se empeña en mandarme uno a mí también.

Cada. Vez.

Para Leia flor de loto y para mí, que no tengo predilección por ninguna en especial, un ramo con todas las que se me ocurriría pensar. *Este polaco es un encanto.*

—¿No ha llegado ya ese momento? —se sube las gafas protectoras a la cabeza.

—¿Qué momento?

—El que ambas confesamos que sabemos que no son de Stanisław.

—¿De qué estás hablando?

—Meg, cielo… —Se calla, deja la frase a medias.

Se genera un silencio dentro de mi cuerpo. Mis células dejan de hacer su trabajo. Noto un cosquilleo en las manos que debe ser un claro síntoma de la muerte inminente.

Dios mío.

—¿Por…? ¿Por qué iba a hacer *eso?* —dejo de tocarlas cuando me quemo.

Ella no contesta.

—Deberías ir a darle las gracias —me pone una placa de Petri en la mano para que arree con el trabajo y yo me vuelvo a poner en marcha.

—Lo haré —miento como una cochina y en un desesperado cambio de tema, pregunto—: ¿Sabes lo primero que hacía mi madre los domingos por la mañana?

—¿Dormir?

—Poner a Whitney Houston a todo volumen. Y luego cantar con la escoba mientras limpiaba como si estuviera en los Grammys.

—¿Y tú qué hacías? ¿Traerle flores? —tantea.

—Yo era la corista oficial, el público y la que entregaba premios y bayetas.

Nada de flores.

Nos reímos, pero poco a poco, el eco de las carcajadas deja un peso extraño en el ambiente.

—¿Has pensado en ello, Meg?

—¿En qué?

—En si no lo conseguimos —Leia hace un gesto para señalar todo este despacho, el instrumental, el trabajo a medias, las teorías y las hipótesis escritas hasta en la publicidad de restaurantes chinos —. ¿Has pensado en lo que pasará después?

—No.

—¿Deberíamos? —pregunta con un ligero temor.

—*No.*

—Vale.

—Comprueba el cultivo.

—Voy.

Me quedo quieta unos segundos, pero vuelvo a arrancar apilando todas mis emociones en el cajón de «no tocar».

Yo sé lo que me pasará a mí si esto no funciona.

Lo sé bien.

82

OBJ

Meg

OBJ

Bien entrada la tarde, también conocido como el momento de «cuando ya no me queda más remedio», entro en el despacho del gran CEO todopoderoso y… no está.

Pero su teléfono sí. Y Carbón también.

Una no puede sino aprovechar la oportunidad. Bajo los inmensos ojazos de un gatito que, ni de coña, va a delatarme, me acerco a su

mesa y aún más a su móvil. Solo entonces le susurro al algoritmo, alto y claro:

—Juguetes para gatitos pequeños. Cómo ser vulnerable y hablar de sentimientos. Los hombres también lloran. Comida premium para gatitos. Cómo liderar una empresa y además tener tiempo libre. Aprender a dormir ocho horas. Peluches para gatitos. Libro de autoayuda de cómo dejar que la chica decida si quiere que estés en su vida o no. Aprender a decir te q…

—¿Qué haces?

Doy tal grito que Carbón gasta tres de sus siete vidas. Me giro muy rápido y lo veo apoyado en la puerta de su despacho. Ha entrado y ni me he dado maldita cuenta.

—Buscarte. Te estaba buscando.

—¿Agachada frente a mi mesa? —mueve una ceja y le brillan los ojos—. No te confundas, me gustaban las vistas.

Me gusta cuando intenta decir cosas de capullo y no le sale.

—¿Qué traes ahí? —pregunta mirándome las manos, sin poder apartar la vista de mis ojos… o mis gafas.

Creo que tiene un fetiche o algo así. Admito que me pone bastante llevarlas desde que me di cuenta.

—Ah, sí. He venido porque tienes que… —Ni siquiera pregunta qué es, coge el frasco de entre mis dedos, rozándome con los suyos, y está a punto de bebérselo—. ¡No! ¡¡Detente!!

Me alza la otra ceja, todavía con la cabeza inclinada y la nuez expuesta.

—Vaya giro de los acontecimientos.

—No se bebe, es una pomada para las manos, el cuello y la cara —tiro de su brazo para que lo aleje de sus labios.

—Ayúdame —pide abriéndola y empezando por el cuello.

Descubro, más pronto que tarde, que untarle pomada en la cara a un tío con el que tienes cierta historia, no mola nada. Y no ayuda en todo eso de la distancia.

—¿He de suponer que me saldrá un tercer brazo con esto?

—Una segunda cabeza.

—Genial.

—¿Qué? ¿Te arruinarás con semejante gasto de gomina?

—Más bien tener dos voces hablando de ti todo el día será lo que me arruine la existencia —mis manos se detienen frente a sus palabras—. Perdona. Se me daba mejor apartarme de ti cuando no nos hablábamos.

No lo hagas. Por favor, no te alejes.

—Ah, y me gustaba más bebérmelo.

—Mala suerte. Tengo que hacer las pruebas que hagan falta para ver si puedo crearte la mejor crema solar de la historia de las cremas solares. No te hagas muchas ilusiones, no va a ser un proceso agradable.

—No te las hagas tú, Megara —dice en tono solemne revelando lo que sé que piensa: que nada de esto va a funcionar, que es absurdo, que debería tirar la toalla.

Pero no lo haré. Después de estudiarlo, de examinarlo, he podido comprobar hasta qué punto se inflaman sus vías respiratorias cuando la enfermedad lo tortura. Pero me da igual. No voy a rendirme.

—El Taj Mahal fue creado por amor. Yo diseñaré mi versión en crema. —El emperador Shah Jahan mandó construir el Taj Mahal como mausoleo para su esposa favorita, Mumtaz Mahal, quien murió al dar a luz a su catorceavo hijo. La amaba tan profundamente que su muerte lo destrozó.

—Ordenó construir *la tumba* más hermosa del mundo para ella.

—Yo seré más rápida que el emperador. Yo llegaré a tiempo. He preparado mi casa para que puedas venir a pasar la tarde-noche.

—¿Cómo dices? —parece halagado, sorprendido y a punto de decirme que no.

—Tengo que comprobar los efectos que este ungüento tienen en tu piel en unas… —miro mi reloj—, tres horas y media. Leia va a cuidar de las hijas de tu prima Láhria…

—No es mi prima, ni de lejos.

—…y como son cuatro niñas pequeñas, voy a echarle una mano —prosigo ignorándolo—. Eso te incluye a ti ahora.

—No.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres ver la cara que pone Lily cuando le diga lo que has hecho por ella y los pingüinos? Si no quieres que estropee tu fachada de tipo duro, más te vale venir. —Me acerco más—. ¿O temes que verte jugar con ellas me vuelva loca y te pida que me folles en el baño del piso de Leia?

Endurece la mandíbula como para partírsela.

Va a venir.

Pues claro que va a venir.



83



Dean-Weston

Jodido, estoy jodido porque yo sí quiero pedirle que me deje follarla en el baño en cuanto veo el desbordante cariño que tiene para las pequeñas MacAlister.

Tengo entendido que solo conocía a la primogénita y a la siguiente en la línea de sucesión, es decir Naomi de diez y Lily de ocho. Pero que a Elena de seis y Xhavia de dos, todavía no había tenido el placer.

No parece que esas dos hayan tardado mucho en considerarla el hada mágica del bosque o lo que sea a lo que están jugando. No paran de tirar purpurina por el suelo.

Quiero. Follarme. A esta. Mujer.

Y eso que Kían-Lysander y Láhria ni siquiera se han ido todavía. Voy a tardar dos segundos en empalmarme.

—Deja de mirarla así. —Me dice Stanisław en tono de advertencia.

—¿Así cómo?

—Te la estás comiendo con los ojos y hay niñas presentes. ¿Quieres que Lysander te rompa los dientes?

Cierro los ojos. Tiene razón, soy un cerdo. Voy a la cocina después de ofrecerme a hacer cafés. Entre las dos científicas metidas de pleno en sus papeles de salva-mini-princesas, y los padres embelesados con el espectáculo, dudo si me oyen.

Abro el armario y cojo una taza con forma de matraz rosa que *no* va a sacarme una puta sonrisa, aunque lo mío me cueste. *Es una nerd. Joder, es que no puede ser más nerd.* Kían-Lysander entra en la cocina cuando todavía estoy con su café, se apoya en la pared y resopla en plan dramático.

—¿Qué hay, tío?

—No puedo hacerlo.

—¿Eso de lo que hemos hablado antes? Ya lo creo que sí que puedes —le aseguro buscando las cucharillas.

—Estoy casado.

—Solo es una noche, Láhria no se va a enterar. Mañana seguirás estando casado, pero un poco más satisfecho.

—Pero es *mi mujer,* ¡tengo cuatro hijas con ella! —se acerca, gritando en susurros.

Dejo lo que estoy haciendo para mirarle porque la gravedad de la situación lo requiere.

—Contéstame a una cosa, ¿tú quieres acostarte con Juliette?

—Sí —afirma una sola vez con la cabeza.

—Pues hazlo tío, yo te cubro. Me invento cualquier cosa y le digo que vamos a ir a DW. Láhria nunca lo sabrá. Una noche es una noche, ¿no, campeón?

—Hola, chicos —dicha mujer entra en la cocina.

—Láhria, esto no me gusta —dice Kían en el mismo tono, sin dejar de mirarme a mí.

—Que sí, tú sigue —le insiste.

—Voy a acostarme con Juliette —afirma como si estuviera a punta de pistola.

—No lo pronuncias bien, se dice Juliette, ¿no ves que es francés? —le dice ella—. Venga, dilo con sentimiento. Vas a ponerme los cuernos, por el amor de dios, ¡se supone que estás pensando con tu erección!

Estos dos tienen rollos muy raros para mantener la chispa del matrimonio encendida. Y no me importaría una mierda, si no fuera porque me han obligado a ser cómplice de este teatro de los huevos.

—No puedo, me planto —dice Kían/*Mathis* el de la torre Eiffel—. No soporto la idea, me repugna. Estoy muy enamorado de mi mujer y la francesa esa se puede ir a Francia o a donde le dé la gana. Yo me voy a buscar a mi chica a Saltwater. —La levanta de la cintura, la sube a la encimera y la besa.

—Vale, mi amor. No jugamos más.

—¿Me prefieres antes que a ese sucio Mathis?

—Todos los días de la semana y del año —le pasa los brazos por el cuello y lo besa.

Son empalagosos y repelentes… Y bastante monos. *Qué ascazo.*

—Los cafés ya están, si os ponéis a follar en la cocina de Leia se los doy a vuestras hijas —sentencio.

Digamos que Juliette y Mathis no tardan nada en seguirme fuera de la cocina.

Stanisław



—¿Qué haces? —pregunta Leia cuando aparezco frente al espejo del baño mientras se lava las manos.

Mirarte. Obsesionarme contigo. Comerte con los ojos. Imaginarme una vida a tu lado.

Decido soltarle algo más normal, aunque ya me ha demostrado con creces que no se asusta con facilidad.

—Preguntarme dónde estabas. ¿Qué haces tú?

—Intentar deshacerme de la plastilina que se me ha quedado bajo las uñas. —Me enseña la mano y todavía le queda un buen montón de pegote rosa. La ayudo solo porque quiero tocarla. Soy un interesado. Y ella guapísima. Qué enfermedad tan enloquecedora la

nuestra—. ¿Has oído antes la historieta de Lily con sus pingüinos? ¿Pueden ser más monas?

La miro y sacudo la cabeza, sintiendo que tengo un bicho dentro del estómago y me está comiendo vivo. Qué suerte tengo, cojones. ¿En esto se ha convertido mi ex-vida monótona solitaria?

Por desgracia mi subconsciente es un grandísimo hijo de puta y aprovechando que tengo la guardia baja, me traiciona y suelto:

—Hijos.

—¿Qué?

—Nada.

—Has dicho hijos.

—¿Quieres tener?

Leia deja de mover las manos bajo el grifo. El agua se vuelve más fría. Ella me aguanta la mirada.

—¿Ahora?

Me obligo a no decirle que sí.

Pero sí.

Si ella quisiera, sí, esta misma noche. Mañana por la mañana podríamos casarnos en cualquier juzgado. Me cambiaría el apellido a Diago y podríamos empezar a tener hijos.

Si ella quisiera.

—¿Stanisław? —me mira y casi parece que le está dando un ataque.

Mi polla palpita porque aun así está arrebatadoramente guapísima. El corazón me hace cosas raras y me pregunto si voy a dejar sin padre a mis hijos antes incluso de tenerlos.

—Voy a decir que no, con tal de no asustarte —suelto una risita de gilipollas mientras le beso el hombro, pero cuando me alejo ella sigue igual de asustada. Mierda, mierda—. Perdona. Naomi me ha llamado Stanisflaf, creo que me ha ablandado de más. —Carraspeo —. Voy a irme antes de que…

—Sí.

Parece más asustada todavía, así que me callo. Y espero. Espero un poco más.

—En… en algún momento sí querría… sí. Con mi marido.

Qué bien suena esa palabra en sus labios.

Sus ojos encuentran los míos otra vez y el corazón se me sale del puto pecho. Se me escapa una amplia sonrisa. La atraigo hacia mí y cierro la puerta del baño de una patada.

84



Meg

Sesenta y nueve problemas tengo, y sumando.

Ver a Dallas con Xhavia, que se ha quedado frita poco después de que empezara el juego porque solo tiene dos años y lo de que estén las persianas bajadas para ella es sinónimo de «buenas noches», me está haciendo replantearme muchas cosas.

Como por ejemplo: *¿de verdad pasaría algo por hacerle un hijo a este hombre?*

Es evidente que yo no quiero uno, y que él, que se hizo la vasectomía, tampoco.

Pero una parte de mí, cuando lo ve en el sofá acunando a Xhavia… *vale, no uno. Dos. Trillizos. ¿Veinte? ¿Pero a mí qué me pasa?*

—¿Estás bien, hada del bosque?

—No.

—¿Quieres unos polvos mágicos? —pregunta Leia, espolvoreándome purpurina por el pelo mientras me lanza una mirada que va tan con segundas como su frasecita.

Sí que los quiero, la verdad. Mágicos, sudorosos y calientes polvos mágicos.

Los padres de las MacAlister se han ido a celebrar su aniversario de… bueno, no sé de qué exactamente, pero me recuerdo que mi cometido está casi a ras del suelo y me cercioro de que las niñas se lo pasen bien.

Nos disfrazamos, cantamos y nos montamos nuestras películas.

Pero Dallas. No me quita. La vista. De encima.

Es todo un suplicio.

Dejo de agitar la varita mágica que tengo en la mano cuando el ambiente se caldea y empiezan a temblarme hasta las pestañas.

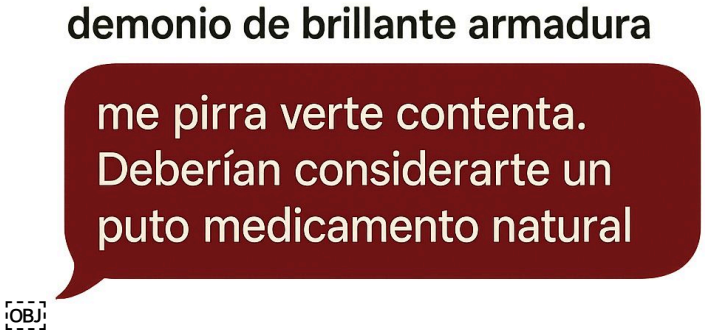
Porque… bajo su atenta mirada, todo lo que hago parece obsceno. En un intento de huir descaradamente, salgo del salón con la convicción de que no me seguirá.

No puede, tiene un bebé en brazos.

Santo cielo, ¡¡no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza nunca!! Encima la pequeña Xhavia duerme como un tronco, así que aunque armemos jaleo ni se despierta, ¿puede ser más mona esa criatura de mofletes rosados y regordetes? *Vale ya de tanto babear con las niñas. Y con el que no es una niña.*

Vale. Ya.

Dallas no me ha seguido, pero con lo que no contaba era con que me enviaría un puto mensaje.



¿Por qué no puede decir cosas normales como «me follaría tu sonrisa» o algo así? ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente… él?

—Holi. —Elena me encuentra en el pasillo—. Tengo sed.

Y yo, hija, y yo.

—¿Y si vamos a la cocina a por un buen vaso de agua?

Asiente y echo a andar. No he sacado ni los vasos cuando dice:

—¿Puede ser Nesquik?

Si me lo pides con esa voz, puede ser lo que tú quieras, hija.

—No veo por qué no. —Quiero acariciarle el pelo, pero aun no me atrevo a tomarme esas confianzas, así que me aguanto.

Como imagino que sus hermanas querrán al verla beberse uno, preparé dos más. *O tres. ¿Dallas querrá?* Me río ante la idea, no me imagino al jefe de DW siendo fan del Nesquik, pero se lo pienso ofrecer.

—¿Eliges las tazas, Elena?

—Esta para Naomi, esta para mí… —canturrea subida en una silla mientras yo la vigilo.

Una parte de mí no entiende cómo lo hacen los padres para dejar a sus hijos en el colegio o con un familiar, ni cómo narices consiguen quitarles la vista de encima y respirar tranquilos. Menuda preocupación de que alguien les haga daño o que sufran un accidente. Creo que por eso Láhria y Kían-Lysander han tardado lo suyo en irse. Me da que yo no podría hacerlo nunca.

—Me encanta lo oscuro que está todo.

—¿Sí?

—¡Sí! Siento que es mucho más tarde, ¡y que soy mayor! —dice antes de abrir y cerrar la mano pidiendo una de las mías para bajar de un salto de la silla.

¿Puedo adoptarla?

—¿Crees que podrías decírselo a tu tío Dallas?

—¿Por qué?

—Se pondrá contento. Pero que sea nuestro secreto que te lo he chivado, ¿vale?

—Claro —sonríe con pillería—. Al mío ponle mucho Nesquik, porfi.

Pregunta si puede ir llevando las tazas y tengo el «ni de coña» en la punta de la lengua, pero claro. Elena tiene seis años. Ergo, si Elena quiere llevarlo, pues vale. Que lo lleve.

¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que se derrame? Pues lo limpio. Y si se rompen las tazas, pues… Pues que le den a las tazas, vale más una niña feliz que una taza bonita. *Soy una blanda. Suerte que esta es la última vez que tengo contacto con niñas pequeñas.*

Llevo la última taza, la del señor Brodly, y cuando entro al salón en el que Leia está dando su concierto del siglo, veo a Elena

inclinada sobre el brazo del sofá, susurrándole algo a Dallas que le hace sonreír.

El revuelo que provocan las mariposas de mi estómago son más bien violentas sacudidas que atentan contra mi seguridad.

Volvemos a jugar. Lo cierto es que me gustaría haber tenido el día entero para divertirme con ellas. Son pura dulzura e inocencia.

—¿Tú has conocido ya a tu Hércules? —un índice diminuto se me clava en la mejilla sin maldad alguna.

—¿Cómo? —pregunto terminándole una de las dos trenzas que Leia y yo le estamos haciendo a Naomi.

—La película Disney, Megara —me chiva cierta hada de los bosques.

—Ahhhh —*pues mejor si no contesto, ¿no? Así evito traumarlas.*

—A Hércules quizá, pero trabaja para Hades —suelta Stanisław.

Miro a Dallas y no lo niega. Solo tensa la mandíbula y me aguanta la mirada. Sacudo un poco la cabeza, con disimulo, pero él… parece que sí lo cree.

¿Es así como se ve? ¿Como mi captor? ¿El que me retiene de tener la vida que merezco?

A ver si va a estar ciego de verdad.

—¿Es malo tu jefe? —pregunta Lily con una mueca triste, sin entender por qué su tía Leia se está partiendo el culo con precario disimulo.

—Sí que lo es —Stanisław sigue, sin fijarse en la mirada asesina que le está lanzando el tío del sofá.

—Cállate —le ordena Dallas.

—Pobre —dice Lily abrazando su peluche de pingüino.

—Ya te digo. Le pone las cosas difíciles a Meg —sigue Stanisław —, *duras*. Muy duras. Y le obliga a hacer jornadas *largas*.

Madre de dios.

Dallas se levanta y despacio, camina hasta la cuna de Xhavia para dejar a la bebé dentro. Para entonces Stanisław ya se ha excusado para "ir al baño" y se le oye correr por la casa.

85



Dean-Weston

Ya con las cuatro MacAlister cenadas, con los dientes limpios y acostadas en sus diminutas camas, las hadas del bosque han terminado su jornada laboral con una pequeña representación breve de Bella. Según he oído *«la tía más guay de Disney, porque es una viciosa de los libros y ella sabe».*

Meg y yo nos quedamos solos con todo ese silencio ensordecedor de fondo.

Me sigue a la cocina, y se da cuenta de que lleva sonriendo horas. Yo lo sé bien, no he perdido detalle de esa lluvia de estrellas fugaces. *Mi milagro.*

Me dice que tome asiento y que necesita ver los efectos que ha tenido la pomada que me ha puesto antes en la oficina, y yo obedezco.

—No le has contado a Leia lo de tu padre —afirmo, por algo que ha salido antes en la conversación, antes de que ellos dos se fueran, un comentario sobre *aquella noche* que me lo ha dado a entender.

Megara sacude la cabeza.

—No quiero hablar de mi padre con Leia porque por horrible que suene, ese tema siempre ha sido delicado para mí porque aunque la quiero con toda mi alma…

—¿Qué? —la acaricio, aunque creo que no se da cuenta.

—La envidio. Bastante. Ella tiene un padrazo y yo no, y no puedo evitar comparar mi vida con la suya. —Hace una mueca—. Es horrible porque es mi mejor amiga y me hace sentir culpable pensar así, pero es la verdad. Así que no puedo decirle que mi padre, el que no se parece en nada a Levi-Ryan Diago, ha venido a pedirme dinero después de catorce años sin dar señales de vida porque se me cae la

maldita cara de vergüenza —sacude la cabeza—. Mi vida es patética. *Yo* soy muy patética.

—No.

—Por si fuera poco, estoy segura de que me tendría lástima si se lo dijera. Creo que es inevitable que me la tuviera, con lo empática que es, y eso me hace sentir todavía peor. Así que prefiero callarme. ¿Te has…? Seguro que no, pero, ¿te has sentido así alguna vez?

—Siempre he tenido envidia de mi hermano por estar sano.

Me acaricia la mejilla con cariño.

—No quieres que él enferme, solo querrías estar sano tú también. Eso es normal, no te hace ser ningún monstruo.

—A ti tampoco, Megara.

Me aguanta la mirada. Y yo hago lo mismo con ella.

Mi corazón golpea con fuerza en mis oídos.

Me pregunto cómo puede ser tan compleja y tan transparente a la vez, encajar tan bien conmigo y al mismo tiempo no darse cuenta de que soy lo último que necesita en su vida.

Vuelve a sacar el tema de la pomada.

—A ver, déjame comprobarlo.

—Estoy bien.

—Eso está por ver —se acerca más poniendo esa mueca de concentración que tanto me pone—. Han pasado ya más de cuatro horas y media desde que te la puse.

—¿Cuatro ya? —pregunto para llenar el vacío.

Luego carraspeo. Sigue estando muy cerca.

—Tienes la piel de la cara un poco roja, pero las de las manos y el cuello se ven bien. Es un poco extraño, la dermis de tu cara no ha mostrado una mayor reacción a nada de lo que he testado hasta a… —deja de hablar cuando la cojo de la cintura y le clavo un poco las yemas de los dedos en un intento de no perder el control.

Está entre mis piernas. Ha hecho que me sentara en una silla para poder mirarme desde las alturas y eso ha dejado cierta parte de su cuerpo en mi cara.

—Como si lo bien que hueles y que me pongas tus tetas en la cara no fuera suficiente tortura, ¿ahora vas a empezar a decirme guarradas científicas? No tengo la cara roja por lo que me has untado antes.

—¿Mis…? —se sonroja y se da cuenta de que todavía va vestida con ese pon verde de hada del bosque. Entregaría mi puto imperio con tal de que me dejara arrancárselo con los dientes—. Perdona, yo… —hace el amago de alejarse, pero no la dejo.

Asegurándola con una de mis manos, le toco la tripa con la otra. No puedo negar que he pensado en lo increíble que sería no estar enfermo, tener una vida y suplicarle que llevara uno de mis hijos.

Embarazada estaría guapísima. Me correría tan fuerte y tan dentro suyo, que no habría lugar a error.

—Dallas, ¿en qué estás pensando? —me mira agrandando los ojos, como si lo supiera.

—Estoy intentando ser responsable —digo en un gruñido ronco y bajo—. Estamos a cargo de cuatro niñas. —*No puedo desnudarla y comérmela porque necesitaría un tiempo que no tengo.*

—Cierto. Y los otros dos adultos medianamente responsables han ido a comprar nuestra cena y aunque estén dormidas… —gime flojito, retorciéndose de ganas—. Convencernos sería más fácil si dejaras de mirarme así.

—¿Y si no?

—Será un problema.

—Uno para el que tengo solución. Vas a tener que hacerlo rápido, ¿vale, preciosa? —Bajo la tela, subo uno de mis dedos hasta que acaricio uno de sus suculentos pezones—. Y ser silenciosa. Yo vigilaré la puerta. Tú solo tendrás que correrte en mis dedos. ¿Te parece bien?

Asiente. Se muerde el labio cuando mi pulgar aprieta su clítoris a través de la mojada ropa interior y ya estoy durísimo. Mi dulce Megara. Siempre mojada para mí. *Me moriré de sed, de ganas de bebérmela, eso será lo que me mate.*

—Deja de hablar así —suplica porque, al parecer lo he dicho en voz alta.

Se retuerce cuando presiono un poco más fuerte, pero veo que desvía la mirada hacia la puerta, que no se deja llevar del todo. *Mi chica no sabe que vivo para verla correrse de manera salvaje.*

La muevo hasta la puerta y la cierro, poniendo una mano encima para que nadie pueda abrirla. La erección me duele cuando me la saco de los pantalones, pero el alivio cuando la cuelo entre sus piernas no tiene puto nombre.

—*Dallas*.

—Me pone tanto oírte pronunciar mi nombre así.

—¿No vas a…?

—¿Metértela? —repito con una sonrisa arrogante, recordando lo que ha pasado antes en el pasillo, los únicos minutos que hemos estado solos.

«—Estás estresado.

—No más que de costumbre.

—El estrés puede hacer que tu cuerpo rechace todo el trabajo que estoy haciendo tienes que relajarte. Métemela. —Parpadea varias veces y no dice que es broma. Espero. Sigue sin decirlo. Se le curva la sonrisa—. Deberías ver la cara que tienes ahora mismo.

—No vuelvas a hablar así. Nosotros ya no nos acostamos.

—Claro que no —me susurra en el oído antes de marcharse y dejarme con un enorme problema en los pantalones».

Sé que ella está pensando en eso, a pesar de que haya ocurrido hace horas.

—Me gustaría, Cacahuete, pero si lo hago… —me acerco a su oreja y la muerdo—. No seré capaz de salir de dentro de este coño perfecto ni en cinco horas.

—¿Q-qué pretendes?

Le enseño exactamente qué pretendo.

Resbalo entre sus piernas. Entre sus labios. Sin meterme en la calidez de su sexo. Es superficial, pero estamos tan cachondos y necesitados que no sé quién palpita con más fuerza. Le beso el cuello hasta dejárselo brillante. La toco por todas partes pero nada me basta.

Megara empieza a temblar enseguida y cuando se corre, le pellizco uno de sus increíbles pezones y la beso para que no grite.

Aunque quiero que lo haga. *Quiero muchas cosas que no puedo tener, joder.*

Estoy mojado por su miel y solo con mirar nuestros cuerpos ya podría correrme un puto mes. La fricción es demencial, deliciosa, una tortura.

Se lleva una de mis manos a la boca para evitar chillar, pero no deja de moverse contra mí como una desesperada serpiente de lo más encantadora.

—Muerde —le ordeno y que me obedezca… joder, soy un cabrón básico, pero hace que me corra.

Así, sin más.

Le agarro el culo soltando la puerta con tal de acercarla a mí, de mantenerla en el sitio, de cerciorarme de que no llego a penetrarla.

Es entonces cuando, en el último segundo del orgasmo, cuando estamos rotos por el placer, ella mueve las caderas y se empala sola.

Me destroza. Alarga mi placer cuando choco con las paredes de su límite con fuerza. Suelto un gruñido desesperado mientras ella tiembla con otro orgasmo, poniendo los ojos en blanco y mordiéndose el labio en puro éxtasis.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto al tiempo que oigo la puerta de casa, cuando todavía estoy dentro de ella por completo.

—Porque contigo soy incapaz de resistirme. Nunca sé respetar las normas.

Se aparta de mí demasiado rápido. Lo odio. La necesito otra vez. Me da igual que nuestros amigos estén a punto de pillarnos.

—Ve al baño, yo les recibo —dice bajándose la falda de su atuendo de hada del bosque.

—No.

—Dallas —desvía la mirada hacia mi pantalón y, joder, sí.

Tengo que irme aunque no quiera.

Salgo de allí justo antes de que su mejor amiga y mi mayor incordio entren. *¿He dicho ya cuánto odio a la gente?*

86

OBJ

Meg

OBJ 

Leia y Stanisław van a pasar la noche aquí, pero Dallas y yo vamos a volver a DW a por Carbón, que era demasiado pequeño y vulnerable para conocer las manos pringosas y afectivas de cuatro niñas pequeñas.

Él no lo sabe, cree que voy a quedarme con la parejita, pero quiero acompañarle. Me estoy volviendo un bicho dependiente que no hace más que reprimir sus infinitos y hambrientos impulsos de

treparle encima. Debería estar asustada, pero tengo más hambre que otra cosa.

—Me encantan esas renacuajas —me dice Leia tirada en el sofá a mi lado mientras los hombres de la casa limpian los platos de la cena.

—A mí también.

—Las adoro, las quiero.

—Son buena gente en versión chiquitita.

Se ríe. Yo también. Tenemos la risa tonta desde hace un rato. Creo que he bebido un poco de vino, aunque ella no. La muy fulana responsable.

—Ver a sus padres tan enamorados después de cuatro hijas me da esperanzas en el matrimonio. Igual sí que se puede tener todo.

Igual sí está borracha.

—Como buena escorpio, tendré esperanza por las dos de que nos pase lo mismo.

—Te he dicho mil veces que no puedes ser todos los signos, que eres el que eres, dependiendo de cuándo naces.

—A menos que seas un milagro del horóscopo como yo. La mesías de la astrología, algo que también soy. Entonces lo eres todo.

—Eh —Leia se incorpora un poco para mirarme—, ¿vas a contarme lo que ha pasado en nuestra ausencia?

—¿A qué te refieres? —esquivo su bola curva como puedo.

—Estabas rarísima y roja cuando hemos entrado en la cocina —baja el tono—. Y tenías pelo de follar.

—Me acojo a la quinta enmienda de la constitución de los Estados Unidos.

—No somos abogadas.

—Maldita seas, Diago, yo lo dejé estar cuando después de tu baile de fin de curso…

—¡Y un pimiento! —chilla en susurros—. Mientras los cachorros de Bruno mordisqueaban el largo de mi vestido, me obligaste a contároslo todo a ti y a Marggy.

Su abuela merecía saberlo.

Tenía derecho sanguíneo.

—No lo recuerdo, ¡no debió pasar así! —me duele el estómago de tanto reír.

—Volviste a Acorn Hill de la universidad solo para el cotilleo, ¿y ahora no quieres soltar prenda? ¡Ya te vale!

Nuestras carcajadas llegan hasta las lágrimas.

Cada recuerdo lo empeora y una contagia a la otra. Imagino que tener una hermana debe ser muy similar a esta sensación. Mi risa siempre suena con eco: la suya.

—Me lo he pasado en grande esta noche. Gracias por ayudarme con la tropa —apoya la cabeza en mi hombro y yo le cojo la mano que me pilla más cerca.

—No hay de qué, hada del bosque.

Cuando Stanisław y Dallas aparecen, todavía nos quedan muchas tonterías por las que reírnos.



Recogemos a Carbón del despacho de Dallas y vamos a la biblioteca.

Ni siquiera hablamos de ello, solo vamos allí como si fuera nuestro lugar secreto o algo así. Siento rechazo y miedo hacia esa parte que le hizo rico, la innovadora, esa con la que ayuda a mucha gente, pero me encanta la de los libros. Me hace sentir una casa cuando en realidad, dudo que vuelva a tener una. Un hogar, *per se*.

—¿Por qué lo tratas así? —señalo su mano, que la tiene colocada de tal forma que no le deja espacio para lo que quiere ese bichito peludo y chiquitín que es: dormirse—. No lo dejas descansar.

—No soy su cama.

—¿También eres su Hades? —no sé por qué he dicho «también», pero él asiente.

Lo veo dejarlo en el sofá en el que lo hicimos aquella vez, y tal y como suelta a Carbón, es evidente que siente un inmenso cariño. Que lo quiere y que no está esperando a que se gane su afecto.

Entonces caigo.

No quiere que se encariñe con él.

—Finges que no te importa porque pretendes devolvérselo a Erik —pronuncio las palabras y su cuerpo se tensa—. Idiota. Él ya te quiere.

—Ya lo sé, pero imagino que me querría más si fuera correspondido —me aguanta la mirada y mi mundo tiembla.

Quiero pedirle que tenga esperanza, pero no soy capaz. No cuando estoy nadando en incertidumbre veinticuatro horas al día.

—Ven —coge mi mano y tira de mí.

El último vistazo que le lanzo a Carbón, ya está frito.



Empiezo a dudar de si este hombre ha echado un vistazo a mis fantasías sexuales cuando pasan quince minutos y sigue hablándome de libros que ha leído. Porque se los ha leído toooodos los que hay en esta biblioteca.

—¿De verdad? ¿Todos? ¿Incluido…?

—¿Por qué iba a dejar *Orgullo y Prejuicio* al margen, a ver?

—¿Qué sé yo? ¿Masculinidad frágil? —se ríe un poco y yo también—. ¿Y bien? ¿Te gustó? Si es que no, no hace falta que me digas por qué, podemos dejar de ser amigos sin más.

Vuelve a reírse y a mí se me curvan los dedos de los pies dentro de las botas.

—Aquellos que consideran que la romántica es un género al que solo se puede mirar por encima del hombro, deben tenerla muy pequeña.

Para, ya te he dicho que eres mi héroe, joder.

—Me gustó, pero es una pena que la escritora no tuviera su final feliz en la vida real después de escribir semejantes historias.

Igual que tú, que traes a la vida a los seres queridos de muchos afortunados porque crees que no puedes hacer lo mismo con los tuyos propios.

Porque hay algunas almas que son tan bonitas, tan puras, que transforman su propio sufrimiento en felicidad para los demás.

Subimos más escalones y espero que su gusto se vuelva un muermazo en algún momento. No pasa. Espero que me cierre la puerta, que deje de permitirme el lujo de ver su personalidad en su máximo esplendor. Tampoco ocurre.

Empiezo a dudar si es el vino. Si estoy durmiendo la mona en el sofá de mi apartamento.

—Te estoy aburriendo.

—No.

—No has dicho nada en los últimos doce minutos y sueles ser una… —se calla cuando le beso.

Noto la piel caliente bajo mis palmas y un latigazo de preocupación me sacude al tiempo que lo hace el placer y el deseo. «*Se esperan migrañas lumínicas intensas, incluso con iluminación artificial».* No podrá leer cuando eso pase. *Tampoco podrá hacerlo si pierde la vista, so tonta.* Profundizo el beso, pero es él quien conquista mi boca. Mi mente se divide en este momento y en los

avances, en los callejones sin salida, en los potenciales desvíos, en lo que podríamos llegar a tener.

—Tranquila —susurra acariciándome como si no fuera yo la que le ha arrebatado las inhibiciones, la que le ha causado una buena fiebre y la que lo empalmó de forma química.

La que lo ha estado usando como su conejillo de Indias sin parar. *Soy a quien ha dejado hacerle todo eso.* De repente, mi cerebro deja de ser un cretino odioso.

—¡Ah! —exclamo callándome a mitad del grito.

—¿Megara? ¿Qué pasa?

—Nada —digo, pero me insiste con la mirada—. Bueno, solo que he tenido una idea que… No me importaría comprobar si cambiando un par de… No tiene importancia. Ni quiero aburrirte. Deberíamos irnos a casa, a dormir, seguro que mañana…

—¿Quieres subir a tu laboratorio, verdad?

—¿Yo? —resoplo. *Sí*—. Qué va. Tendría que estar loca, son las tres y media de la mañana.

—Megara.

—¿Un momentito?

Subimos.

Vaya si subimos.

Ni siquiera se queja cuando le tomo un par de muestras. Nos ha salido bien la prueba de hoy y por lo visto, las buenas ideas traen consigo más buenas ideas. Chúpate esa horóscopo, ahí te atragantes con tu «no durará».

¿El cálculo en el que Leia y yo llevábamos atascadas cuatro días? Lo he resuelto.

A eso de las cuatro y cuarenta y cinco es evidente que nadie va a irse a dormir, que la ciencia, en realidad, resultó ser una buena elección laboral. ¡¡Y que estoy a punto de traumar a Carbón con un espectáculo para mayores de veinticinco!!

Es entonces cuando me vibra el móvil con una llamada. Un gélido escalofrío me recorre la columna vertebral cuando leo en la pantalla que se trata de Ada. Descuelgo.



—Una amiga enfermera me ha llamado hace una hora porque Faith estaba inquieta. No creía que fuera nada grave, pero he venido de todas formas. Ha hablado un poco conmigo y… ha sido de repente. Lo siento mucho, Meg.

Sigo teniendo el teléfono pegado a la oreja, pero dejo de oírla.

87



Dean-Weston

Un vaso sanguíneo del cerebro de Faith reventó causando una hemorragia masiva. Un aneurisma. Perdió la conciencia y aunque se dieron cuenta enseguida, no hubo nada que pudieran hacer.

Megara no ha dicho ni una palabra.

He cogido su móvil del suelo y Ada me lo ha contado.

Antes de que colgara, Megara ha salido disparada hacia el ascensor sin siquiera abrir la boca. Le he pedido que me dejara

llevarla y tampoco ha contestado.

—No es verdad —dice mientras conduzco, cuando los primeros rayos de sol chocan contra la luna del coche.

—¿Cómo? —le pregunto, acariciándole la pierna como hasta ahora.

—Mi madre no se iría así. Si algo bueno tiene el puto Alzheimer de mierda es que es progresivo. Paulatino. Va poco a poco consumiendo al paciente, no de sopetón. Joder —se ríe—, eso ha sonado mucho más horrible de lo que pretendía.

—Megara…

—Esta Ada —chasquea la lengua, sacude la cabeza y vuelve a reírse—. ¿Por qué no me pide que vaya y ya está? Quizá haya pasado lo de la última vez. Quizá mi madre se acuerda de que tiene una hija y Ada quiere darme una sorpresa.

Aprieto el volante sin saber cómo abordar el tema sin hacerle daño cuando eso es más que jodidamente inevitable.

—Megara, Ada no te ha mentido.

—Mi madre no ha tenido un aneurisma, Dallas. Venga ya. Eso significa que esto no es real. Además, Ada habría sonado diferente. Más histérica. Seguro que es todo una broma.

Sale del coche casi antes de que haya aparcado.

Cojo las gafas de sol, pero paso de la gorra porque no quiero que llegue al ascensor antes de que la alcance. Tengo el pulso a mil. Megara tiene dibujada una sonrisa tensa en los labios y sigue sacudiendo la cabeza, emitiendo esa risa incrédula y nerviosa de vez en cuando.

Imagino que a estas alturas Kían y Láhria ya habrán vuelto al apartamento de Megara, así que envío un rápido mensaje a Leia. Intenta aparentar normalidad, pero que no se haya dado ni cuenta de que ya ha amanecido y yo estoy aquí con ella, ya corrobora todo lo que sé. Agarro su mano con fuerza, pero ella apenas cierra el gesto.

Está a punto de caerse varias veces de lo deprisa que va.

Llegamos a la habitación y Ada tiene la cara descompuesta.

Sobre la cama y el cuerpo de Faith, hay una sábana blanca. Megara se suelta de mi mano y va tan rápido que nadie puede frenarla. Aparta la sábana, ve a Faith y es como si le arrancaran el centro de gravedad.

Su cuerpo entero tiembla, se rompe delante de mis ojos y llora como nunca he visto llorar a nadie.

88

OBJ

Meg

OBJ 

Aparto la máscara de oxígeno que alguien me coloca delante de la cara con una violencia desmedida y no es porque me encante que me ardan los pulmones, sino porque siento que me ahogaré con mis propias lágrimas.

Tenía muchas cosas que decirle todavía. Según la puta ciencia nos quedaban meses juntas. Quizá habría vuelto en sí una última vez.

—Yo me encargo —oigo la voz severa de Dallas y luego una puerta cerrándose.

Me quita el cristal de la mano y veo los pedazos de la jarra de agua en el suelo junto con un montón de vasos.

—¿He hecho yo eso? No me acuerdo. Fíjate igual tengo Alzheimer. O quizá mi corazón deje de latir hoy mismo. —Se me mueven los hombros de la risa, no puedo dejar de llorar y estoy armando tal espectáculo que no me extrañaría que alguien hubiera llamado a la policía.

—Ven aquí-

Dallas. Dallas está aquí conmigo, abrazándome, repitiéndome que no estoy sola. *Dios mío.*

—Desahógate —me obliga, como si no me permitiera ninguna otra escapatoria y no sé por qué, si he demostrado ser una rebelde sin causa, obedezco.

Le empapo la camisa y lloro sin sentir que algún día voy a saciarme lo más mínimo.



Miro mi mano y todavía siento la de mi madre. Fría. Se la he cogido, no entiendo por qué no la tengo ya conmigo. Oigo muchas voces a la vez, pero es como si hablaran en otro idioma. Las únicas palabras que entiendo son dos.

Está. Muerta.

Y nadie me la va a devolver.

Leia entra en mi campo de visión, arrodillada frente a mí, apoyada en mis piernas. No estoy segura de si seguimos en el hospital. Las lágrimas no dejan de correrle por las mejillas. Quiero secárselas, pero mi cuerpo no se mueve. Dice algo, pero no la entiendo.

Oigo a Dallas en alguna parte y aunque no le veo, no pasa nada. A mi cerebro le sirve igual. Pienso que dentro de no mucho, le tocará a él. *Y tampoco podré evitarlo.*

Y luego, en unos años, Leia se casará con Stanisław y dejaré de tener un hueco en su mundo feliz porque yo nunca volveré a serlo.

¿Cómo podría sin ellos?

Leia



Ada se turna para curarle las heridas a Dallas, que están tardando más en cicatrizar esta vez, y comprobar la vía que le ha puesto Meg para que no se muera de inanición.

Lleva sin moverse de la cama desde que se enteró de la noticia y hoy se cumplen tres días. Pasé el límite de preocupada hace tanto tiempo que ya no sé ni cómo describir lo que siento. Salgo de su dormitorio cuando oigo que Dallas entra en el apartamento de Meg.

—Esta tarde es el funeral —le digo cerrando la puerta tras de mí cuando salimos a hablar.

—¿Falta algo que pueda…? —un Dallas, paliducho y de ojos tristes no termina la frase, pero no hace falta.

—No, Stanisław y yo ya nos hemos encargado de todo, pero no sé si le gustará a Meg. No me habla.

—A mí tampoco. A nadie —dice como si fuera su responsabilidad personal y que se ponga a la cola de las culpabilidades, yo voy la primera.

Todavía recuerdo la escena cuando llegué al hospital.

Meg no paraba de romper cosas, estaba fuera de sí. Dallas con su propio sufrimiento en carne viva, tuvo que cogerla en brazos y llevársela de allí para que no llamaran a la policía.

El problema fue que perdió el conocimiento poco después y, bueno, menos mal que teníamos a Ada con nosotros.

—¿Crees que la ceremonia va a ser demasiado para ella? Tendría… tendría que haber sido en Acorn Hill, ¿sabes? Pero no la veo capaz de subirse a un avión en estas condiciones y Faith siempre dijo que quería que la incineraran. ¿Y si cambia de opinión? ¿Y si…?

Me rodea con sus brazos y se me escapan algunas lágrimas sin querer. No hago otra puta cosa, soy lo más inútil que existe.

—Lo has hecho bien, pequeñaja.

Eso dice, pero está más roto que yo. Y a él esto no le viene nada bien.

Stanisław llega con la comida para todos. Bajo a recibirle a la entrada de nuestro edificio con la excusa de ayudarle con las bolsas, solo para estar a solas con él en el coche.

—Necesito seguir investigando para Dallas, el tiempo corre, pero Meg era la que daba todas las órdenes y hay muchas cosas que yo no sé. Ella llevaba semanas metida de pleno cuando yo aparecí y… madre mía, ¿y si no soy capaz de seguir adelante con la investigación? Dios mío, ¿y si no puedo ayudar a Dallas?

—Paso a paso, skarbie, poco a poco. Ahora lo único de lo que tienes que preocuparte es de esta tarde y de Meg. Mañana por la mañana iremos juntos a DW y te ayudaré a organizar la información, y en todo lo que pueda.

—¿Pero y si no se recupera? ¿Y si Meg nunca vuelve a ser la misma? Solíamos se un equipo para enfrentarnos a todo lo de Faith, pero ahora me ha dejado fuera. ¿Y si esto es demasiado para ella? Madre mía, muchas veces creí que no había nada peor que ver lo que le estaba pasando a Faith, verla consumirse cada día, pero ya no estoy segura. Al menos antes la tenía consigo.

—¿Qué ha dicho tu madre? —Me acaricia con un mimo que me destroza y a la vez me hace fuerte, hoy no me entiendo ni yo.

—Viene para el entierro con mi padre, Constance y Winchester, pero nadie más. Es como si en Acorn Hill ya se hubieran olvidado de Faith.

No se me terminan las lágrimas.

Stanisław



—Tío, tienes que comer. Te estás quedando en los huesos.

—¿Vienes a ayudar? —pregunta moviendo el sillón de en medio de la pequeña sala.

Hace varios días que fue el funeral de Faith y mi mejor amigo se ha pasado en esta sala de la biblioteca cada minuto, porque por lo visto "nada de esto estaba listo todavía".

Lo ha mejorado, pero ya bastaba.

Sobre todo porque ni siquiera sabemos si va a dar resultado, si Meg va a querer siquiera oír hablar del tema. Aunque Leia cree que puede ayudarle, yo no estoy tan seguro.

—Sí, vengo a ayudar. Ya que Violet va a aprovechar nuestra ausencia para dar un golpe de estado, lo mínimo que puedes hacer es comer para cuando sea que vuelva a interesarte la empresa que diriges —le ofrezco el bocadillo que le he comprado porque ni de coña consigo que se siente a una mesa a comer algo, y le veo las ganas que tiene de darme la espalda y seguir trabajando—. Estás cansado y yo, como ya sabe todo el mundo, no doy un palo al agua. Mi cerebro está muy fresco para no cometer errores. Hazte a un lado. —Me coge el bocadillo y reprimo las ganas de hacer un bailecito de victoria.

Me acerco a la pantalla lateral, oculta para los clientes, y sigo tecleando código. Programando. A la espera de que Meg quiera ver lo que ese tristón, enamorado, herido y hambriento idiota lleva semanas preparando para ella con la ayuda de Leia.

89

Meg

Leia aparta las sábanas de mis piernas y quiero quejarme del frío, pero me pone un móvil en el regazo con un vídeo que me arranca unos sollozos muy feos.

No recuerdo casi nada del funeral, pero sé que no vino mucha gente. Igual que sé que lo único que me mantuvo en pie antes de que redujeran el cuerpo de mi madre a cenizas fueron los brazos de Dallas.

Así que me sorprende ver a toooodo Acorn Hill decir palabras preciosas de mi madre, tanto que mi llanto apenas me permite oírlas. *No todos tenían dinero para pagarse un vuelo a Nueva York con tan poca antelación, pero sí se acordaron de ella y eso es más que suficiente para mí.*



OBJ



OBJ



OBJ

Leia



Empiezo a dudar si enseñarle el vídeo ha sido una buena idea cuando mis sollozos se vuelven cada vez más profundos de verla. Soy un desastre de amiga, lo puto peor. ¡¡Se supone que tendría que estar animándola!!

Le pongo una sudadera por encima del pijama como puedo y luego le cepillo el pelo. Le paso una toallita por la cara para refrescarla un poco, o quizá en un intento de apartarle las putas lágrimas que no soy capaz de frenarle, no lo sé. Después, le pido que me acompañe. No responde, ni aparta la vista de mi móvil y dudo que llegue a enterarse del todo de que la meto en un furgón o de que Dallas va sentado al otro lado.

No se ha separado de ella ni un momento.

Junto a su cama, en un pequeño sillón, ahí es donde ha estado durmiendo cada día. Soy una egoísta por desear que se quede en el piso con nosotras cada día, a pesar de que veo lo que le está haciendo, pero Meg lo necesita.

Al salir del coche, la coge en brazos y nadie emite queja alguna. Tomamos el ascensor y cuando llegamos a la planta dieciocho, Stanisław ya nos está esperando.

90



Meg

Dallas se arrodilla frente a mí. Frunzo el ceño y hago un esfuerzo para tratar de entender lo que está diciendo.

—Puedes salir de tu sala cuando desees, solo tendrás que avisar al sistema para que finalice la sesión, ¿de acuerdo?

Alzo la vista y veo una puerta. Una con seis letras. *Megara.*

Estamos en la biblioteca de DW y yo no entiendo nada… hasta que lo entiendo todo.

Busco los ojos de Leia intentando digerir la traición que esto supone.

—Lo siento, pero creo que te ayudará. Ha salvado a mucha gente —me asegura aferrándose a mi brazo.

Ni siquiera me sale la voz para decir que no. Que no quiero. Que esto es lo que me matará del todo. Pero me han metido dentro de la sala. Cierran la puerta tras de mí y una voz programada empieza a decir cosas que no entiendo. Trato de buscar la salida, pero la luz es escasa y por más vueltas que dé no logro tocar nada parecido a un pomo.

Entonces algo cambia sin que yo haga nada, dejo de estar en una sala vacía con un único sillón como acompañante.

Y estoy en Acorn Hill.

Me veo a mí, con unos nueve años, en la época en la que pensaba que tener el pelo con dos mechones lilas me hacía la chica más guay del mundo. Y junto a mí está…

Mis rodillas chocan contra el suelo porque la veo guapísima, joven, frente a mí, con una mirada mucho más viva de lo que me he acostumbrado a ver. Sonriente. Feliz. Preciosa.

Es mi madre.

Y por imposible que suene, la voz que oigo es la suya. ¡Cien por cien la suya!

—Cariño, ¿qué quieres hacer hoy? —pregunta tirando de mi mini-yo mientras bordeamos la casa, nuestra casa, la de mi infancia.

Una mariposa cruza por delante de mi cara. Oigo las hojas de los árboles moviéndose y hasta mi puta risa.

—Comer galletas, ir a bañarnos al río y ver a Leia.

—Sube anda, esa es una lista muy larga para lo que nos queda de tarde —dice tirando de mí hasta colocarme en su espalda.

—Soy ambiciosa.

—Ambiciosa, ¿eh? Menuda palabra de mayores. ¿La has aprendido en el cole?

—Nop. Me la enseñó la señora Diago cuando quiso pagarme por cuidar de su hija y le respondí que no hacía falta. Me dijo que tenía que ser más ambiciosa y que cuando recibiera un soborno, dijera que sí. Pero a mí me gusta mucho jugar con esa bebé adorable.

Mi madre se ríe y el corazón me duele tanto, que apenas concibo esta realidad.

Esa conversación nunca pasó y si lo hizo, estoy segura de que no fue así. Pero podría.

Es tan creíble, tan ella, que me hace dudar.

Probablemente Leia haya compartido alguna historia que yo le expliqué hace mucho y la foto… Mi mente no alcanza a comprender lo que tengo delante, pero tampoco importa. Sin molestarme en limpiarme las lágrimas que no dejan de caer, ocupo el sillón y me doy cuenta de que he estado luchando contra el mal equivocado.

Esto está muy bien.

Es maravilloso.

De hecho, no pienso salir de aquí nunca más.

91

OBJ

Meg

OBJ

Entro en pánico cuando las paredes dejan de emitir esa calidez típica de la primavera en Michigan y vuelvo a estar sola.

—No —jadeo sin entender qué está pasando—. *Vuelve.* Mamá, vuelve.

La voz programada no deja de decirme cosas que no se parecen a «de acuerdo» o «por supuesto, Meg» así que empiezo a ponerme

nerviosa de verdad. La puerta se abre sin que yo haga nada y entra Dallas.

Tan alto, tan apuesto y tan capaz de solucionar este problema.

—¿Megara?

Me aferro a sus manos con desesperación y súplica en los ojos.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Leia desde la puerta, con Stanisław, y solo me hace falta un vistazo para saber que han estado ahí esperando todo este tiempo.

Aun así, no les contesto.

—Haz que vuelva —señalo las paredes vacías como una loca—. Por favor, haz que vuelva.

—No puede ser —responde Leia con dureza, pero la mirada rebosante de cariño—. Esta tecnología está diseñada para ayudar, no para hacer daño. Si la usas mucho, puede ser perjudicial.

Mi amiga bien podría haberme pegado un tiro en el estómago, habría dolido menos. Empieza a costarme respirar.

—Podrás volver aquí mañana, Meg. Todos los días —dice Stanisław con una sonrisa compasiva que se me antoja terrorífica, porque no está entendiendo que ahora forma parte de mi pesadilla.

—Yo no puedo volver aquí mañana. ¡Lo necesito ahora! —grito sintiendo cómo mis propias cuerdas vocales me estrangulan.

Sintiendo que tenía a mi madre y me la están arrebatando. ¡Otra vez! Que me están abriendo en canal, ¡otra vez! Que vuelvo a quedarme sin absolutamente nada.

—Meg, cielo, podemos con esto —dice Leia con los ojos inundados, sin darse cuenta de lo cruel que está siendo conmigo—. Vamos a superarlo juntas, estoy contigo a cada paso.

—*No* —mi voz sale rota en una súplica que dudo que alguien oiga, porque Stanisław está diciendo lo disponible que estará para mí a la hora que decida. Pero mañana.

Porque Leia está diciendo un montón de cosas aterradoras con una mirada esperanzada y yo… yo creo que voy a morirme. Aquí y ahora. Mi espalda da contra una pared justo cuando mis pulmones se cierran y me duelen los ojos de llorar tanto.

—Salid de aquí —sentencia Dallas rompiendo su silencio. Temo a quién va dirigido cuando de repente, ladea la cabeza hacia ellos y no hacia mí—. *Fuera*.

—Va a hacerle daño, Weston —dice Stanisław.

—No puedes hacerle esto —sigue Leia.

—Para empezar, el protocolo dice que se necesitan *semanas* después de la pérdida antes de que el paciente lo use y…

—Que salgáis —los interrumpe—. *Ahora.*

Es aterrador e imponente, así que obedecen.

Nos quedamos solos cuando cierra la puerta de un tirón fuerte. Dallas camina hacia una de las paredes, pero como la sala es pequeña y sus piernas son largas, el paseo es más bien breve. Saca una tarjeta y la encaja en una ranura que ni había visto.

Habla con la voz programada y básicamente se dedica a pedirle que se vaya al cuerno. Luego tira de mí, como si…

—¿Qué estás haciendo? No puedes quedarte.

—Esa es mi única condición, Cacahuete. ¿Lo tomas o la dejas?

Estoy tan desesperada por verla, por oírla de nuevo, que ni siquiera me importa. Ocupo el sillón y lo pierdo de vista. La increíble tecnología de DW vuelve a llevarme a Acorn Hill. A una vida que quiero, pero ya no puedo tener.

Aunque si fingimos que sí, tampoco hay mucha diferencia, ¿no?

Si me esfuerzo un poco, quizá pueda llegar a creérmelo.

92



Dean-Weston

Su cuerpo tiembla entre mis brazos. La tengo subida en mi regazo, con la espalda contra mi pecho y la vista enfocada en el cielo, en todo cuanto nos rodea.

—Un buen cumpleaños, ¿verdad? —susurro en su oído y ella asiente, entrelazando sus manos con las mías para fundirse más contra mi cuerpo.

Veo a mi tío Ryan, a mi tía Lexi, a Leia de pequeña y a otro montón de ciudadanos de Acorn Hill rodeando la alegre mesa decorada que una Faith joven preside. En su regazo, hay una Megara de cinco años la mar de ilusionada.

—Sí, gracias —responde moqueando y estoy seguro de que no me lo está diciendo a mí.

Han pasado cuatro días y ya tenemos esto por la mano. Le pido que no llore y ella lo hace. Un par de veces al día abro la puerta y Stanisław nos trae comida. Me mira tan mal como Megara, cuando le pido que coma.

«—Vuelve a ponerlo —pide señalando la pared con las ojeras marcadas, el pelo revuelto y la mirada acuosa.

—Ya conoces las normas. Primero comemos y luego volvemos a allí.

Me pone morros, pero obedece.

Tengo la esperanza de que mejore, aunque sea un proceso lento. La verdad es que ha habido cierto progreso. Los dos primeros días se puso tan nerviosa cuando abrí la puerta para coger algo de comer, imaginándose que iba a obligarla a salir de la sala por la fuerza o algo así que perdió el conocimiento un minuto entero. Así que recibo sus miradas de recelo con gusto.

—Y bebe un poco de agua, anda.

Coge la botella a regañadientes. Pero bebe un poco, que es lo que cuenta.

Cuando terminamos, antes de que todo desaparezca y nos traslademos a su hogar, Megara me espera para que tome asiento y así poderse recostar contra mí. No dice ni una palabra, no me pide nada, solo espera.

Stanisław se dedica a ponerme notitas en la bolsa de la comida, porque sabe que oírle pone nerviosa a Megara y que no voy a dejar que eso pase. Las arrugo con las servilletas usadas cada una de las veces.

A ver si se cansa.

Leia, por otro lado, ha dejado de hablarme. No ha vuelto a pisar este lugar desde nuestra discusión.

—¡No te pedí ayuda para que le jodieras la vida! Tienes que sacarla de ahí.

—Es un proceso.

—¿Sabes cómo me hace sentir que todo esto haya sido posible por las fotos, las cartas y los vídeos que yo te di?

—Ahora mismo no puedes ser mi prioridad, Leia. Lo siento.

—¡Existen unas normas para algo, mierda! ¡El protocolo está para preservar la salud mental de vuestros clientes, ¿cómo puedes saltártelo con ella?! Está hundida, ¡¿es que no te importa una puta mierda lo que esto le está haciendo?!

—Llevo años saltándome el protocolo, Leia. Sé lo que me hago.

No parece creerme. No me importa.

Se va a zancadas, pero sé que sube hasta el laboratorio de Megara. No ha dejado de trabajar allí ni un solo día. Vuelvo a entrar en la sala donde mi chica me espera».

—¿Podemos quedarnos aquí un ratito más? —pregunta trayéndome de vuelta a su cumpleaños.

—El que necesites.

Siento su sonrisa, aunque sea breve, y las atesoro como las demás. No siempre llora, a veces incluso se ríe. Eso me hace sentir mejor conmigo mismo.

—¿Luego podemos ver alguna Navidad? Tengo frío y creo que encaja bastante —se acurruca contra mí.

—Solo si lo dices.

—Mmm… —remolonea.

—Si no, no hay trato. Ya lo sabes —insisto con firmeza.

—Nada de esto es real —musita en tono neutro, inexpresivo—. Faith tuvo Alzheimer y está muerta. Esto va a ayudarme a sanar.

Dice Faith como si fuera otra Faith. Pero no soy capaz de pedirle más. No puedo. Me mata verla así.

Cumplo mi parte del trato y después de un rato de tarta y velas, le pido al sistema que nos ponga lo que ella quiere. El ambiente cambia y hace más frío, así que me encargo de abrazarla bien para transmitirle el calor de mi cuerpo.

Ella siempre está fría. No importa lo que haga.

No tardo mucho en darme cuenta de que yo también lo estoy.

Leia



—Tienes que poder hacer algo. Sacarlos de allí de alguna manera.

—No puedo, ya te he dicho que Dallas tiene accesos contra los que ni Violet ni yo podemos hacer nada.

—¡Pues hay que hacer algo! Se están consumiendo ahí dentro, Dallas ha empeorado muchísimo y ella no sale de su culpa y su pena. ¡Los voy a perder a los dos!

—Podríamos echarla abajo —dice cargado de determinación, poniéndome una mano en el hombro cuando hundo la cara en las mías—. Destrozar esa sala. No haría falta ningún acceso, solo un par de mazas y martillos.

Mi corazón se sacude con una clara negativa.

—¿Podríamos darle a Meg dosis de sus recuerdos en otra sala?

—Sí, pero necesitaríamos semanas para prepararlo. Algo menos de lo que tardamos la primera vez, pero…

—No puedo hacerle eso. Tú mismo dijiste que perdió el conocimiento cuando fuiste a llevarles comida y pensó que ibas a sacarla de allí —por eso no he intentado convencerla de nuevo—. Ada nos lo dijo en el hospital, el corazón de Meg no está fuerte. ¿Y si le da algo?

—Respira un segundo, skarbie, me estás asustando.

—Es que tengo mucho miedo y no sé… ¡no sé hacia dónde tirar! Todo parece un error, ¡pero Dallas necesita ayuda y yo la necesito a ella para encontrar una solución!

Me desahogo en los brazos del único que no me ha soltado la mano ni un solo segundo, el que está conmigo al pie del cañón pase lo que pase.

Y tengo una idea.

—Joder —es lo único que dice cuando se la cuento.

—Sé que puede terminar de estropearlo todo, pero es lo único que se me ocurre. —Miro por la ventana, es de madrugada, pero sé que me cogerían el teléfono si llamara.

Sé que es lo último que Dallas querría que hiciera.

Aun así, lo que Stanisław dice es:

—Te traigo el móvil.

93

OBJ

Meg

OBJ 

Hoy ha sido un buen día. Igual que ayer, he podido saltarme lo que más odio de mi fantasía. Llevo siglos sin abrir la boca, ni pronunciar nada espantoso. *Me encanta.*

Tengo hambre, eso sí, pero lo cierto es que no me importa.

También es verdad que mi asiento se ha vuelto bastante más incómodo. Duro. Ya no se amolda a mi cuerpo. Me quejo al sistema, pero no parece saber de lo que hablo.

No me gusta, así que llegado un punto, me tumbo en el suelo.

La voz de mamá nunca se calla. Me acompaña, pase lo que pase, y eso me encanta. Me quedo dormida, como tantas otras veces, y solo me doy cuenta cuando me despiertan unos golpes. Son lejanos, pero lo bastante fuertes como para que rompan mi duermevela.

Me acerco a la zona de mi jardín de donde provienen. No veo a nadie cerca, así que estoy a punto de sacudir la cabeza y olvidarme del tema cuando oigo la voz de mi amiga llamarme.

—¿Leia?

—Meg, te necesito.

—¿A mí? ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—Fuera. Estoy aquí fuera, en el mundo real. Tienes que volver conmigo. Por favor, no soy la única que te necesita.

No quiero oírla.

Me alejo de la valla de mi jardín ignorando esa mano oscura que vive al fondo de mi cabeza y amenaza con cerrarse alrededor de mi garganta si la miro mucho. *Ahora mismo yo solo puedo vivir aquí.*

—Meg —esta es una voz distinta, masculina, adulta. Al principio no la reconozco—. Dallas… ¿de verdad está tan enfermo?

Se me revuelve el estómago.

Es Jay-Duncan, el tío de Dallas.

Frunzo el ceño al mirar el sillón. ¿Pero él no estaba conmigo? Sacudo la cabeza, no quiero pensar en nada de esto. Ya siento la oscuridad engulléndome, haciéndome daño, y no puedo soportarlo. Quiero quedarme con mi madre. La necesito.

—Meg, ha empeorado. Necesita nuestra ayuda. Necesita *tu* ayuda.

Un vago recuerdo de su cuerpo acunándome contra sí, calmando mis llantos por largos que fueran, pasa por delante de mis ojos. Los pequeños frascos. Mis muchos intentos. El estudio, la investigación.

Aun así mis pies no se mueven. No reaccionan.

—Estará bien —digo—. Tú eres mejor que yo en muchas cosas, Leis. Tú puedes.

—¡No en esto! ¡Meg te necesito arriba conmigo o se va a morir sin que pueda hacer nada! —su grito crudo me inunda los ojos de lágrimas.

¿Ha dicho morir?

Mi mente tarda en concebir la idea. Aquí en Acorn Hill, Dallas ni siquiera existe. Por eso no reconozco el ardor descomunal e hiriente que me raja el corazón dejando cicatrices profundas.

Lo veo en el funeral. En mi cama. Llevándome al baño, obligándome a ducharme. Lo veo con Xhavia en brazos. En la cocina, haciéndome el amor sin poder evitarlo. Lo veo protegiéndome de mi padre con su cuerpo. Viendo las chicas Gilmore a los pies de la cama de hospital. Lo veo herido, zurrando a Ben. Lo veo luchar contra mis intentos y acabar rindiéndose a mí.

Dios mío.

—Abre la puerta —alzo la voz y muevo la cabeza mirando al cielo de Acorn Hill que no existe—. ¡Abre la puerta! —repito, pero nada cambia.

El sentimiento de estar enjaulada crece en mi interior. La claustrofobia.

Entonces recuerdo la tarjeta.

La busco alargando los brazos en mi jardín, chocándome sin ver obstáculo alguno. Y la encuentro. La arranco de su sitio sintiendo que lo hago de dentro mío. Porque hacerlo significa que la voz de mi madre se silencia, puede que para siempre y eso me hace querer meterla de nuevo en la clavija.

Dudo. Me tiembla todo el cuerpo.

Estoy sudada, revuelta y la luz blanca que ahora envuelve la sala, arrebatándome mi hogar, me hace sentir que estoy sola en el

mundo. Lo ignoro, empujo la puerta sintiendo que a mi cuerpo no le queda ni una sola gota de fuerza. Se mueve lo justo para que Leia me encuentre.

Tira de mí fuera y mis niveles de ansiedad salen disparados hacia la luna.

Una vez más, quiero retroceder, pero cuando me envuelve en sus brazos me siento un poco mejor.

Ni siquiera me fijo en que Stanisław no está presente.

Jay-Duncan, al que conocí una vez en la comisaría del pueblo, no me mira con el desprecio que debería. Solo con una petición silenciosa por la que parece dispuesto a dar la vida.

—Lo siento —quiero disculparme con ambos por haberme olvidado de todo, pero no sé cuánto tiempo llevo ahí metida.

Leia habla muy deprisa, pero me quedo con la última frase.

—También se lo dije a Erik, se lo conté todo.

—¿Que has hecho *qué*? —abro los ojos como platos.

—Necesitaba que te convencieran para salir de aquí, pero Erik ha ido directo al hospital.

—¿Por qué al hospital?

Stanisław



Cuando Leia, Meg y Jay-Duncan llegan a la habitación del hospital, todavía tengo las costillas resentidas.

Weston ya está vestido y lo único que retumba por las paredes es la risa de Erik, sentado en la camilla, algo que los recién llegados no se esperan.

—Al final será Carbón el que acabe cuidando de ti, como si lo viera —se burla Erik.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Meg.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Weston en su voz más grave.

La pobre está en pijama, con cara de no saber lo que son dos horas de sueño seguidas, con lágrimas secas en las mejillas, el pelo

revuelto y… joder, en su peor momento. Miro a Leia orgulloso por haberlo conseguido.

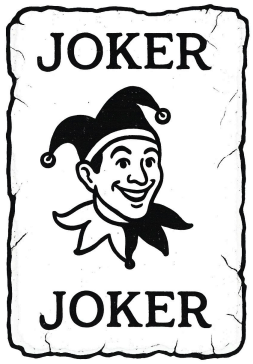
—¿Qué ha pasado, Dallas? —le insiste y él sacude la cabeza restándole importancia a algo que sí la tiene.

Erik estaría de acuerdo conmigo. Me lo ha dejado claro antes en el pasillo. No puedo culparle y sí, me merecía esos puñetazos. Al fin y al cabo, su hermano se muere, yo lo sabía y no he dicho ni mu. Para lo bien que me ha tratado siempre, imagino que el nivel de traición que ha debido sentir no ha sido bajo. Pero mi lealtad siempre será para con su hermano.

—¿Podemos hablar a solas? —Jay-Duncan interrumpe la ajetreada conversación donde todos hablan encima de todos, mientras mira a Weston.

Meg está muy rara, ni siquiera opone resistencia cuando Erik las saca de la sala para darles intimidad.

Soy el último en salir así que cierro la puerta. El rostro de Erik cambia de inmediato y la sonrisa se esfuma por completo. Todavía tiene la carta del comodín en la mano. Esa que le envió Leia pidiéndole ayuda. Está arrugada, rota por los bordes.



¡OBJ

Su falsa alegría se vuelve la mueca más dura que he visto en mi puta vida y hasta da miedo.

—¿Cómo habéis podido ocultármelo? —tensa la mandíbula y de su iris sale fuego—. ¿De cinco a diez años de vida? ¿Qué broma de mierda es esa?

—Estamos trabajando en la búsqueda de alternativas.

—¿Cómo has podido no decírmelo, Leia? ¿Es que no eres parte de esta puta familia?

—Relaja el tono —le advierto bloqueando su campo visual—. Leia solo lo sabe desde la boda de Ayris y Zane-Ryder.

—Ya, pero es que esa es una puta barbaridad de tiempo.

—Erik, lo siento mucho —dice Leia al borde de las lágrimas, saliendo de detrás de mí—. Él no quería que os lo contara. Lo usé en su contra para que dejara que Meg buscara una solución.

—¿Ella? —Erik mira por encima del hombro a la chica que se ha quedado pegada a la pared, con la mirada perdida y la cabeza en otra parte.

—Acaba de perder a su madre, pero ha conseguido algunos avances prometedores y…

—Sí, suena genial —la interrumpe, acercándose—. Joder, Leia, eres… ¿Te haces una puta idea de lo que habría supuesto para nosotros no…?

—Lo sé, lo siento. Al cumplirse los tres meses, pensaba contároslo. Creía que callarme este tiempo serviría para que Dallas se hiciera todas las pruebas necesarias.

—Pero no era cosa tuya decidir si yo lo sabía o no, que es mi puto hermano, coño.

Me interpongo y le pongo una mano en el pecho a Erik, dándole el empujón necesario como para apartarlo de ella. Puede que sea su hermano y tenga motivos para sentirse como el culo, pero tengo un límite para los gilipollas.

—Eso no te lo voy a permitir.

—Leia es…

—La mujer a la que quiero. Puedes darme otro puñetazo si quieres, pero si la haces llorar seré yo quien te zurre y ya veremos

quién de los dos se cansa antes de dar puñetazos —aprieto los puños con ganas de empezar ya porque el que está ahí dentro, por si a alguien se le ha olvidado, es mi puto mejor amigo.

Se cobra mi oferta y el cabrón elige el mismo punto exacto entre mis costillas.

Dudo si tengo que pasarme por traumatología, pero al menos el capullo cierra la bocaza después de eso.

—No debimos descartar tan rápido el péptido aunque los modelos iniciales fallaran, su capacidad de señalización en queratinocitos sigue siendo una posibilidad contra la degeneración de la barrera cutánea… —dice Meg, que lleva un rato murmurando cosas así, que no termino de entender.

Eso también me da miedo, pero por otra razón distinta.

Me froto la mandíbula, la cara y me hundo los dedos en el pelo pensando en lo evidente: que la salud mental de todos nosotros puede irse a la mierda bien rápido si la salud del que está ahí dentro no mejora.

La puerta se abre al cabo de unos minutos y Jay-Duncan Vojak se dirige a Leia y a Meg.

—Haced lo que queráis con él, no piensa quejarse ni poner pegas a nada. Para cualquier cosa que me necesitéis estaré a una

llamada de distancia. —Espera a que asientan para saber que lo han entendido y luego mira a Erik—. Tú. Sígueme. Ahora.

—No pienso irme del lado de mi hermano —sentencia con una actitud neutra, mínimamente educada, pero que denota una violencia bajo la superficie que cada vez le cuesta más esconder.

—¿Te vas por tu pie o te llevo yo, chaval?

Y vaya que si empieza a andar.

Jay-Duncan se vuelve el héroe de mis costillas.

94



Dean-Weston

La tengo en mi regazo y todavía no me lo creo.

—Megara. —La llamo de nuevo.

—Solo quiero asegurarme, ¿de acuerdo? Permíteme unos segundos más —dice haciéndome más de sus pruebas.

Es curioso, trabaja con una mano y con la otra no deja de acariciarme.

Quiero a esta mujer más que a nada.

—Estoy bien.

—*Por favor* —suplica y alzo las manos dejando claro que no voy a frenarla, pero enseguida vuelvo a ponerlas sobre su cuerpo porque necesito tocarla para seguir respirando—. Lo siento, estoy segura de que huelo fatal. Estoy asquerosa.

—Te quiero.

Se le frenan las manos durante unos instantes, pero enseguida sigue a lo suyo.

—No lo he oído. Repítemelo cuando no sea el peor día de mi vida.

—No llores —le limpio una lágrima y tiene la osadía de decir:

—No lo hago.

La dejo hacer y ella se va moviendo por mi cuerpo como haría Carbón, salvo que ella tiene un efecto ligeramente distinto en mí. Apoya la mano en mi pecho y se alarma.

—Tienes el corazón muy acelerado. ¿Es porque tu hermano lo sabe todo? ¿Y tu tío? Leia dice que prometieron no decir nada a tu padre, a Jasmin y al resto de la familia.

Sí y no.

Me importa que lo sepan, claro. Me ha roto ver a mi hermano poner buena cara y ni siquiera echarme la bronca porque se lo

ocultara todo. Justo por eso sabía que no podía decírselo, porque lo conozco y sé que no… joder, que esto le iba a afectar más de lo que debería.

El nivel de estrés al que va a estar sometido mi hermano de ahora en adelante es del tipo que te mata. Quería ahorrárselo, pero es otra decisión que pasa al montón de "fuera de mi alcance". Encima mi tío Duncan…

«—¿Con qué derecho, Dallas?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué me arrebatarías la oportunidad de ayudarte? De hacer algo.

—No puedes hacer nada que yo no haya intentado ya.

—No lo sabes todo, niñato de las narices —dice en tono contenido. Para ser él, ya me parece raro que no haya destrozado la habitación. Está claro que el destrozado es él—. Tu madre se va a morir.

—Jasmin no puede saberlo.

—¿Y si no te curas, qué? —es uno de los pocos que me ha hablado tan claro y me resulta impactante.

—Me despediré de todos.

—¿Crees que porque vayas a verlos una vez cambiará algo? No será suficiente para que se hagan a la idea de que no podrás volver a salir por tu cuenta y para entonces puede que tú ya no tengas tiempo. Si Megara y Leia no consiguen salvarte, deberías decírselo sin esperar un día más, en cuanto se cumplan los tres meses.

—Si lo hago, no respetarán mi decisión.

—¿Qué decisión? —pregunta ya ofendido.

Joder, está claro que Leia no se lo ha contado todo. Exhalo. Aprieto los dientes pensando en todo lo que este hombre ha hecho por mí.

—Iré a Bélgica. La eutanasia allí es legal.

Se le descompone el rostro.

—No.

—No es tu decisión.

—No poder ver no es el fin del mundo, Dallas. Solo una putada enorme, y en cuanto a lo de no poder salir a la calle, ¿qué cojones necesitas hacer fuera? Eres rico, constrúyete una puta ciudad de oro y ponme una cama para que pueda ir a visitarte cada fin de semana.

—Sabes que eso no es lo único que me hará —le digo despacio, arrebatándole la esperanza como hicieron conmigo hace tiempo—.

Esta enfermedad me va a despedazar. No voy a pasar por eso. Fin de la historia».

—Sigue conmigo, por favor —Megara besa mi mejilla con delicadeza y me jode que me duelan mis besos favoritos.

—Sé que has salido de la biblioteca porque Leia los ha traído —le acaricio la cintura, luchando por no aferrarla a mi cuerpo con fuerza—. ¿Quieres que volvamos allí dentro? ¿Solos tú y yo?

Se le llenan los ojos de lágrimas pero sacude la cabeza.

—Quiero curarte más de lo que quiero volver. Y eso que me muero de ganas de hacerlo. —Termina con las tiras adhesivas y lo demás, y yo la dejo hacer.

Rindiéndome a ella una vez más. Rezando por un milagro una vez más.

Uno que me permita quedarme a este de aquí.

95

OBJ

Meg

OBJ

Lo que llevó a Dallas al hospital fue una rendición de su cuerpo. Él no quiso decírmelo, pero eso fue lo que me explicó Leia como quien no quiere la cosa, después de mi gran insistencia.

Lo deprimí, vamos.

Y eso hizo que las grietas de su cuerpo se abrieran. Como cuando te pones muy nerviosa antes de un examen y te duele la tripa, pero versión dermis-extrema-al-borde-del-ingreso-médico.

Este hombre no debería verse tan afectado por mis asuntos, mis traumas y mis heridas, pero ya lo ves, es un tío empático.

Leia también me dijo que estuvo dentro de la sala conmigo todo el tiempo hasta que se puso fatal. *Dice… Leia ha dicho que Dallas no veía nada.*

Ahora sí, por suerte.

Pese a que no paro de repetir sus palabras en bucle, intento bloquear mis emociones para poder trabajar. Ha sido una noche larga, pero la mañana está siendo productiva. El problema llega después de comer.

Me pica todo el cuerpo de la necesidad. Cuanto más lo ignoro, más aumenta.

Leia no se extraña si mientras vierto una solución en una probeta me pongo a llorar como una magdalena, pero sí se tensa cuando le digo:

—Estoy atascada y no sé por dónde tirar. Necesito pensar. Voy a ir abajo un rato, ¿vale?

—¿Ab-abajo? ¿Dónde abajo? ¿A la calle? —tartamudea y casi perdemos el carísimo y delicado instrumental que tiene en la mano cuando se le cae.

Por suerte, pasa sobre unas libretas.

Sacudo la cabeza y dejo que el silencio se expanda durante unos segundos.

—Leia, voy a volver.

—Pero… —se revuelve como si no quisiera pedirme que no entrara en la biblioteca otra vez, pero se muriera de ganas de hacerlo—. ¿No puedes pensarlo aquí conmigo? Yo también estoy atascada, casi nunca dejo de estarlo.

—Necesito verla —la interrumpo. Me acerco a mi mejor amiga, le doy un beso en la mejilla y salgo del laboratorio.

El corazón se me acelera cuando entro en el ascensor y para cuando salgo de él ya estoy empapada en sudor. Odio estar llorando todo el rato, yo no soy así. Pero supongo que tendré que descubrir quién narices soy de ahora en adelante, con mi corazón sangrando para los restos, intentando cicatrizar sin llegar a hacerlo nunca.

Cierro los ojos al llegar frente a mi puerta con mi nombre.

—¿Vas a entrar?

No me hace falta darme la vuelta para reconocer a quién pertenece esa voz, así que no lo hago.

—Sí.

—¿Puedo acompañarte?

—Estoy bien.

—No ha sido esa mi pregunta —dice cerca de mi espalda.

Me doy la vuelta y vuelve a impactarme lo guapo que es este hombre. Es como si el número de problemas que tiene fuera equivalente a lo guapísimo que es.

—No. Esa es mi respuesta —alzo la libreta que llevo en la mano y la zarandeo un poco—. He venido a pensar y tu presencia me desconcentraría.

Endurece la mandíbula. Estoy segura de que está clavando los talones al suelo para no frenarme cuando abro la puerta.

—Aquí estaré, Cacahuete.

Asiento.

—Tú sigues siendo lo más importante —le aseguro, aunque lo digo tan flojo que no sé si me oye.

SISTEMA: Por favor, introduzca la clave de acceso personalizada.

Lo hago y los anclajes de la puerta la sellan para que nadie más entre. *Estoy sola.*

SISTEMA: El tiempo máximo recomendado para esta experiencia es de sesenta minutos, por motivos de salud, Dean-Weston impide a sus usuarios…

Introduzco la tarjeta que me dio Dallas cuando volvimos del hospital. Aunque he prometido a Leia que no tardaría mucho, me da

miedo que mi madre desaparezca de repente. Prefiero ser yo la que haga que ocurra.

USUARIO: por favor, reproduce un recuerdo en el que Faith se ría. El que sea.

Ocupo el sillón en cuanto vuelvo a estar en Acorn Hill y no puedo negarme que siento deseos de cerrar la libreta y olvidarme de todo mientras oigo cien historias narradas por la voz de mi madre. Quedarme embobada mirando su preciosa sonrisa, imaginándome que sus brazos me arropan en el abrazo que necesito.

Pero no lo hago.

Dejo que su voz sea el eco de mi concentración y le doy vueltas a nuestros problemas. Los de Dallas, Leia y míos.

Estar aquí es diferente a las anteriores veces. Ahora estoy anclada a la realidad, irremediablemente, así que puedo oír la voz de mi culpa. Esa que me asegura que mi madre empeoró tan rápido por la decisión que yo tomé de meterla en ese lugar.

Lejos de mí. De Leia. De lo poco que conocía. Aun así, sigo escribiendo. No paro por nada.

También estoy muy cabreada con Dallas porque traicionara mi confianza la noche que lo invité a cenar a casa para grabar a mi madre con tal de tener más archivos de voz que poder usar para

esto. Lo sé porque aunque las imágenes sean antiguas y esté llena de vida, a menudo su voz no concuerda con aquella época.

Pero ese hombre tendrá que vivir mucho para que pueda oírme quejarme una sola vez.



Según mi reloj, salgo al cabo de una hora y siete minutos. Una parte de mí cree que me he excedido esos siete minutos solo para comprobar que yo tenía el control.

Al salir mis ojos se encuentran con los de Dallas, y también los de Leia. Y Stanisław.

—Acabo de llegar —dice ella, pero huele a mentira—. Solo he venido a por una muestra y como no encontraba a Dallas por ninguna parte, he supuesto que estaría aquí.

Eso dice, pero no tiene nada entre manos.

Los ojos de Dallas rebosan tanto orgullo que casi me echo a llorar. Aun así, sonrío.

—¿Subimos, Leis? Se me han ocurrido un par de ideas.

96



Dean-Weston

Son las ocho y media de la mañana, yo no debería estar tan harto ya de todo el mundo. Pero aquí estamos.

—¿Puedes ser más exagerado? —frunzo el ceño a mi hermano.

—Es el mejor bocadillo de albóndigas de todo Manhattan —explica comiéndoselo con toda la cara, manchándose hasta los codos.

—Vale, Joey Tribbiani, ¿puedes masticar con la boca cerrada?

—Os veo y siento que he viajado al pasado, vaya par de niñatos —el tío Duncan se sienta junto a la ventana, dejando que Carbón deambule a sus anchas por sus brazos.

—Es culpa suya —decimos al unísono.

—Voy a adoptarte un labrador. Para que haga compañía a Carbón. ¿Podrías tener la delicadeza de llamarlo Rex segundo?

—¿En qué idioma quieres que te parta la cara?

—¿Prefieres otra raza? —frunce el ceño extrañado.

—No adoptes más animales en mi nombre.

—Tiene que dirigir su empresa, Erik, igual convendría no transformar DW en un zoo —dice mi tío, sabiamente.

Pero ya podría predicar más con su propio ejemplo porque no suena una mierda de convincente teniendo en cuenta las carantoñas que le está haciendo al bicho ese que no es un gato. *Tendría que haberlo tirado por la ventana cuando tuve la oportunidad.*

—Piraos ya a Chicago. ¿No tenéis cosas que hacer?

—No —ahora son ellos quienes responden al unísono.

—Estos ventanales se abren, ¿sabéis?

—¿Vas a seguir esquivando mucho más el tema? —pregunta Erik.

—¿Qué tema? —arrugo la cara—. ¿El de las desagradables vistas que le esperan a la pobre Níala el resto de su vida? Cierra la boca mientras masticas, animal.

Él se hace el ofendido, Jay-Duncan se levanta, servilleta en mano, y en vez de limpiarle la boca, se la pasa por toda la cara arrancándome una carcajada.

—Vale, vale, ya está, ¡gracias! —dice, pero ahora se le ha subido Carbón al hombro y si espera que le tomemos en serio, va por mal camino—. El tema.

—¿Qué tema? —pregunta mi tío.

—Megara. Leia ha dejado caer ciertas hipótesis, ¿te importaría confirmarlas?

Miro a mi tío y es evidente que esta vez no me va a echar un cable.

—Quiero decir —sigue Erik—, ya llevamos un buen puñado de días aquí y te he visto contemplarla.

—¿Contemplarla? —repito burlón, pero no me sale lo bastante creíble porque joder, lo hago.

¿Quién podría no hacerlo? Es preciosa. Y lista como nadie. Y está en su peor momento, lo cual hace que me sienta como el culo de forma automática.

—¿Un consejo? No luches contra ello. Si es la indicada, nunca dará resultado —dice mi tío, y sé de buena tinta que habla de su propia experiencia.

—Aquí el que no es el indicado soy yo. Ella es… perfecta.

—Entonces deja de poner límites —dice mi hermano, mucho más serio que antes—. Te conozco, son evidentes para mí. ¿Le has dicho que la quieres?

Exhalo recordando que sí se lo dije. Fue un momento de debilidad. Un error del que me arrepiento. Aunque ojalá la hubiera oído decir que ella también me quiere.

A veces la veo y no puedo evitarlo. A veces me muero de ganas de tener la vida de otro y poder compartirla con ella.

—No te des por muerto todavía, ¿quieres? —pregunta mi tío con un deje amargo.

—Carbón va a vivir diecisiete años como mínimo. Es tu responsabilidad quedarte —dice Erik, como si el hecho de que adoptara muchas mascotas fuera a alargar mi esperanza de vida.

Es así de tonto.

—No me gustaría soñar a costa del bienestar de otra persona. No puedo engañarla —admito.

—No es engañar, es tener puta esperanza.

Me levanto y le quito a Carbón, que se ha quedado petrificado del miedo con su tono arisco.



Le beso la cabeza y lo acaricio para calmarlo.

—No es ser egoísta —dice mi tío en un tono más amable y casi le creo.

—Tu miedo a hacerla desgraciada más tarde, está haciéndola desgraciada ahora —insiste Erik.

Los Brodly y los Vojak pueden ser un verdadero coñazo si se lo proponen. Pero me hacen dudar.

Stanisław entra en mi despacho como si estuviera en su casa, pero no le presto atención porque con él llega Megara oliendo a mango, a paraíso y a todos mis putos sueños, y encima lo hace con el pelo mojado.

Con lo que me pone a mí eso.

Me quedo tan embelesado por la imagen, que es más sexy que cualquier mujer que haya visto desnuda (a excepción de ella), y

debe ser tan evidente, que siente la necesidad de justificarse.

—Leia consigue que me duche de forma regular, aunque estoy gastando agua de la empresa.

Lo dice porque se ducha en el gimnasio. Como si no lo supiera. Como si no lo supiera todo de ella, de lo que hace y lo que no.

—¿Quieres algo de desayunar? —se preocupa el tío Duncan mientras Erik y Stanisław comentan la investigación, porque, como todos, solo la ha visto trabajar y olvidarse de sus necesidades básicas de ser humano.

—No, esta mañana tengo el estómago revuelto —sonríe, pero es como un puñal en el mío.

—¿Cómo estás?

—Nuestros avances son bastante deprimentes, pero estamos tan cargadas de determinación que cualquiera diría que nos va bien.

—No te he preguntado eso.

—Solo estaré bien cuando tú estés a salvo. Así que puedes ahorrarte las preguntas hasta que tenga la cura. ¿Puedes venir un momentito a nuestro laboratorio? Leia y yo tenemos que probar algunas cosillas en tu piel.

Me pongo en pie y la cojo. En brazos. Y ella enmudece, igual que el resto de la sala.

—Pues vamos allá.

—¿Q-qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? —pregunta antes de que alcancemos la puerta, que Erik nos abre como si fuera el botones—. ¿No se suponía que éramos un secreto?

—No me suena haber aceptado nada de eso.

Se pone roja cuando nos topamos con Jesse y Tesse, pero ya cuando salimos al pasillo y vamos dejando atrás salas de reuniones llenas de ojos curiosos, hunde la cara en mi pecho para esconderse. Pero se está riendo. La estoy haciendo reír.

—Vamos, Cacahuete, ambos sabemos que no eres ninguna cobardica.

—Sí lo soy, ¡bájame! —susurra.

Pero no lo hago.

Solo me río y disfruto de la sensación de tenerla entre mis brazos.

—Que vivan los novios —canturrea Leia seductora con una ceja alzada cuando entramos en el laboratorio.

—Yo a ti te mato —Megara suelta un chillido cuando la dejo caer en su sofá—. ¿Qué estás…? ¿Qué crees que estás…?

Agarro un rotulador, le arrebato uno de sus delicados tacones y dibujo en la planta de su pie izquierdo «**propiedad de Dallas**

Brodly» haciéndole *muchas* cosquillas en el proceso.

Leia está en shock cuando la miro. Juraría que necesitaba oírla reír tanto como yo.

97

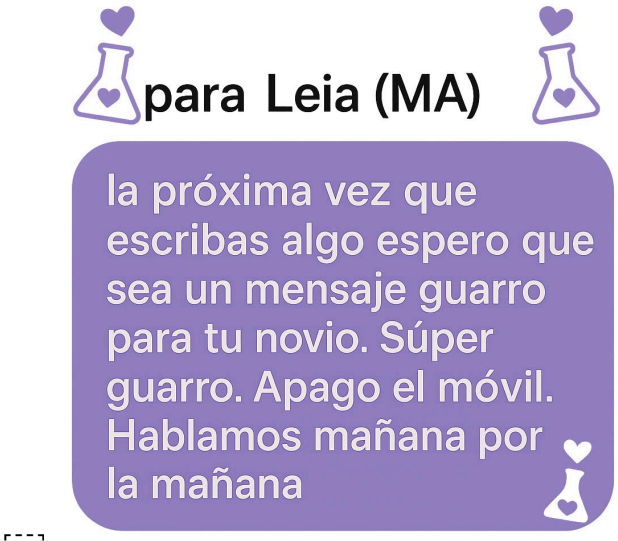
OBJ

Meg

OBJ

Es miércoles. Sanisław se ha llevado a Leia hace rato, pero la tía no ha dejado de mandarme mensajes desde su cita.

A este paso, el polaco de ojos azules va a acabar odiándome, ¡¡y con razón!! Decido escribirle uno.



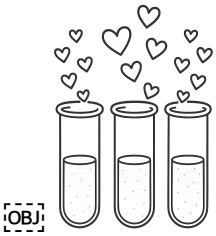
Antes de apagar el móvil veo mi última conversación.

Liam.

No sabía muy bien cómo justificar mi interés por la vida de su hijo, su infancia y demás, aunque tampoco hizo falta. *Quizá ha pensado que como acabo de perder a mi madre, no tenía con quién hablar y le he dado pena.*

En cualquier caso, respondió a todo cuanto quería saber. *Bueno, eso no es del todo verdad porque mi curiosidad por Dallas no termina nunca… pero lo cierto es que me ha encantado.*

Apago el móvil y vuelvo al trabajo.



Pasan tres horas hasta que oigo otra voz aparte de la de mi cabeza.

—Vámonos.

—¿A quién le hablas? ¿A Carbón? —apenas logro mantener los ojos abiertos porque después de todas las minúsculas observaciones a través del microscopio de hoy, estoy hecha p-o-l-v-o.

—Coge tu bolso, Megara —sentencia muy serio, pero cuando le miro, el brillo en sus ojos me hace dudar si está emocionado.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero llevarte a un sitio, ¿me dejas?

Lo lógico sería que le dijera que no. No, porque estoy muy cansada y dentro de cuatro horas y media tengo que estar aquí de vuelta. Tal vez cinco. Pero sus ojazos y la lógica nunca caminan a la par, más bien son dos coches a punto de colisionar el uno contra el otro. Así que le dejo.

Pero me saca de DW y aunque vamos en coche, eso no me tranquiliza nada.

—Estás preocupándome. ¿Vamos a dar una vuelta por la ciudad con tu Aston Martin, no?

—No —dice acariciándome la pierna.

—No puedes salir fuera. Lo tienes prohibidísimo.

—Duerme un poco. Yo me encargo, Cacahuete.

—Debería ser ilegal que te hablen así de dulce —me quejo y él me sonríe—. Atenta contra la integridad de mi cabezonería, mi rebeldía y capacidad de insistencia.

Insisto, pero él vuelve a usar la técnica y me quedo frita en contra de mi voluntad.



No dice mucho más hasta que el avión, *su avión privado,* aterriza en Michigan. Mi-chi-gan. Más concretamente, en Acorn Hill. Y no lo hace, porque me paso todo el camino durmiendo.

—Tienes que estar tomándome el pelo —me asomo a la ventanilla, dejando que la manta con la que me ha arropado caiga al suelo—. ¿Qué hacemos aquí?

Parece hasta vulnerable. Un pelín asustado, como si se hubiera olvidado de su máscara de demonio. Pero no más que yo, que estoy aterrorizada.

—Imaginaba que volver a este lugar sin tu madre sería difícil.

—¿Y has decidido empujarme y hacerme pasar por el aro? —me tiembla la voz.

Se acerca y me sienta en su regazo. Durante un minuto entero se dedica a acariciarme la espalda.

—Quería compartir el momento difícil contigo.

Dallas junta sus labios con los míos y aunque su gesto es suave y tierno, el mío es muy necesitado porque me está dando la vida y ni siquiera se da cuenta.

Me seco las lágrimas que se me acumulan en los ojos y salimos del avión.

98



Dean-Weston

No soy un hombre que dude. Nunca.

Considero que es una muestra de debilidad y yo no soy esa clase de pusilánime. Pero reconozco que hoy ha sido la excepción, tenía bastante miedo de despertarla y contarle el plan. Así que no lo he hecho.

Sabía que, de haberla avisado en Manhattan, no me habría seguido. *¿Me convierte eso en un absoluto capullo? Es más que*

probable que sí. Pero la idea de que tenga que enfrentarse sola al lugar donde cada rincón grita «Faith» y la vida que ha perdido con su madre, me destroza más de lo que lo haría el puto sol de mediodía.

Paseamos como haría una pareja normal, sin prisa y hablando de todo un poco.

—¿Suele haber tanto ambiente? Son las doce de la noche —me extraño viendo el montón de bares y jaleo que se oye en la distancia.

—Es una noche especial —hace una mueca triste y tensa, pero también un amago de sonrisa.

—No sonrías si no te apetece. Conmigo no hace falta que finjas.

Le tiembla un poco el labio inferior, así que se lo muerde y asiente.

—Especial, dices. ¿Qué clase de noche especial? —acaricio la mano que me ha dejado cogerle hace un rato y ella la tapa con la suya para protegerme.

—La recogida de la mazorca morada. No te extrañe si ves un montón de ocas deambulando de aquí para allá.

—¿Qué tienen que ver las ocas con las mazorcas?

—Tradición —se encoge de hombros bajándome más la gorra y no parece darse cuenta de lo incongruente que es todo lo que dice sobre este lugar de locos.

Ni de lo que me hace su preocupación constante.

Deambulamos por callejuelas menos transitadas, todas con la misma devoción por las flores. Es un pueblo bonito, pero solo me importa porque es el lugar que vio crecer a Megara. Empieza a hablar y al principio le cuesta, pero poco a poco la cosa mejora.

—¿Estás bien? —pregunta recolocándome la gorra a mitad de la historia de cómo echó a perder su tarta de cumpleaños y el hermano de Leia la ayudó a recomponer los pedazos metiendo comida de perro en el centro del desastre para que ciertos instintos animales de los integrantes más peludos de la familia volvieran a tirarla al suelo, esta vez para dejarla ahí y devorarla.

—Estamos caminando bajo los edificios y voy tapado hasta arriba, estoy perfectamente —miento—. Por favor, continúa.

—Fue genial hasta que se lo confesé todo a mi madre. Dios, nunca podía callarme nada. Era un desastre. Suerte que cuando crecí, espabilé un poco.

Tiene esa manera de no querer admitir nada más que medias verdades y me resulta bastante adorable.

Si no podía callarse nada era porque el vínculo y la confianza entre ambas lo merecía. Siento que en este lugar, encuentro a una Faith que no tuve el placer de conocer.

—Deberíamos volver ya al avión. No puedes pasear tanto tiemp… —deja de hablar cuando la beso.

Para ser alguien que odiaba los besos, responde de puta madre. *Dios, es perfecta.* Me pregunto si es mi premio por el castigo de mi enfermedad. Si alguien de ahí arriba decidió traerme un foco de luz que acabara con mi oscuridad.

—Deja de preocuparte por mí.

—Alguien tiene que hacerlo —se abraza a mi cuello—. Tú no sabes.

Le beso la punta de la nariz, la frente y si no fuera por lo triste que está me la comería aquí mismo, en mitad de esta calle tan maja.

—Lo digo en serio —insiste.

—Vamos, no me quites esto, Cacahuete. Me muero de ganas de oír todas esas anécdotas de tu infancia.

Por suerte para mí, cede.

99



Meg

¿Un corazón puede hincharse de amor cuando lo tienes hecho pedazos?

Eso parece.

Dallas me escucha, me sonsaca lo que quiero contarle e incluso lo que no, y se regocija en las historias más bochornosas. Creo que sus carcajadas podrían curar el cáncer. No sé si se da cuenta, pero está convirtiendo Acorn Hill en algo mío otra vez.

Lo llevo a todas partes.

Le enseño muuuchas tonterías como librerías cerradas, colinas en las que guardo algún recuerdo tonto, mis restaurantes favoritos *también cerrados por la fiesta*. En fin, mis anécdotas dejan mucho que desear, pero los parques son preciosos y todo un placer para la vista. *Y no me puedo creer que esté aquí contigo, en el peor momento de mi vida y sintiendo que puedo respirar mejor gracias a ti.*

Entonces ocurre.

Tres ancianas dicharacheras que están sentadas en un banco tomando el fresco, cuyos nombres, por raro que parezca, desconozco, silban a Dallas cuando pasamos junto a ellas.

Los piropos no cesan y son *tan* ingeniosos que me guardo «este diccionario me ha dejado sin palabras, ven aquí y deja que te lea». Pero eso no es lo mejor. *Oh, no, qué va.*

—¿Te estás poniendo rojo? —cuchicheo cuando ya las hemos dejado atrás.

—No —baja la mirada con una timidez tan épica que será lo último en lo que piense el día de mi muerte.

—Dallas Brodly —me paro en mitad de la calle—. Te has puesto rojo, ¿cómo es posible? Creí que tú no eras anatómicamente capaz

de sentir emociones tan triviales como la vergüenza por que te piropeen. Que eso eran cosas de plebeyos.

—¿Qué puedo decir? Supongo que una parte de mi cabeza, las relaciona con Svetlana. Ella solía piropearnos mucho a Erik y a mí. No tiene importancia.

¡¡Será jodidamente adorable!!

Leia me contó todo sobre la maravillosa y encantadora mujer que era como su abuela de sangre. Estaba tan unido a ella como lo está de su tío Duncan, pero por desgracia Svetlana ya no está en este mundo.

—Eres insoportable —le digo con cariño—. Consigues todo lo que te propones, es que eres odioso.

—¿De qué estás hablando?

—No creí que volver aquí pudiera ser agradable. Ni siquiera con la ayuda de Leia. —Le aprieto la mano enguantada unida con la mía, la levanto y se la beso—. Gracias.

—No hay de qué.

Sonríe y los pedazos de mi corazón se rinden y pasan a mejor vida.

Entonces su boca encuentra la mía y me atrapa en un beso tan increíble que es el Titanic de los besos. Único en su especie. El beso

más caro de todos. Uno que me está hundiendo en un océano de placer que no creía que tuviera cabida en mi malestar.

—Ya no queda tiempo, pero otro día podría llevarte al rancho de los Diago. Es bonito. Y hay muchos caballos.

—¿Otro día?

Decido ignorar el deje de ilusión en su tono para no infartarme. *ASDFGHJKL*.

—Estoy segura de que al hermano de Leia no le importa nada. Y si le importa, que se aguante, prácticamente soy de la familia.

—Dichosos los ojos —dice una voz masculina a nuestra espalda.

Como si lo hubiéramos invocado, un vaquero rubio con ojazos y acento aparece en nuestro camino como si acabara de llegar un rodeo. El único e inigualable cuelgue de todo Acorn Hill. Después de su padre, claro.

Blake.

Hunter.

Diago.

Aunque para mí nunca fue nada más que el hermano de Leia, que iba un curso por delante de mí, sé reconocer la belleza masculina cuando la veo. Ese mentón, la mandíbula cuadrada adornada por una ligera barbita, el pelazo rubio, el tostado que se

ha ganado a cambio del trabajo al aire libre, los músculos desarrollados por dicho trabajo…

Blake-Hunter es un tiarrón que tienes que mirar dos veces para asegurarte de que existe de verdad. Y ahora está justo delante nuestro.



OBJ



OBJ



OBJ

100



Dean-Weston

Se acerca haciendo ruido con sus botas de cowboy y abraza a Megara sin contemplaciones. A su lado, el cuerpo de ella es tan pequeño que lo engulle. Quiero arrancarle la cabeza a este crío. ¿Con qué derecho se toma esas libertades?

—Siento mucho lo de tu madre. Me hubiera encantado estar en el funeral, pero no podía dejar a los caballos solos.

—No pasa nada, no hacía falta —dice ella mordiéndose el labio para aguantarse mejor las lágrimas.

—¿Cómo estás?

Sigue. Abrazándola.

—Estoy bien. Ni siquiera sé lo que hago aquí —Megara encuentra mi mirada y rebosa cariño, intimidad y dulzura.

Eso calma un poco las ganas que tengo de partirle las piernas a este vaquero de los cojones.

—Tenemos un poco de prisa —carraspeo y cuando se separa de ella, lo hace con una sonrisa de capullo dibujada en la cara.

No tardo ni dos segundos en volver a cogerle la mano a Megara y sí, eso le ensancha aún más la sonrisita de capullo.

Lo cogiste en brazos al poco de nacer, contente, gilipollas.

SUBCONSCIENTE: gilipollas él, ¡por tocarla!

—Faith era una gran mujer.

—Gracias —la voz de Megara.

—Voy a callarme antes de que aquí el amigo multimillonario contrate a unos carísimos matones a domicilio para que me rompan la cara. —Me señala con el pulgar haciéndola reír y sí, también quiero partirle ese dedo—. Me alegra mucho verte, Dean-Weston.

—Ahórrate el retintín, Diago.

—¿Eres demasiado rico para un abrazo?

—Sí.

—Estupendo —dice antes de forzarme a uno.

Ca-pu-llo.

Es lo que es, pero se lo devuelvo. Qué remedio.

—¿Cómo llevas lo de ser como Batman?

—Unos días mejor que otros.

—He oído que Erik te ha regalado un gato.

—No me tires de la lengua.

La chica a mi lado sorbe sus emociones mientras nos observa en silencio y me pregunto por qué seguimos hablando todavía. Estoy aquí por ella, con todos mis respetos, Blake-Hunter se puede ir a tomar por…

—Vale, bien, me ha encantado veros, pero voy a largarme para que esto deje de ser tan raro —echa a andar—. Disfrutad de la noche, pareja.

—Eh, Hunter —lo llamo y se gira—. ¿Puedes guardarnos el secreto de que estamos aquí? Nos vamos en dos horas.

Baja la parte frontal de su sombrero vaquero.

—Si oigo a alguien hablar del tema diré que son cuentos de borracho. Espero volver a veros pronto. —Y se marcha.



Dos horas después, nos subimos al avión. Me encantaría engañarme a mí mismo y fingir que Megara no ha tenido parte de su cabecita rondando el laboratorio incluso aunque esté en otro estado.

Pero aunque mi visión esté llena de sombras, incluso yo soy capaz de ver la jodida ilusión que me hace saber que le importo.

Reconozco que soy un monstruo y que no estoy llevando bien *nada* de todo esto, que estar cerca de ella me convierte en un cabrón, desalmado y egoísta, pero… he disfrutado horrores de esta noche.

Aunque no me la merezca.

Aunque todo esto sea un inmenso error.

—¿Vas a trabajar? —pregunta desde el asiento contiguo, ya en mi avión privado.

—¿Por qué? ¿Qué me ofreces?

Diría que soy un cerdo porque mi polla se haga ilusiones, pero mi polla tiene vida propia cuando ella está cerca.

—Que seas mi almohada un ratito —dice y hasta me hace ilusión ser de puta utilidad. *Joder, sería tu felpudo, si me lo pidieras.* Sin más dilación, trepa encima mío, se acurruca contra mi pecho y deja los labios a la altura de mi cuello. Por mucho que me duela, no pienso quejarme—. Eres increíble, Dallas Brodly —susurra antes de quedarse dormida aferrada a una de mis manos.

Y durante un instante, la creo.

101



Meg

Faltan dos semanas y media para que se cumpla el plazo de tres meses. Leia sigue mirándome de reojo cuando cree que no me doy cuenta, pero lo cierto es que estoy mejor.

Pasarme el día con ella ayuda. Mucho. Y la sala que crearon para mí, la que tiene mi nombre escrito en la puerta, también.

Pero el viaje de anoche, fue otra cosa. Me sanó heridas de mi padre. Porque de la mano de Dallas me sentía a salvo de los

fantasmas y del dolor. *Empiezo a pensar que alguien más aparte de nosotras debería estar estudiando a este hombre. Que no hay otro. ¡¡Que rompieron el molde al hacerlo!!*

Ojalá pudiera decirle que le quiero y que eso significara tener un futuro juntos.

Hoy Dallas ha tenido mucho trabajo, así que no he podido verle nada. Le he escrito un mensaje cursi diciéndole que cada minuto con él regenera partes de mi corazón herido, pero se me ha acabado la batería del móvil y no he podido enviárselo. *Mejor, era demasiado cursi y no te recuperas de confesiones así. Aunque sean verdad.*

No entiendo cómo pude creer que era cruel, es el hombre más dulce que he conocido nunca.

Dallas consiguió que Jay-Duncan se fuera la pasada semana y ayer al mediodía, fue el último de Erik en Nueva York. Ambos van a volver, solo necesitaban recargar las pilas viendo a las mujeres de sus vidas unos días. No tengo claro qué les van a contar, pero sé que la verdad no. Los echaré de menos, a Erik sobre todo, ha sido muy divertido tenerlo por aquí. Para todos sin excepción.

«Dallas y yo estamos a punto de fundir nuestros labios en un inapropiado comienzo de sexo laboral cuando Erik nos interrumpe.

—Tengo una reunión con los inversores japoneses en cinco minutos, ¿por qué estás aquí? —gruñe a su hermano.

—Necesitas hidratarte, tío, ¿y qué mejor que un vaso de chocolate con fresa?

—No lo sé. ¿Cualquier cosa? —Dallas alza una ceja y casi lo mata con la mirada.

—También he traído uno para ti, encanto —me dice ofreciéndome uno, a lo que le doy las gracias.

—Erik, lárgate.

—No seas cascarrabias. ¿Qué transmite más confianza que un hombre capaz de sobrevivir a semejante bomba calórica?

—La pajita es rosa.

—Sí, porque los CEOs duros y misteriosos también merecen su toque kawaii.

Veo a Dallas cerrar los ojos al tiempo que inspira con fuerza y estoy segura de que va a explotar. Por suerte tengo buenos reflejos y me llevo a Erik de allí antes de que lo haga papilla. El batido resulta estar muy rico».

—Si conseguimos estimular la producción de filagrina, podremos reforzar la barrera epidérmica y reducir la hipersensibilidad —me dice Leia trayéndome de vuelta a la realidad.

Suspiro apartándome un mechón de la cara y me muevo hasta que me crujen los hombros. Necesito un cuerpo nuevo.

—Vale, pero el KFG[28] nos dio una inflamación brutal en las pruebas anteriores. Casi se nos incendia la dermis del cultivo.

—Ya, pero fue con una dosis alta. Si ajustamos la concentración y lo combinamos con antioxidantes podríamos neutralizar el estrés oxidativo.

—Adivino. Vas a proponerme resveratrol. —Le alzo una ceja y su cara lo dice todo—. ¿Te has unido a una secta de ese antioxidante, bonita?

—Escéptica. Mira, si conseguimos que los queratinocitos mantengan la integridad de la barrera cutánea, reducimos el paso transepidérmico de irritantes. Y si reducimos eso, le damos a Dallas una piel menos reactiva. Menos dolor constante.

Dolor constante. Dos palabras que se convierten en dagas en mi garganta.

—¿Cómo te sientes?

—¿Ahora? —resoplo—. Ahora mismo soy un cóctel de emociones porque estoy permanentemente triste, frustrada, muy cabreada y…

—Quizá hoy podríamos salir un poco antes de la hora de la cena.

Es poco después de media tarde, pero no puedo echárselo en cara.

—Para dos que yo me sé, más que otoño, estamos en primavera, ¿eh? —muevo las cejas de un modo insinuante, lo cual estoy segura de que queda patético de narices con las gafas protectoras puestas.

—No —sacude la cabeza—, me refiero las dos. Podríamos ir de compras un rato. Airearnos.

Me duele el estómago al darme cuenta de lo que la estoy descuidando. De que el día que se dé cuenta de que no le aporto nada como amiga y que lo único que hace en esta relación es preocuparse por mí, soltará la carga que represento y no volverá a mirar atrás.

Una parte de mí está convencida de que sería lo mejor para ella.

La otra cree que me moriré si ocurre.

Aun así, digo:

—Deberías proponérselo a Stanisław.

—Es contigo con quien quiero salir. Nos iría bien despejarnos, ¿no? A veces las mejores ideas ocurren cuando te aburres un poco.

—Entonces ir de compras no sería una buena idea. Sobre todo si es contigo —sonrío.

—No sé, ¿estás segura de ello? —rueda los ojos muy despacito —. Ya parece que no quieres ser mi amiga, ni charlar, ni hacer nuestras cosas. Creo que me odias en secreto.

—Serás tonta —me ofendo y ella sonríe, poniéndome su cara de «¿porfi?».

Me siento mal porque anoche gasté mis horas de sueño en mi mini-escapada con Dallas y aunque ella no lo sabe, yo sí.

—Supongo que podríamos salir una hora. ¿Pero cenamos aquí?

—Por supuesto —se le iluminan los ojos y viene a abrazarme.

El centro comercial está a diecisiete minutos caminando, según Google Maps, pero nosotras tardamos un poco menos porque cuando Leia está eufórica por algo, sus andares se vuelven rapidísimos.

—Si salimos así de las tiendas pensarán que somos un par de ladronas —comento y ella se parte de risa.

Como si hubiera sido un chiste.

Las puertas automáticas del centro comercial se abren y una ráfaga de aire nos recibe con un murmullo de risas y jaleo. Me encanta el olor dulce a palomitas en la zona de los cines, a café y caramelo en la de bares. Hay una canción del nuevo álbum de Taylor Swift sonando de fondo mientras los colores marrones y anaranjados

salpican escaparates y decoraciones por doquier. Veo a una universitaria con la cara pegada a un libro y cuando pasamos por su lado le sonrío.

—Lo primero que deberíamos hacer es…

—¿Pillarnos un *pumpkin spice latte*? —pregunto.

—Por algo eres mi mejor amiga. —Me planta un beso en la mejilla y vamos a por ellos.

Sin malgastar ni un minuto más, en cuanto estamos servidas, nos adentramos en una de las tiendas.

La temática cowboy de las botas me hace pensar en Blake-Hunter.

Y él me hace pensar en Dallas.

Y él en el laboratorio. *Culpabilidad entrando en el chat, no debería estar teniendo tiempo libre*.

—¿Qué tal me queda? —pregunta Leia poniéndose encima un jersey lima con copos de nieve bordados la mar de monos.

¿Cómo le digo que estaría guapa hasta con una bolsa de basura? Que sí, que se lo compre, eso y todo.

—El lima es tu color.

—Has dicho eso con los últimos tres. ¿Qué te sugiere eso? —alza una ceja.

—Que es verdad y que no soy muy original. ¿Me dejas tu móvil y te hago una foto para que veas la razón que tengo?

—Me lo he dejado en DW. Cuidado —me agarra antes de que me coma un maniquí—. Hoy estás que no estás, ya te he recogido del suelo una vez.

Se me escapa la risa al recordar la caída porque ha sido bastante cómica y como es mi mejor amiga, a ella también.

—Pues va a ser verdad que soy un poco torpe —admito por lo bajini.

—No, lo que pasa es que estás agotada. ¿Vamos a una tienda de muebles y buscamos una cama?

—Lo siento, no eres mi tipo.

—*Tonta*.

—Pues tú eres amiga de una, que no sé qué es peor. ¿Te vas a comprar el jersey?

—¿Crees que a Stanisław le gustará?

—Claro.

—¿De cuál de los tres estás hablando?

—Del mismo que tú.

—¡Meg! —chilla con su voz de interiores, mientras yo agarro los tres y me encamino al probador, cogiendo de paso uno rojo para mí

porque *es mi color*.

Nos lo pasamos de cine.

Hemos tardado media hora más de lo previsto, pero cuando me separo de Leia y voy hacia el despacho de mi demonio de brillante armadura, me convenzo de que no pasa nada porque traigo un *pumpkin vanilla latte* conmigo.

¡Y no tiene la pajita rosa! Megara 1 - Erik 0.

Mis pies se aceleran cuando oigo la voz agitada de Jesse. Al contrario que mi corazón, cuyos latidos se ralentizan. Giro la esquina y veo a Tesse, blanco como un folio, y me toco los bolsillos de la chaqueta esperando encontrar mi móvil. *Nada*.

La puerta del despacho de Dallas está abierta, pero no hay nadie, solo Carbón encima de la mesa. *No. No, no, no.*

La sangre en mis venas circula espesa y a ralentí, pero le ordeno a mi cerebro que no se desconecte ahora. Consigo que mis pies se muevan y alcanzo el ascensor.

102



Meg

«Que no entre» es lo que le dice a las enfermeras cuando me ve llegar y aunque me alegro de que esté consciente y con las capacidades de habla intactas, hubiera preferido que me patearan los higadillos.

La de su sala no es la única que se cierra, también la del pasillo, así que cuando me dejan fuera, lo hacen por completo, no le veo ni remotamente.

Vuelvo a sentir esa impotencia asfixiante tan reconocida.

La mano oscura rodeando mi garganta. El miedo me carcome y me revuelve el estómago mientras mi corazón se acelera cada vez más. *No voy a tener un infarto porque no me viene bien,* me convenzo.

Pasan diecisiete minutos hasta que alguien sale de esa dirección. Diecisiete hasta que me cuelo intentando pasar desapercibida o al menos, ser más rápida que la seguridad del hospital. Es entonces cuando la doctora y los dos enfermeros salen de su sala, y su mirada me encuentra.

103



Dean-Weston

Cruzamos miradas y entonces me duele el cuerpo por otros motivos.

Megara se queda en el marco de la puerta inhalando con dificultad, sin exhalar ninguna de las veces. Empiezo a preocuparme por el funcionamiento de sus pulmones.

—¿Qué haces aquí?

No me responde. Me obligo a quedarme donde estoy, terminando de reajustarme la corbata y los últimos botones de las mangas de la camisa.

—No te he llamado —insisto, incómodo.

—¿Qué…? —señala fuera, al pasillo—. ¿Por qué has hecho eso? Antes. ¿Por qué me has dejado fuera?

—Ha entrado, lo tenía prohibido —dice una voz aguda a nuestro lado cuado Megara cruza la puerta.

Miro al crío de siete años, que ocupa la camilla contigua a esa en la que ya no estoy sentado. *Esto es lo que pasa cuando vas de urgencia a los sitios. No volveré a cometer ese error.*

—¿No habíamos hecho un trato tú y yo? —le recuerdo al niño del demonio.

Él se lleva el índice y el pulgar a los labios y pellizca una cremallera invisible.

—¿Qué trato? ¿P-por qué no me has avisado de que venías al hospital, Dallas? ¿Por eso has estado tan esquivo hoy? ¿Porque te encontrabas mal? Dios, pues claro, soy una imbécil. Estaba tan cansada, tan centrada en las pruebas y tan metida en nuestro viaje a Acorn Hill que apenas he sido persona.

—Para —la corto, severo—. No es culpa tuya. No ha sido nada, estoy bien. Pero es evidente.

—¿El qué? —está muy cerca, así que bajo el tono.

—Eres demasiado joven para esto, Megara. Para haber lidiado con una madre con Alzheimer y ahora con un hombre que se está deshaciendo. Ni siquiera estás hecha, eres solo una niña.

—¿Una qué? —interviene el maldito crío que va a quedarse sin el coche de carreras como no se calle, arrugando la nariz en una mueca de asco.

Vuelve a hacer el gesto de la cremallera cuando le lanzo una mirada asesina. *Suerte tiene de que ya le haya transferido la pasta a su padre.*

—Hablemos fuera. —Salgo sin esperarla y luego camino hasta el ascensor hasta que se interpone en mi camino.

—Eh, has dicho fuera. Quiero hablar, necesito hablarlo aquí. Ahora.

Me inclino hacia ella, hacia su oído y le susurro.

—¿Lo que hemos estado haciendo por todas partes, en todas las posturas imaginables? ¿Lo *único* que nos une? Con la fuerte medicación que me van a dar de ahora en adelante, no voy a poder hacerlo.

—A mí eso me da igual —arruga el rostro casi ofendida.

—A mí no, cariño. Como ya habrás podido comprobar, no hago tratos con nadie si no saco beneficio de ellos.

La dejo atrás, pero vuelve a interponerse en mi camino.

—Para. No hagas esto.

—¿Que no haga el qué?

—No me alejes. Déjame decidir si puedo con esto. Porque puedo —pone las manos en mi pecho, las sube hasta mi cuello—. Y además *quiero* estar a tu lado. Leia y yo tenemos avances. Lo de hoy habrá sido una consecuencia de la malísima idea que fue ir a Acorn Hill y pasar la noche al aire libre. Lo siento, debí frenarte. No volverá a pasar. Esto solo es un bache, ¿vale?

Hostia putísima. La jodida esperanza otra vez.

Se la arrancaría del cuerpo si pudiera.

La cojo con brusquedad de los antebrazos, con la seriedad necesaria que esta situación requiere porque necesito que lo entienda.

—Yo no te quiero aquí.

—No quieres ser una carga, pero no lo eres. Tú no eres eso para mí.

—¿Es que no lo entiendes, joder? Soy. Un. Hombre. Un puto hombre.

Mis últimas tres palabras flotan en el aire entre nosotros un buen puñado de segundos. Entro en el ascensor. Ella y su persistente olor a mango me siguen.

—Un hombre —frunce las cejas cuando se cierran las puertas—. ¿Pen… Pensabas que no me había dado cuenta de que lo eras?

Me acerco a ella, enjaulándola contra una pared del ascensor deseando estar a veinte pisos más de distancia del suelo y a su vez, con ganas de que se abran ya las puertas.

—No lo entiendes. ¿Lo que me gustaba de ti? ¿Mi deseo de desnudarte y meterme tan dentro tuyo como fuera humanamente posible? Lo siento, pero ya no hay *nada* de eso. La medicación no me lo permite.

—¿Estás…? ¿Estás insinuando que ya no te importo?

—Afirmándolo.

—No me lo creo.

—Me importa una mierda. —Le dedico una sonrisa torcida—. ¿Sabes, Meggy? Tengo una idea, pídeles a mis médicos que te receten una dosis de mi medicamento. Así ahorrarás muchos

pañuelos. Y vuélvete a tu pueblo de paletos y acaba con la agonía que supone tenerte por DW.

Su codo aterriza en mi estómago y tengo que alejarme y doblarme sobre mí mismo jadeante.

—Deja de ser un imbécil —dice seria, aguantándose las lágrimas —. No me has avisado cuando has ido al hospital así que esto debe ser grave. Necesito conocer los detalles porque todavía me quedan dos semanas de exhaustiva investigación. Y me importa una mierda si no quieres volver a acostarte conmigo, no voy a irme a Acorn Hill hasta que se cumpla el plazo —promete, pero yo sé que no lo hará hasta que sea yo el que se vaya.

Que no voy a poder alejarla por mucho que eso me horrorice.

Las puertas del ascensor se abren, pero ninguno hace nada por salir de esta caja de metal.

—Mira, no he querido decírtelo nunca porque lo estabas pasando mal con tu madre. Pero esto es culpa tuya.

Meto una mano en el bolsillo del pantalón y me clavo la uña con fuerza contra mi piel rota.

—¿C-cómo?

—Te creí capaz de ayudarme y dejé de tomar la medicación para no entorpecer tu investigación.

—Y-yo no te pedí…

—¿Que confiara en ti? Sí, lo hiciste y lo hice, pero aquí estoy igual de jodido que al principio.

—Yo… —su boca se abre y se cierra en busca de palabras que no encuentra.

—Eres una química especializada en tipos de veneno y joder si me has envenenado. De todas las formas posibles. Pero ya has jugado bastante conmigo, ¿no te parece? ¿No crees que merezco que desaparezcas de mi vida de una puta vez? —no contesta, así que sigo yo—. Mira, ahórrate las dos semanas que te quedan, vuélvete a tu pueblo y olvídate de mí, ¿estamos?

Me agarra de la manga de la chaqueta del traje con el puño cerrado, tiene la cabeza gacha, pero sé que hay lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿Por eso volamos a Acorn Hill ayer? —pregunta con voz temblorosa.

—Sabía que eras demasiado debilucha como para volver allí por tu cuenta. Que te quedarías aquí por cobardía. Como he dicho, yo no hago nada si no saco beneficio de ello.

—No, tú… Para.

—Es evidente que tu padre no es al único al que le gusta huir. Tú dejaste atrás a tu madre y no tuviste inconveniente en hacer lo mismo con tu padre, quien claramente necesitaba algo de pasta. Imagino que no tendrás inconveniente en olvidarte de mí cuando eres bastante responsable de la muerte de uno, o puede que de dos, de tus progenitores.

—Estás intentando alejarme. Lo sé —asegura, pero su cara refleja que *no* lo sabe—. Estaba ahí cuando me besabas. Cuando me dejabas dormirme en tu regazo. Igual que haces con Carbón, estás intentando protegerme y no voy a irme.

Exhalo y doy un tirón a mi manga para que me suelte, luego doblo un poco las rodillas y le cojo las mejillas.

—Me dabas pena.

—Estuviste conmigo en la biblioteca, en *mi* sala. Y me has protegido. Y me dijiste… una vez me dijiste que me q…

—¿Que te quería? Oh, sí, Meggy, te quiero muchísimo —digo en tono burlón y lo siguiente que resuena en mis oídos es el eco del bofetón que acaba de darme.

—Eres un…

—Tío. Un tío que ha follado contigo porque le dabas pena y porque estabas ahí, y porque se está muriendo —recorro su rostro

con la mirada—. Lo siento si ahora mismo no me entristecen tus lágrimas, pero es la verdad, no siento nada. Mira, tú al menos tienes una vida, ¿vale? Lárgate a tu pueblo y olvídate de que me has conocido. Te irá mejor.

La oigo llorar.

Y aun así me alejo.

104

Meg

En el taxi de vuelta, las lágrimas no me permiten leer con claridad lo que Google me dice sobre la relación directa entre los fuertes medicamentos para enfermedades de la piel y las mentiras.

Soy diminuta, tanto que no sé cómo he llegado a subirme a este asiento.

Estoy tan enfadada, tan herida que ni siquiera puedo intentar convencerme de que me ha mentido. Porque ha dado luz a un

montón de cosas que vivían en el fondo de mi cabeza, que yo pienso de mí, cosas por las que me siento muy culpable.

¿Y si las pistas estaban ahí, claras, y yo no las he visto como el maniquí de esta tarde?

He perdido a mi madre, no he estado en mis cabales. Sería lo lógico que me hubiera aferrado a él como una bacteria dependiente. Como un pez a un tiburón, que ni siquiera se percata de su nimia existencia.

Una voz terrible me susurra algo peor, algo que ancla en el muro de la verdad cada palabra que ha salido de los labios de Dallas esta tarde: mi padre tardó menos en despojarse de mí, ni siquiera nos dio explicaciones, se largó sin más. Y es eso lo que está haciendo Dallas, ¿no?

Porque ya no siente nada por mí.

¿Cómo podría ponerlo en duda?

Eso fue lo que le pasó a mi padre con mi madre y conmigo, y todos sabemos que Faith era muchas cosas que yo jamás llegaré a ser.

—Señorita, hemos llegado —dice el taxista sobresaltándome.

Pago el viaje y bajo, odiando cada rincón de las letras DW en la fachada. No quiero verle, no quiero encontrármelo aquí. Pero sin la

investigación, no tengo nada. Y puede que él ya no… pero Leia sí.

Y ya es hora de que deje de ser una amiga de mierda.

Me adentro hasta los baños y me lavo la cara un par de veces. No sé cómo narices voy a engañarla. Aun así hago el intento, me recojo el pelo en una tirante coleta, me aplico máscara de pestañas que es lo único que tengo en el bolso que puede disimular mis párpados algo hinchados y me muerdo la lengua con fuerza cuando estoy a punto de perderle el pulso a las lágrimas. Otra vez.

Entro en nuestro laboratorio con la cabeza gacha y espero que me pida explicaciones de por qué he tardado tanto. Para mi sorpresa, no lo hace.

—He averiguado algunas cosas —dice mirando al ordenador y cuando me acerco a la pantalla ella no me mira y yo tampoco.

Por eso no me doy cuenta de que tiene la línea de agua tan roja como yo.

105



Dean-Weston





—...con ella sí.

—Ahhh, entiendo —oigo la sonrisa en su voz—.

Ya, bueno, no es que quiera ser un jodepolvos.

—Pues no lo seas.

—Puedo darte unos días, si quieres. Pero no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Erik.

—Vale, una semana. Es mi última oferta.

—Duncan me ha dado dos.

—Joder, es un blando. Mierda. ¿De verdad?

—Sí. ¿Y tu trabajo? ¿No tienes cosas que hacer?

—Sí, joder, pero a la mierda con eso.

—No. Nos vemos en dos semanas. No vengas antes.



Al colgar, llamo a mi tío y le convenzo de lo mismo.

Vuelvo a tener ganas de vomitar. Solo la veo a ella. A ella y a nadie más.

Me revuelvo incómodo, recolocando los cojines de la cama, asqueado de haberme pasado la tarde aquí.

Reviso las últimas notificaciones y encuentro un email de mi abogado. Una copia en pdf de la carta de confirmación que corrobora que todos los cambios que le pedí han sido realizados.

Leo la parte que me ha subrayado en amarillo, porque fui un pesado de cojones.

«…no recibirá el dinero hasta pasados cinco años, tal y como desea el testador».

Perfecto.

106



Meg

No esperaba verle al día siguiente. Una parte de mí esperaba que su ausencia confirmara que lo que hizo, lo que dijo, no tenía que ver conmigo sino con él y sus miedos. Así que su presencia escuece todavía más.

Es Leia quien va a verle cuando necesitamos algo de él. Y yo la que está tan cabreada que ni siquiera la frena. Tarda bastante en

volver, por suerte, así que me animo pensando que habrá pasado a ver a Stanisław.

«Es evidente que tu padre no es al único al que le gusta huir. Tú dejaste atrás a tu madre y no tuviste inconveniente en hacer lo mismo con tu padre, quien claramente necesitaba algo de pasta. Imagino que no tendrás inconveniente en olvidarte de mí cuando eres bastante responsable de la muerte de uno o puede que dos, de tus progenitores».

Menudo cabrón. Encima me llamó Meggy. ¡¡Meggy!!

Deben haberle dado una droga muy fuerte para cambiar tanto de la noche a la mañana, le digo a mis manos cuando veo que me tiemblan de manera exagerada.

—Cálmate. Solo son palabras.

Pero por algún motivo, no me lo parecen. Tienen un hueco en mi pecho, están consumiendo un espacio que antes ocupaba mi corazón.

Me salta un cristal a la cara por estar despistada y gruño cuando me corta cerca del ojo. Una sola gota me resbala y me recuerda que se me han vuelto a olvidar las gafas protectoras.

—¿Qué haces aquí? —dos minutos después, su voz arisca me llega desde el principio de la sala en la que llevo metida eones.

Contengo el estremecimiento que sacude mi cuerpo, intentando recordarle a mi cuerpo que Dallas ya no es mi lugar seguro y que pedirle que me abrace hasta que mi ropa huela a él, estaría mal.

Muy bien, pero fatal.

Maldita sea, soy patética.

—No me molestes.

—Te pedí que te largaras —dice y cuando no le contesto, se lo toma como una invitación para entrar en mi territorio—. ¿Es que estás sorda?

Sorda.

Ciega.

Intoxicada por tu olor.

Enamorada de un gilipollas.

Sí, sí a todo.

Sigo ignorándolo hasta que me corta el paso cuando voy hacia el estante. Entonces mira la diminuta herida reciente en mi cara con rabia desmedida.

—¿Ahora tú también tienes Alzheimer?

—Eso ha… —ha sido un golpe bajo y se merecería un rodillazo en sus partes, pero no quiero ni tocarle.

—¿Qué? —espeta, esperando a iniciar su ansiada discusión.

—Lo que llevo en este matraz es importante, necesito que te quites de en medio —le advierto y él me lo arrebata de entre mis dedos. Un segundo después, se ha hecho añicos contra una de las paredes del laboratorio.

—Megara: quiero que te vayas.

—Entonces espera un poco —le lanzo una mirada mezquina.

—¿Qué?

—Busca una silla cómoda, siéntate y espera a que se te pasen las ganas. No será la primera vez que dejas de querer algo de repente, ¿verdad que no?

Se larga hecho una furia, como si tuviera derecho, y yo me quedo mirando todo lo que se ha derramado en el suelo. *Cuatro horas y media de trabajo.* Ni siquiera puedo gritar, hoy no sirvo ni para cabrearme.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Leia, horrorizada al ver el matraz.

—Se me ha caído.

—¿Tenemos que volver a empezar?

—Sí, lo siento.

Hace una mueca, sacude la cabeza y empieza a limpiar.

Casi tengo ganas de sonreír porque esto me ha pasado por no hacer caso a las señales. Ellas estaban ahí, esto ha sido todo culpa mía. *La próxima vez que veas un gato negro, huye, muchacha.*

Stanisław



Es jueves a eso de las dos y cuarto del mediodía cuando entro en su despacho y, al parecer, lo hago en el momento justo.

—¿He oído bien? ¿Jesse acaba de avisarte de que Nathalie Shelton está aquí?

—Sí, tenemos una cita.

—¿Es que has perdido la cabeza?

—Métete en tus asuntos, ¿quieres?

—No. ¿Vas a contarme qué coño te pasa de una vez? Necesito detalles. Has estado esquivo desde que fuiste al hospital. Y no paras de cederme…

—Estoy peor. Quiero cederos un poco los mandos, preocuparme menos por DW, nada más.

El silencio se me atraganta y espesa en el paladar.

—¿Cuánto peor? —me acerco a su mesa, pero él se levanta—. ¿Mucho? ¿Y cedérmelos durante cuánto? Solo un par de días, ¿no? ¿Ha sido un bajón consecuencia de Acorn Hill? Hostia puta, Weston, contéstame a algo.

—¿Se te acaban las preguntas en algún momento? —se frota la frente, tenso, y sé que así no voy a conseguir nada.

—Mira, tío, Leia está…

—Sé cómo está. Ha venido a verme. Y es culpa tuya.

—Apenas le dije nada. Apenas sé nada.

—Pues fue demasiado. Quítamela de encima, ¿vale? Me ha estado estorbando.

Aprieto los dientes. Se vuelve de lo más capullo cuando está dolido.

Es penoso, como si algo de esta mierda consiguiera engañarme después de los años que hace que nos conocemos.

—No hables así de ella.

—Es la verdad.

—Tú me diste carta blanca para que le dijera lo que sabía.

—Porque sé que no puedes callarte nada cuando se trata de Leia. Además, pensaba que nos ayudaría a… —se rasca la mandíbula —. Da igual.

Carbón está intentando subir al escritorio trepando por los cajones de la mesa de Weston, como suele hacer, y no puedo evitar la tentación. Abro uno de ellos para que se caiga dentro, pero se me corta la risa cuando pasa porque Carbón cae sobre un montón de inhaladores.

—¿Qué cojones?

—No toques mis cosas, ¿quieres? —coge a Carbón del pellejo del cuello como haría su propia madre, me lo tiende y cierra el cajón de un golpe.

—Dímelo.

—No necesitas saber los detalles.

—Mierda, sí, claro que sí. Soy tu mejor amigo y me estás asustando. Estoy acojonado, joder. ¿Tantos problemas tienes para respirar que necesitas un puto arsenal?

—Señorita Shelton, hola —oímos a Tesse desde fuera, recibiendo a la invitada.

—¿Y qué mierda pretendes conseguir con Nathalie? ¿La has visto? ¿Has visto el estado en el que Meg…?

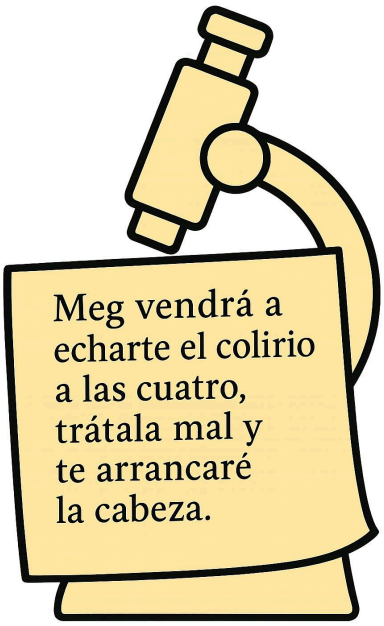
—Sigue en DW, ¿no? Pues aún no es suficiente.

Dejamos la conversación en pausa cuando la voz aguda de la magnate del software innovador ZLL cruza la sala acompañada de su odiosa dueña. Es pelirroja, lleva un vestido ajustado y gafas. Es un buen intento, eso tengo que reconocérselo a este gilipollas.

—Cariño, ¡pero qué sorpresa tan bonita! —Nathalie pasa por mi lado y se lanza a los brazos del tío que lleva queriendo follarse media década.

—¿Recibiste mi regalo? —pregunta él en tono neutro y sé que está intentando hacerse el simpático.

No tengo ni idea de qué pretende hasta que veo el pósit en la mesa.



Oigo unos tacones aproximándose y noto cómo el cuerpo de mi mejor amigo se tensa.

No me hace falta girar la cabeza para ver quién viene, porque ya lo sé.

107

OBJ

Meg

OBJ 

Me paso el día en el laboratorio y solo salgo para ir al baño, de vez en cuando. No me pasa por alto el hecho de que Dallas está reunido en alguna de las salas que cruzo para dejar atrás.

Los capullos, por lo visto, también tienen cosas que comentar con los distintos departamentos de DW.

Lo *raro* es que algunas las lideraban Violet o Stanisław, a él solo le he visto sentado. Taladrándome con la mirada cuando cruzaba el

pasillo. Ignorándome cuando sabía que era yo la que volvía al laboratorio poco después.

También llevo varios días viéndole con mujeres despampanantes. Montones. Después de que ayer por la mañana compartiera un breve viaje en ascensor con él y una rubia, que debía ser una modelo nórdica, habría jurado que mis emociones ya habían sido apaleadas hasta la muerte.

Pero siempre se puede caer un poquito más bajo.

Siempre te puedes hundir un poquito más en el lodo, ¿verdad que sí, Meggy?

Entro en el despacho de Dean-Weston, colirio en mano. Le dedico una pequeña sonrisa a Stanisław, una con la que espero que entienda que estoy súper agradecida por todos los pastelitos que me trae a diario. Esos que no me como, pero que me hacen sentir animada.

A la pelirroja no la miro y a Weston tampoco. Me paro delante del sofá en el que están sentados y Carbón decide correr hasta mi zapato y frotar su cabeza contra mi pie en un gesto de cariño que está a punto de hacerme picadillo.

—Chica, ¿qué haces con eso? —la susodicha a la que no estoy mirando pone un tonito de «¿por qué dejan entrar aquí al servicio?»

la mar de irritante, pero yo soy de hielo.

No me queda más remedio que mirar a Dallas, a los ojos, por si fuera poco. *Pero es que tengo que echarle las putas gotas, ¡¡a eso he venido!!*

El estómago se me da la vuelta, menuda mirada, menudos ojos. *Para tener a una chica guapísima en el regazo, pareces tener un cabreo de tres pares de narices.* Pero no he podido interrumpir nada, Stanisław también está aquí.

—Será un segundo —me limito a decir dejando claro que si quiere follársela aquí en medio en cuanto termine de ponerle el colirio, no obtendrá reacción alguna por mi parte.

Dallas parece estar a punto de mandarme a la mierda, pero alza la barbilla hacia arriba y mira en la misma dirección para que proceda. Me acerco y huele a bosque húmedo por la lluvia, y a él.

Me veo obligada a sujetarle la mejilla para acertar con las gotas. Sé que es un error en cuanto le toco. Mi piel reacciona a él al tiempo que hace saltar todas las alarmas de mi sistema nervioso. *Por Dios, ¿estar viva siempre ha dolido así?* Dejo caer las gotas y él no se queja.

Podría haber apartado la mano ya, pero sigue en su cara. La pelirroja que hay entre ambos bien podría haberse evaporado

porque juraría que ya no está allí. Ni el novio de Leia. Ni el resto del mundo, tampoco.

Empieza a arderme la garganta, pero termino de hacer lo que tengo que hacer y en cuanto puedo, me aparto. Por desgracia no me libro del peso de sus ojos sobre mí y acabo topándome con ellos otra vez.

Me mira como si no me estuviera dando motivos para llorar.

Peor: como si no le importara dármelos.

Me doy cuenta de que ni siquiera con esas le odio. No más de lo que odio el enorme hueco que ha dejado su cuerpo en mi corazón.

Me doy la vuelta y salgo del despacho sin mirar a nadie en concreto.

Vuelvo a mi laboratorio porque tengo mucho trabajo que hacer.



OBJ



OBJ



OBJ

Leia



—Stanisław, ¿puedes hacerme el favor de no desconcentrarme? —pregunto al hombre que ha estado a punto de causar un accidente con media docena de placas de Petri.

Literal.

No quiero sonar borde, pero necesito que lo entienda. Nos quedan muy pocos días para que se cumpla el plazo, cinco, para ser exactas y sé que Dallas no va a tardar ni dos segundos en darnos la patada. Y nos necesita. Y yo necesito dar con algo de una puta vez.

—Tienes que cuidarte. Nadie puede trabajar veintidós horas al día.

—Ahora mismo yo no soy la importante.

—Eres el amor de la vida de alguien, Leia Diago. De la mía.

Me flaquean las intenciones.

—¿Ac…? ¿Acabas de decir…?

—Sí. Literal.

—Te quiero —jadeo llorosa.

—Ya lo sé —sonríe, me pone una mano en la nuca y me acerca para comerme la boca de esa forma tan animal que me arrebata todo el puñetero oxígeno que había en mis pulmones, apañándoselas para ser dulce por el camino—. Pero yo te quiero más, Leia. Por favor, vámonos a casa. A la mía, a la tuya, a donde sea. Podemos parar a por Neutrón e ir a un hotel. Me da igual. Te echa mucho de menos y yo también.

Adoro a su pastor alemán. Creo que es el perro más tierno que ha nacido en la faz de la tierra. Me duele un poco el corazón al pensar en lo mucho que lo echo de menos y en que siempre tengo su hueso de juguete en uno de los bolsillos de la bata porque así lo siento más cerca. Pese a eso:

—No puedo irme.

—Sí, sí que puedes.

—No, Meg y yo tenemos muchas cosas a medias. Nuestra jornada no ha acabado.

—Entonces un par de horas. Para cenar y airearte un poco. Llevas encerrada tanto tiempo en estas cuatro paredes que esto empieza a parecer Jane Eyre. Y no es por nada, pero tengo demasiados piercings en la oreja como para parecerme a Rochester.

—Marchaos —dice Meg entrando en el laboratorio.

—De eso nada.

Mi mejor amiga alza la cabeza y me dedica una sonrisa débil que ha debido costarle un imperio.

—Vamos, Leis, él tiene razón. —Desvía la mirada de uno a otro —. No tiene pinta de Rochester.

Oigo la risa de Stanisław, suave y dulce, y un chisporroteo recorre mis terminaciones nerviosas. Para él esto también es difícil y estoy tan enfocada en la investigación que ni siquiera me estoy preocupando por él como debería.

No, cuando es el hombre del que estoy enamorada, al que quiero, y al que no había oído reír en mucho tiempo. Le miro con la disculpa en los ojos, queriendo decirle muchísimas cosas a la vez.

—De acuerdo, vamos a cenar, cariño.

Stanisław



—Oye, sobre… —Leia empieza a soltarle frases inconexas a su compi de lab.

—Sí, ya —responde Meg.

—¿Lo has tenido en cuenta?

—Claro. No te preocupes.

—¿Estáis hablando en clave por algo? —pregunto curioso y las dos sacuden la cabeza.

Leia me da un rápido beso en los labios y luego sale de la sala para ir a retocarse al baño, lo cual me hace gracia, porque ella está arrebatadora siempre.

Después de trabajar todo el día.

Recién levantada.

Después de follar, con el pelo revuelto.

A ella la hizo Afrodita, no tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Miro a la muchacha que ya tiene la cara pegada al microscopio y hago una mueca.

—Gracias, Meg.

La levanta un momento y hace otro amago de sonrisa.

—Entreténla todo lo que puedas. Os merecéis salir y distraeros un poco. Los dos.

Si no la apreciara ya, ver cómo quiere a la mujer de la que estoy desesperadamente enamorado lo habría conseguido.

Finjo mirar la hora en el móvil y hago lo que tengo que hacer.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, después de darnos tantos cabezazos contra muros que no se caen, Leia y yo tenemos la cabeza más dura que una piedra.

—No —la interrumpo—. Weston no… —carraspeo—, él no me ha contado qué os ha pasado. Pero creo que lo vuestro ya no… no.

—No.

—Suerte la tuya —suelto una risa rara de cojones—. Quiero decir, es mi amigo, pero el tío es bastante capullo. Insoportable. Ya

sabes. Erik estuvo hablando de un puñado de amigos suyos cuando estuvo aquí, todos solteros. Quizás…

—¿Qué estás haciendo, Stanisław?

—Eres una buena mujer, Meg. Te mereces ser feliz.

—Le querré mientras viva —el eco de sus palabras crea un silencio que me llega hasta las entrañas.

—Cre… Creía que lo vuestro era informal, que no había sido nada.

—Para él. Si todo va bien en el laboratorio, voy a estar jodida muchísimos años. Ahora si no te importa, ¿puedes salir de mi laboratorio? Tengo trabajo.

Quiero darle un abrazo, pero creo que no quiere porque eso la haría llorar y ya está haciendo muchos esfuerzos para no ceder. Así que me aguanto las ganas y salgo de allí. Nada más girar la primera esquina, me saco el móvil del bolsillo y me lo llevo a la oreja.

—¿Lo has oído?

—Sí.

—¿Cambia en algo lo que…?

—No.

108



Dean-Weston

No llevo mucho rato en casa, pero sigo sin sentirme mejor. Hay mucho que necesito que todavía no tengo por aquí, pero según mis últimos emails, eso se solucionará dentro de un par de horas. Espero aguantar bien hasta entonces.

Decido hacer algo que llevo posponiendo muchos días.



—Vaya, vaya, dichosos los oídos. ¿Te has caído encima del teléfono?

—Hola, papá.

—Hola, hijo —dice en tono burlón y solemne—. ¿Para qué me llamas? ¿Piensas regalarme a tu gato para que compense el vacío que me deja tu ausencia?

Esto ha sido una mala idea.

—No. Carbón es mío —digo un poco arisco como si yo tuviera una mierda de control sobre algo.

—Vale, bueno, tenía que intentarlo —se ríe un poco, pero es evidente que se extraña de verdad de esto.

Porque no he sido un buen hijo y no he estado ahí cuando él sí quería que estuviese. Cuando él y su mujer no han tenido más que cariño para darme.

—Papá, ¿te he dado las gracias alguna vez?

Tarda unos segundos en responder.

—¿Por qué?

—Por todo. Por lo que haces. Por cuánto has hecho por Erik y por mí —exhalo—. Tenías que trabajar y cuidar de dos niños pequeños tú solo.

—Sabes que no estaba solo —dice con cariño, pero un poco sí.

Pese a que su mejor amigo fuera a muerte con él en todo, debió sentirse muy solo algunas veces.

—Aun así quería darte las gracias. Siento que a veces no te lo digo lo suficiente, pero te quiero. Papá, ¿me has oído?

—Joder, hijo —sorbe, lejos del teléfono. Luego carraspea un puñado de veces—. Yo también te quiero mucho. Erik y tú sois lo mejor que he hecho nunca —se ríe un poco, pero es diferente a lo de antes—. Os miro y no entiendo cómo cojones he tenido yo algo que ver en eso.

Me calma oír su voz.

Colgamos poco después.



«Me remanga la camisa para ver la piel de mi brazo y enmudece. El corazón le da un vuelco y yo lo veo porque Megara es

muy expresiva. Se ahoga con su propio oxígeno repasando la tinta que me mancha la piel y que hace poco, no estaba ahí.

—Dallas…

—Te agenciaste de mi piel hace mucho tiempo. Esto solo es un mero trámite para evidenciarlo.

Una parte está escrita en Base64, un sistema para codificar datos reducido a letras, números y muy pocos símbolos. La otra es su nombre. Pese al aneurisma que está sufriendo, sabe perfectamente lo que hay ahí escrito. Y yo sé que lo sabe.

—Sé que temes ser olvidada. No pasará mientras yo viva.

—Te has hecho un tatuaje.

—Solo quería que supieras que la huella que has dejado en mí nunca va a borrarse, por nada, ni por nadie.

—Dios mío. Tienes que parar de hablarme así. Te… ¡Te has hecho un tatuaje!

—Sí. Me he hecho un tatuaje.

—Pero eso es para toda la vida.

—Para la mía, al menos —digo con sorna y parece querer pegarle, pero no puede moverse.

—¿Y si al final te curo? Tendrás que quedártelo.

Me muerdo la lengua, pero parece que me oye. Parece que sabe que me estoy callando barbaridades como «haría mucho más que esto si me curases, Megara», con tal de no asustarla.

Repasa la tinta con sus ojos una y otra vez.

bWkg

Y2FjYWh1ZXRl

*Mi Cacahuete***».**

Me doy cuenta de que me he quedado dormido en la cama cuando abro los ojos y me siento como una mierda. Estoy solo. Ella no está conmigo.

El corazón me duele, pero me recuerdo que el médico dijo que ahí no tenía nada. *Qué sabrá él.* Al principio creo que me ha despertado un maullido de Carbón, que está sobre mi pecho. Así como el no quiere la cosa.

Me lo quedo mirando, pensando en lo mal hecho que estoy y en lo bien hecho que está él, y me sonríe.



Le beso la cabeza, pese a que no debería, y me devuelve el gesto a su manera. Entonces oigo el timbre y me acuerdo de los transportistas. Me levanto dando tumbos, arrastrándome más de lo que me gustaría, incapaz de quitarme su rostro de la cabeza, sus ojos tristes.

No va a pasar.

Ella nunca será mía.

Ella nunca sabrá de quién soy yo.

109



Meg

No manejo bien la frustración.

Sé que Tesse y Jesse me han dicho, de la forma escueta posible, que el jefe ya se había largado a su casa, pero no me lo he creído. No, hasta patearme toda la planta y comprobar que no estaba por ninguna parte. No, hasta bajar a la biblioteca y encontrar la luz de fuera de su puerta en color rojo, señalando que la sala DW está desocupada.

Se ha ido. El muy cretino. Y encima sin avisar. ¿Qué se cree, que no tengo trabajo? ¿Que lo que estamos haciendo Leia y yo no importa nada? Le necesito para poder avanzar y el capullo se larga cuando se supone que debo mantener el fuerte mientras Leia descansa dos minutos por primera vez en su puñetera vida.

A nadie debería extrañarle que le sonsaque la información a Tesse, el eslabón más vulnerable de la escalera de dos peldaños.

Y sí. Me planto en su casa. Esa en la que nunca he estado, esa a la que jamás fui invitada. La mano me tiembla mientras subo en ascensor y me confirmo que serán solo dos minutos, que da igual si está con otra y que no pienso rebajarme a recordarle todas las cosas que dijo sobre su carente apetito sexual. Me prometo que me sentiré mejor cuando esté de vuelta en el laboratorio después de conseguir lo que necesito, que esto solo es una prueba de fortaleza.

Una parte de mí creía que su puerta no se abriría, pero no llevo ni dos minutos en el pasillo de la última planta de este rascacielos cuando se abre de un tirón brusco.

Está en pijama. En pi-ja-mi-ta. Madre mía, no debería resultar tan mono solo por llevar un puñetero pijama verde a cuadros en vez del traje pijo y negro de siempre. Pero es que lo es. Casi parece humano.

—Megara —su voz es más áspera que de costumbre.

Al alzar la vista hasta sus ojos y toparme con los suyos, una emoción sincera cruza a través de ellos como una estrella fugaz. *Me mira como si fuera un milagro. No, su puto milagro.* Pero es solo un segundo, enseguida cambia, pero no a hostil, ni a cabreado.

Parece estar delante de su peor pesadilla. Es como si tuviera miedo de que esté ahí.

—¿Qué…? —Dean-Weston se ha quedado sin palabras.

—Necesito ponerte una pomada y que me llames en tres horas para contarme qué efecto ha tenido. ¿Puedo pasar? —me autoinvito al mar de lujo que es su apartamento, cruzando el marco de la puerta y dejándolo atrás—. Imagino que estarás muy ocupado con todas esas mujeres saltándote encima, así que no tardaré mucho.

Me corta el paso, me enjaula contra la pared y durante un instante solo huelo a bosque. El latido de mi corazón es tan fuerte que apenas me oigo los pensamientos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Vete de aquí —ordena y doy un respingo.

—¿Crees que he venido por ti? ¿A suplicarte? Soy una mujer muy perseverante que se ha propuesto dejar de estar enamorada de ti. Estoy a un solo paso de decir «¿Dallas? ¿Quién?» —digo tratando

con todas mis fuerzas de sonar creíble. No sé si lo logro—. Mira, yo solo quiero seguir con mi investigación.

—Te he dejado claro que me importa una mierda esa investigación. Te cargaré sobre mi hombro y te sacaré de aquí si no te marchas en los próximos tres segundos.

—Entonces tendrás que acercarte mucho a mí —lo hago, pego mi cuerpo al suyo, me contoneo y mezo al tiempo que bajo el tono —. Y en ese caso, mucho me temo que tus mentiras quedarán al descubierto.

Ya siento el principio de una erección contra mi bajo vientre. Es casi inmediato. Seguro que le jode, pienso cuando vuelve a pegarme contra la pared, buscando distanciarse de mí lo mínimo. Tiene las mejillas rojas, pero no acabo de ruborizarle, ya estaba así. Mirándolo bien, no tiene buen aspecto. El resto de su cara tiene un color poco saludable y está bastante ojeroso.

—*Dallas*…

—*Que. Te. Vayas* —masca las palabras jadeante, como si le faltara el aire, pero entonces oigo algo.

A *alguien*. Una serie de pitidos acompañados de una serie de voces masculinas, tres quizá cuatro. Él me rodea por la muñeca cuando salgo de debajo de sus brazos, pero no puede llevarme a la

puerta. No puede porque está entrando más gente. Un grupo de hombres vestidos de blanco que cargan con un montón de cajas en cuyo exterior leo…

No.

No.

Dallas me suelta y llego hasta su dormitorio.

Entonces lo entiendo todo.



OBJ



OBJ



OBJ

110



Meg

Me quedo mirando las máquinas que están instalando en su dormitorio. Los transportistas le hacen preguntas sobre dónde quiere cada cosa. Apenas oigo su voz cuando responde, es monótona y baja, y está muy cerca de mí. Cerca, y a un millón de mundos de distancia.

Es evidente que esos hombres tienen claro para qué sirve porque quieren asegurarse de colocarlas de un modo que le permita

estar cómodo. *Que le permita estar aquí tumbado horas. Muchísimas horas.*

Pero no tiene sentido. Ninguno. Porque Dallas no ha llegado a este punto. No, porque yo iba a evitarlo, ¿verdad? Además, él estuvo paseando conmigo en Acorn Hill, y aunque debió pasarlo mal, no… no así de mal.

—¿Qué es esto? —pregunto en un tono casi inaudible.

Se pasa la mano por el pelo, que no tiene engominado, y se revuelve, incómodo. El resto de los que están en esta sala, comparten una serie de miradas similares, apesadumbradas incluso.

—¿Por qué no les pides que se lo lleven? Diles que se han confundido —sigo, más alto—. Tú no necesitas esto.

No responde. Deja que terminen y poco después, los transportistas se marchan.

Para entonces el suelo bajo mis pies ya se ha abierto y estoy cayendo a un vacío oscuro del que no voy a poder salir.

Entonces Dallas camina hasta el borde de la cama donde está más arrugada, donde imagino que ha dormido. Junto a esta, en el lugar exacto en el que debería haber una mesita de noche, descansa la XMZ-303, y él coge una de las agujas y se la clava en el antebrazo.

—Dallas, quiero que pares, quiero que me grites, que me zarandees y me despiertes de esta pesadilla, ¿vale? Estoy lista cuando tú quieras.

No responde. En vez de eso coge la máscara de oxígeno y se la lleva a la boca. Su cuerpo parece tan débil ahora. Parece estar tan hecho polvo, tan cansado…

Respira un par de bocanadas y, tras apartársela, me dice:

—Por lo visto me queda bastante menos de cinco años de vida.

111



Dean-Weston

El día después de aquella noche en Acorn Hill

La cabeza me va a estallar y cada parpadeo es una lija fina sobre mis córneas.

Esta sensación de asfixia después de pasarme una noche entera en el exterior era un efecto secundario que ya sabía y por el que

estoy dispuesto a pagar con tal de haber estado con ella, de apoyarla, ayudarla y darle lo que necesitaba.

Pero ha resultado evidente que algo iba muy mal cuando las grietas de mi piel no han mejorado en todo el día, sino que han hecho lo puto contrario. Más evidente todavía cuando los pinchazos que me taladraban los ojos no me dejaban ni pensar.

—Con lo que te hemos suministrado, el dolor será un poco más manejable —me dice el médico, treinta minutos después de que llegue al hospital—. Lo siento, pero ahí acaban las buenas noticias.

Asiento. Cuánto me gustaría no tener esta conversación.

No tener que oír lo que sea que vaya a decirme.

—Sé que estoy peor, doctor Halle —trago saliva despacio—. Pero, ¿cuánto peor?

Enumera todo lo que tengo irritado, inflamado, herido… blablablá.

—Sería interesante explorar algunos sedantes.

—No voy a pasarme el día durmiendo.

—Si no liberas a tu cuerpo de la tensión a la que lo has expuesto, esta saldrá por algún lado.

—Estoy… —jodido—, decente. Y veo bastante bien. La piel me duele, pero es soportable.

—No lo es. Ambos sabemos bien que, si lo fuera, no habrías venido. Pero eso ni siquiera es lo que más me preocupa, Dean-Weston. ¿Sabes lo mucho que te cuesta respirar ahora? Pues puede llevarte a un colapso alveolar. Es algo que sucede a veces, por respuesta inflamatoria multisistémica.

Joder, ¿es que no hay nada en mi puto cuerpo que funcione medio bien?

Me froto las sienes.

—Lo siento, pero tu periodo de reclusión va a tener que empezar antes. Mucho antes.

—¿Cuánto?

—Lo ideal sería hoy mismo.

Lo ideal. Casi podría reírme de esa puta palabra. Nada de esto es ideal.

—Si evitas el exterior ahora, tal vez puedas librarte de un porcentaje del dolor crónico de tus ojos y ayudarás a que las grietas de tu piel cicatricen más rápido. Ya que estás aquí, vamos a hacerte algunas pruebas más para intentar comprender qué ha reducido tanto tu esperanza de vida, pero es bastante evidente.

—¿El qué?

—Que tu exposición directa a luz solar ha alterado tu organismo de la peor manera posible. Con el tipo de enfermedad que sufres, lo único que tenemos son aproximaciones, pero intentaré…

Su voz se pierde en algún lugar de mi cabeza. Mi mente ruge con todas las cosas que no he tenido tiempo de hacer. Mis dolores se intensifican y tengo ganas de vomitar.

Sus ojos verdes son lo único que me mantiene cuerdo.

No me arrepiento de nada. De ninguna de las veces que hice lo que hice por ella. Pero no puede saberlo. Ni esto tampoco.

112

OBJ

Meg

OBJ

Las lágrimas se acumulan en mi garganta y en mis ojos, queriendo salir todas a la vez, pero no lo consiguen.

De nueve a doce meses.

De nueve a doce putos meses de vida.

Y encerrado. Encima encerrado. De ahí las reuniones, de ahí cederle los mandos a…

Solo oigo mi respiración, ni siquiera su voz. Me paseo por una habitación que no para de dar vueltas. Estoy empapada en sudores fríos y ni siquiera puedo llorar. Mis jadeos asfixiados se vuelven sollozos que se cortan de forma abrupta y diría que me estoy ahogando.

—Megara —pide poniéndose en pie, alejándose de la máquina que va a ayudarlo a que sean más doce que nueve.

—Esta es otra de tus mentiras, ¿verdad? Solo estás intentando hacerme daño y enseguida voy a entender por qué, ¿verdad?

Me coge de las mejillas y veo el inmenso dolor en sus ojos. Lo que le pesan las palabras que dijo con tal de alejarme.

—¿Doce meses? ¡No es posible!

—Lo siento. No quería que te enteraras. Debías… debías estar ya en Acorn Hill.

—Dallas, no puede ser.

Endurece la mandíbula, pero su mirada grita una cosa clara: que solo quiere cuidarme. A mí. Y que se ha quedado sin esa opción. Que se la han arrebatado de las manos y ahora no puede dejar de mirárselas, vacías.

Ni siquiera reconozco los sonidos que salen de mí. Es aterrador. Sentiría pena de mí si no fuera a quien le está pasando. Desearía

cambiarme por él. Desearía estar en sus zapatos. Compartir mi esperanza de vida.

—No digas eso, Megara.

Lloro contra su pecho, contra los latidos de un corazón que aún parece fuerte, expectante de que algo cambie. Susurrándome que si lo deseo lo bastante fuerte, quizá no sucederá.

Pero va a pasar, me lo van a quitar.

Me paso, como poco, una hora llorando mientras él me acuna contra su cuerpo dejándome volver a mi lugar seguro.

Me lleva hasta la cama, me sube a su regazo y me abraza contra sí, únicamente apartando su mano de mi espalda para coger el oxígeno que le falta de la maldita máquina.

—Es mi culpa. No he hecho suficiente.

—Te mentiría diciendo que lo es si creyera que eso puede apartarte de mí. Pero eso no lo convertiría en verdad. Me desprecio por lo que te dije.

Sacudo la cabeza.

—Tengo que irme. Tengo que seguir investigando o voy a quedarme sin nada. —Lo digo muy en serio, pero no soy capaz de soltarle ni de alejarme un solo centímetro de él. *Porque van a*

arrebatármelo. En cuanto me despiste, dejará de estar aquí conmigo —. ¿Por qué me has hecho tanto daño? ¿Por qué me has apartado cuando casi no nos queda tiempo?

—Porque no te quiero aquí —dice con el dolor mezclado con el cariño en ese iris imposible que tanto me gusta.

Y mientras me acaricia, oigo alto y claro lo que no dice. Aun así, soy lo bastante patética como para pedírselo.

—Dilo por favor. Lo necesito. Di de una vez por qué tú me… —la manga de la camiseta del pijama se le ha subido y veo una mancha de tinta que no estaba ahí antes.

bWkg

Y2FjYWh1ZXRl

Mi. Cacahuete.

Ni sé cómo reaccionar. Creo que me ha dado un chungo. ¿Un órgano puede estallar en fuegos artificiales? Porque para empezar, estaba segura de que yo ya había perdido el corazón, pero:

DIOS. MÍO.

Posiblemente es la última persona en el mundo que debería hacerse un tatuaje. No, quizá Dallas va incluso después de la última persona del mundo que debería hacerse un tatuaje.

Pero no es lo que le digo.

No digo n-a-d-a porque se ha escrito mi mote en código.

Me lleva tatuada en su piel.

Es la cosa más irracional y más bonita que he visto jamás, y estoy segura de que habría sido capaz de quedarme embobada mirando todas esas letras y números, si no fuera porque él me alza la barbilla y me obliga a mirarle.

—Claro que te quiero, Megara. No hay ni un solo rincón de mi cuerpo defectuoso que no lo sepa. Te quiero.

—Te has marcado. Me llevas encima, contigo.

—Te llevo mucho más adentro, Cacahuete.

Vuelvo a llorar, pero esta vez mi sollozo se ve interrumpido por un beso apasionado cargado de necesidad férrea. De la desesperación que suplica a las estrellas por un milagro de esos imposibles. De los poco creíbles. De los que no ocurren en la vida real.

Me fundo contra él. Esto ya no es un beso, nos devoramos, y es triste, pero también es tan espectacular como ha sido siempre. Esas

caricias, ese fuego está lleno de vida y esperanza, y me hace creer que tenemos un futuro juntos por delante cuando no es así.

Dallas se deshace de mi camiseta y yo de la suya. Nunca creí que pudiera añorar tanto a alguien como a él, cuando lo he tenido tan cerca. Estaba consumiéndome, doliéndome más de lo que podía soportar, y no me daba cuenta.

—No quiero hacerte daño —lloro rozando su piel roja con los dedos, está irritada y en algunas zonas abultada de narices.

—No me lo haces.

Sé que es mentira, pero también sé que quiere esto, a mí.

Me lo tomo con calma, intento ser dulce, pero él no me deja. No me lo permite. Nos da la vuelta en la cama y deja que mi espalda sea la que descanse sobre el colchón. Aferrándose a mis manos, a mi cuerpo, desnudándome tan rápido como necesito. Y aun así, me oigo suplicar:

—Por favor, no te alejes.

—No lo haré.

—Por favor —insisto—. *Por favor.*

Sella sus labios con los míos para convencerme. Hace todo lo que está en su mano para corresponder mi urgencia, por alejar mi

miedo, pero estamos jodidos. Y estoy a punto de quedarme sin esperanza.

113

OBJ

Meg

OBJ

Probablemente sea una mala persona, pero a eso de las dos de la mañana, cuando Dallas duerme conectado a varias máquinas, una de las cuales ayuda a que su cuerpo se defienda y se regenere, llamo a Leia.

Sé que contárselo por teléfono es de ser bastante capulla, pero la necesito y ahora solo puedo ser egoísta. Tenía un millón de

mensajes suyos y también otras tantas llamadas perdidas, así que no tarda en cogerlo.

Hay pocas cosas que deteste más que las lágrimas de mi mejor amiga, pero esta noche tengo que pasar por encima incluso de eso.

Quedamos en vernos por la mañana. Me alivia saber que está con Stanisław, que aunque él también lo ha oído todo y puedo hacerme una idea de lo que siente, estará ahí para ella.

Empiezo a entender por qué la señora Bennet era tan pesada con eso de casar a sus hijas. Saber que la personita a la que tantísimo quieres está en buenas manos, a salvo, genera un alivio difícil de explicar.

Acaricio a Carbón, que duerme a pierna suelta en el salón y vuelvo al dormitorio. Me acerco a las máquinas y compruebo una a una que funcionan bien. Saco la pomada que le traje y se la aplico en la cara y en el cuello, en las manos, en cada parte del cuerpo que tiene mal.

No dijo nada.

Estar en Acorn Hill debió dolerle un montón, y no se quejó ni una maldita vez.

—¿Y a ti quién te cuida, tonto?

Me muerdo la lengua con fuerza porque necesito pensar.

Me siento a los pies de la cama y me quedo mirando su armario abierto lleno de trajes. Hay una pequeña repisa colorida en la que se ven un par de bañadores que todavía tienen la etiqueta puesta. *Cuando te cure, te llevaré a la playa. A la que tú quieras. Iremos juntos.*

114



Dean-Weston

Puede que mi situación sea una mierda, pero reconozco que despertarme y tenerla a mi lado, es una puta fantasía hecha realidad.

Aunque tengo que admitir que en mis sueños no había tanta documentación científica que no entiendo esparcida por la cama.

—Buenos días —digo con voz ronca a eso de las cinco de la mañana, quitándome la vía del brazo.

—¿Cómo estás? —suelta los papeles y me dedica toda su atención, con ojos brillantes, sé muy bien de qué—. He utilizado tu impresora, espero que no te importe.

Tiro de ella hacia abajo, hasta que se tumba y la coloco de lado para que estemos frente a frente. A la mierda los papeles.

—¿Vas a obligarme a atarte a la cama para que duermas un poco, Megara?

—Si vas a atarme a la cama, que sea para usar esa polla prodigiosa que tienes y hacerme de todo.

Joder, ya estoy como una piedra. Y eso que ni siquiera estoy despierto del todo.

Desliza su mirada por mi cuerpo y sonríe. No es una de sus mayores sonrisas, pero atesoro el gesto e incluso llevo un par de dedos hasta ella para acariciarle y cerciorarme de que está ahí de verdad.

—Vaya, vaya. Así que lo único que tenía que hacer para echar por tierra tu castillo de naipes de mentiras era decirte alguna guarrada, ¿eh? «No siento nada». Já.

—Deberías odiarme por todo lo que te dije.

—Oh, créeme cuando consiga arreglarte, me pasaré un montón de semanas cabreada —se le contrae el rostro—. Perdón, eso ha

sonado fatal. No estás estropeado. No he querido decirlo así. —Me coge la mano y la besa, y yo tengo que aguantarme las ganas de pedirle que se case conmigo.

Otra vez.

He perdido la cuenta de cuántas putas veces van ya.

Tiro de ella y ruedo sobre mi espalda hasta colocármela encima. Le acaricio la espalda y meto las manos bajo la camiseta que se ha puesto para dormir, una mía. A día de hoy sigo sin entender que me deje.

No solo eso, Megara se desliza por mi cuerpo y no frena hasta dar con mi erección, cada vez más dura.

—¿Quieres que pare? —susurra inclinándose hasta estar cerca de mi boca—. No quiero agobiarte.

—Te echo de menos incluso cuando estoy contigo. Estar lejos de ti ha sido una tortura y creo que solo me curo cuando estoy enterrado dentro de ti —me sincero, la cojo de la nuca y tiro de ella hacia mí—. Esa es la puta distancia máxima que anhelo.

Se muerde el labio con fuerza al tiempo que se le abren los ojos como platos.

—Me encantaría que me follaras ahora mismo.

—Nosotros no follamos anoche. Hicimos otras cosas —otras mejores incluso que eso—. ¿Quieres que te folle? ¿Que te folle duro?

La restriego contra mí hasta que siento la humedad de su centro mojarle las bragas.

—Sí.

—¿Sí?

—Ese es el quid, Brodly. De ti lo quiero todo.

Le meto un dedo y empiezo a masturbarla de golpe. *Qué delicia, dios.*

Le meto la polla enseguida para que sepa lo que le espera, pero no dejo que se corra.

Oh, no.

—¿Cómo era aquello de que la penetración te aburría? —le pregunto cuando palpita tan deprisa que no sé si voy a poder evitarle el orgasmo.

Le arranco la camiseta del cuerpo, me meto sus tetas en la boca y lamo sus pezones hasta que no puedo más, la subo hasta mi cara y la convierto en mi desayuno. Le muerdo un poco aquí, succiono con fuerza por allá y hago todo lo que me da la gana y más.

Se corre en mi cara como una buena chica, porque es lo que es.

La dejo palpitando hasta que está a punto de correrse por tercera vez, pero no permito que disfrute de ese orgasmo, así que emite unos jadeos de queja. Reconozco que soy lo bastante capullo como para que eso me saque una carcajada.

Me bajo el pantalón de un tirón y la guío hasta que tiene mi polla metida hasta la puta base. Ni siquiera espero, en la primera embestida ya estamos tan conectados como es jodidamente posible. Su ristra de gemidos me lo pone casi tan difícil como la sensación de placer descomunal.

—Doce meses así, ¿ni tan mal, eh? —sé que ha sido un comentario desafortunado y de gilipollas en cuanto se lo suelto, en cuanto le veo la cara.

—Van a ser más, muchos más —gruñe meciéndose contra mí.

Me pongo en pie con ella, sin soltarla. Me ha pedido que sea yo quien la folle a ella y eso es justo lo que voy a hacer. La inclino sobre la cama y aprovechando la altura perfecta que nos deja el colchón, entro en su centro desde detrás.

—¿Esto es lo que quieres? —le doy un pequeño tirón a su pelo.

—Más rápido —gime.

Está tan cálida, tan perfecta y las vistas son tan demoledoras, que no aguanto mucho más. Pero no pasa nada porque ella ya está

mojándome con su miel, perdiéndose en el éxtasis del orgasmo y convulsionando como si no hubiera un mañana. Puedo asegurar que no quiero ver nada más que esto durante el resto de mi vida. Me dejo llevar, me derramo dentro de ella queriendo dejar mi huella, marcarla, que todo el mundo sepa que me pertenece.

Mía.

115



Dean-Weston

—No quiero asustarte, pero hay ciertas cosas que tengo que hacer al empezar mi día.

—Creía que ya las estábamos haciendo —dice abrazada contra mi pecho con una sonrisa seductora.

Acabo de tenerla de diez formas distintas y ya la necesito otra vez, es enfermizo. Debería tenerme miedo de lo obsesionado que estoy con ella.

Le sostengo la mirada porque en realidad me encantaría no tener que cargarme este momento, pero no me queda otra.

—Oh —dice oyendo más allá de mis palabras.

—No deberías olvidarte de que esta es la piel de un monstruo, Cacahuete —le beso la punta de la nariz.

—No lo es. Y si lo fuera, a mí me gusta así.

Se incorpora con mi camiseta acariciándole los hombros, se apoya sobre sus rodillas y me mira expectante. Me levanto de la cama solo con el bóxer puesto y lo hago nervioso, para qué mentir.

Saco las jeringuillas de la cómoda y lo cierto es que nunca he querido que nadie viera este lado de mí. Odio la idea de ser una carga o de que me miren con lástima. Pero Megara no hace eso. Ella no mira la piel amoratada de mi pierna con la tristeza con la que lo haría Jasmin, ni se vuelve loca como seguro que haría Erik.

En vez de eso, ella pregunta:

—¿Puedo ayudar?

Se agencia las agujas y quiero burlarme de ella, pero estoy seco, no encuentro nada más que elogios. Unos que me están obligando a morderme la lengua.

Me hace preguntas y casi parece que está intentado distraerme como si fuera un crío al que van a ponerle su primera vacuna.

Me falta el aire y pienso en las palabras de mi médico. *«Tu cuerpo, ya inflamado por la exposición solar y dañado por tu enfermedad, ha empezado a cerrarse desde dentro. Los pulmones han sido los siguientes en verse afectados y eso ha comprometido la oxigenación».* No digo que ese viejo mienta, pero no ha tenido en cuenta a Megara. A lo preciosa que es y también lo responsable de que no pueda respirar.

—Nadie en la empresa lo sabe. Caerían las acciones si se supiera. La historia oficial será que dimito. Le he pedido a Violet que se piense algún escándalo con el que acallar a las masas.

—No tendrás que dimitir de la empresa que has creado con tu sudor y tus lágrimas.

—¿Lágrimas? —resoplo—. ¿Acaso no sabes con quién estás hablando?

—Muy gracioso —me pone caras y yo le sonrío de verdad.

—Ya estás —dice guardando las jeringuillas de distintos tamaños.

—Eres toda una enfermera.

Se sube a mi regazo y se abraza a mi cuello, dejándonos a ambos al borde de la cama. Sujeto a mi mundo entero contra mi pecho.

La miro y me olvido de que se me está acabando el tiempo. La miro y me muero de ganas de construir una vida con ella. Y quiero ser padre.

Me pegaría un tiro antes de arriesgarme a contagiarle lo que tengo a alguien *mío.* Me imagino una princesita con sus ojazos, o un mini-yo, teniendo esta enfermedad y… no puedo. No puedo soportarlo.

Pero adoptar… Joder, sí adoptaría.

Si existe la otra vida, por favor, que vuelvan a ponérmela a ella en el camino. No la dejaré escapar. Le pediré que se case conmigo en cuanto nos crucemos.

—No sé lo que estás pensando, pero esos ojitos van a poder conmigo.

—En ti.

Se muerde el labio inferior.

—Escucha, Leia y yo tenemos aportaciones que enseñar a tus médicos.

—Megara…

—Shhh, vamos a salvarte la vida, ¿vale? Mira, ya lo hemos intentado a tu manera.

—¿Lo hemos hecho?

—Sí, con mentiras crueles, alejándonos el uno del otro, y demás. ¿Podemos probar ya a la mía? ¿Es que no tengo derecho a que me toque un turno?

—Quise apartarte de mí para no anclarte a esto y mírate ahora.

Se aferra más a mi cuello, dejando que el miedo campe a sus anchas por su iris.

—Me lo debes. Te he dedicado tres meses de mi vida. Me merezco que no me cierres la puerta, en ningún momento, pase lo que pase.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —me aferro a sus caderas, suplicante.

—Nadie dijo que sería fácil, Dallas. Promételo —susurra cerca de mi boca.

Y yo lo hago. Porque haré todo cuanto quiera hasta el último de mis días.

116

OBJ

Meg

OBJ

Hemos trasladado parte de nuestro laboratorio hasta el apartamento de Dallas y solo cuando llevamos un par de días en él, me fijo en lo grande y bonito que es. No saldrá de mi boquita, pero este hombre tiene un gusto que no veas para la decoración. *Y pasta. También tiene mucha.*

—Bébetelo —le digo interrumpiendo la sesión de videojuegos con Stanisław, quien claramente no ha puesto inconveniente en salir

antes de trabajar.

—¿Qué efecto va a tener esta vez? —Dallas mueve las cejas en modo seductor y quiero comérmelo a besos.

O a polvos.

Un megamix, supongo.

—Lo veremos cuando te lo tomes.

—¿A tragos pequeños?

—No —me río—, de ser así te lo habría traído en frascos distintos.

Le beso la punta de la nariz cuando vacía el bote y él tira de mí para darme un buen beso con lengua, de los que te atrofian las neuronas durante un buen puñado de minutos.

—No os tomáis ni un respiro —me dice Stanisław en cuanto Dallas se aleja de mi rostro.

Apenas entiendo lo que significan esas palabras juntas.

—Estamos bien. Lo cierto es que tener barra libre de pasta mola mucho cuando eres investigadora. Siempre ha sido mi sueño.

—Te dejaría mi tarjeta, pero se la di a Leia hace semanas.

—Oh, lo sé, Stanisław —le aseguro.

Como ya habrá podido comprobar todo el mundo, se me da de puta madre no pensar en lo que podría pasar. En el después. En la

ausencia y todo eso. Así que eso voy a hacer.

—Hoy estás muy guapa —le digo a Leia, que está haciendo cálculos con el lápiz que, hasta hace un segundo, le servía para recogerse el pelo en un moño.

—Sí, bueno, es que por lo visto mi cerebro tontorrón se anima cuando llevo cosas bonitas, y yo ahora mismo no estoy como para hacerle ascos a nada.

—¿Quieres un batido? Dallas ha pedido de todos los sabores que había en la tienda. La cocina parece la heladería de mis sueños.

—No, tranquila… —empieza, pero la arrastro a la cocina, porque claro que quiere uno, si le encantan.

Además, el cerebro funciona mejor con un poco de azúcar. Y el corazón a veces también. De repente, pregunta:

—¿Los gatos pueden beber batidos?

—No, no pueden.

—Pues quizá deberíamos evitar que Carbón salte de ese taburete y llegue a la isla.

—¡Dios mío! —corremos justo antes de que el cuerpo chiquitín y peludo del demonio este juegue a los bolos con todos esos deliciosos batidos.

Leia suelta un chillido cuando se apoya en el taburete y gira, perdiendo el equilibrio. Yo alargo la mano para rodear a un Carbón tieso con los dedos, pero intento alcanzarla a ella con la otra. Acabo soltando un «¡no!» a gritos cuando sé que no voy a llegar, pero me desequilibro por el gesto brusco y aterrizo sobre parte de la isla.

Clong *booom*

Ambas acabamos de culo contra el suelo y un par de batidos encima. *Bien.*

Obviamente, cuando compartimos una mirada, estallamos en carcajadas.

—Eso ha sido patético —me dice.

—¿Perdona? La primera que ha perdido el equilibrio has sido tú, que parecías un F1 derrapando en una curva.

Más carcajadas.

—¿Esta es una nueva forma de investigación? —pregunta Dallas, que junto a Stanisław, nos observan desde el arco de entrada a la cocina.

—Qué rica, *skarbie* —gruñe Stanisław en un tono que no le he oído nunca.

La mira… madre mía cómo la mira. Obscena es la única palabra que se me ocurre y es que no llevábamos las batas puestas y la ropa

se nos ha pegado un poco demasiado al cuerpo.

Estamos sucias de los batidos congelados, pero no parece importarles a ninguno de los dos.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Dallas, que aguanta más el tipo.

Pero le conozco lo bastante bien como para saber lo que hay bajo la superficie.

—No, ha sido una tontería —empieza Leia, sonrojada, desaprovechando la oportunidad.

—Leis —la interrumpo y lo hago en el tono insinuante que tengo —. ¿No deberíamos darnos una ducha… juntas?

El sonido que sale de la garganta de mi amiga no es nada comparado con el de ellos.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Stanisław, pero los ojos del león más peligroso de toda la selva están un poquito más a la derecha.

—Nosotras lo hacemos siempre, ¿verdad Leis? —pregunto a mi amiga, esperando que me siga el juego.

—Oh, claro. Y también nos enjabonamos la una a la otra.

—Ya —dice Dallas alzando una ceja como si nada, pero a mí no me engaña.

Stanisław ya no puede ni hablar.

—Es más fácil así, con tantas curvas… —ronroneo, a duras penas aguantándome la risa. Le ofrezco la mano a mi amiga para que se levante y cuando me la coge, tiro de ella hacia el baño—. Suele ser más divertido.

—Muy divertido. Es lo que hacen todas las amigas de verdad. ¿Queréis verlo?

Stanisław da un paso al frente y la verdad, no sé qué narices habríamos hecho para aguantar la broma si hubiera venido al baño con nosotras, pero Dallas lo frena. Ahora ya no tiene ninguna sonrisita arrogante en la cara, ahora es pura seriedad demoledora y sé, *lo sé* a ciencia cierta, que si estuviéramos él y yo solos ya me habría empotrado contra la pared más cercana.

—Volvemos enseguida —les digo antes de cerrar la puerta del baño.

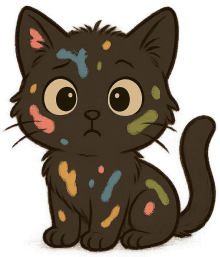
En cuanto me giro para mirar a Leia, me la encuentro tapándose la boca para acallar su risa, roja como un tomate y dándome golpecitos en el brazo en plan puro-nervio-andante.

—¡¿Cómo has hecho eso?! —chilla en susurros.

—A ver ahora cómo siguen jugando a la consola.

Se parte de risa y es imposible no seguirla, imposible del todo.

Solo entonces me doy cuenta de que todavía sujeto a Carbón en una mano. Ambas miramos al gatito con cara de no entender absolutamente nada de la situación actual y estallamos en carcajadas otra vez.



OBJ

117



Dean-Weston

En cuanto salen del baño riéndose, Stanisław y yo dejamos el videojuego en pausa. Ni siquiera hemos abierto la puta boca mientras han estado en el baño. Yo ni siquiera me acuerdo de cómo cojones se hace.

Él se lleva a Leia a la otra punta de la casa y menos mal porque cuando cojo la bata de laboratorio de Megara, cediendo a mis

obsesivos fetiches, sé que no voy a quedar satisfecho hasta que se quede afónica de tanto gritar.

—¿A dónde me llevas? ¿Acaso piensas hacerme un tour por tu apartamento? Qué detalle…

Ese tonito inocentón me pone malo. ¿Es que no hay nada en esta mujer que no me vuelva loco?

Suelta un gritito cuando la meto dentro de una habitación y cierro tras de mí.

—Desnúdate y ponte esto —le pido, dándole la bata, apoyándome en la puerta de brazos cruzados.

—Pues sí que es verdad que no he conseguido quitarme todas las manchas, pero esa bata es un poco abierta, ¿no?

—Megara.

—¿Y desnudarme otra vez? Ufff, ¿después de todo lo que he tenido que limpiarle a Leia? ¿Y ella a mí? ¿Y yo a ella? ¿Y la una a la otra?

—Deja. Ya. El jueguecito. No veo a Leia de esa manera.

—No, ¿pero y si fuera otra chica? —ladea la cabeza haciendo que su melena granate se deslice hacia un lado—. ¿Le gustaría entonces, jefe?

Sonrío de manera torcida.

—No.

—Mentiroso.

—¿Esto? —le meto las manos bajo la ropa, ladeo el encaje de la ropa interior y le acaricio el clítoris—. No quiero compartirlo con nadie.

—Ah, ¿no? —se pone roja y su pose seductora flaquea.

La acaricio con el dedo en círculos y mientras el pulgar no la abandona, mi dedo corazón tantea su centro. Jamás he deseado a nadie así. Jamás he sentido esta urgencia demoledora que me consume día tras día.

—No. Este coño es mío. Solo mío.

—De eso nada, ¡es mío! —rebate y no me queda más remedio que penetrarla.

De meter y sacar los dedos hasta que palpita con intensidad y rapidez. Hasta que está a punto. Hasta que lo único que sale de su boca son gemidos suaves que se parecen mucho a mi nombre.

Entonces los saco, me los llevo a la boca y los dejo limpios, disfrutando de lo bien que sabe.

—¿Por qué has…? —se queja de que la deje a medias, incapaz de juntar las suficientes palabras para hacer una frase.

A-do-ra-ble.

—Dime lo que quiero oír, Cacahuete. —Saco la carta que llevaba guardada en mi bolsillo trasero varios días y se la enseño.

Alza las cejas frente al as de corazones, pero ni siquiera se atreve a tocarla.

—No sé qué significa eso.

—Sí lo sabes.

—No soy hija de una Daughbeth.

—Esta familia tiene la costumbre de acoger a todo el mundo. Pongamos que lo eres.

—Yo…

—Dime lo que quiero oír, Megara. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Eres mío acaso? —pone los brazos en jarras y, si es así como negocia contratos, entiendo por qué se ha merendado a su gremio.

—Pues claro que lo soy.

Se le agrandan los ojos y se muerde el labio, pero no ahoga el jadeo.

Se agacha para coger la bata que había dejado caer. Asiente conforme y luego se quita el vestido, empujándolo más allá de sus hombros. Consigo que se ponga la bata de laboratorio sin nada debajo. *Mi sueño hecho realidad. Ahora ya puedo morir en paz.*

—Quiero oírtelo decir —pido, a pesar de que no puedo ni respirar.

No me queda sangre en el cerebro.

—Este coño es tuyo.

Le guardo la carta en uno de los bolsillos de la bata y después, la hago mía. Me toca y duele de narices, pero preferiría estar ya muerto antes que pararla.

Nunca lo haré. Nunca.

Leia



—¿A dónde me llevas? Mi zona de trabajos y labores está en la dirección opuesta —pregunto en los brazos de mi hombre, sin poder contener la risa.

Tiene las pupilas dilatadas, la mandíbula tensa y yo… yo creo que no me han deseado así en la vida.

—Leia —exhala, gruñe como una bestia—. Hay algo cruel en lo bonita que eres. Algo injusto en lo mucho que me cuesta respirar cuando te tengo cerca, skarbie.

—¿Necesitas un desfibrilador? Porque a este paso yo sí necesitaré uno —acaba con mis chistes devorándome las ganas de ser una graciosilla y de paso, follándose mi boca de forma salvaje.

Cierra tras nosotros y me deposita en el suelo.

Retrocedo por instinto de supervivencia y me topo con una estantería. Veo que eso es lo único que nos rodea y me doy cuenta de que estamos en la biblioteca de Brodly. Qué envidia cochina, en mi apartamento solo tengo una estantería grandota, no una puta habitación. En otra vida, quiero ser rica.

—Estoy empezando a ponerme celoso de los libros —dice Stanisław, ya con la camisa desabrochada y su torso musculado y pecoso expuesto para mi regocijo.

*—¿Sabes eso de que me pone lo prohibido, no? Pues una *cita* en un rincón de una biblioteca grande, con todo eso de tener que estar calladitos… —mientras me desvisto, hablo sin tapujos como siempre hago con él, aunque me sonrojo.*

Porque está tan loco como yo —y el fuego que inunda su iris azul cielo lo confirma—, sí, pero aun así, soy una calenturienta con arrebatos de timidez cuando se trata de decir ciertas cosas.

—Tú no sabes estarte calladita.

—Pues precisamente. Tendrás que callarme de alguna manera. O dejar que nos oigan.

—Eres una chica muy mala.

Juraría que cuando ve mis pechos al desnudo, le salen unas inmensas alas blancas en la espalda. Mi ángel del mal se desabrocha el cinturón y… Es intimidante y bastante increíble.

¿Cómo eres mío, Leszczyński?

No tengo tiempo a sentirme insegura o poca cosa porque cuando me pone las manos encima me siento un tesoro nacional. Un ser digno de rezo y pleitesía.

—Di que lo eres.

—Soy una chica muy mala.

Clava las rodillas en el suelo y me demuestra lo malo, certero y torturador que puede llegar a ser él.

118



Meg

—En cualquier enfermedad, el estado de ánimo del paciente es fundamental para su mejoría o su caída en picado.

—¿Y qué insinúas? —pregunta Erik mascando las palabras, en una sala vacía de DW, un día cualquiera a las nueve de la mañana.

Ayer, mientras Leia y yo seguíamos con nuestras llamadas a distintos médicos de nuestra confianza, se me fue el dedo y acabé llamándolo a él. *Ups.*

—Que finjas que no lo sabes.

—Meg…

—¿Por favor?

Quizá llamarle ha sido un error.

Quizá pedirle que viniera lo ha sido.

Pero quizá no. Es su hermano y una de las personas que más le quiere en el mundo entero, mi conciencia no me dejaba tranquila.

A Erik le tiembla el labio inferior cuando va a hablar y vuelve a cerrar la boca.

—¿La has traído? —pregunto dando por zanjada nuestra discusión de la que, al parecer, he salido victoriosa.

—Sí.

Me enseña la carta del as de picas. La que significa «me llega el barro hasta las orejas, hay alguien que me está jodiendo vivo». No es tan SOS como la del comodín, esta es más de marujeo. Una señal de *¡cotilleo a la vista!*

—¿Es un salseo jugoso?

—El jefe de Níala le pidió una cita, después de que ella se negara intentó besarla en el ascensor y tuve que ir a partirle las piernas.

—¿Va en serio? ¿Cuándo?

—Anteayer. El cretino sigue insistiendo. Es posible que acabe en la cárcel.

—¿Tú o él?

—Eso aún está por decidir. —Entra en el despacho de Dallas y yo les dejo intimidad.

Erik es una roca. Parece dulce como el sol, con un optimismo inagotable, pero a él también lo abandonaron. Y sé de primera mano lo terrible que es ver marchitarse a alguien a quien quieres mucho. Lo que te hace, cómo te cambia.

Es un campeón.

Vuelvo al laboratorio con mi chica. Stanisław ha estado siendo fuerte por los dos y ha supuesto un apoyo enorme para ella. Tanto, que ha dejado de echarse a llorar mientras investiga. Leia es muy fuerte. Yo no. Yo estoy en negación, obviando las evidentes posibilidades de que esto salga mal porque de lo contrario perderé la cabeza. Y ni siquiera lo digo en broma.

—Me gusta esa blusa, gatita —me ronronea.

La compramos juntas la tarde que fuimos de compras, me encantó porque tiene muchos gatitos negros dibujados en transparencias y así llevo a Carbón conmigo.

—¿Vamos a hablar del tema?

—¿De qué tema?

—Bueno, *Cacahuete,* no me has dicho que le quieres. O sea, es evidente. Hasta Neutrón lo sabe. Pero nos hace falta tener esa conversación.

—¿Quién es Neutrón?

—¿El pastor alemán de Stanisław del que te he mandado mil quinientas millones de fotos?

—En mi defensa siempre lo llamas «mi hijo».

—Te estás escapando por la tangente.

—Te lo diré cuando esté bien. Cuando le curemos. Entonces admitiré lo que quieras.

Ella asiente y me sonríe con la dulzura que desprendía de niña, esa inocencia, esa fe ciega en mí.

Solo entonces veo que tiene una carta de su madre abierta sobre una de las mesas y hago una mueca.

—¿Le he agradecido a tu madre lo que hizo por mí? Sé que para lo que hicisteis en la biblioteca se necesitaban muchas fotos, vídeos, recuerdos y… Te ayudó, ¿verdad?

—Quería apropiarse del mérito. Sabía que tú no querías ni oír hablar de nada de eso y quiso que, en caso de que te cabrearas muchísimo, no dejaras de querer a tu mejor amiga. Solo a su madre.

Se me escapa una risa triste.

—Lexi Diago es una mujer muy inteligente. —Le planto un beso en la mejilla y me prometo llamarla luego.

Parecía que íbamos a tener un buen día. Uno más. Uno de reuniones con especialistas, de avances chiquitines pero prometedores. Pero no es un día más.

No, porque el amor de mi vida, no tiene un día más.

119



Dean-Weston

No sé dónde estoy.

Mi cuerpo se mueve, pero no porque yo haga algo. Creo que estoy en una cama.

En alguna parte, la oigo llorar desconsoladamente y sé que voy a morirme. Si no de la enfermedad, será por ella. Por lo que me hace oír cómo me llama, sin que yo pueda responderle.

Noto intensificado todo lo que va mal en mi cuerpo y es como si tuviera una apisonadora aplastándome cada vez más y más fuerte, pero sobre todo siento el aire que me falta.

Es tan injusto que así vayan a ser mis últimos minutos de vida. Si existe un dios, voy a cantarle las cuarenta en cuanto le vea. *No estoy satisfecho con la experiencia, quiero repetir.*

—¡Escúchela, joder! —grita Leia, también entre sollozos.

Y luego soy yo el que ya no escucho nada.

No voy a poder defenderla. Voy a dejarla sola.

Esta vez para siempre.

«—Un placer, Stanisław. Soy Megara Galanis. —Se gira hacia mí y durante un momento parece incapaz de apartar sus ojos de los míos. Mis terminaciones nerviosas están bajo ataque, hay varias alarmas sonando en el fondo de mi subconsciente, pero las ignoro—. Tú debes de ser Dallas.

Echo a todo el mundo de mi despacho. Hincho los pulmones de paciencia y empiezo a hablar.

—Mira, esto no va a salir bien. Debería haberte llamado antes de que vinieras aquí con tal de aclarar las cosas, pero… —Megara emite un sonido que me cierra la boca.

Está mirando a Carbón como si fuera el primer gato de escasas semanas que ve en su vida. Que "babea por él" se queda muy corto a lo que estoy viendo. Por mi cabeza pasan un montón de ideas que harían que cualquier animalista se llevara las manos a la cabeza.

—¿Me estás escuchando siquiera?

Alza la vista hasta mis ojos y los suyos se abren de más. Su cuerpo ejerce una presión sobre mí que no entiendo.

Mi cabreo va en aumento porque nunca he visto unas piscinas esmeraldas como las suyas y no es el color lo que me genera curiosidad, es lo que brilla detrás.

Esto puede ser un problema».



OBJ



OBJ



OBJ

Epílogo



Meg

Siete años tras la muerte de Dallas.

***Estoy de broma, por supuesto que no**.*

120



Dean-Weston

Abro los ojos y veo a Jasmin sentada en una butaca. A mi tía Amy sentada junto a ella, en una especie de taburete de plástico. Las dos dormidas.

Erik, Zane-Ryder, Níala y Ayris están en la camilla contigua, igual de fritos.

Mi padre, Jay-Duncan y Stanisław ocupan apretujados un minúsculo sofá.

Oigo el pitido que confirma que mi corazón está latiendo y cuando bajo la vista hacia mis manos y la franja de mi antebrazo que deja libre la bata de hospital, mi piel no tiene marcas, ni heridas de ningún tipo.

Hago una inhalación profunda y no es como antes. No me arde la garganta, ni hay agujas, ni siento que están a punto de reventarme los órganos.

Este es el paraíso con menos presupuesto de la historia. ¿En serio, tío? ¿Incluso en el más allá estoy hospitalizado? Joder, macho. Y lo primordial, ¿dónde narices está mi Cacahuete?

Como si la hubiera invocado, entra en la habitación en ese mismo momento.

Igual sí es el paraíso.

Está cansada, con una de mis camisas abrazándole el cuerpo y el pelo granate revuelto en un moño medio deshecho. Entra sigilosa, en zapatillas, frotándose la cara sin maquillaje, entonces me ve. Y se queda quieta. Petrificada. Tan quieta que alguien podría venir y pintar un óleo de ella. *De hecho, eso quiero, que las paredes estén repletas de retratos de la mujer a la que amé.* Lo deseo con fuerza, pero nada cambia en las paredes.

Me doy cuenta de que Leia venía detrás, y se ha quedado igual, inmóvil.

Los ojos esmeralda de mi Megara se llenan de lágrimas y mi paraíso empieza a convertirse en una pesadilla. Cierro los ojos con fuerza concentrándome para cambiarlo y lo siguiente que sé es que me tiene la mano cogida.

—Hola —me acaricia la mejilla con ojos brillantes y me quita la máscara de oxígeno después de mirar el monitor. Entonces me besa y parece real. Huele a ella de verdad, sabe a ella de verdad, la suavidad de sus labios, todo es idéntico a cómo era. Me acelera el corazón y si algún enfermero o enfermera interrumpen mi fantasía para darle realismo, por favor, que aparezca un dragón rabioso y se los coma.

Cuando Megara se aparta de mí tiene la sonrisa más grande y preciosa que he visto en mi vida.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco desilusionado por seguir en la cama y no en una playa de Hawáis contigo, Cacahuete.

Se ríe y eso despierta a los demás uno a uno como si fueran piezas de dominó. *No, mierda. La familia ahora no. Con todos mis*

respetos, mi mujer ni siquiera se ha subido encima mío. ¿Y dónde está su anillo? Esta fantasía no está saliéndome nada bien.

—¿Cómo estás? —pregunta Erik perdiendo el equilibrio por levantarse demasiado rápido.

—Hijo mío —dice mi padre con la voz rara, ronca.

Ya no hablemos de Jasmin, que se abalanza sobre nosotros y tengo que coger a Megara de la cintura para asegurarme de que no acaba en el suelo.

No. Estoy. Puto. Soñando.

Estoy…

—¿Estoy vivo? —pregunto desviando la mirada hacia la puerta, incapaz de descartar lo del dragón por completo.

Suenan algunas risas suaves por la habitación, más emotivas que otra cosa.

—Sí, gracias a ellas dos —dice mi padre cogiendo de los hombros a mi mujer.

Pero no es mi mujer, ni estamos casados, porque en realidad, no estoy muerto. *Creo.*

—Ha pasado una semana, cariño —dice Megara llevándose mis manos a los labios, mojándome los nudillos con sus lágrimas,

encogiéndome el corazón con su amplia sonrisa—. Hay mucho que debes saber.

121

OBJ

Meg

OBJ

El personal de guardia nos llama la atención por armar jaleo siendo tan tarde y al ver que Dallas está despierto, avisan al médico.

No puedo ni imaginarme las ganas que tiene Jasmin de quedarse después de la semana de mierda que ha pasado, ya no hablemos de Liam o Erik, pero todos se marchan cuando el médico pide que como mucho, se quede uno.

Deben saber que mi mano se ha fusionado con la de este hombre y que nada ni nadie podrá obligarme a soltarle. Deben saber que él me aprieta más todavía de lo que lo hago yo.

—¿Te han dado ya las buenas nuevas? —pregunta el doctor Halle, un tío majo donde los haya.

Un pelín chapado a la antigua, pero nada que no pueda solucionarse con unas cuantas horas de insistencia mezclada con lágrimas, gritos y alguna que otra amenaza. En realidad, tiene la mente abierta… cuando se le obliga. Pero me cae bien, porque gracias a él estamos donde estamos.

—No. —Dallas frunce el ceño.

Está tan desorientado, el pobre. Y guapo. Y vivo. Madre mía.

—¿Quieres hacer tú los honores? —me pregunta Halle cuando las enfermeras terminan de comprobar las constantes.

La garganta me arde y si el corazón se me acelera más, tendremos un problema, pero asiento.

—Leia y yo hemos hecho un pequeño descubrimiento. Uno que va a ayudar a mucha gente y… a ti.

—De pequeño nada —me interrumpe Halle para soltar una carcajada orgullosa—. Puedo asegurarte que la cantidad que os van a ofrecer por la patente, tampoco será pequeña, Meg.

—Eso me da igual —admito sin apartar la vista de Dallas, pero apenas le veo a través de las lágrimas—. Leia y yo hemos conseguido algo. Una mejora. Tu cuerpo ha reaccionado bien al medicamento y… vas a tener una larga vida.

—¿Cómo dices?

—Sigues sin poder salir de día, el sol va a continuar siendo un problema para ti, pero no por la noche. Ya no. Tendrás que vivir como un vampiro el resto de tus días, pero en cuanto el sol desaparezca, tus pulmones, tus ojos, tu piel y todo tú, estaréis perfectamente. He pensado que podríamos mudarnos a Noruega durante los meses de noche polar. Las auroras boreales no serán un problema, lo he buscado.

Dallas me mira como si quisiera follarme ahora mismo. Como si no encontrara palabras, como si quisiera pedirme matrimonio. Como si quisiera enseñarme hasta qué punto va a cuidar de mí. Es abrumador, excitante hasta el infarto y da un miedo que flipas.

Se le separan los labios, pero no dice nada. Abre y cierra la boca varias veces. Quiero tatuarme las primeras palabras que pronuncia:

—¿Me has curado?

—Ella y la tal Diago obligaron a media planta a implicarse en esto. No nos dieron alternativa —comenta Halle mientras me

desborda la felicidad—. Estuvimos a punto de llamar a la policía varias veces, pero acabé por ponerme de su parte y visto lo visto, fue todo un acierto.

Dudo que Dallas le oiga.

Me está abrazando y su cuerpo tiembla. Mis lágrimas no son las únicas que se derraman. En algún momento dirá que le he salvado la vida, pero en realidad, me la ha salvado él a mí.

Zane-Ryder



—Reconozco que tengo ganas de darte una paliza —admito a medio camino de villa-agradecimiento y cabreo-land.

—Pues ponte a la cola, yo voy primero —dice Erik a mi lado, cruzado de brazos.

Ambos miramos al convaleciente, todavía en la cama.

—Ver a un tío como tú, que siempre va con traje caro, vistiendo una bata cutre de hospital, te humaniza. No me gusta. No pareces tú —le digo.

—¿Y qué quieres que le haga? —intenta refunfuñar, pero no consigue ocultar la sonrisa.

Ni tampoco dejar de desviar la mirada hacia la puerta, por donde se ha ido la mujer de su vida con tal de darnos algo de intimidad. Ocupo un lado de su camilla y lo miro. De verdad. Hasta que baja sus barreras de capullo.

—¿Por qué no dijiste nada, tío?

—Porque prefería crearse una sala en la que poder estar con todos nosotros antes de volverse un puto inconveniente —ladra su hermano, que está a mil mundos de distancia de perdonarle.

Aunque lo hace con la boca pequeña, de aquella manera, porque está que no cabe en sí de felicidad por verlo despierto, bien y… vivo. Meg y Leia nos explicaron lo que le estaba pasando a su piel y era espantoso, un puto martirio.

—Porque no había nada que pudierais hacer. Oye, ¿qué tal tu vida de casado?

—Casi no ha sido repentino ese cambio de tema. ¿Lo preguntas por alguien en especial?

—Sí, porque mi hermano va a pedirle la mano a Níala.

—¿Va en serio? —me giro para buscar los ojos de Erik.

—Sí, muy en serio —gira la cabeza—. No cambies de tema, te estamos echando la bronca, pedazo de capullo. ¿Dónde está Stanisław? Él sí sabe cabrearse como es debido.

—Ha sido un placer hablar con vosotros, pero echo de menos a mi chica —el cretino enamorado de Dallas Brodly tira de uno de los cables que lo rodean y sigue hasta que suenan todas las alarmas.

No se cansa hasta que los pitidos son tan fuertes que entran varios enfermeros y por supuesto, Megara.

Madre mía. Les doy una semana antes de que se den el sí quiero.

122



Dean-Weston

Una semana y media después de salir del hospital.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—¿Te parece que esta es la cara de alguien que no está conforme? —se señala la amplia sonrisa y nos bajamos del avión a eso de las doce de la noche.

Chicago. Hacía ya tiempo.

Mis padres han estado bastante pegajosos últimamente. Y de Erik ya ni hablamos. No es que me queje, yo también los he echado de menos. Pero me sabe mal estar mareando a Megara. Una vez cogemos el coche, cuando me habla de más planes nocturnos, lo intento de nuevo.

—No puedo atarte a esta vida.

—Dallas, para.

—No, escúchame. Necesitas recuperar tus horarios.

—Para ya. Deja de decir eso —se le rompe la voz, pero exhala y vuelve a sonreír—. No eres un ancla que tengo atada al tobillo y me empuja a las profundidades del mar, ¿te enteras? Lo que siento por ti ha hecho despegar mi carrera y hacer que llegue mucho más alto de lo que jamás creí posible.

—Por eso tienes que aprovechar tu momento.

—¿Te crees que me importa mi carrera? ¡Me importas tú!

—Solo tienes veintisiete años —aprieto el volante.

Exhala y no dice nada.

Cuando no estamos haciendo el amor, estamos discutiendo sobre esto.

Ella está planeando su vida entera como si tuviera mi enfermedad. Pero no la tiene. Y no entiendo cómo no es capaz de

ver lo horrible que es eso. Se está cortando las alas y pretende que me quede mirando.

Decido romper el silencio.

—Eres muy joven, Megara.

—Lo dices así y suena a insulto.

Le pongo la mano en la pierna en la que no tiene apoyado a Carbón y la acaricio.

—No me debes nada. Ya me lo has dado todo.

—He estado a punto de perderte pero me he aferrado a la esperanza de poder cambiar las cosas, de salvarte, y ahora… ahora ya no me queda nada.

—¿De qué estás hablando?

—Si me cierras la puerta tendré que aceptarlo y no puedo aceptarlo. Eres el amor de mi vida. Te quiero, idiota, ¿o es que no te enteras? A mí me importa una mierda si tengo que pasarme el resto de mi vida saliendo de noche. ¡No me importa! Me haces mejor persona, me haces reír, me haces fuerte y me haces feliz. Sé que quiero estar a tu lado, LO SÉ. Dentro de DW, en un aparcamiento o aquí, lo mismo da. Pero contigo. Dijiste que no querías librarte de mí. Que tu insistencia no era porque hubieras dejado de quererme. ¿Sigue siendo verdad? ¿Lo ha sido alguna vez?

—*Joder* —me quedo callado unos segundos porque eso me ha dolido de verdad—. ¿Cómo puedes insinuar eso siquiera? Creía que ya te había dejado claro más de una vez que moriría por ti.

—¿Y entonces cómo pretendes que me importe vivir una vida a la luz de la luna y las estrellas? ¡¿Por qué sigues dándole importancia a cosas que no la tienen?!

—Por favor, no llores así. No llores.

Exhala frustrada y en vez de apartarme la mano, me la aprieta y se aferra a ella.

—Vamos a discutir mucho sobre esto, ¿eh? —refunfuña por lo bajo—. Te crees que echo de menos el sol, pero mi sol eres tú.

Quiero decirle de todo. De todo lo que debería callarme.

A duras penas puedo aguantarme las ganas.

Enciendo la radio para hacer algo que no sea parar en un lado de la carretera y hacerle de todo. Tenerla cerca nunca me deja ser objetivo. Ni racional. No quiero ser egoísta con ella, pero… *joder, me gustaría tanto que se quedara conmigo.* Dejo que Whitney Houston llene el silencio con su voz, trayéndonos a Faith consigo. Ojalá ella pudiera darme algún consejo. Ella conocía a Megara mejor que nadie.

Al llegar a High River, mi familia la abraza y la acoge como una más.

Y me permito pensar, por primera vez, que lo que puedo ofrecerle tal vez merezca la pena.

123

OBJ

Meg

OBJ

Estamos en su dormitorio, llevamos poco tiempo vestidos cuando se lo tiro a la cara.

Mi demonio de brillante armadura se queda mirándolo como si fuera una bomba a punto de explotar. *Oye, ni que le hubiera tirado mis bragas. ¿Qué digo? Si eso le encanta.*

—¿Tengo que entender qué significa este acto vandálico? —alza esa ceja arrogante que tanto me gusta.

—Supongo que no, no estás en mi cabeza —*aunque vives en ella.*

Apenas puedo contener la risa. Doy unos saltitos de emoción.

Cuantísima energía tengo después de las once de la noche, madre. Suelta al gato de sus sueños dándole un beso en su cabecita, —porque desde que sabe que tiene un futuro no deja de colmarlo de mimos—, y se acerca a mí.

—Cálmate, estás preciosa cuando te emocionas y al final vas a crearme un esguince en la polla.

—Me calmo —me muerdo el labio.

—Así me gusta. Ahora dime, ¿qué te pasa?

Me habla así y casi parece que esté hablando con Carbón: un animalillo al que no comprende pero adora. Ni siquiera puedo ofenderme.

—He estado cotilleando por tu apartamento.

—Me parece genial.

—¿No vas a llamarme entrometida?

—No. Por favor, entrométete más.

—Vale, bien… —carraspeo—. El caso es que tienes un puñado de cosas con etiquetas en este pisazo que te gastas. Vamos a

arrancarlas todas y a usarlas. Tienes que recuperar el tiempo perdido. Tienes mucho que vivir y yo quiero vivirlo contigo.

Se queda muy serio. Muy callado.

A estas alturas lo conozco tan bien que sé que se está muriendo de ganas de besarme y que le he tocado la fibra sensible.

—¿Por qué piensas esas cosas?

Me limito a encogerme de hombros.

—Hemos quedado con Leia y Stanisław en dos horas —añade.

—Sí, lo sé.

Otra pausa. *Este hombre me está follando con la mirada y así a lo tonto, al final llego al orgasmo.*

—Tenemos una sorpresa para vosotras, ¿o ya lo has olvidado?

—No, pero… ¿Y un baño rápido primero? Vamos, arráncale la etiqueta a ese bañador, Brodly, si sé que lo estás deseando.

La arranca.

Subimos a la azotea de su edificio donde hay una piscina privada que, por lo visto, pertenece a su piso. No la había usado ni una vez, dice que desde que se mudó aquí no había tenido oportunidad, pero yo sé que es mucho más que eso.

No podía.

Es una suerte que esa etapa de su vida ya haya acabado.

La piscina tiene forma de luna, ocupa todo el borde oeste de la azotea y está rodeada por los rascacielos más impactantes de Manhattan, como si fueran testigos silenciosos de algo demasiado íntimo para ser público. El agua es de un azul *casi* tan bonito como los ojos de Dallas. Casi. Hay pequeñas luces subacuáticas que se apagan y se encienden, y da la impresión de que son luciérnagas que van bailando de aquí para allá.

—Menudas vistas.

—Ya te digo.

No hace falta que me gire a mirarlo para saber que me está comiendo con los ojos. Yo mejor no lo hago porque tiene un cuerpazo y, en honor a la verdad, creo que biológicamente he vuelto a ser una adolescente.

¿En algún momento voy a conseguir dejar de saltarle encima a este hombre? ¿No? Vale.

Me tiro al agua de cabeza y tengo más o menos dos segundos y medio para reaccionar antes de descubrir lo poco que cubre. *Dios.* Ahogo un grito para no ahogarme yo, pero el susto no me lo quita nadie. *Seguro que no son ni dos metros.*

Unas manos firmes tiran de mí y me llevan a la superficie en un solo movimiento certero.

—¿Has perdido la…? ¡¿Por qué has saltado así?! —alza la voz y no me deja contestar—. ¿Te has hecho daño, Megara? Te llevo al hospital.

—Estás tan guapo preocupado que estoy por volverme a tirar.

Endurece la mandíbula y casi parece cabreado de verdad. Nos mueve hacia el borde y dice:

—Nos vamos.

—De eso nada —le rodeo la cintura con las piernas y le beso, hundiéndole la lengua en la boca hasta convencerlo—. Estoy perfectamente, no me seas aguafiestas que ni me he rozado.

Me pega más contra su cuerpo, tanto como puede, y me abraza con fuerza.

—No vuelvas a darme un susto así.

Mi corazón se salta un par de latidos de nada. Intento ignorarlo, pero esas palabras se repiten en mi cabeza con eco.

—Estoy bien —repito entre risas, derritiéndome un poco mientras le devuelvo el abrazo. Le convenzo y empezamos a jugar como dos críos, que es lo que nos merecemos—. Dime, Brodly, ¿sabes nadar?

—No acabas de hacerme esa pregunta.

—Bueno, ¿qué pasa? Algo se te dará mal, vamos, digo yo.

—Creía que ya había dejado claro que no.

—Vas a acabar por caerme mal. Algo tiene que haber.

—Cocinar. No sé cocinar —miente como un bellaco, pero yo aprovecho la oportunidad.

—¿No sabes seguir una simple receta? ¿En serio?

—He dicho lo que he dicho.

—Qué interesante, ¿y leer sabes? —le pico y sigo alejándome de él porque intimida que flipas—. Mmm, ¿a quién podría ir a contarle esta suculenta información.

—Ya veremos si te dejo salir de aquí —me alcanza y ya no hay vuelta atrás.



Caminamos cogidos de la mano hasta la librería que solo sigue abierta porque dos cuartos de nuestro grupito son millonarios.

Stanisław y mi MA, llegan dos minutos después que nosotros, despeinados y rojos, porque está claro que las ganas que se tienen no se acaban por muchos compromisos sociales que tengan.

Hemos estado quedando para ir al cine, o para cenar a horas intempestivas, y lo cierto es que me lo estoy pasando como nunca. *Sobre todo si Dallas no insiste en que se está cargando todo lo que podría llegar a ser mi vida y blablablá. ¿Es que no sabe que el sol da cáncer y estar con él parece capaz de curar hasta eso?*

—¿Meggy?

Y yo que creía que nunca volvería a oír esa voz. Ese nombre.

Me giro despacio y todo el buen rollo me desaparece del cuerpo.

Leia



Sé bien quién es el único hombre que la llamaría así.

Andrew Marnis ha aparecido de la nada y Dallas se pone delante de Meg como un lobo protector. Pero ella, siendo como es, sale de detrás del armario que supone la espalda de Brodly, y lo encara.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te dejé claro que no quería volver a verte?

Stanisław se acerca a ellos como un Border Collie a quien no le gusta que extraños merodeen cerca de su rebaño y eso me hincha el corazón incluso en un momento como este.

—¿Cómo está tu madre?

—Muerta. ¿Algo más? Si no, márchate. —El cuerpo de mi amiga tiembla con tensión cuando no reacciona a esa verdad y tengo que ponerme a su lado.

—Diago —dice el hombre que nunca mereció ser el padre de mi mejor amiga, el que la abandonó con cinco míseros añitos y le provocó una herida que arrastró de una década a otra sin poder desprenderse de ella.

Le faltan dientes, tiene la piel de la cara sucia, la barba larga y los zapatos rotos. Pero lo que me produce escalofríos es su mirada. Es verde, como la de Meg, pero no se parece en nada a la suya.

Andrew parece haber perdido el norte.

—Dinero, hija, es lo que quiero. No me diste nada la última vez. Y he tenido muchos problemas para volver a ponerme en contacto contigo —desvía la mirada hacia Dallas.

Es evidente que todo lo que ha sucedido con su enfermedad le ha hecho bajar la guardia y que es justamente eso lo que ahora se está recriminando.

No sé quién de los tres está más dispuesto a mandar a la mierda a este hombre, pero la única que tiene que hablar, dice algo que no se parece en nada a eso.

—¿Cuánto quieres?

Dallas la mira con el ceño fruncido y unas ganas visibles de intervenir, pero mantiene la boca cerrada.

—Quince mil dólares estaría bien. Aunque no le haría ascos a treinta.

—Bien —Meg saca su teléfono y le susurro por lo bajo si es que ha perdido el juicio. Me ignora y sin un atisbo de expresión en la cara, se gira hacia su padre—. ¿En qué banco prefieres ir a buscarlo?

—No le haría ascos a ninguno —sonríe de manera perturbadora.

—Bien —le da los datos—. A cambio tendrás que firmar un contrato vinculado a una orden de alejamiento, conforme no volverás a acercarte ni a mí, ni a los míos, ni a Acorn Hill nunca más en tu vida. No podrás cobrar el dinero si no firmas el contrato primero y si violas alguna de las cláusulas, tendrás que devolverlo todo.

La voz de mi mejor amiga suena tan seca, tan carente de vida y tan poco ella, que me da miedo. Me lo da que algún día pueda hablarme a mí así.

Miro la pantalla de su móvil y el formulario ya está ahí. Es evidente que estaba preparada por si volvía a encontrarse con él. ¿Es normal que eso me rompa el puto corazón en pedazos?

—Lo firmaré, descuida.

—Bien, porque no quiero volver a verte nunca más. Utiliza ese dinero para salir del agujero en el que estás metido, si es que eres capaz.

Andrew se marcha de allí y que no le extrañe a nadie si la primera tienda que busca mañana después de cobrar el dinero es una licorería.

—Disculpad, tengo que despedir a alguien —rompe el silencio y la mirada letal que tiene Dean-Weston mientras se lleva el teléfono a la oreja callaría a cualquiera menos a Meg.

—No.

—Tenían un trabajo y no lo han llevado a cabo, puedes estar segura de que sí.

Cabreado no hace justicia a cómo está. Stanisław va con él a un par de metros más allá y yo intento tragarme el nudo que tengo en la garganta.

—Eso ha sido un asco.

—Sí.

—Pero tú has sido muy lista, Meg. Mucho.

—¿Sí? —duda volviendo a ser ella, deshaciéndose de la máscara de hielo en la que se había enfundado—. No me siento lista, solo mal.

—¿Puedo darte un abrazo?

Soy yo quien lo pregunta, pero es ella la que se abalanza sobre mí primero.

—Vámonos a casa —pide Dallas en tono severo cuando vuelven y siento una punzada de desilusión porque Stanisław ha estado todo el día hablándome de esta noche y creándome expectativas.

Imagino que Dallas habrá hecho lo mismo con Meg y es una pena que ese hombre siga fastidiándole buenos momentos.

—No quiero irme a casa. Hemos quedado los cuatro, quiero pasar un rato juntos al menos. —Baja la mirada tristona y Sr Furia se desinfla.

—¿Qué quieres que hagamos? —le pregunta.

—No lo sé —se encoge de hombros—. ¿Qué teníais pensado vosotros dos?

—Lo cierto es que hay algo muy divertido que os gustaría mucho a ambas —Stanisław interviene en la discusión matrimonial con una sonrisa torcida—. E incluso lograría que os olvidarais de lo que acaba de pasar.

—Lo dudo —masculla Dallas.

Es evidente que quiere hacerle daño físico a ese hombre y, aunque puedo entender su rabia, me alegro de que esté luchando

contra ella porque Meg no querría empeorar más las cosas.

Y él lo sabe, por eso está ahí, quietecito.

¿No es súper tierno?

—Aunque ahora esté de morros, la idea ha sido de Weston.

—Lo vi en un vídeo. En realidad es una tontería.

—No, qué va —insiste Stanisław. Entonces su sonrisa se vuelve más amplia mientras desvía la mirada de una a la otra—. Sabemos lo que os gustan las sorpresas, las cosas gratis y los libros.

—Somos humanas —corroboro y una chispa de diversión colorea los ojos de mi amiga.

—Por eso vamos a jugar a un juego. —Stanisław saca el móvil del bolsillo y veo que tiene puesto el cronómetro: noventa segundos —. Os regalamos todos los libros que podáis coger en un minuto y medio.

—¿Qué? —chillo ilusionada.

—Sois millonarios, podríais comprar la librería entera más de mil de veces —dice Meg en tono neutro, alzando la ceja en un gesto que me recuerda muchísimo a Dallas.

—¿Quieres eso? Dame un segundo —su enamorado está a punto de entrar en la librería, pero Meg lo frena a tiempo.

—Espera, no, así es más divertido.

Se sonríen y me derrito un poco. O bastante.

—¿Te gusta la idea, skarbie?

—¡Me encanta! —me agarro a su cuello y le doy un largo beso que casi se nos va de las manos.

*Entramos en el establecimiento y nos reciben como reyes. Yo, *que me consideraré siempre parte de la plebe aunque ahora salga con un tío rico* alucino en colores.*

—¿Por qué estoy nerviosa? —pregunta Meg a mi lado, enredando sus manos con las mías.

—No lo sé, pero yo también lo estoy.

—¿Podemos dar una vuelta para localizar algunos de nuestros libros favoritos antes de que empecéis a contar?

Al tiempo que Dallas dice «sí», Stanisław dice «no», ya que por lo visto el primero se está ablandando por lo que acaba de pasar y está dispuesto a ir contra las normas.

Meg y yo decidimos dejar la rebeldía para otra noche.

El quid de la cuestión es que a mitad del juego, a Stanisław se le cae el móvil de las manos, —estoy bastante segura de que es Dallas quien se lo tira—, pero el caso es que tenemos un poco más de margen y… acabamos con más libros de los que podemos cargar.

Es la cita doble más divertida que he tenido nunca.



[OBJ]

124



Meg

Leia y yo recibimos un reconocimiento.

Para el resto del mundo, no somos nadie, pero para nuestro gremio nos hemos convertido en las nuevas Taylor Swift. *It's me, hi, I'm the coolest, it's me.*

—Ahora todo el mundo sabrá lo mucho que molamos.

—Ya era hora de que lo acabaran sabiendo.

Dicho reconocimiento se traduce en una generosa suma de dinero, en un trofeo y cinco minutitos de gloria en una conferencia que tendrá lugar de aquí a dos meses. Ninguna de las dos quiere ir. Falso pánico escénico compartido y un caso grave de excusitis.

—Violet me ha dicho que si no vamos, nos arrastrará ella misma hasta allí y de las orejas.

—Vaya, me encantan mis orejas —hago una mueca.

—¿Crees que nos da tiempo a dejar de ser su amiga para entonces?

—Creo que Violet merece la pena el sufrimiento de esos cinco minutos de exposición social.

—¿Estás segura?

—O le ponemos un chicle en el pelo, lo que tú veas.

Carbón maúlla en nuestro regazo diciendo que dejemos de ser unas caguetas desagradecidas y que a Violet ni tocarla.

Habrá que hacerle caso.

Dallas lleva semanas sin pisar la oficina, así que hoy, cuando ha dicho que necesitaba pasarse por DW, he querido acompañarle. Que Leia y yo acabáramos en un sofá comiendo todas las cosas insanas que su novio le proporciona, ha sido un giro de los acontecimientos al que nos hemos amoldado con gusto.

—¿De verdad va a dejarlo?

—¿Stanisław no te ha dicho todo lo que le está cediendo a él y a Violet?

—Sí, pero no podía creérmelo. Es su empresa, Meg.

—Ya, pero no le interesa. No es que vaya a desprenderse de todo, lavarse las manos y no volver aquí nunca más. Es solo que quiere centrarse en otras cosas.

—¿En qué cosas?

—En mí.

Leia ahoga un grito.

Eso dijo cuando le hice un tercer grado. Mi corazón aún no se ha recuperado.

—Hace días que ya no lucha contra nosotros —le digo y Leia me observa mientras hiperventilo con disimulo.

—Me alegro. Hay un número de tiempo que un miembro de esta familia puede comportarse como un tonto antes de que haga falta una intervención.

Leia apoya la cabeza en mi hombro en plan cuánto-ha-cambiado-nuestra-vida-maja.

Y vaya si ha cambiado.

Pienso en mi madre. En lo que le gustaría Dallas, en lo rápido que se la habría ganado cuando viera lo bien que me cuida. *Casi parece que lo escogiste para mí, mamá, justo antes de irte.* Me inclino y apoyo mi cabeza sobre la de Leia sin dejar de acariciar a Carbón.

125



Dean-Weston

Hemos estirado la manta en la arena hace poco más de treinta minutos. Un picnic en la costa atlántica en Rockaway Beach a las dos de la mañana. Estamos solos, con las olas acompañando cada respiración contenida, pero algo me dice que nada ni nadie podría haber frenado esto. No, cuando se ha subido a horcajadas sobre mí. No, cuando se ha quitado el vestido en cero coma y ha dejado sus espectaculares pezones rosas al descubierto.

Le he apartado la fina tela de sus bragas de un tirón demasiado fuerte y me las he quedado en la mano. *Bien, eran para mí de todas formas.*

—¿Quién está ya empapada? —pregunto en un gruñido lujurioso al sentir su húmeda calidez.

—Yo estoy así siempre que te tengo cerca —dice jadeante, apoyándose en mis hombros para mecer las caderas más rápido.

Hostia puta.

Quiero que se corra frotándose contra mí.

Quiero meterle los dedos y sentir cómo me los moja.

Quiero sacarme la polla y hundirme en ella tan profundo que me note hasta en el cerebro.

Pero no tengo por qué elegir, puedo tenerlo todo. Porque tenemos un futuro juntos. Y no se me olvida que *yo* lo tengo gracias a ella. Entrelaza sus manos con las mías cuando el primer orgasmo le arranca un grito desesperado y yo disfruto de verla destrozarse.

Me la saco y empiezo a rozarme contra ella, decido cómo debe mecerse y aumento la presión para que el roce sea más severo. La agarro de la nuca y le como la boca con urgencia. La mujer a la que no le gustaban los besos, me lo devuelve con hambre desmedida derritiéndose en soniditos de placer que me la pone aún más dura.

—Eres mi puto milagro, ¿lo sabías?

—Cac-Cacahuete.

—Eso también.

La luna baña su piel blanca que mi lengua recorre con veneración.

No sé cuántas veces lo hemos hecho hoy, y ni de puta coña podría dar una aproximación de cuántas veces lo hemos hecho esta semana. Pero ninguno tiene suficiente. Todavía está convulsionando cuando la tumbo debajo de mí, le abro las piernas tanto como puede y me cuelo en ellas embistiéndola como se merece.

Ella arquea la espalda y suplica con mi nombre en los labios que vaya más deprisa. Su perfecto coño me succiona y estoy viendo las estrellas, en el mejor de los sentidos.

—Joder, cuánto te quiero —se me vuelve a escapar, por mucho que intente mantener mi pose de tío frío, con ella soy un puto volcán.

—Hijos —gime cuando estamos empapados en sudor y manchados de arena, cuando nuestros besos son tan sucios que raya lo indecente.

Tardo unos segundos en responder. Mi polla la dilata todavía más, conquistando hasta el último rincón de mi paraíso.

—¿Qué has dicho?

—Hijos, ¿quieres hijos? —gime.

—Mierda, Megara —me quejo en un gruñido, porque imaginar que me derramo dentro de ella y que de ahí sale una vida me pone muy cachondo y ya no puedo estar más duro.

Porque lo quiero todo de ella.

Aunque eso nunca podrá ser. No, teniendo en cuenta quién es ella y quién soy yo. Sé que ella no… no es lo que quiere.

—¿Hablas de adoptar? —pregunto alzándole más una de sus piernas, encontrando un nuevo ángulo que nos termine de volver locos.

El estallido de placer es casi demasiado. *Estoy a una puta brisa de mar de correrme como una avalancha.*

—S-sí. Sí. Eso.

—¿Ahora?

Me coge de las mejillas para obligarme a mirarla, cuando la que estaba perdida en el más allá era ella.

—Te quiero para mí. Un tiempo. Años. Pero s-sí, sí, adoptar. ¿Quieres… tú? ¿Quieres?

La beso con fiereza, con pasión desmedida, con devoción y un miedo terrible.

La hostia que si quiero. Contigo lo quiero todo. Voy a pasarme el resto de mi puta vida aterrado de perderte.

¿Pero cómo se lo explico? Que es la pieza que faltaba. Que ha venido a darle sentido a todo, a salvarme, a arreglarme el corazón que tenía hecho pedazos, a hacerme ver que si esta es la piel de un monstruo, a ella le gusta así. *Esto tendría más sentido que Megara fuera un ángel caído del cielo, joder.*

—¿Te estás riendo? —pregunta ligeramente ofendida.

—Sí quiero. Lo quiero todo contigo. Ahora, mañana, cuando sea.

Me pide que me dé prisa, se funde contra mí suplicando tenerme y eso es lo que consigue. Porque a partir de ahora, voy a encargarme de hacer realidad todo lo que salga por esa boquita. Nos corremos a la vez, sincronizados hasta en el orgasmo. El placer se vuelve elástico y dura tanto que casi temo que me mate.

Pero eh, otros ya lo han intentado antes, que se ponga a la cola.

Leia



—¿Stanisław? —pregunto alterada, asustada, buscando al hombre que hasta hace un segundo tenía conmigo. Lo llamo de nuevo, oyendo los ladridos de Neutrón en el exterior. Saco la cabeza por la ventana esperando tener más suerte—. ¿Stanisław?

—¿Skarbie?

Ni sé reconocer de dónde proviene la voz de lo nerviosa que estoy.

—¿Dónde estás?

—En el…

*No le oigo, *más nervios han entrado en el chat*.*

—¿Dónde?

«Patio», oigo al tiempo que suena el eco de la puerta de atrás, luego sus pasos subiendo la escalera. Nos encontramos en el piso de arriba. Tiro de él y lo meto en el baño conmigo.

—¿Tantas ganas me tienes, słoneczko? —se le cambia la cara—. Eh, te están temblando las manos. Leia, ¿qué ocurre?

—Voy a decirte algo y no quiero que flipes. No, porque yo ya estoy flipando mucho y no podemos flipar los dos. Madre mía, solo tengo veinticuatro años.

Sus ojazos pierden la chispa de diversión y todo en ese océano se vuelve seriedad.

Respaldo.

Convicción.

Soluciones.

Determinación.

Un «yo estoy contigo pase lo que pase, a muerte, guapa» la mar de sexy.

—Háblame, ¿qué ocurre?

Le enseño lo que he guardado a toda prisa en el cajón antes de ponerme a llamarlo por la ventana. El maldito quid de la cuestión. Su ceño fruncido se suaviza. Sus iris se vuelven piscinas dulces y cariñosas, y el corazón se me da la vuelta.

—Estás embarazada.

—Sí.

—Vamos a tener un hijo.

—Eh, eh, eh, para el carro. Eso es una locura —digo alejándome de él en el baño.

—¿Lo es? —ladea la cabeza, desviando la mirada entre el test de embarazo y yo, a cada segundo con más cariño rebosando de sus ojos—. No puedo decir que no haya soñado con hacerte mil hijos, porque sería mentira. Pero —cuadra los hombros.

—¿Pero?

—Hemos tenido cuidado, hemos tomado todas las precauciones y esto no ha sido buscado. Si no quieres tenerlo, estás en todo tu derecho. Es tu cuerpo. Tú decides. Imagino que ya lo sabes, pero no está de más recordártelo.

—No me hables de mis derechos que sabes lo cachonda que me pone eso.

Contiene una sonrisa. Este bicho sabe cómo jugar sucio.

Anda claro, por eso estamos teniendo esta conversación, ¡porque juega sucio divinamente!

—Leia, yo te quiero.

—Y yo a ti también te quiero.

—No, escúchame un momento, ¿vale? —se acerca despacio, como si no quisiera espantar al ciervo herido que se ha encontrado en mitad de la carretera. Me coge de las mejillas y dice—: Quiero despertarme a tu lado todos los días de mi vida. En tu casa, en la mía o, dios, en la nuestra, cuando quieras dar ese paso. También quiero casarme contigo. Llamarte «mi mujer» delante de todo el mundo. Cambiarme el apellido para que tu familia pueda pronunciarlo. Y también quiero tener hijos contigo, Leia. Todos los que tú quieras, dentro de una medida razonable y saludable, que no eres una máquina expendedora de procreación. Pero tú… Tú eres mi faro, eres mi estrella y mi prioridad número uno. Si tus deseos son otros, estoy dispuesto a cambiar los míos. Si quieres esperar una década para casarnos y primero centrarte en tu carrera, lo aceptaré. Incluso si no quieres tener ni un solo hijo. Lo aceptaré, porque mi sueño eres tú. Mi mundo eres tú. Seré feliz siempre que me permitas estar a tu lado.

Mis lágrimas silenciosas se vuelven sollozos salvajes llegados a este punto.

—Creo… opino… Literal que yo…

—Respira, skarbie. Estoy aquí, contigo —sonríe y nadie debería mirar con tanto cariño a otra persona, podría morir de amor.

—¿Y si lo quisiera ahora?

Decir que lo dejo sorprendido sería quedarse muy corto.

Es como que la posibilidad de oír esto saliendo de mi boca ni siquiera le hubiera cruzado la mente.

—Es decir, conozco a algunas mujeres brillantes que han tenido una buena carrera pese a ser madres jóvenes. A mí… a mí me gustaría ser de esas. Me gustaría probar. Y lo de llamarte mi marido, también. Cuanto antes mejor. La verdad es que todo el plan suena de cine.

Me besa como si fuera su persona predilecta. Pero diantres, lo soy, ¡él lo ha dicho!

—Deberías pensártelo bien. Tomarte unos días —dice junto a mis labios, respirando el oxígeno de mi boca.

—¿Te estás echando atrás? —acerco mi cuerpo a él porque le necesito.

—No, dios, Leia —aprieta los ojos cerrándolos con fuerza y vuelve a besarme. A comerme. A depositar besos por toda mi cara —. Solo digo que si tú te echaras atrás me harías pedazos. Tengo que protegerme de ti, aunque sea un poco.

—No voy a echarme atrás. Pídemelo. Hagámoslo oficial.

Suelta una exhalación abrupta, ahogada y extraordinariamente emocionada. Separa los labios, parece a punto de repetirme que me lo piense. Pero no es lo que hace. En vez de eso saca el móvil.

—¿Vas a ponerte a contestar mensajes del trabajo en un momento como este?

Me enseña tres fotos.

Tres fotos de anillos de compromiso.

Pero ninguna de las tres fotos son de una página web, los anillos están en su maldita mano.

—He comprado cinco, pero estos tres son mis favoritos. Hay uno en mi coche, otro en tu apartamento, en el de Weston, en DW… maldita sea, no me puedo creer que no tenga ninguno encima.

—¿Has comprado cinco anillos de compromiso?

—No te asustes, por favor —me pide, como si su obsesión por mí fuera otra cosa que halagadora de narices.

—¿Puedo quedármelos todos?

—Puedes, puedes —se arrodilla, enseñándome la pantalla del móvil—, pero ahora escoge uno.

Apenas veo a través de las lágrimas. Me va el corazón a diez mil pulsaciones por segundo.

—Este es precioso. Todos lo son. Tienes un gusto exquisito, cariño.

—Leia, ¿quieres casarte conmigo y hacerme el hombre, once años mayor que tú, más feliz del mundo?

—¡Sí, sí quiero!

Se alza de golpe, rodeándome entera con sus brazos, fundiéndome contra su cuerpo.

Al parecer, me voy a casar.



OBJ

Epílogo Meg

OBJ

OBJ 

Final de año, Acorn Hill, media tarde.

En algún lugar remoto de la casa de la infancia de Leia Diago.

—Hace un frío que pela y no sé quién ha pensado que casarse en invierno es buena idea.

—Tú. Fuiste muy pesada. «Leia, tenemos que hacerlo a la vez, que si no da mala suerte. Leia necesito ser su mujer para ayer, ¡ya voy tarde! Lo quiero muchísimo».

—Para empezar *yo* no tengo esa voz —me quejo con exactamente esa voz y mi MA tiene la decencia de aguantarse la risa —. La gente lo hace en primavera, maldita sea, cuando apetece estar en la calle. Cuando la hipotermia no es uno de los invitados.

—¿Estás poniendo excusas por algo? —aspira todo el aire de la habitación—. Oye, no te habrás casado con él a escondidas, ¿no? No estarás haciendo el paripé y me habrás dejado fuera, ¿verdad?

—Eso fue una broma. Nunca lo haría —vuelvo la vista al tocador para asegurarme de que el recogido está como quiero.

Las ondas granates caen en cascada de forma romántica y bonita. *¿Le gustará a Dallas? Qué ganas tengo de verle.*

—Meg.

—Te lo juro —me pongo seria, pero he de reconocer que se me pasó por la cabeza.

Sobre todo cuando Dallas volvió a pedirme matrimonio en la biblioteca.

Siete veces lo ha hecho a día de hoy y ese día… madre mía, ese día casi lo arrastro al primer juzgado de Manhattan que encontráramos.

Me alegra no haberlo hecho. Hay mucha gente que quiere presenciar este momento y yo quiero darles ese regalo. Quiero

formar parte de algo grande mientras me caso con el hombre con el corazón más inmenso. *¿De verdad va a ser mío? ¿Voy a ser la mujer del demonio de brillante armadura? ¿En qué me convierte eso?*

—Te están brillando los ojos. ¿Tengo que recordarte que no puedes llorar?

—No, es solo… —le pongo la mano en la tripa, por encima del encaje blanco precioso y que le realza el pecho y le hace una cintura tremenda—. Ahora voy a ser parte de una familia muy grande. De la tuya, Leis.

—Siempre has sido parte de la mía, Meg, no seas tonta.

—Te adoro.

—Pues anda que yo —dice con las lágrimas a punto de desbordarse.

—¿Te lo he dicho o no? Unas lloricas acabadas. Así van a estar hasta la noche —dice el hermano de Leia, Blake-toca-narices-Hunter Diago, junto a Erik y el hijo de Sawyer, N-Kale MacAlister.

—Están buenas, eso sí —suelta Keith-Jakaris Taylor.

—No vuelvas a hablar así de mi hermana o te arranco la cabeza —comenta Blake-Hunter como si nada.

—¿Tú y cuántos más? —le reta Keith-Jakaris, a cada cual más chulito.

Leia camina hacia la puerta sacudiendo la cabeza en plan «no tenéis remedio» y cierra de un portazo.

—En esta casa hay demasiados hombres. ¿Dónde están mis chicas MacAlister?

—Alice, Bonnie y Ayris están ayudando a los novios —le comento, releyendo el mensaje que me han enviado al móvil—. Dicen que nos harán tantos favores como puedan.

Dudo mucho que puedan hacer que Dallas esté más guapo que de costumbre. Vamos es que eso ya sería abusar, cegaría a toda la ceremonia con su belleza.

Alzo la vista y veo a Leia junto a la cómoda, saca algo y vuelve hasta mí.

—Al principio… no querías pisar la casa de tu infancia, ¿lo recuerdas?

—Sí.

Dallas. Querer preparar los cristales de toda la casa para que él pudiera venir a Acorn Hill y tener un lugar seguro, eso fue lo que más me ayudó a dar el paso. Porque a veces tienes que elegir pasado o futuro, no puedes tener ambos.

—Pues me pasé un par de veces antes de que fuéramos allí juntas. Y encontré algo que pensé, bueno, que sería ideal para hoy.

Es una horquilla brillante de color azul perla. Una que mamá solo se ponía en ocasiones especiales porque era demasiado bonita para el día a día. Siempre que lo decía le respondía que ella lo era más, pero no lograba convencerla.

—¿Te gusta la idea?

Me estrello contra ella y la abrazo con fuerza. *Esto es tener una hermana. Es esto, lo sé.*

—Te quiero.

—Y yo.

—¿Y a mí no me quiere nadie? —Keith-Jakaris entra seguido del resto, más que dispuestos a que dejemos de llorar.

Una suerte, la verdad.

Daughbeth



—¿Cómo estás? —pregunta Nina desde la comisaría de Acorn Hill, con un bol de palomitas apoyado en el regazo.

No parece importarle mucho que su precioso vestido de seda se arrugue. Probablemente, porque Sawyer MacAlister le conseguiría otro antes de que hubiera terminado de pedírselo.

—Vaya preguntas que haces —le dice Daisy—. Su hija se va a casar dentro de dos horas. ¡Dos! En ciento veinte minutos dejará de ser su niñita para ser una mujer casada.

«Ella siempre será mi niñita» dice Lexi Diago por lo bajo, pero nadie la oye.

—Y hemos tenido que salir de la casa porque aquí la llorona no dejaba de moquear. Por eso hemos convertido la comisaría de policía en nuestro set de maquillaje y peluquería personal —sigue Amy—. ¿No te dice eso ya bastante, Nina?

—Pues ya que lo decís, nnn… —La primogénita no llega a soltar su «no» porque Daisy le llena la boca de palomitas.

—¿Cómo estás tú? —Lexi presiona contra su nariz el pañuelo usado que tiene en la mano y mira a su hermanastra, la piloto—. ¿Todo bien?

—Mi niño está sano y salvo, me siento muy afortunada de que mi preocupación de hoy sea desear que todo salga bien en la ceremonia. Podríamos haber tenido un entierro y yo… no quiero ni pensar en esa posibilidad.

La risa de Jasmin, en una sala cercana, se mezcla con la de Sawyer y Alex, y las cuatro Daughbeth guardan silencio unos instantes porque sí, las cosas podrían ser muy diferentes y no está de más ser agradecido.

—Mi niña, ¿cómo crecen tan rápido? ¿Por qué nadie ha creado un botón para ralentizar un poco el tema? Sobre todo cuando son tan pequeñitos que te caben en los brazos. Mi niño, mi niña…

Blake-Hunter no era un niño a ojos de nadie, era un vaquero, un cowboy, un hombre hecho y derecho. Pero Leia tenía las riendas de su mundo cogidas de un modo que él todavía no había logrado, pese a ser cuatro años mayor.

—Alguien debería avisar a Láhria y a Cleo de que, antes de que se den cuenta, sus hijos estarán yendo a la universidad.

—Todavía falta un poco para eso Lex. Hablando de ellos, a ver cómo aguantan esos chiquitines despiertos hasta tan tarde.

—Estarán fritos en cero coma.

El tema de conversación se desvía precisamente en esa dirección: Blake-Hunter Diago y las dichosas riendas.

—Quizá alguien podría ayudarlo —propone Daisy.

—¿Alguien como quién? —pregunta Amy sorbiendo de su mojito, pero seis pares de ojos miran a la MacAlister con sumo interés.

—Bueno, en Saltwater tenemos a una preciosa psicóloga.

—¿Solo una? —se burla Amy.

—Cosas de los pueblos pequeños de costa, muchos marineros, poco de lo demás —sigue Nina con la broma.

—Me refiero a una buenísima, niñatas —gruñe Daisy—. Calíope.

—¿La hija de Keylah Blackwood? —pregunta Nina con cariño en los ojos.

—¿Esa chiquilla no era muy…? —empieza Amy.

—Sí —dice Daisy apretando los labios.

—Pero Blake-Hunter es tan…

—Ya te digo.

—¿Qué estáis insinuando vosotras dos? —pregunta Lexi.

—Los polos opuestos a veces son la mejor combinación —dice Daisy con una sonrisa pícara.

Un par de mojitos y boles de palomitas, y las Daughbeth arreglarán el mundo.



Epílogo Stanisław

OBJ

OBJ

A escasos minutos de que empiece la doble ceremonia.

Dos grandes puertas de madera blanca dan paso al vestíbulo del ayuntamiento, donde una lámpara de araña cuelga sobre un suelo de mármol blanco veteado de gris. Las paredes están decoradas con frescos restaurados de escenas mitológicas y alegorías al amor. Lo cierto es que parece el interior de un castillo austríaco. Pero preferiría que fuera la parte trasera de una pizzería a

punto de irse a pique si eso me la dejara a Leia ya en mis manos. Mi chica, mi skarbie, mi preciosa mujer.

—¿Puedes estarte quieto? —pregunta mi mejor amigo, también en el altar conmigo.

—No. No puedo, Weston. Esto ha sido una mala idea. ¿Y si el concejal nos casa a nosotros sin querer?

—Tendrás un matrimonio sin sexo, como la mayoría de la gente.

—Hablo en serio.

—Joder, cualquiera lo diría —y el cabrón deja de poder aguantarse la risa.

Ayris, Bonnie y Alice le hacen los coros.

—Echo de menos a mi mujer.

—No es tu mujer —me dice Bonnie—, y si metes la pata ahora, no lo será nunca.

—¡Bonnie! —le regañan sus hermanas.

—Pero tranquilo, si algo aprendimos de Friends es: no digas el nombre de otra en el altar y todo irá bien.

Voy a perder el conocimiento.

—Aquí tenéis los anillos —dice Alice, que nos los había robado con tal de mantenerlos a salvo.

—Y aquí los votos, por si os quedáis en blanco —dice Bonnie, que hasta tiene un pinganillo y va dando órdenes a todo el mundo.

—Yo traigo la buena suerte —Ayris me sopla un puñado de purpurina a la cara y se convierte en mi MacAlister menos preferida.

Miro a Katy Vojak entre los asientos, tan tranquila, esperando a que empiece la ceremonia y me pregunto por qué estas tres no pueden ser más como ella.

—Os lo estáis pasando demasiado bien a su costa. Dadle un poco de espacio —pide Weston en tono conciliador y las tres se van entre risas. Se acerca a mí y me pone las manos sobre los hombros —. Escucha, Leia está loca por ti. Lleva a tu hijo o hija dentro, y cada día está más ilusionada de compartir una vida contigo. Relájate e intenta disfrutar del momento, ¿quieres? Y si ves que los nervios te pueden, mi padre lleva tequila en una petaca.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No voy a regalarte a Carbón.

—No es eso. ¿Por qué confiaste en mí para crear DW? Todo el mundo entiende por qué elegiste a Violet, pero…

—Joder, ¿en serio, tío? No lo sé, déjame pensar, ¿porque eres jodidamente bueno en tu trabajo? ¿Porque eres leal como pocos?

¿Porque eres un hijo de puta optimista y nadie te rompe el puto espíritu?

—¿Tanto te cuesta decírmelo de vez en cuando? —muevo las cejas de modo insinuante. Cuadro los hombros—. Por favor, ¿nervioso yo? Me casaría con Leia todas las noches durante el resto de mi vida. He nacido para esto.

Se ríe entre dientes y sacude la cabeza mientras vuelve a su sitio.

Erik y cada tío que forma parte del conocido como «Legado Daughbeth» se sube al escenario detrás nuestro porque sí, todos son padrinos.

—Oye, hemos pensado en algo —dice Blake-Hunter en poco más que un susurro.

—Verás —dice Erik.

—¿Hacemos un flashmob?

—No —le suelto.

—Venga, tío, animaos. A mí se me da de cine improvisar —asegura Keith-Jakaris.

—Estaos quietos y cerrad la bocaza —ordena Weston haciendo que todos cuadren los hombros.

Menos mal, porque las puertas se abren justo en ese momento. Los invitados se giran para ver a las novias.

Dioses.

Jasmin



Amy me agarra de la mano con fuerza, pero nada me prepara para ver la expresión de uno de mis hijos cuando ve a la mujer de su vida caminar hacia el altar con la mirada cargada de deseo y amor.

Mi niño, por fin ha tenido suerte. Y esta vez le ha tocado la lotería.

Un día con Megara en el hospital, viendo cómo se desvivía por él, me dejó claro todo lo que necesitaba saber de ella. Todo lo que necesitaba para quererla.

Mi niño, lleno de muros bien altos capaces de ocultar sus heridas más profundas, a duras penas se aguanta las lágrimas cuando su preciosa mujer se acerca al altar para profesarle amor eterno.

Sé que para él están ellos dos solos, que no existe nadie más en el mundo. Miro a su padre y casi se me escapa la risa. Está igual que yo. Vaya dos blandengues.

—Madre mía, pero qué guapas —susurra Amy bajito, soltando una lagrimita.

—No puede ser —dice Lexi, compartiendo pañuelos conmigo—. ¿Está pasando de verdad?

—Eso parece —confirma Jay-Duncan, que no parece decidirse entre una mueca dura y estoica, y las puñeteras lágrimas.

Ambas novias están espectaculares, preciosas, pero dudo que alguien se esté fijando en el vestido. Parece que una fuerza las empuja hacia ellos, van levitando. Leia se tropieza por no apartar la vista de Stanisław y Meg va tan rápida que tiene que esperarla para hacer el último recorrido a la vez.

—Cállate, no puedo ver esto —solloza Nina ahogada en lágrimas.

—Yo menos —se suma Daisy.

Levi-Ryan las espera en la intersección para entregarlas a sus almas gemelas. Se cogen cada una a un brazo y es evidente que a algunos invitados les choca, pero solo a los más cotillas. La música suave de Whitney Houston es la guinda del pastel.

Ambos novios se bajan del altar para reducir la distancia final. Vamos, que se mueren de ganas de alcanzarlas y no pueden esperar más. Qué monos.

Levi-Ryan vuelve a su asiento y de repente, Keith-Jakaris y Blake-Hunter se bajan del escenario con unas pancartas de «Boda Diago» y «Boda Brodly» y tapan a ambas parejas del público. Se mueven como si fueran animadores de fiesta, pero desde nuestro ángulo en primera fila, podemos ver que las parejas aprovechan el momento para besar a la novia.

¿He dicho ya lo que me gustan las bodas?

Epílogo Leia

OBJ

OBJ

Después de la ceremonia

Meg y yo estamos sentadas en un banco decorado con flores, mientras los invitados siguen bailando sin descanso en la plaza. Nuestros vestidos se están arrugando un poco, pero no más que cuando mi marido y yo hemos consumado nuestro primer acto marital.

Lo siento, ¿pero eso de esperar hasta la noche de bodas quién lo pensó? ¡Que no soy de piedra!

Estamos compartiendo un trozo de tarta de boda y cada vez que Meg se mancha la punta de la nariz, se limpia con la servilleta y se retoca el maquillaje. Se me escapa una risa floja al principio, pero llegados a este punto ya son carcajadas.

—Quiero estar bien, ¿vale? Demándame —se justifica colorada.

—¿Crees que esto es lo más feliz que vamos a ser? Porque si hay algo más que esto da miedo.

—Sí lo hay —me guiña un ojo y me mira la tripa—. Mucho más.

La plaza está llena de flor de loto y de estrellas fugaces brillantes. Para mí y para la chica que no tiene flor favorita.

—¿Puedo pedirte un baile? —pregunta Jasmin Brodly con la mirada más cariñosa que ha tenido nunca nadie.

Hace un rato, emocionada, le ha dicho que Meg también es su milagro. Esta mujer lo mismo te conduce un avión de una punta del mundo a la otra, que te destroza el corazón con cuatro palabrillas.

—Por supuesto —se la lleva, descalza, pero con el abrigo de su marido sobre los hombros y yo me quedo a solas con su tarta.

No durante mucho tiempo. Alguien me levanta, me coge en brazos y me acuna contra su pecho.

—¿Puedo saber por qué mi mujer está aquí, lejos de mí?

Se me curvan los dedos de los pies al oír «mi mujer» de sus labios.

Mi madre le había pedido un baile y se me han saltado las lágrimas de verlos juntos. Pero no unas pocas, muchas, y Meg me ha salvado antes de que acabe pareciendo un panda con el rímel corrido en mi propia boda.

—Creía que mi marido había acabado en manos de la ley, y que iba a tener que ir a visitarlo a la cárcel.

Me da un largo beso, intenso, pero dulce, cargado de promesas, de un futuro que quiero empezar a vivir ya mismo.

—Sé que te duelen los pies, pero si te quedas en mis brazos, ¿bailas conmigo?

—Este vestido pesa lo suyo. Tiene un montón de pedrería. Y flores —comento mientras me lleva hacia la pista de baile, la zona más calentita de toda la plaza.

—A pesar de lo que puedan pensar algunos, no voy al gimnasio a vaguear, Leia—sonríe de forma arrogante y me derrite.

Me abrazo a su cuello y le beso hasta que lo dejo sin aire. Hasta que nos sobra la ropa. Y no me importa si nos ven o si es

demasiado, la urgencia de quererle pesa más que cualquier otra cosa.

Señor y señora Leszczyński, sé que nos están viendo desde alguna parte.

Les aseguro que voy a cuidar bien de su hijo.

Puede que yo sea su skarbie, pero él es mi mundo entero.

Epílogo Dean-Weston

OBJ

OBJ 

Noruega, durante el invierno polar

La tengo boca arriba, deshecha, con el pelo pegado a la frente y las piernas todavía temblando de las veces que se ha corrido. No debería volver a tocarla todavía. Debería generarle tantas ganas de mí, de esto, que no pudiera pensar.

Pero yo no hago eso, yo sobrevivo. A su poder. A ella. Y le doy todo lo que quiere como un hombre débil.

La deseo hasta con rabia, una primitiva que da miedo. Cada vez más. Hago respiraciones rápidas para no dejarme llevar.

—¡Me vas a romper! —retuerce la espalda, la arquea muchísimo.

—¿Quieres que pare?

—¡No te atrevas! —Me clava un poco las uñas, pero no pasa nada, mi piel ya no es tan sensible como antes.

Acelero el ritmo cediendo a la desesperación y a la urgencia que me consume más día tras día. Con control, muerdo un pezón y el orgasmo la pilla con la guardia baja. No hay nada que se asemeje a ver cómo se corre mi mujer, nada que me excite así, nada que me vuelva tan loco.

No lo hay, no lo habrá, punto.

Me aferro a ella. Me tenso. Ralentizo el vaivén insistente de mis caderas. La penetro una vez más y me quedo muy quieto. Derramo mi calidez en lo más profundo de su sexo y creo que pierdo un puñado de neuronas.

Es mía. Y yo soy suyo.

Podemos ser muy salvajes y bruscos en el sexo, pero solo entonces. Después del sexto orgasmo, tengo que sujetarla porque le flojean las piernas, está deshidratada, colorada y guapísima.

—No te rías de mí.

—No lo hago —miento dándole un pellizco suave en el maravilloso culo con el que quiero ahogarme.

Se apoya en mi pecho, fuera de combate.

—¿Y si nos duchamos luego? —propone, ya bajo el agua caliente.

—No veo por qué no. —Le lavo el pelo con cariño, pidiéndole que cierre los ojos para que no le entre jabón dentro, y cuando salimos le pido que me deje secárselo.

—Puedo sola.

—Ya sé que puedes sola, Cacahuete, pero es que quiero hacerlo yo. Quiero cuidarte. ¿Me dejas?

Me pone ojos de cachorrito abandonado y asiente musitando un «claro».

Descubro una nueva vocación y ya quiero enterrarme en ella otra vez. *Si es que estoy enfermo…*

Abandono el baño para vestirme porque vamos a salir a comer por ahí. Reconozco que estoy ilusionado de poder ir con ella al exterior, y hacerlo a cualquier hora. Tengo la impresión de que el invierno en Noruega va a convertirse en nuestro paraíso.

Ya vestido, me acerco a la puerta del baño y la veo ya maquillada, poniéndose crema corporal mientras baila al ritmo de *I Wanna Dance With Somebody* de Whitney Houston.

Me quedo mirándola como un tonto… Porque gracias a ella puedo. Mis ojos están bien y van a seguir estándolo.

—¿Qué haces? —se pone tímida, un poco roja y tiene delito teniendo en cuenta todo lo que nos hemos hecho ya el uno al otro.

La atraigo hacia mí y la siento en mi regazo.

—Te adoro, Megara. —Le beso el hombro—. Te quiero. —El cuello—. Me salvaste la vida de formas que dudo que jamás pueda expresar. Pero te lo voy a demostrar. —Sello mi promesa con un largo y profundo beso, y luego la saco del baño.

—¿Qué es esto? —pregunta cuando le pongo una caja en las manos.

Una que tiene forma de libro, pero está hueca.

—Ábrela.

Lo hace de inmediato. Ve los pósits que dejaba en mi despacho, los frascos vacíos, la servilleta de nuestra primera cena juntos, la pelota roja que le compró a Carbón con la que no le permití jugar y todo lo que tiene remotamente que ver con ella.

—¿Lo has guardado?

Asiento y decido no contarle que he atesorado cada conversación con ella, cada imagen, cada carcajada que ha soltado en mi presencia porque… Bueno, no quiero asustarla. No quiero que sepa *hasta qué* punto me tiene, ni quiero que se aburra de mí.

Así que ya lo descubrirá, con el tiempo.



Compartimos un helado aunque está nevando. Me lo ha pedido y no seré yo el que le niegue nada a la mujer que lleva a nuestro gato enfundado en mil camisetas térmicas y acunado entre los brazos. Diría que tengo envidia, que la tengo, pero a Carbón es al único al que le permito esos privilegios. *Lo quiero bastante.*

—El puto CEO de DW se ha escrito la palabra cacahuete en el puto brazo, me muero —revolotea a mi alrededor—. ¡Mi mote! Es que me muero el doble, todavía soy incapaz de creérmelo. El triple. Me muero elevado a infinito. ¿Sabes la cantidad de gente que sabe leer Base64 en nuestro mundillo?

—Bien, que lo lean.

—Estás… Eres… Esto es… *Guau*.

—Es una respuesta menos elocuente de lo que me tienes acostumbrado, pero vale.

—Yo a ti te gusto —me señala con el índice y se tapa la boca con timidez mientras ríe—. ¡Te gusto!

—Joder, sí que has tardado en darte cuenta.

Alcanzo sus dedos, les doy un tirón y la acerco a mí.

Fundo sus labios con los míos y prometo a quien pueda interesar, que no voy a soltarla mientras viva.



OBJ

Agradecimientos



LMR

No quería acabar este libro sin tomarme un momento para ti, lector@, que sabes bien toooodo lo que hemos vivido juntos.

¡Momento cursi, *alerta, alerta*

Para empezar, quiero dar las gracias por meterte en este caos de familia con tantas ganas y cariño.

Muchas gracias por dejarme entrar en tus días a través de estas páginas. Por acompañarme en esta historia que, la verdad, me ha roto un poco, pero también me ha reconstruido por dentro.



Gracias por querer a estos personajes tanto como yo. Por soñar. Por el cariño. Gracias por darme un hueco en tu estantería y por confiar en mí en las subidas y bajadas de esta historia. Y también por llegar al final (de la historia, no de la saga, que nadie se asuste).



[OBJ]

Pues vamos allá. Como sabéis, siempre os pongo por Instagram que quien quiera aparecer, me escriba, pero si crees que faltas, avísame.

PD: Como de algunas personitas os tengo solo por el nombre (a lo Beyoncé) el orden será ese ♡.



Adela Morente. ♥

Adriana L. ♥

Aida. Monteverde Duarte. ♥

Ailén Soria Navarrete. ♥

Alana Juncal Fontana. ♥

Ali. ♥ Ali Reus. ♥

Alicia Beatriz. ♥

Ana. ♥ Ana Corra Castro. ♥ Ana Copiste Matins. ♥ ***Ana Martínez.*** *♥ Ana Martes. ♥*

Anna Aura Porres Casanova. ♥

Ara. ♥

Aramar Rogero Fernández. ♥

Arantxa M. Rivera Quirós. ♥

Ari. ♥

AriLisLiaBel. ♥

Athena Paulsen. ♥

@aritabcn7. ♥



Bárbara @barlp. ♥ *Bárbara De la Fuente.* ♥

Bea Del Río ♥ *Bea RH.* ♥

Beatriz Suárez. ♥ *Beatriz Tona.* ♥

Begoña. ♥

Belén ♥ *Belén Álvarez.* ♥ *Belén Domínguez.* ♥

Bernarda Calder Ibáñez. ♥

Berta Montero. ♥ *Berta Quintana.* ♥

Bianca Torres. ♥

Briana Ramírez. ♥

Bruna Zamora ♥

@buscando.lectura ♥



***Carina* ♥**

Carmen Marín. ♥

Caro. ♥

***Carol Olive (Carolina Álvarez).* ♥** *Carolina Carrión Beltrán.* ♥

Cece Castillo. ♥

Claudia Francis. ♥ *Claudia Paz Pérez.* ♥

Concepción Moreno. ♥

Cris Rius. ♥ *Cris GC.* ♥

Cristina Arana Jurado. ♥ ***Cristina Bermejo.* ♥ *Cristina Suárez.***

♥ *Cristina Vilarín.* ♥

Crespo Marta. ♥



Dafne Roncas. ♥

Dalia Rocha. ♥

Daniiii. ♥

Daniela. ♥ Daniela Colores. ♥ Daniela Santos. ♥

Danya Rivas de la Peña. ♥

Débora García. ♥

DELI. ♥

Denis. ♥

Dharda. ♥

Dhelia Ferrer Chiquero. ♥

Di Di Diana. ♥

Diana.♥

Dolores Calderón. ♥ Dolores Cárdenas Pons. ♥ Dolores Castellano Rosales. ♥ Dolores Dalmau Belmonte. ♥ Dolores Falcón Aranda. ♥ Dolores Rivas Ventura. ♥

Dulce Ma. ♥

Dulce María Cortázar. ♥



Elena. ♥ Elena Alcántara. ♥ Elena Jodar Gómez. ♥

Elia Santamaría Luque. ♥

Elisa. ♥ Elisa Pérez de Aranda. ♥

Emilia. ♥ Emilia Barreiro Camarena. ♥ Emilia Vásquez. ♥

Enara Vilches. ♥

Erina de la Vega 63. ♥

Esther Galindo. ♥

Eva Castilla Martínez. ♥ Eva Navarro. ♥



Fanny Navarro ♥

Fabiola Olivella. ♥ Fabiola Vendrell. ♥

Farrufalla. ♥

Farys. ♥

Fede. ♥

Federica Lorente Palacios. ♥



Gabriela Molina. ♥

Gabria Montaner. ♥

Gaby. ♥

Gala. ♥ Gala Soria Gallego. ♥

Gema. ♥ Gema Ortés Garcia. ♥ Gema Roldán Cortés. ♥

Gemacha. ♥

Gemma. ♥

Georgi23. ♥

Georgina Villareal Rojo. ♥

Gin. ♥

Gina Rey Marín. ♥

Ginebra Soto Ruiz. ♥

Gisella Aranda León. ♥

Gilda Ruiz Ruiz. ♥

GirlLovesBigBooks. ♥



Inés. ♥ Inés Galera. ♥

Iratxe Alvarez. ♥

Irene Idavanda Sandoval. ♥ Irene Serrano. ♥ ***Irene Hernandez. ♥***

Isabel. ♥

Isabella Sánchez. ♥



Jana Westwood. ♥

Jane Mejía. ♥

Janet Soria. ♥

Jessica Secchi. ♥

Jessy Mateo Rocas. ♥

Jenny de la Calle Ruiz. ♥

Jennifer. ♥ *Jennifer Corral García.* ♥ *Jennifer Ferrer Romero.* ♥ *Jennifer Rodriguez.* ♥

Jimena. ♥

Josefa. ♥

Josefina Montenegro. ♥ *Josefina Palacios.* ♥

Julia (Jul). ♥ *Julia Alonso Téllez.* ♥ *Julia Arenas Blanco.* ♥



Karen Aguilar. ♥

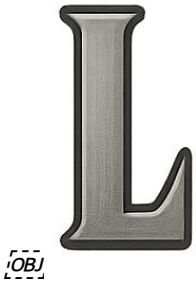
Katherine14♥

Keillia ♥

Kina Ruedas Torres. ♥

Koral ♥

@koryu084. ♥



Laura Cerdá Coronel. ♥ Laura Roca. ♥ Laura G. Altuneza. ♥

Lau Gallès. ♥

Leire DeLuza. ♥

LEO. ♥

Leonor. ♥ Leonor Mola Cazorla. ♥

Leonora Gallo. ♥

Lina Romero. ♥

Lis. ♥

Lissy M. ♥

Lisabeth Orión. ♥

Lola Alcántara Calvo. ♥

Loreto Tenas. ♥

Lu. ♥

Lucía ♥ Lucia Campos Ruiz. ♥ Lucía Dinarés. ♥ Lucía Fernandez Gómez. ♥ Lucía Fernandez Domínguez. ♥ Lucía Ruinas Dientes. ♥



M Carmen Gálvez. ♥

Mª Santos Valero Iglesias. ♥

Manuel Rios Verdegal. ♥

Mar Casas Cantudo. ♥

Mari Fernández. ♥

Maria. ♥

Maria Argelés. ♥

María Bgu. ♥

Maria Jose Lopez Molina. ♥ María Jose Ochoa. ♥

Marián Rey. ♥

Marian Nieto. ♥

Martina. ♥

***Mary Fort.** ♥ Mary Paz ♥ Mary Paz Garrido. ♥ Mary Yugo. ♥*

Meli barreiro. ♥

Meri Freijo. ♥

Meri Gil Herrera. ♥

*Míriam Martín Gasulla ♥ **Míriam MG.** ♥*

Miriam Sánchez Parrón. ♥

Moni. ♥

Mónica. ♥

Monika. ♥

Mónica Martos. ♥

MontyMoonLight. ♥

@_makeupbeautyworld. ♥



Nara Cordón Ruiz. ♥

Nayara. ♥

Nila Perez. ♥

Nina. ♥

Neus Esay. ♥

Nimue. ♥

Noah Evans. ♥

Noelia Gavilán. ♥

Noemí Gonzalez. ♥ Noemí N Romero Martos. ♥ Noemí Santervás. ♥

Nora Garcia H. ♥



Olga. ♥ Olga Tiesto. ♥

Olivia Calvo. ♥

OldBooks-Gabby. ♥

Orla Sanchez Martinez. ♥

Ovidio. ♥



Paloma Reno. ♥

Pam Moreno ♥

Patri Guarino. ♥

Patricia Aguilar Moreno. ♥ Patricia Garcia. ♥ Patricia Muñoz. ♥ Patricia Paredes Díaz. ♥ Patricia Vásquez Suárez. ♥

Penélope Hernandez. ♥

Penny Ortiz. ♥

Pía. ♥

Pilar Fuentes. ♥ Pilar Rojas. ♥



Raquelita. ♥

Rebeca Jimenez Marrero. ♥

Rocío. ♥

Rocío Gallego Mola. ♥ Rocío Segarra. ♥

Rosa. ♥ Rosa Maria Jerez . ♥ Rosa Zaren. ♥

ROSARIO. ♥



Salomé Y. ♥

Sandra. ♥ Sandra A-mar. ♥ Sandra GE. ♥

Sara. ♥ Sara Marín Moreno. Sara Ortega Nieto. Sara Sáez. ♥ Sara Torres Serrano. ♥

Silvia A. ♥ Silvia M. Tresent ♥ Silvia CoCo ♥

Sonsoles. ♥

Sonsoles Andreas de la Fuente. ♥

Susana. ♥

Susana Lingon. ♥

Susi Flores. ♥



Tamara. ♥ Tamara L. ♥ Tamara Mena. ♥

Teo. ♥

Teodora Peralta. ♥

Teresa Batlle. ♥ Teresa Blanco Rodriguez. ♥ Teresa Jiménez Ropero. ♥

Tessa Montes Lugo. ♥

Triana Caballero. ♥

Trini Trini Trini. ♥

Trinidad Perez. ♥



Val (vale). ♥

Valentina. ♥ Valentina Carrasco. ♥

Valeria Campos. ♥ Valeria Olmo. ♥

Vanesa. ♥ Vanessa Crespa Altán. ♥ Vanessa García. ♥

Verónica Leiro. ♥

Vicky. ♥ Vicky Amera. ♥

Victoria G. Alesta. ♥ Victoria Ruzafa. ♥

Vilma Acosta. ♥

Violeta Carrión. ♥

Virigol ♥

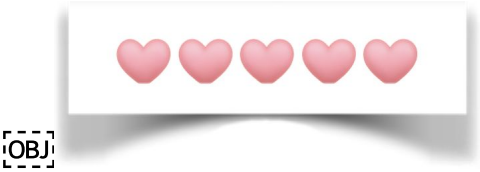
Agradezco todas las reseñas, todos los mensajes, los DMs y el cariño.

A todas las que os tomáis el tiempo de hacerme saber que queréis más, que estas páginas han significado algo para vosotras o que os han hecho pasar un buen rato. No os hacéis una idea de lo que suponéis.

Gracias a tod@s.

Frases favoritas





Faith Galanis

—Megara, escúchame con atención. Quiero que tengas un trabajo que no puedas pasar un día sin hacer, de lo feliz que te haga. Quiero que te rodees de todo lo que no puedas evitar ser, tener o sentir. Así, seguro que serás muy feliz.

Megara Galanis

—La vida no es como la planeamos, pero eso no significa que tengamos que enterrar todos nuestros sueños y esperanzas.

Dean-Weston Brodly

—Ni drogado dejaría de desearte. Un borracho que carga la responsabilidad de sus acciones al alcohol es solo un cobarde que no se atreve a enfrentarse a lo que verdaderamente quiere.



Leia Diago

Mi madre siempre me ha dicho «el "quizá" de un hombre es el "lo supe en cuanto la vi" de otro, nunca te conformes»

Dean-Weston Brodly

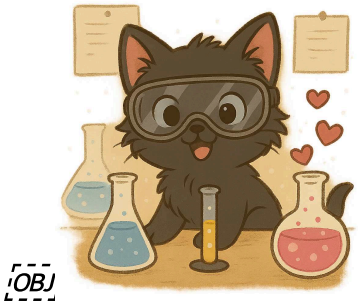
—Siente no habérmelo contado antes. Siente no haberme llamado ayer en mitad de la noche cuando tuviste que estar sola esperando en el pasillo con la sangre de los arañazos mojándote la cara. Siente eso, Megara. Nunca lo contrario.

Megara Galanis

No importa lo que esté pasando en mi vida, siempre tendré hueco para alegrarme por tu felicidad.

Leia Diago

En otra vida, me gustaría que Megara Galanis naciera teniéndolo todo. Aunque eso significara quitármelo a mí.



Stanisław Leszczyński

Hay algo cruel en lo bonita que eres. Algo injusto en lo mucho que me cuesta respirar cuando te tengo cerca, skarbie.

Dean-Weston Brodly

—No hay ni un solo rincón de mi cuerpo defectuoso que no lo sepa. Te quiero.

Megara Galanis

En algún momento dirá que le he salvado la vida, pero en realidad, me la ha salvado él a mí.

Stanisław Leszczyński

Si tus deseos son otros, estoy dispuesto a cambiar los míos. Lo aceptaré, porque mi sueño eres tú. Mi mundo eres tú. Seré feliz siempre que me permitas estar a tu lado.



¡OBJ

Guía de personajes extendida

Después de todos los años que han pasado desde que empezaron los romances de las hermanastras, creo que ha llegado el momento de repasar los personajes y los mundos.

Me han llegado algunos mensajitos conforme un repasillo no vendría nada mal y aunque he dejado algunas guías en los "destacados" de mis historias de Instagram, vamos a hacerlo más extendido por aquí.

¿Vamos allá?

Mountville (Virginia)



★ ***Nolan-Kane Taylor:*** *dueño del resort de lujo de Mountville, médico cariñoso, tatuado como rasgo de personalidad, destructor de resistencias y la debilidad personificada de su mujer Nina.*

♦ ***Matthew Benedict:*** *mejor amigo de Nolan-Kane, también médico. Suelta puñetazos cuando el*

cuerpo se lo pide y está colado por la única chica que no le hace ni puñetero caso: Abbie.

♦ ***Abbie:*** *la mejor enfermera del hospital de Mountville, paciente, repartidora de palomitas experta, encariñadora profesional a tiempo completo.*

♦ ***Christian:*** *salvavidas legal / abogado, buen amigo de Nolan-Kane, campeón en resolver líos a larga distancia.*

★ ***Nina Taylor:*** *la primogénita de las cuatro hijas que tuvo Victoria Daughbeth. Es física teórica y responde al apodo Nina-Dinamita. Tiene debilidad por las chiquitinas adorables de gran corazón. Al*

poco de conocer a su marido, Nolan-Kane, se convertirá en madrastra y más tarde en mamá.

♦ ***Sawyer MacAlister:*** *el alma de cualquier fiesta, amigo de Nolan-Kane, mejor amigo de Nina, experto en marketing, moda, consejos, eyeliners y MacAlisters. Viste mejor que nadie y tiene contactos en todas partes.*

★ ***Keith-Jakaris Taylor:*** *hijo de Nina y Nolan-Kane Taylor. ¿Quieres saber algo más de él, ehhhh? Pues eso va a tener que esperar ;)*

★ ***Láhria MacAlister:*** *hermana pequeña de Nolan-Kane, psicóloga por vocación, generadora de*

incendios emocionales y casada con el bombero más infalible: Kían-Lysander MacAlister. Mami de Naomi, Lily, Elena y Xhavia MacAlister.

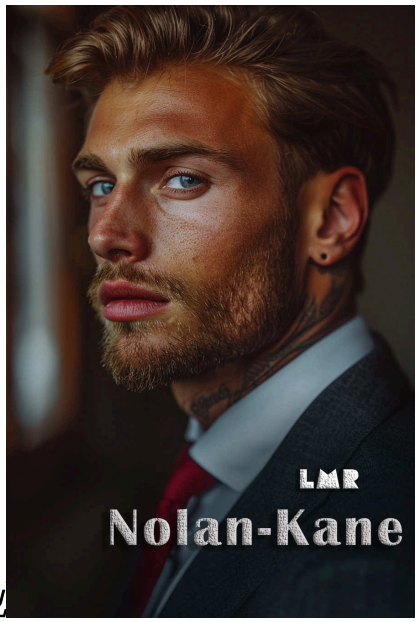
♦ ***Cleo D'Angelo:*** *amante de las matemáticas y mejor amiga de Láhria desde la infancia. Luchadora debilucha contra los flechazos, cayó rendida a los pies de Josh. Madre de: Damiano Alessandro, Aaron y Luca D'Angelo. Sus padres: Antea y Drait Wilson.*

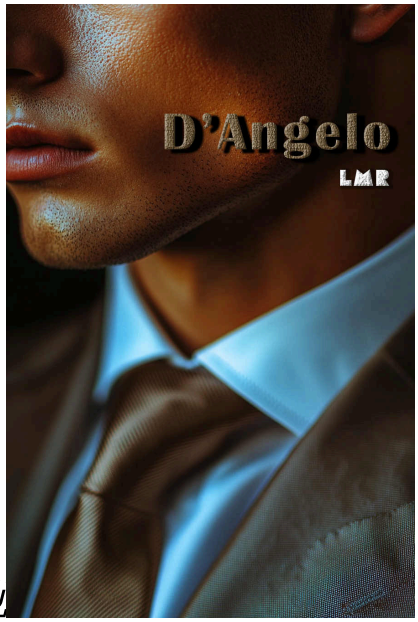
♦ ***Josh D'Angelo:*** *dentista esporádico y adorador de Cleo a tiempo completo. Felizmente casado con el amor de su vida. Nivel de carisma: italiano. Padre de: Damiano Alessandro, Aaron y Luca D'Angelo.*

★ ***Ridelmunt:*** *dueña del Boogie, abuela de Nolan-Kane, Láhria Taylor, Keith-Jakaris y Cleo, entre otros. Sabia a tiempo completo. Querida por todos. Dueña del mejor perro de todo el estado de Virginia.*

♦ ***Lora****: adicta al yoga y a ayudar a los que quiere. Casamentera esporádica y cotilla premium. Uno de los mayores respaldos de todo Mountville.*

Novelas que han ocurrido en Mountville:





Acorn Hill (Michigan)



★ ***Levi-Ryan Diago:*** *jefe de la policía de Acorn Hill, una superestrella de su gremio. Mejor amigo de Kadmus Winchester. Ladrón de corazones de turistas en apuros, secuestrador ocasional, cabezota y perseverante con un buen manejo de las esposas policiales. Es especialista en guardar secretos a renacuajos que van a acabar buscándole la ruina llamados Ayris o Zane-Ryder.*

Padre postizo de Sasha, Sabrina y Samantha Winchester, y también de Megara Galanis.

Padre biológico de Lexi y Blake-Hunter Diago.

♦ ***Kadmus Winchester**: policía duro, padre blandito, amante fogoso, amigo leal y cotilla entrometido al que le gustaría recibir algunas cartas.*

♦ ***Constance Winchester**: ex-novia de Levi-Ryan, mujer de Kadmus, madre de Sasha, Sabrina y Samantha, creadora de los mejores cupcakes del estado de Michigan.*

♦ ***Maya**: ex-mujer de Levi-Ryan. Tiene un hijo, una autocaravana y un rollo country-rockero-guay.*

♦ ***Margarytha****: madre de Levi-Ryan, dueña de la perrera My Happy Place.*

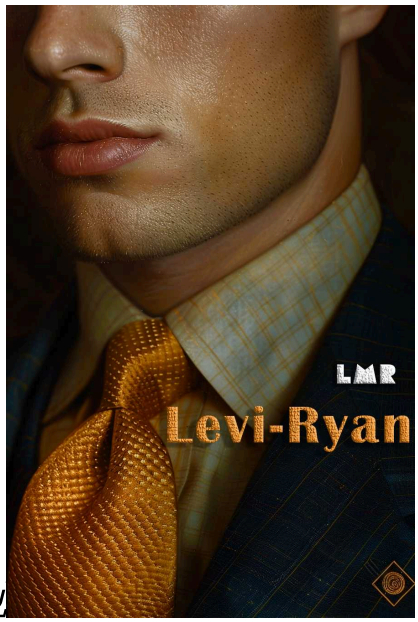
♦ ***Policías de la comisaría de Acorn Hill a los que adoramos:*** *Bill Bukfire, Cassie Gold, Linden & Lars.*

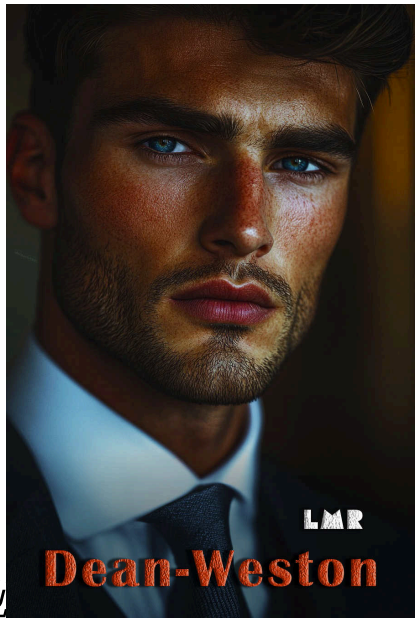
★ ***Lexi Diago:*** *la segunda hija de Victoria Daughbeth, enamorada de los coches y la mecánica, obsesionada con su marido, con las cartas que envía a sus hermanastras y conque a sus hijos, Leia y Blake-Hunter, les vaya todo bien. Tiene un pase directo (o una llave) al corazón del amor de su vida.*

★ ***Leia Diago****: una hija modelo, una científica que no veas, una amiga de manual, una asmática de corazón y una fan absoluta de tooodo lo que tenga que ver con Stanisław.*

★ ***Blake-Hunter Diago:*** *vaya vaya, aquí estamos otra vez, ¿eh? Queriendo averiguar más de la cuenta. Pues lo que sabemos hasta ahora de él, es que es el hermano de Leia y el hijo de Lexi & Levi-Ryan. Que es un vaquero de los que ya no quedan, sexy a rabiar y… Me da que hasta ahí puedo leer, ¿no?*

Novelas que han ocurrido en Acorn Hill:





High River (Chicago)



★ ***Jay-Duncan Vojak****: con complejo de chaleco antibalas, enseña defensa personal a mujeres necesitadas de ayuda y, cuando no está en el gimnasio, está en el centro de acogida, pero siempre pensando en la luz de su existencia: Amy. Sus padres… bueno, de ellos mejor ni hablamos.*

♦ ***Liam Brodly****: un trozo de pan, nadie sabe muy bien a qué se dedica, pero durante mucho tiempo fue un padre soltero volcado y el mejor amigo de Jay-Duncan. Nivel de sobornos: avanzado. ¿Porcentaje de cuelgue por su mujer, Jasmin? Por encima del cien por cien.*

♦ ***Magnolia Brodly****: hermana de Liam. Todos nos acordamos de semejante elemento, ¿a que si? A esta no vamos a echarla de menos, ¿verdad que no?*

♦ ***Kiara:*** *Uffff, sin comentarios. O mejor sí, ¿recordamos lo que hizo Jay-Duncan a la ventana de su coche? ;)*

♦ ***Iksáia****: mano derecha de Jay-Duncan Vojak. Sin duda, iría a la cárcel por él. Es parte de la familia*

Vojak.

♦ ***Svetlana**: esta mujer acompañada de su bastón, huyó de Rusia con lo puesto y fue el rol materno que Jay-Duncan nunca había tenido. Años después de llegar al país, conoció a Katerina, el verdadero amor de su vida con quien estuvo felizmente casada un buen montón de años. Abuela de Zane-Ryder, Katy, Erik y Dallas. Amante de las mandarinas y de sobornar a los pequeñuelos con chocolatinas de contrabando.*

★ ***Amy Vojak**: piloto, contestona, rebelde, sexy, salvaje y pelirroja como rasgo de personalidad, es el centro de atención cuando llega y también la más pequeña de las hijas de Victoria Daughbeth.*

Devoradora de todos los álbumes de Britney Spears, sin excepción, con una perpetua necesidad por su marido Jay-Duncan Vojak.

♦ ***Jasmin Brodly****: la mejor amiga de la rebelde de arriba, Jasmin es la que pone el agua cuando la otra enciende las llamas. Está lista para insultar a todos los que se pongan en tu contra y jamás traicionaría a alguien a quien quiere. Es la mujer de Liam y la madrastra de Erik y Dallas.*

★ ***Zayne-Ryder Vojak****: policía, atrevido, hijo adoptivo de Jay-Duncan & Amy, temerario y un ser de lo más despiadado a la hora de castigar a quienes hieren a sus seres queridos. La marca de aire que*

respira se llama Ayris Vojak y es adicto a una droga con el mismo nombre.

★ ***Katy Vojak****: tsss, tsss, tsss, *chasquidos de lengua* pensaba que ya había quedado claro que en este Legado no nos van los spoilers.*

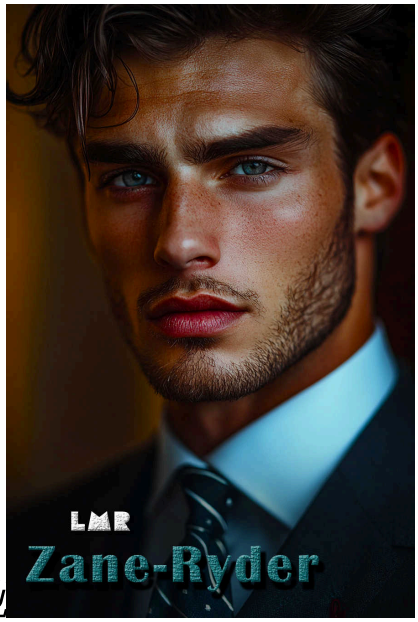
★ ***Erik Brodly****: su personalidad entera es pura dulzura. Hijo biológico de Liam Brodly & adoptivo de Jasmin, hermano de Dallas. Quiere más a su familia de lo que las palabras son capaces de concebir y está seguro de que su futuro es la encantadora Níala.*

★ ***Dallas Brodly****: amante secreto de gatitos negros, sufridor silencioso, millonario como definición entera de su carácter y un tío de lo más obsesionado con su mujer: Megara. Se considera un monstruo hasta que encuentra a una persona capaz de amar todas sus sombras. Siempre ha idolatrado a su tío Duncan, aunque nunca lo reconozca.*

★ ***Megara Brodly****: un corazón blandito y magullado con ganas de dejar atrás sus obstáculos, mejor amiga de Leia Diago, mujer de Dallas, química en situaciones contadas y adora-Carbón a tiempo completo.*

Novelas que han ocurrido en Chicago:





Saltwater (Maine)

OBJ 

★ ***John-Luke MacAlister****: oculta-cicatrices-emocionales profesional, biotecnólogo que hace boxeo en su castillo cuando la frustración le gana el pulso. Tiene dos hermanos y un profundo amor y respeto por su padre fallecido. ¿Qué dices? ¿Sus… sus hermanos pequeños? Ahh, no, respeto por ellos no tiene ninguno ;)*

La verdadera pasión de su vida se llama: Daisy.

Los tres mayores regalos que esta le ha dado son: Ayris, Bonnie y Alice.

★ ***Daisy MacAlister****: la última pieza que faltaba para completar el puzzle Daughbeth. La encantadora biotecnóloga apasionada por las margaritas y Madonna, es la más precavida de las hermanastras. La que te animará a saltar después de asegurarse de que llevas puesto el paracaídas.*

★ ***Ayris MacAlister****: obsesionada con las artes marciales y su profesión de policía, es la primogénita de John-Luke y Daisy. Siempre ha sido uno de los mayores tesoros de su tío Kían, igual que sus hermanas. Actualmente está casada, no hace mucho*

que ha vuelto de su luna de miel. ¿Cómo se llamaba su marido, a ver, que hago memoria…?

★ ***Bonnie MacAlister****: la mediana de las tres, también adorada por su tío Kían. Sería genial saber en qué anda metida Bonnie en su etapa adulta, ¿eh? Nuestra divertida MacAlister solía querer dedicarse a algo distinto cada día, ¿en qué habrá acabado?*

★ ***Alice MacAlister****: la hija pequeña de John-Luke y Daisy. ¿Recordamos lo enferma que estuvo durante la novela de Kían-Lysander? Esperemos que haya tenido suerte de ese punto en adelante…*

★ ***Alex MacAlister****: el hijo pequeño de Ewan, hermano de John-Luke & Kían-Lysander, es actor, paciente, padre adoptivo y la mano que todo lo arregla. Sabe tocar el piano, (como si no fuera ya lo bastante atractivo) y hay una sala en la mansión que siempre será suya. Está felizmente casado con Sawyer y ambos tienen un hijo llamado* ***N-Kale****.*

★ ***Kían-Lysander MacAlister****: el que faltaba, el más alocado de los tres hijos de Ewan, el que siempre está en todos los jaleos, el más rebelde, el más contestón, el más problemático de los tres, pero que sin duda se hace querer. Lo mismo apaga fuegos que los crea. Bombero de corazón. Marido de Láhria y padre de cuatro hijas preciosas.*

♦ ***Stef & Patty****: matrimonio, considerado de la familia, que se encarga de la comida de los MacAlister. Su plato estrella es: todo.*

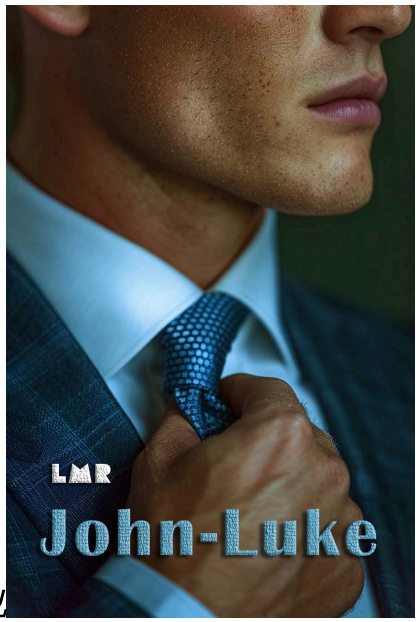
Suelen tener citas nocturnas cuando todos duermen.

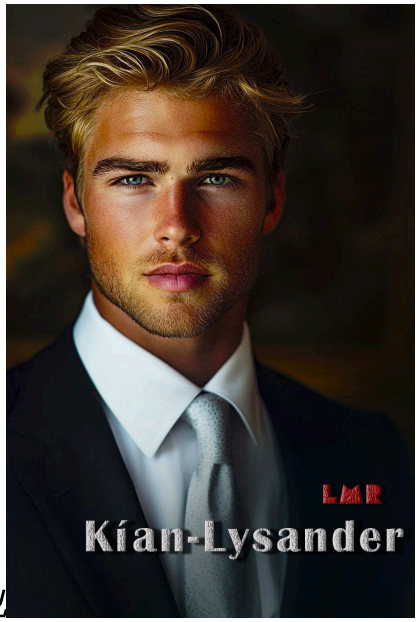
♦ ***Mhílena****: jefa de servicio de la mansión MacAlister. No quiere incomodar a los MacAlister, así que no se toma muchas confianzas. O ninguna. No te extrañe si le ofreces la mano y no te la estrecha, pero jamás te escupirá en el café.*

♦ ***Keylah Blackwood****: hija de Raphael, dueño del Ancla Oxidada. Es una camarera excepcional que ha sabido ganarse el corazón de todo Saltwater. En sus horas de mucho trabajo, le gusta reclutar a algún que otro MacAlister y ponerlo a trabajar detrás de la*

*barra. Está casada con **Karson Blackwood**. Al enamorarse de él, adoptó a sus dos hijos como propios convirtiéndose en la madrastra de **Calíope y Aquiles.** Pocos años después, tuvo a sus mellizos **Hileya y Bennett.***

Novelas que han ocurrido en Saltwater:





Edades actuales de los personajes

OBJ 

★ Nolan-Kane Taylor: 63.

★ Nina Taylor: 59.

★

★ Keith-Jakaris Taylor: 30.

★ Láhria MacAlister: 41.

★

★ Naomi MacAlister: 10.

★ Lily MacAlister: 8.

★ ***Elena MacAlister: 6.***

★ ***Xhavia MacAlister: 2.***

★

★ ***Cleo D'Angelo: 41.***

★ ***Josh D'Angelo: 45.***

★

★ ***Damiano Alessandro D'Angelo: 10.***

★ ***Aaron D'Angelo: 9.***

★ ***Luca D'Angelo: 8.***

★

★ ***Sawyer MacAlister: 66.***

★ ***Alex MacAlister: 57.***

★

★ ***Levi-Ryan Diago: 66.***

★ ***Lexi Diago: 58.***

★

★ ***Blake-Hunter Diago: 28.***

★ *Leia Diago: 24.*

★

★ *Megara Brodly: 27.*

★

★ *Sasha Winchester: 36.*

★ *Sabrina Winchester: 36.*

★ *Samantha Winchester: 36.*

★ *Jay-Duncan Vojak: 67.*

★ *Amy Vojak: 55.*

★

★ *Katy Vojak: 24.*

★ ★ *Zane-Ryder Vojak: 29.*

★

★ *Jasmin Brodly: 62.*

★

★ *Erik Brodly: 37.*

★ *Dallas (Dean-Weston) Brodly: 37.*

★ *John-Luke MacAlister: 61.*

★ *Daisy MacAlister: 56.*

★

★ *Ayris Vojak: 27.*

★ *Bonnie MacAlister: 26.*

★ *Alice MacAlister: 25.*

★

★ *Kían-Lysander MacAlister: 58.*

★ *N-Kale MacAlister: 29.*

★

★ *Calíope Blackwood: 38.*

★ *Hileya Blackwood: 36.*

★ *Aquiles Blackwood: 39.*

★ *Bennett Blackwood: 36.*

En fin, ya se sabe lo que dicen

Los 60 son los nuevos 40 ;)

Contenido extra :)

Nolan-Kane

OBJ 💌

—Xhavia, deja de tirarle del pelo a tu tío —dice, en un gracioso intento de sonar firme.

—Déjala, me está peinando —le pido mientras la hija de mi hermana pequeña me pasa su peine rosa brillante favorito y me coloca las pinzas con forma de tulipán que más me favorecen—. ¿Quién sabe? Quizá es vocación lo que siente.

—Sí, pero por ti, no por tu pelo —Láhria se deja caer a mi lado en el sofá al tiempo que suelta una risita.

—Tutúuuu —Xhavia señala mi cuello y repite—. Tutúuuu.

—Sí, un tatuaje, ¿quieres uno?

—¡Eso ni en broma! —chilla su madre sobresaltándonos. Los tres acabamos riendo—. Madre mía, ¿crees que esto va a salir bien? Pfff, ¿soy una mala madre? ¿Cómo se me ocurre llevarme a Lily de Saltwater en su cumpleaños?

—Su cumple es el sábado, no hoy, y, ¿te parece ese el comportamiento de una niña infeliz? —la señalo jugando en el jardín.

Desvía la mirada hacia Naomi, Aaron y Lily, jugando a perseguirse en el jardín bajo la supervisión de Nina, Josh y Sawyer.

—Supongo que no. ¿Puedo?

Le entrego a su hija y ya veo que tiene esa mirada, la que es tan transparente para mí.

—Lay, ¿qué pasa?

—No es nada.

—Va, cuéntamelo.

—Es solo que en momentos así echo mucho de menos a Ridelmunt —acuna a Xhavia contra su pecho y ella le regala un abrazo—. ¿No te pasa?

Asiento, pero en realidad yo la echo de menos siempre.

Cada día.

Pero es normal, soy veinte años mayor que mi hermana, disfruté de nuestra abuela mucho más tiempo. Además ella vive en Saltwater, su entorno no le recuerda a ella.

De repente, me coge la mano y me la aprieta con fuerza. Cuando alzo la vista sus ojos brillan más que antes.

—Tienes que dejar que me vaya yo antes, ¿vale, Nolan-Kane? Con vivir ochenta años me conformo, ¿crees que podrás aguantar hasta los cien?

Se me curva la sonrisa y le devuelvo el apretón.

—Veré lo que puedo hacer, Lay.

—Vale, sí, haz eso —sorbe por la nariz—. Tendrás que comer muchos arbolitos.

Me arranca una carcajada y Xhavia me hace los coros.

—Cariño, ¿puedes explicarme a qué se debe todo esto? Creí que no íbamos a malcriarlas —pregunta Kían-Lysander desde el jardín que, aunque no lo reconozca, está muy a favor de consentir a sus hijas.

Trae un montón de cajas con pingüinos articulados y de peluche consigo, de todos los tamaños y colores imaginables. En cuanto Lily los ve, rompe a llorar de la emoción y su padre, por supuesto, se los entrega.

—Cualquier información es peligrosa en manos de Dean-Weston Brodly —dice Láhria con una sonrisa cómplice.

Salimos al jardín y empezamos con la fiesta.

Nota de la autora



LMR

Y... *redoble de tambores*

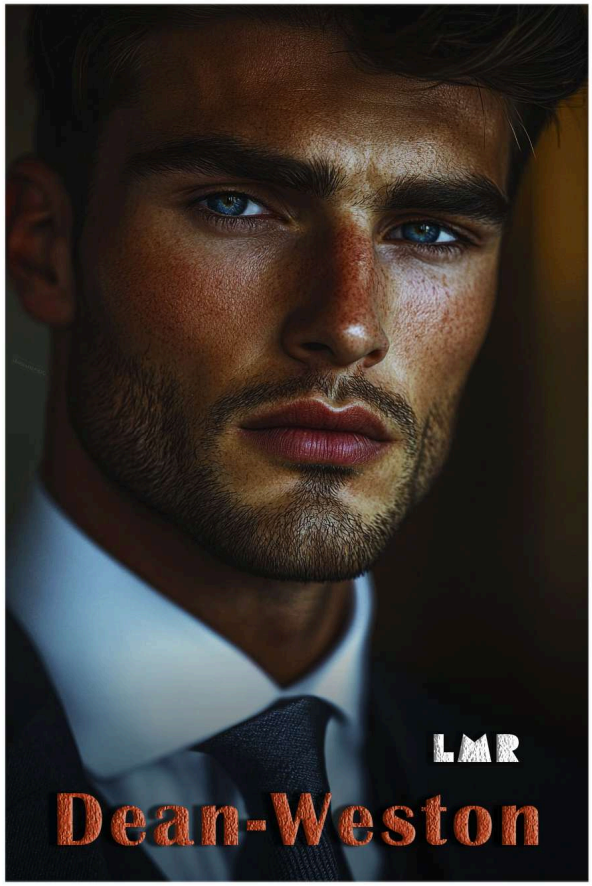
¡Se acabó! Dean-Weston ha llegado a su fin.

Bueno, bueno, buuueno, menudo viaje nos han dado estas dos parejas. Se habrán quedado a gusto :')

¿Con quién te quedas? ¿Skarbie? ¿Cacahuete?

Por suerte, no hay por qué elegir ;)

Es la primera vez que hago cuatro puntos de vista, espero no haberte vuelto locatis. Si bien es cierto que he intentado que Dallas & Meg tuvieran más protagonismo para no sobrecargar la historia, tendrás que decirme tú si lo he logrado o no. Por el momento… ¡Experimento completado!



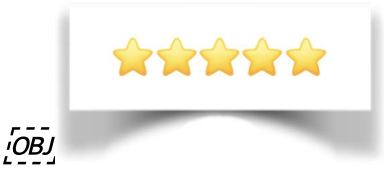
*Pero qué maleducada soy. Me presento: mi nombre es **LMR** (pero puedes llamarme Laura) y tal vez a estas alturas ya lo sepas, pero espero que hayas disfrutado de la historia de Dallas&Megara,*

que sin duda se ha quedado con un pedacito de mi corazón.

Primero de todo, ¡¡gracias por leerme!! Que me escojas de entre tantísimos libros románticos me hace muy feliz.

Esta ya es la ***cuarta*** ***entrega de Legado Daughbeth*** *(que se dice pronto). Espero que tengas taaaantas ganas de más como yo.*

Un segundo… ¿eso…? ¿Eso que se oyen son… espuelas? Ay, Legado 5, ¡¡ay, que ya viene!!



Si has llegado hasta aquí… ufff, debes estar enamorada de algún tipo de por aquí. Así en

confidencia, puedes decirme cual, tenemos muchos solteros con reputación dudosa listos para robarte el corazón.



¿A quién creéis que le toca ahora? ***Yo lo tengo muuuuy muy claro.***

¿Debería hacerme la mala un rato por Instagram (@lmr_author_)? ¿Generar un poquitín de ansia antes de revelarlo?

Ya sabéis que me encanta…

(Pero para los corazones más curiosos, la quinta entrega de Legado Daughbeth ya puede cotillearse en Amazon...¿quién será nuestro próximo protagonista?)



Mil gracias por el apoyo.

¡Por muuuchos romances más!

LMR

TABLA DE CONTENIDO

Dean-Weston

Playlist · Dallas&Meg

ÁRBOL GENEALÓGICO en relación a nuestros protagonistas

C R O N O S

«Para que esto salga bien, necesitaré un milagro» — Dean-Weston.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Stanisław

11

Leia

12

13

14

15

Stanisław

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Stanisław

Stanisław

Leia

Leia

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Leia

Stanisław

Leia

Leia

45

46

47

48

49

Leia

50

51

52

53

54

55

56

57

58

Leia

59

60

61

Leia

Stanisław

62

63

64

65

66

Stanisław

67

68

Stanisław

69

70

71

72

73

74

Leia

75

76

77

Leia

78

79

80

81

82

83

Stanisław

84

85

86

87

88

Leia

Stanisław

89

Leia

90

91

92

Leia

93

Stanisław

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

Stanisław

107

Leia

Stanisław
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
Leia
118
119
Epílogo
120
121
Zane-Ryder
122
123
Leia

124
125
Leia
Epílogo Meg
Daughbeth
Epílogo Stanisław
Jasmin
Epílogo Leia
Epílogo Dean-Weston
Agradecimientos
Frases favoritas
Guía de personajes extendida
Mountville (Virginia)
Acorn Hill (Michigan)
High River (Chicago)
Saltwater (Maine)
Edades actuales de los personajes
Contenido extra :)
Nota de la autora

[1] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un escrito en el que se lee «LMR».

[2] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un escrito en el que se lee «Legado Daughbeth».

[3] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un escrito en el que se lee «Dallas & Meg».

[4]Accesibilidad lectora: en la imagen vemos una firma en la que se lee «LMR».

[5] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un sello rojo en el que se lee «Daughbeth».

[6] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un escrito en el que se lee «DW».

[7] Mejor Amiga

[8] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Erik que dice «*Jhago se está portando muy bien. [Foto] ¿Qué tal Carbón? ¿Me envías una foto? ¿O dos? A Níala le encantaría verlo. Vale, a mí me encantaría verlo. ¿Puedo ir en persona?*».

[9] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Leia, la mejor amiga de Meg que dice «si tienes que llevar a revisión a Faith esta tarde, avísame. No pienso dejarte a solas con BB».

[10] MA: Mejor Amiga

[11] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Ada, la enfermera que dice «Meg, no quiero asustarte, pero he tenido que llevar a tu madre al hospital. Necesito que vengas».

[12] Nie wierzę, że jesteś prawdziwa: no puedo creer que seas real (en polaco).

[13] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Leia (mejor amiga) que dice «antes de irme de Nueva York, besé a Stanisław».

[14] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un pósit con forma de matraz Erlenmeyer en el que se lee «Toma un trago cada cinco minutos. Ponle el tapón cuando termines de beber. -Meg».

[15] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un pósit con forma de matraz Erlenmeyer en el que se lee «hoy nada de fiebre».

[16] Tesoro en polaco

[17] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje desde el móvil de Stanisław pendiente de enviar en el chat abierto que tiene con Leia, que dice así «No puedo verte mañana. Me ha surgido algo importante».

[18] Oh, joder, tesoro… (en polaco)

[19] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Ada, la enfermera, que dice «Faith no ha pasado un buen día, convendría que Leia y tú volvierais ya a casa. Creo que la tranquilizaría».

[20] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Stanisław que dice «*Salgo del aeropuerto. Llego en treinta minutos».*

[21] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje de Leia (mejor amiga) que dice (trece llamadas perdidas). «Stanisław está enamorado de mí!!!!!!!! Siento no haber vuelto anoche, estoy llegando tardísimo al trabajo. ¿Todo bien con Faith anoche? ¿Me llamas cuando leas esto?».

[22] Accesibilidad lectora: vemos un post que dice «tu horóscopo de hoy: mejor no salgas de casa, guapa»

[23] Accesibilidad lectora: vemos un post que dice «tu horóscopo de hoy: estás jodida, bonita»

[24] Accesibilidad lectora: vemos un post que dice «tu horóscopo de hoy: será un mal día. No eres tú, es tu signo. Bueno, sí, igual sí eres tú»

[25] Accesibilidad lectora: vemos un post que dice «tu horóscopo de hoy: es un buen día para la toma de decisiones importantes, aprovecha, ¡no durará!».

[26] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje del demonio de brillante armadura que dice «me pirra verte contenta. Deberían considerarte un puto medicamento natural».

[27] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un mensaje para Leia (Mejor Amiga) que dice «*la próxima vez que escribas algo, espero que sea un mensaje guarro para tu novio. Súper guarro. Apago el móvil. Hablamos mañana por la mañana».*

[28] Keratinocyte Growth Factor

[29] Accesibilidad lectora: en la imagen vemos un pósit de Leia que dice «*Meg vendrá a echarte el colirio a las cuatro, trátala mal y te arrancaré la cabeza*».

[30] Accesibilidad lectora: vemos un sello rojo de cera con el nombre «Daughbeth».

[31] Accesibilidad lectora: vemos un letrero con las palabras «muchas gracias».

[32] Accesibilidad lectora: portada Dean-Weston.